52

L47-9576

BIBLIOTECA MANUAL

DE LOS

PADRES DE LA IGLESIA

PUBLICADA

POR D. PRIMITIVO FUENTES

con la censura y aprobacion de la Autoridad eclesiástica.

Primitivo Fuentes

El Editor ha llenado los requisitos de la ley sobre propiedad literaria.

52

Post Scripturas Sanctas, Doctorum Hominum tractatus lege. (S. Jerónimo, *epist.* 10.)

MADRID: 1864.—Est. tip. de G. Estrada, *Hiedra*, 5 y 7.

EL MEJOR MÉTODO

PARA LEER CON FRUTO LAS OBRAS

DE LOS

PADRES DE LA IGLESIA,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. BUENAVENTURA DE ARGONA,

Vicario de la Cartuja de San Julian de Ruan,

Y D. PEDRO PELHESTRE,

Bibliotecario mayor de la de Padres franciscanos de París.

VERTIDO AL CASTELLANO

Y ANOTADO CON PRESENCIA DE LA TRADUCCION LATINA.

Ne transgrediaris terminos antiquos,
quos posuerunt Patres tui.
Proverb., XXII. v. 28.

TOMO ÚNICO.

MADRID:—1864.

P. Fuentes, EDITOR, BARRIONUEVO, 3, PRAL.

AL SEÑOR DON DIEGO MONTAUT Y DUTRIZ,

TEÓLOGO DEL EXTINGUIDO SEMINARIO CONCILIAR DE SANLÚCAR DE BARRAMEDA; LICENCIADO EN JURISPRUDENCIA; CATEDRÁTICO DE FÍSICA Y QUÍMICA QUE FUÉ DEL INSTITUTO DE AQUELLA CIUDAD, COMO TAMBIEN DIRECTOR DEL DE MÁLAGA Y OPOSITOR Á LA CANONGÍA DOCTORAL DE LA MISMA CATEDRAL, EN LA QUE LE FUERON APROBADOS SUS ACTOS Y PROPUESTO PARA ESTA PREBENDA; CONDECORADO CON LA CRUZ DE BENEFICENCIA DE SEGUNDA CLASE; INDIVIDUO DE LAS SOCIEDADES DE AMIGOS DEL PAÍS DE MADRID, MÁLAGA Y DE OTRAS CORPORACIONES CIENTÍFICAS; DIRECTOR DEL BANCO DE ECONOMÍAS Y DEL DE MADRID, ETC. ETC.

Las singulares muestras de aprecio que V. me ha dado y con que me honro desde que se sirvió nombrarme Jefe de Contabilidad del primero de aquellos Bancos, cuyo cargo tuve que dimitir á los ocho meses de desempeñarlo para dedicar más tiempo á la redaccion de mis publicaciones religiosas, me determinaron á solicitar la proteccion de V. á fin de poder dar á luz esta BIBLIOTECA MANUAL DE LOS PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA GRIEGOS Y LATINOS, con tanto más motivo cuanto que me consta lo muy amante que es V. de este género de literatura, tan necesaria para la recta interpretacion de las Santas Escrituras, la explicacion de los sagrados dogmas, de la moral cristiana, de la disciplina eclesiástica y para instruir convenientemente á los pueblos por medio de la predicacion.

Se ha dignado V. otorgarme este favor, y tengo la mayor satisfaccion en consignarlo al frente de este tomo preparatorio para leer con más fruto tan grandiosa BIBLIOTECA, esperando me disimule si, al manifestarle aquí mi gratitud, ofendo su modestia, como le he visto resentirse por haber publicado algunos de los muchos rasgos de su desinterés y generosidad cristiana los mismos en quienes han recaido.

Quiera tambien la Divina Providencia continuar protegiendo á V. y á su apreciable compañero, mi antiguo Jefe D. Cayetano Ruiz de Ahumada, en la acertada direccion de tan útiles Establecimientos para que, mereciendo cada dia más la confianza que en VV. tienen depositada tantos miles de familias, puedan, como hasta aquí, corresponder á ella, proporcionándoles grandes beneficios con no menores ventajas del país en general.

Primitivo Fuentes.

Sr. D. Primitivo Fuentes.

Madrid 18 de Mayo de 1863.

Mi siempre afectísimo y apreciable amigo: He leido con suma complacencia y no menor reconocimiento su atenta comunicacion de 16 del actual, en que se sirve dedicarme, bajo el título de EL MEJOR MÉTODO PARA LEER CON FRUTO LAS OBRAS DE LOS PADRES DE LA IGLESIA, el tomo preparatorio ó *clave* á la BIBLIOTECA MANUAL de los mismos, que trata de dar á luz.

Cuando el año pasado se sirvió confiarme la lectura de algunos de los muchos trabajos que para ella tenia preparados, consultándome á la par mi pobre opinion sobre darlos á la prensa, sentí que mis graves ocupaciones no me permitieran leerlos todos, por ser una materia á la cual he tenido y tengo una aficion decidida. Entonces encarecí á V. el gran servicio que con la publicacion de tan interesante BIBLIOTECA podria prestar á la Iglesia, ofreciéndole al propio tiempo mi exíguo y débil apoyo para llevar á cabo tan colosal empresa. Celebro infinito haya V. abrazado mi consejo, agradeciéndole igualmente el concepto que le debo y con que me favorece al rogarme coopere con mis luces á la mejor confeccion de la misma. Me alegrara poder contribuir en este punto á sus laudables deseos; pero además de que mis ocupaciones son cada dia mayores y más sagradas, no dudo lo hará V. con sumo discernimiento y mejores proporciones que yo. Y á la verdad, ¿qué pudiera yo añadir á sus profundos estudios verificados con presencia de los muchos y doctos escritores que por espacio de tantos años ha consultado al efecto?

Por si á V. pueden servir de alguna utilidad para tan importantes trabajos, le remito tres cuadernos bajo el título de *Aurifodina Patrum* (Mina de oro de los Padres), cuyos apuntes hice para mi uso durante los primeros años de mis estudios teológicos, recopilando por órden de materias las principales máximas y sentencias que hallaba en tan ilustres lumbreras de la Iglesia, como tambien otros dos con el de *Parabolæ sive Simi-*

litudines, deducidas de los mismos y de la sagrada Escritura. Bien veo que habiéndose V. propuesto incluir al final de la vida y extractos de los escritos de cada Padre las máximas y sentencias más notables del mismo, le costará quizás mayor trabajo entresacarlas de aquellos tres cuadernos que de las obras originales; pero en la remision de ellos verá, por lo menos, mis buenos deseos de llevar una pequeña piedra para la construccion de tan grandioso edificio.

Creo prestaria V. un servicio altamente importante á los que desde la cátedra de la verdad están encargados de anunciar á los fieles los sagrados oráculos, si bajo el plan que me propuse en los otros dos cuadernos adjuntos, ú otro método más adecuado, se dedicase á reunir y coordinar las parábolas, semejanzas y ejemplos comparativos que se hallan en los divinos libros y en las obras de sus santos é inspirados intérpretes; pues, como dice S. Jerónimo (in Math. XVIII): *Quod per simplex præceptum teneri ab auditoribus non potest, per similitudinem exemplaque habeatur.*

A pesar de que en dicha BIBLIOTECA se propone V. insertar un extenso extracto de todos los escritos de los Padres, me parece sería muy conveniente diese V. á luz por separado y en nuestro idioma las obras ó tratados más selectos de los mismos; por ejemplo, de S. Agustin, su grande obra de la *Ciudad de Dios*; sus libros *contra* los maniqueos *Fausto y Secundino*; el III *contra Petiliano*; los escritos *contra Juliano*, en que aparece el santo Doctor casi divino; su *Enchiridion*, los *de Doctrina christiana*, especialmente el IV, así como los de las *Costumbres de la Iglesia católica y de los Maniqueos* y los *de Ordine* y *de bono Viduitatis*, en los cuales tanto sobresale la vigorosa elocuencia del Orador de la gracia celestial, del Padre de los Padres y Doctor de los Doctores.

La conciencia y religioso celo que resaltan en la redaccion de las obras dadas por V. á la prensa, me hacen concebir la esperanza de que no los disminuirá en los trabajos de esta BIBLIOTECA, tanto más necesaria en las actuales circunstancias, en que desgraciadamente pululan por todas partes y se leen hasta con avidez multitud de obras impías, cuanto es más general el espíritu de crítica y de independencia religiosa y mayor la indiferencia á la respetable autoridad de la Iglesia; en esta época de confusion y de duda es indispensable acudir á unas fuentes tan

puras y cristalinas, como son las de los Santos Padres, para combatir el error de la incredulidad, que tanto ascendiente va tomando sobre los espíritus, y para oponer un fuerte dique á la rreligion; en los tiempos, en fin, que atravesamos, cuando nadie se acuerda sino de grandes empresas mercantiles é industriales, que si bien prestan un gran servicio á la humanidad, es necesario haya hombres laboriosos como V., que aplicando el hombro á mantener la pureza de la Religion y trabajando en dar á luz las obras de los grandes Doctores, que acrisolaron las fuentes de ella, se dediquen á instruir la parte más noble del hombre, el *espíritu*, inculcándole aquella sublime máxima (Math. IV. v. 4; Luc. IV. v. 4; Deut. VIII. v. 3.): *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.*

Deseo se conserve V. con perfecta salud para que pueda llevar á cabo tan grandiosa publicacion, y espero me considerará como uno de sus mayores y más apasionados amigos,

Q. B. S. M.

Diego Montaut y Dutriz.

INTRODUCCION [1]

A LA

BIBLIOTECA MANUAL

DE LOS

PADRES DE LA IGLESIA.

Diligenter investiga Patrum memoriam;... et ipsi docebunt te: loquentur tibi, et de corde suo proferent eloquia. (*Job.* VIII, 8, 10.)

El Espíritu Santo, que jamás desampara á su amada Iglesia, ha suscitado en cada siglo varones insignes en doctrina y santidad, que conservando puro el sagrado depósito de la fe y de la tradicion católica, nos legaran sin intermision noticias de las verdades de vida eterna enseñadas por Jesucristo á sus Apóstoles y discípulos. Cerca de cuatro siglos antes que este divino Esposo viniese á rescatar al mundo de la esclavitud del pecado, habia escrito Platon: «que no tenia la razon humana energía suficiente para vencer las grandes dificultades de la filosofía, en tanto no descendiera del cielo una razon superior que enseñase á los hombres la justicia.» Vino el Mesías pro-

---

1 Los profundos trabajos literarios de los eruditos eclesiásticos *Sevestre*, *Gaume* y *Vazquez* nos han suministrado preciosos materiales para este, asi como debemos la lista de los Padres de la Iglesia griegos y latinos, que colocamos al final del mismo, al doctor en sagrada teología *Weissenbach*. Tambien hemos juzgado muy oportuno insertar aquí esta *Introduccion*, puesto que el presente tomo sirve como de CLAVE á dicha BIBLIOTECA que damos á luz.

metido, y al oir después muchos filósofos que algunos varones sencillos hablaban más dignamente de Dios que los mayores sábios que les habian precedido y que confirmaban con portentosos milagros y áun con su sangre la misma doctrina que predicaban, comenzaron á reconocer habia ya venido al mundo aquella sobrenatural razon, y admirando la bondad y misericordia del Señor, recibieron su santa doctrina y se sujetaron á sus divinas leyes. De este modo los sencillos é ignorantes en las ciencias hicieron confesar su crasa ignorancia á los sábios del siglo. Estos mismos sábios, ilustrados con la fe, fueron despues de los Apóstoles los nuevos *Padres de la Iglesia*, consolándose esta Madre amorosa en las muertes de aquellos insignes capitanes, que comenzaron á triunfar de la idolatría, con estas palabras, escritas centenares de años antes por el real Profeta: *Pro Patribus tuis nati sunt tibi Filii;* esto es, si aquellos Padres que te engendraron en Jesucristo ¡oh Esposa santa del Cordero! han pasado á la vida eterna, merecida por los trabajos de su apostolado, te han dejado tambien unos hijos, que siempre serán reconocidos por Padres, porque con sus escritos conservarán en toda su pureza la doctrina de la fe y de las costumbres, que te entregó tu esposo Jesucristo.

En el estudio é interpretacion de las santas Escrituras cosecharon estos dignos sucesores de los Apóstoles sus mayores glorias, hallaron el sólido fundamento de su instruccion y la inspiracion de los más sublimes rasgos de su elocuencia. Por consiguiente, en sus escritos, confeccionados con el delicioso néctar de fuentes tan cristalinas, es preciso buscar tambien la flor de la literatura católica, sus gracias severas, su varonil energía, los destellos del verdadero génio

ilustrado por la fe; en ellos se hallan toda la ciencia ó el saber de la Iglesia católica, su magisterio tradicional, la expresion viva de su constante unidad y de su doctrina inmaculada; en ellos tenemos un arsenal de armas las mejor templadas, á cuyos golpes mil veces ha sucumbido blasfemando la heregía.

La simple inspeccion de tantos y tan preciosos escritos bastaba para dejarnos absortos cuando nos propusimos realizar el pensamiento que nos ocupa, y este era demasiado grande para que nos permitiese comprender inmediatamente todos sus detalles; pero á medida que estos magníficos tesoros de la ciencia eclesiástica, acumulados durante doce siglos en los archivos de la Iglesia, se han ido desarrollando á nuestra vista, hemos empezado á entrever la preciosa mina que tenemos á nuestra disposicion y los ricos filones de oro que de ella podemos explotar en beneficio del catolicismo. Y efectivamente, el publicar las biografías de los Padres y Doctores de la Esposa de Jesucristo, que militaron durante mucho tiempo, como tambien el análisis crítico y razonado de sus obras, en que se hallan reunidas todas las ciencias eclesiásticas, desde las más altas concepciones de la teología dogmática y moral hasta los más simples ensayos de literatura hechos en diferentes épocas de aquel período, ¿no es descubrir á todos un tesoro inagotable y poner á disposicion de cada uno de los fieles una pingüe fortuna, que sólo hubieran podido procurarse yendo á buscar estas riquezas diseminadas en un infinito número de obras?

Sin embargo, es preciso decir que este oro no es siempre vírgen, ni siempre puro; porque el error se mezcla frecuentemente con la fe para combatirla; la mentira con la verdad, para esforzarse en oscurecer-

la; el espíritu del hombre se pone en lucha contra el espíritu de Dios, y aunque siempre vencido, se subleva sin cesar para combatir de nuevo. El espíritu de Dios, lo mismo que el sol, continúa despidiendo á la vez toda su luz; pero el espíritu del hombre, semejante á la pálida luna, que tiene sus fases, es decir sus desapariciones y apariciones, su lucidez y sus manchas, su plenitud, su creciente y su menguante, y que á pesar de recibir toda su luz de los rayos del sol, se atreve aún á interceptarlo algunas veces; el espíritu del hombre, repetimos, tambien se fija á menudo en lo falso contra lo verdadero, y de tiempo en tiempo, en su delirio y en su audacia, hasta se atreve á negar al Sol, esforzándose en desmentir la palabra del Señor. Esto es tan positivo, que hallamos mil deplorables ejemplos hasta en los génios más privilegiados, y áun en aquellos suscitados al parecer por la Providencia para guardianes de la fe, defensa de la doctrina y honor eterno del nombre cristiano. ¿De diez y ocho siglos á esta parte, no ha cubierto, en efecto, la Iglesia, con un tupido crespon de luto los grandes nombres de Orígenes y de Tertuliano, que son al mismo tiempo su gloria y su dolor, y que cita con noble orgullo, como los más ilustres defensores de su doctrina, deplorando al mismo tiempo amargamente que los tristes extravíos de sus últimos años nos tengan en la incertidumbre de su salvacion? ¡Pluguiera á Dios, sin embargo, que la fe no hubiese tenido jamás otros contradictores más peligrosos! Pero la Iglesia ha tenido que luchar con otros enemigos y ha recibido en el combate las más profundas heridas.

Este antagonismo impío, esta lucha incesante del espíritu del hombre contra el espíritu de Dios, de

la razon individual contra la razon de todos, del sentido humano, en particular, contra el sentido católico y universal, es lo que ha producido todos estos errores. De ello han emanado las persecuciones, los cismas, en una palabra, las herejías, que han destrozado el corazon de la Iglesia y ensangrentado de nuevo la túnica del Salvador; pero de ello tambien proceden los rasgos victoriosos, las apologías triunfantes y las defensas irrefutables en favor de la inocencia y de la verdad. Por do quier que manos impías y sacrílegas se han esforzado en conmover las columnas de la Iglesia y en hacer desplomar sobre sí el edificio de la fe católica, tambien manos generosas y cristianas, tendidas por el poder de Dios, las han repuesto en su base y sostenido sobre aquella piedra fundamental del ángulo, que desafiará eternamente todos los esfuerzos de la impiedad y todo el poder del infierno. Si durante cerca de tres siglos la sangre de los cristianos no cesó de correr en los circos y en la arena por órden de los procónsules y de los emperadores, tambien durante tres siglos, hombres de humilde nacimiento, pero hechos grandes por el carácter de cristianos, que habian recibido en el bautismo, hicieron frente á aquellos señores del mundo, para echarles en cara la sangre derramada y pedirles, no gracia, sino justicia para el pueblo cristiano. «Se os llama piadosos, filósofos, defensores de la justicia, amigos de la ciencia y de la verdad, les dice S. Justino en su primera Apología, por todas partes oís estos títulos ¿pero los mereceis en realidad? Los acontecimientos nos lo harán ver. No nos aproximamos al trono ni para adular ni para solicitar indulgencia ni favor, sino para reclamar la justicia que nos es debida, para poder ser

juzgados con arreglo al exámen de los hechos y para que no os separeis, respecto á nosotros, de los principios de la equidad, cuya aplicacion debe sernos comun con todos los demas súbditos del imperio.» Del mismo modo, si durante doce siglos consecutivos el espíritu del error y de la mentira no dió á la antigua Iglesia tregua ni reposo; si todos sus dogmas fueron negados, todas las verdades establecidas puestas en tela de juicio; todas las hojas de sus Evangelios hechas trizas y arrojadas al viento; todos los artículos de su Símbolo alterados, desnaturalizados, corrompidos por innovadores, tanto más audaces en propagar sus blasfemias, en cuanto estaban frecuentemente sostenidos y apoyados por la cuchilla de la autoridad secular; durante doce siglos tambien se apresuraron á acudir en socorro de la fe, desde todos los puntos de la cristiandad, numerosas legiones de defensores, que se agruparon al rededor de estos dogmas atacados para protegerlos; recogieron las hojas de su Evangelio esparcidas entre el polvo, para adherirlas de nuevo á este libro de la eternidad; reunieron uno por uno todos los artículos de su Símbolo y despues de haberles devuelto su primitiva pureza, los presentaron de nuevo á la creencia y á la veneracion de los pueblos, pero victoriosos y vengados. De este modo, siguiendo la defensa en todas partes al ataque, el triunfo fué constantemente suyo; y aunque el combate fuese algunas veces sangriento, la victoria quedó siempre por el Señor. Algunos insensatos habian creido, en el delirio de su orgullo, que sembrando un poco de polvo sobre su cabeza, oscurecerian para siempre el sol y sumirian de nuevo el mundo en el caos; pero un soplo, un solo soplo bastó para disipar la nube y hacer salir de ella más

luminosa y más viva la verdad católica y eterna. Desde entonces no ha habido ya más extraviados que aquellos ciegos que cerraron sus ojos para no ver, ni más perdidos, siguiendo las huellas de semejantes impostores, que los hijos de la perdicion, que no quisieron salvarse.

Es indudable que á la cabeza de estos defensores de la fe se deben colocar en primer término los que la Iglesia llama sus *Padres*, y que los siglos posteriores han seguido venerando hasta nuestros dias bajo el título de *Doctores*; pero en esta lucha de los espíritus, lo mismo que en todas las demás, tras de los maestros vienen los discípulos, pues los soldados se aprestan siempre á seguir la huella de sus jefes, y como los héroes de Homero, vienen á tomar parte en la disputa y á llevar su espada en el combate. Una rápida ojeada sobre la sucesion de los siglos bastará para darnos una idea de estas legiones de santa milicia, que combatieron alternativamente en las batallas del Señor y contribuyeron con su ciencia, sus talentos y su génio á alcanzar todas las grandes victorias de la verdad.

Fácilmente se concibe que la predicacion del Cristianismo no podia obrar inmediatamente la trasformacion completa de los espíritus, en los cuales producia su impresion, por cuanto el efecto de toda revolucion religiosa es inevitablemente el sublevar otras actividades y verlas lanzarse lejos del objeto á que ella tiende. La Religion cristiana no podia, pues, propagarse, sin producir la caida de la supersticion y del fanatismo. Así fué que á su aparicion, aquellos hombres corrompidos, ó más bien aquellos enemigos obstinados de toda buena institucion, no podian dejar de presentarse. Ya los Apóstoles mismos habian

tenido que dar combates contra los espíritus extravagantes y exaltados, que, profanando el don de Dios, habian sembrado desde un principio los primeros gérmenes del error hasta en la misma cuna del Cristianismo, cuyos gérmenes no habian tardado en desarrollarse, en producir sus frutos. Simon Mago habia engendrado á Menandro, y ambos habian dado vida á Saturnino y á Basílides, é inmediatamente despues de estos á todas las sectas de los gnósticos, que, resucitando el dualisno de los paganos, consiguieron perpetuar por mucho tiempo el famoso sistema de los dos principios. El Evangelio, despues de los Apóstoles, tuvo por consiguiente mas que nunca necesidad de defensores, y estos fueron los *Padres*.

Para hacer comprender mejor el trabajo de estos grandes hombres, es preciso recordar el estado contemporáneo de las discusiones filosóficas. Por una parte la filosofía griega, impotente para establecer nada de cierto, se habia perdido en una vaga necesidad de buscar y de disputar de contínuo; por otra, los filósofos, profundamente convencidos de la impotencia de la razon, habian emprendido justificar el paganismo, demostrando su alianza con las antiguas tradiciones, y este fué el objeto principal de la escuela de Alejandría. Luego, para hacer frente á estas dos clases de adversarios, debieron los Padres de la Iglesia desarrollar un doble plan de defensa. Primeramente era preciso demostrar á los filósofos griegos la impotencia de la razon, y para esto bastaba exponer sus perpétuas contradicciones, sus innumerables errores y la absoluta nulidad de sus sistemas. De lo cual emanaba como una consecuencia lógica en favor de la Religion, la indispensable necesidad de una base más sólida, la base de la autoridad. A esto se

dirigieron los trabajos de S. Justino, de Arnobio, de Lactancio y de Hermías, y luégo era preciso demostrar á los filósofos que apelaban á las tradiciones, que sólo el cristianismo podia reivindicar este apoyo, puesto que tenia la prioridad y que sus dogmas se hallaban siempre en todas partes, áun en medio de las sombras de la idolatría. Los principales Padres que emprendieron esta tarea fueron Eusebio en su *Preparacion evangélica*, S. Cirilo en sus *Libros contra Juliano*, y S. Clemente de Alejandría en el de los *Extrómatas*, «verdadero tesoro de ciencia antigua, dice el Abate Gerbet, una sola frase del cual condujo en nuestros dias á M. Champollion á su importante descubrimiento sobre el modo de leer los geroglificos egipciacos».

Sin embargo, en esta lucha entre el paganismo agonizante y el cristianismo en su aurora, el combate no era igual. El Evangelio, sostenido por el triple poder del genio, de la ciencia y de la virtud triunfó; una parte de sus adversarios se convirtió, muchos de ellos se hicieron sus apologistas, y el corto número que no quiso rendirse, se vió reducido á refugiarse en las quimeras del misticismo y de la teurgia, como fueron, entre otros, Porfiro, Juliano, Jámblico y Máximo, que desesperados al fin por no tener apoyo alguno en la autoridad ni en la razon, pretendieron que el hombre podia estar en comunicacion inmediata con Dios y saber de Él mismo la verdad; pero desaparecieron envueltos entre las nubes de sus propias ideas.

La filosofía pagana estaba vencida, mas el dualismo no lo estaba aún, permaneciendo infiltrado, como un gérmen de muerte, en todas las venas del cuerpo social; y segun arriba hemos manifestado,

todas las sectas gnósticas se dedicaron con el mayor esfuerzo á conservarlo, á desarrollarlo y á darle extension. El cáncer devorador, adherido á las mismas entrañas de la sociedad, era el que, para salvar al mundo, debia extirparse á toda costa; y este fué el cometido de la filosofía cristiana; cometido inmenso, sublime, y hasta cierto punto una segunda creacion, en la cual el género humano debia tomar nueva vida. Dios operó esta segunda creacion, lo mismo que habia operado la primera, por medio de algunas palabras salidas de la boca de su Verbo; palabras de vida, gérmenes poderosos de la regeneracion universal; hélas aquí: *Hay tres que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos* TRES *no son más que* UNO; *y hay tres que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre; y estos* TRES *no son más que* UNO (Juan, V, 7 y 8). *Padre santo, os conjuro que sean* UNO, *lo mismo que nosotros somos* UNO, *á fin de que sean consumados en la* UNIDAD (Juan, XVII, 22). Estas palabras que, sin lastimar en lo más mínimo el gran principio de la unidad, establecen claramente y de una manera irrefragable la trinidad en Dios y la trinidad en el hombre, fueron para el género humano palabras de salvacion universal. Los Padres comprendieron al momento toda su fecundidad, y esta idea de la unidad y de la trinidad en todas las cosas, fué inmediatamente la base de sublime filosofía. «Adoramos á un Dios, creador universal; reconocemos á Jesucristo, como Hijo del verdadero y único Dios; con el Padre y con el Hijo adoramos al Espíritu Santo, que habló por los Profetas». Dice S. Justino en su primera *Apología* y tambien Atenágoras: «Hacemos profesion de creer en un solo Dios, creador y soberano del Uni-

verso. Vuestras acusaciones de impiedad son infundadas; no pueden autorizarse con la distincion de las personas Padre, Hijo y Espíritu Santo en el dogma de la Trinidad, porque en la creencia de los cristianos esta no altera la unidad de la esencia divina, como un rayo no altera el sol de donde emana». «El Dios que adoramos, dice á su vez Tertuliano, es *uno*; Él es quien, para manifestar su magestad suprema, sacó de la nada este gran Universo, con todos sus elementos y espíritus que lo componen. La Palabra mandó, la Sabiduría ordenó y el Poder ejecutó». Luego, en el lenguaje de Tertuliano, la Palabra, la Sabiduría y el Poder es la Trinidad. Para convencerse de ello basta echar una mirada sobre el capítulo 21 de su *Apología*, de la cual no reproducimos mas que algunas palabras, para no prolongar las citas; pero, por cortas que sean, bastarán y son suficientemente explícitas para permitirnos sacar de ellas esta consecuencia: luego Dios es unidad y trinidad; luego el Universo es una manifestacion de Dios, y Dios no puede manifestar mas que lo que es; luego el Universo es tambien unidad y trinidad. Asi como en el tipo inmutable la pluralidad de las personas no destruye la unidad de la esencia, tampoco en las criaturas, formadas á su imágen, la pluralidad de relaciones y la diversidad de funciones pueden destruir la unidad de naturaleza. De otro modo, siendo el mundo, el hombre y la inteligencia imágen de Dios, la sociedad perecería si perdiese la semejanza con su tipo, si cesara de ser unidad y trinidad; porque, dice Orígenes en la refutacion de los errores de Celso, *la Trinidad es el eje del Universo*.

Esto es lo que proclaman á porfía todas las grandes voces católicas del Oriente y del Occidente. Tal

es la magnifica *incógnita* que los Orígenes, (Homil. 9 *in Exod.* núm. 3.), los Cirilos de Jerusalem (Catech. 4.), los Teófilos de Antioquia (*Ad Autolyc.*, lib. 3.), los Gregorios de Niza (*Contra Eunon.*, lib 1.) los Naciancenos (Serm. 44 *in Pentecost.*), los Basilios (Homil. *in Fide.*), los Crisóstomos (Serm. 3 *in Genes.*), los Hilarios de Poitiers (*De Trinitate.*), y los Agustinos (*De Trinitate.*), se esfuerzan en despejar en sus investigaciones. Diríase que no podian desplegar sus elocuentes labios, sin proclamar antes este dogma fundamental; y en efecto es así, porque de la consolidacion de este principio dependian la regeneracion y el porvenir del mundo. ¡Con qué infalible instinto lo habia comprendido el genio del mal! Este difícil terreno es el que eligen para el combate, que sostienen durante seis siglos con un encarnizamiento hasta entonces no conocido en los fastos del mundo. El infierno, despues de haber lanzado sus tigres y sus leones contra los hijos y las vírgenes del cristianismo, lanzó contra los Padres y los defensores de la fé aquellos gigantescos sectarios, á cuyo poder, astucia y nombre temblaron más de quince siglos consecutivos. Desde Manes, Arrio y Macedonio, hasta Elipando y Felix de Urgel, todos los grandes campeones del error tienden obstinadamente á destruir la Trinidad; pero, gracias á la Providencia, sus esfuerzos fueron siempre inútiles, y despues de una lucha de seiscientos años, sostenida por nuestros Padres y por nuestros Doctores, la Trinidad salió victoriosa y la humanidad se salvó.

Seguros anticipadamente estos filósofos cristianos de una victoria decisiva, no aguardaron el fin del combate para deducir del principio de la Trinidad divina la existencia y la necesidad de una trinidad

secundaria en todas las obras de Dios; en lo cual eran muy consecuentes, porque el órden religioso es es el tipo y el generador de todas las demas órdenes y la imágen más perfecta de la Divinidad, en la cual el alma humana fija sus primeras miradas. «Tenemos en nuestra alma, dice S. Agustin (el único que citaremos, despues de los ya indicados), tres facultades: memoria, inteligencia y voluntad. Estas tres cosas no son tres vidas, sino una sola vida; ni tres almas, sino una sola alma; de consiguiente no son tampoco tres sustancias, sino una sola sustancia. La memoria, la inteligencia y la voluntad, consideradas en sí mismas, son llamadas vida, alma y sustancia; pero consideradas relativamente á sus funciones, son llamadas memoria, inteligencia y voluntad, y las tres no forman mas que uno. Por mi parte hallo esta divina Trinidad, ya sea en la inteligencia, ya en el amor. Cuando tengo aficion á una cosa, encuentro en esto tres cosas: yo, el objeto apetecido y mi afecto; y lo mismo sucede cuando conozco alguna cosa». Pero esta imágen de la Trinidad no se halla sólo en el alma, sino tambien en el cuerpo humano y en todos sus sentidos, en los cuales se reproduce aquella gran ley que exige que todo efecto sea el resultado de tres principios. «En la percepcion de un objeto, dice tambien S. Agustin, hay tres cosas muy fácil de conocer y de distinguir: primeramente el objeto visto, que podia muy bien existir antes de ser percibido; luégo la vision, que no existia antes que el objeto de ella cayera bajo el dominio de nuestra vista, y por último lo que tiene nuestro ojo fijado en el objeto, durante todo el tiempo que lo miramos, es decir, la atencion del espíritu, y así de los demás sentidos». En una palabra, el universo entero pro-

clama á su autor, Dios uno y trino. Despues de haber dicho que el Espíritu Santo, este amor sustancial del Padre y del Hijo, es como el vínculo del universo, que establece el órden y la armonía entre todas las criaturas, añade aquel sublime Doctor: «En todas las obras de Dios hallareis la unidad, la forma y el órden; la unidad, en la sustancia de los cuerpos y en la naturaleza de los espíritus; la forma, en la figura ó calidades de los cuerpos y los talentos del espíritu; y el órden, en el peso ó en la posicion relativa de los cuerpos y en las afecciones y potencias del alma. Luego es inevitable que al considerar al Creador por las cosas creadas, veamos tambien la Trinidad, cuya imágen se revela, en cuanto es posible, *quomodò dignum est*, en todos los séres de la creacion».

A pesar de la gran necesidad que tenemos de ser concisos, no hemos podido menos de insistir en esta demostracion, porque el dogma de la Trinidad, así concebido, es en efecto el arsenal á que los Padres de la Iglesia, y con ellos todos los escritores eclesiásticos, van á proveerse de armas para combatir y refutar todos los errores y para establecer y consolidar todas las verdades. Ahora, pues, se comprenderá muy bien que todo consiste en la Trinidad y que todo emana de ella: la unidad de Dios, contra los paganos y cuantos sectarios se esforzaron despues de ellos en perpetuar la doctrina de los dos principios; la trinidad de las personas, contra los sabelianos y contra cuantos, á ejemplo suyo, no admiten en la divinidad mas que una sola hipóstasis, bajo tres nombres diferentes; la divinidad de Jesucristo, contra Arrio y todos sus secuaces, que pretextaron la encarnacion del Verbo, para hacer de él una criatura y rechazar

toda especie de consustancialidad entre el Padre y el Hijo; la divinidad del Espíritu Santo, contra Macedonio, que hallando los principios de los arrianos faltos de fuerza contra la divinidad de Jesucristo, perfectamente establecida en los sagrados libros, se sirvió de ellos para demostrar que el Espíritu Santo no es mas que una criatura; la pluralidad de naturalezas en Jesucristo, contra Eutiquio, que reduciendo el Verbo á la sola naturaleza divina, le despojaba de su calidad de mediador y destruia la realidad de sus tormentos, los beneficios de su muerte y las promesas de su resurrecion; la unidad de persona en Jesucristo, contra Nestorio, que, admitiendo una persona divina engendrada por el Padre desde toda una eternidad y una persona humana nacida de María con el tiempo, introducia la confusion en la Trinidad, y negaba la maternidad divina de la Vírgen, rehusándola el honor de haber parido al que es Dios y hombre á un mismo tiempo; y finalmente, la existencia del pecado original, contra Pelagio, la concupiscencia que es su resultado y como el residuo en el corazon humano, la necesidad de la gracia para hacer el bien, y su acuerdo con el libre alvedrío.

Tales fueron, en resúmen, los errores que durante los seis primeros siglos tuvieron agitada la Iglesia, y mantuvieron abiertas las puertas del infierno para que vomitara nubes de furiosos sitiadores contra esta fortaleza de la eternidad; pues los que vinieron más tarde, emanando de los primeros, fueron verdaderos arroyos salidos de aquellos caudalosos rios de corrupcion. El primero, por órden de fechas, es el de los *monotelistas*, que suponian la naturaleza humana de tal modo absorbida por la divina, que no conservaba ya accion propia, y por

lo tanto rehusaban reconocer en Jesucristo mas que una voluntad única y una sola operacion. Los *iconoclastas*, cuyo jefe era Leon Isauro, vinieron poco despues de los monotelistas, y bien impuestos en la escuela de los judíos y de los sarracenos, condenando, á ejemplo de sus maestros, el culto á las imágenes como una idolatría, las hacian pedazos, quedando siempre impunes, por ser esto del agrado de los emperadores. Así fué que no cesaron por espacio de más de ciento y veinte años de sembrar el trastorno, el desórden y la confusion en el imperio, y de rechazo en toda la Iglesia. El siglo siguiente fué célebre por la famosa disputa de los griegos sobre la procesion del Espíritu Santo, bajo el episcopado de Focio, patriarca intruso de Constantinopla; disputa que concluyó dos siglos más tarde con la separacion definitiva de la Iglesia romana por la influencia de Miguel Cerulario, prelado intrigante y ambicioso, digno en todos conceptos de consumar un cisma que ningun siglo ha visto extinguir, y cuyo fin ahora menos que nunca puede preverse. El siglo X, uno de los más tristes en la historia de la Iglesia, por su ignorancia, su barbárie y desbordamiento de las costumbres, vió nacer y morir muchos errores sobre la canonizacion de los Santos, el bautismo de las campanas, el celibato de los sacerdotes y el culto á las reliquias; pero el mayor de todos fué la herejía publicada por Berenger en el siglo siguiente sobre uno de los dogmas fundamentales de la religion, cual es la presencia real de Jesucristo en el misterio de la Eucaristía. Este error, adoptado por la mayor parte de los sectarios que surgieron despues de él, se trasmitió de edad en edad, pasando sucesivamente por los *albigenses*, *wiclefitas* y los *taboritas*, para llegar

hasta Lutero, que hizo de él uno de los puntos capitales de su reforma. Los *valdenses* nacieron en el siglo XII, y bajo el nombre de *pobres de Lyon* se multiplicaron tanto, que poblaron la Francia é hicieron temblar á la Iglesia, renovando los errores de Vigilancio sobre la litúrgia, el culto de los Santos y la gerarquía eclesiástica; los de los *donatistas*, sobre la nulidad de los sacramentos administrados por los malos sacerdotes y sobre la naturaleza misma de la Iglesia; los de los *iconoclastas*, sobre la veneracion de las imágenes, y añadiendo á todos estos absurdos el dar por sentada la incapacidad de la Iglesia para poseer bienes temporales, y conceder á todos los cristianos el derecho de apoderarse de ellos. ¿Quién no descubre á primera vista el infinito número de desórdenes que tales doctrinas debian producir? Propagáronse, pues, por espacio de algunos siglos, y fué necesario nada menos que las Cruzadas para comprimirlos, ya que no extirparlos completamente, puesto subsistian todavía cuando vino la reforma. A principios del mismo siglo fué condenado Abelardo por los errores que habia enseñado sobre la Trinidad, la la Gracia y la Encarnacion; errores de que luégo se retractó y de los cuales hizo penitencia. ¡Pueda esta habérselos hecho perdonar, borrando al propio tiem- todos los demas extravíos de su vida!

Creemos haber recorrido el círculo que sobre los doce primeros siglos de la Iglesia nos estaba trazado, y poder terminar aquí esta historia de las aberraciones, en que cae infaliblemente el espíritu humano cuando se atreve á entrar en lucha con el espíritu del Señor. Luego, aunque esta lucha haya sido larga, obstinada, terrible y animada, estamos en el caso de poder asegurar que la Iglesia no fué jamás

sorprendida, ni careció de defensores. En efecto, alrededor de estos grandes atletas de la fe, cuyos nombros hemos citado, y más tarde, observando la sucesion de las épocas, despues de S. Cesáreo de Arlés, de S. Gregorio, papa, de S. Juan Damasceno, de San Anselmo, de Alberto el Grande, de Alejandro de Halez, de Santo Tomás, de S. Buenaventura y de San Bernardo, vemos reunirse en grupos numerosos para secundarlos con todos sus esfuerzos, primero, todos los soberanos Pontífices, desde el papa S. Cornelio hasta el papa Pelagio, que cierra este primer período, y desde S. Gregorio el Magno, que abre el siguiente, hasta el papa Inocencio II, que condenó á Abelardo y sus errores despues de refutados en el Concilio de Soissons por S. Bernardo; luégo, todos los santos obispos, desde S. Ignacio, consagrado obispo de Antioquía por S. Pedro, hasta S. Gregorio de Tours, y desde S. Agustin, primer apóstol de los ingleses, hasta Fulberto de Chartres, Juan de Salisbury y el cardenal Mateo de Angers; en una palabra, todos los santos ministros de la Iglesia, sacerdotes, diáconos, monjes, y hasta los piadosos láicos, á quienes el Espíritu Santo animó á su defensa, inspirándoles la inteligencia de los dogmas para sostenerlos y para vengarlos. Así fué que, combatidos los *monotelistas* por S. Sofronio, obispo de Jerusalem, por S. Máximo y por su discípulo S. Anastasio, fueron condenados en diferentes Concilios y anatematizados definitivamente en el VI general. Nicolás I, Adriano II, Juan VIII, y con ellos S. Metódio, patriarca de Constantinopla, y dos siglos más tarde Pedro de Antioquía y Leon IX se opusieron vigorosamente al cisma de los griegos, concluyendo por declararlos excomulgados y fuera del gremio de la Iglesia universal. Las impiedades

de Berenger reavivaron por todas partes la fe en la presencia real; pues inmediatamente se levantaron Ascelino del Bec, Hugo de Langres, Alger de Lieja, Eusebio de Angers, Abbon, Guitmond, Lanfranc y otros para vengar la creencia católica y conservarle intacto este dogma, que es toda su esperanza y toda su dicha. Podríamos ciertamente prolongar mucho más esta enumeracion y multiplicar á nuestro placer, en los trastornos suscitados por la herejía de los vandois, los nombres y las autoridades; pero siendo su número casi infinito, nos veríamos en la absoluta imposibilidad de escoger entre tan dignos personajes. Por otra parte nos creemos dispensados de ello por el solo hecho de sus victorias, porque, nombrados los jefes, ¿no es ya fácil formarse una exacta idea de los soldados?

Es indudable que no todos tomaron una parte igualmente activa en el combate; pero mientras los unos, siguiendo los pasos de los más intrépidos, se arrojaban denodadamente á la pelea, haciendo por todas partes frente al enemigo, otros, á ejemplo de S. Jerónimo, recorrian las diferentes versiones de la Escritura; coleccionaban los textos de los hebreos y de los samaritanos; expurgaban la traduccion de los Setenta y disponian la Vulgata, que más tarde fué la version definitiva de la Iglesia. Unos, (¿quién es capaz de contarlos?) se entregaban con ardor al estudio de los santos libros, extraian de ellos todo el jugo religioso, penetraban todos los sentidos más místicos, y aclarando los pasajes oscuros, facilitaban su inteligencia con piadosos y sábios comentarios; otros, á ejemplo de S. Juan Crisóstomo, de S. Ambrosio y de S. Agustin, dirigian á sus pueblos aquellas excelentes homilías, que son al propio tiempo tratados

completos de todas las materias religiosas, y en las cuales, al lado de la doctrina más ortodoxa, resplandecian la más viva fe, la más pura moral y la más ardiente y sincera piedad. S. Jerónimo sentaba los fundamentos de la historia eclesiástica; Sócrates y Sozomeno disponian los materiales; cada cronista á su vez llevaba su piedra, y el venerable Beda coronaba el monumento con una historia completa de los diez primeros siglos de la Iglesia. Los cánones de los Apóstoles, los de los Concilios, los libros penitenciales, los decretos de los Papas, los edictos de los Emperadores, desde los famosos de persecucion hasta los católicos de Constantino el Grande, y áun los arrancados á Isaac Comneno, que vió consumarse bajo su imperio el cisma de Constantinopla, todo tuvo colectores, que recogieron, clasificaron y trasmitieron á la posteridad tan importantes documentos. ¿Quién es capaz de enumerar los autores que pasaron toda la vida en recoger acá y allá, en el mismo teatro de sus acciones, de sus combates y de sus sacrificios, las actas de los Mártires y las vidas de los Santos; en extraer de una infinidad de manuscritos, esparcidos por todas las bibliotecas del mundo cristiano, la cronología de los Papas, de los Obispos, de los Abades, para componer, independientemente de la historia general, la de cada Iglesia, de cada fundacion y de cada monasterio? Los grandes alzamientos de la Europa contra el Asia, por la predicacion de un pobre ermitaño, ó sea un pobre monje: aquellos gigantescos combates, dados para la conquista de un sepulcro, porque este sepulcro era el de un Dios, y al propio tiempo la cuna de una fe, que habia conquistado el universo: aquel reino católico, establecido en Jerusalem por la espada de nuestros an-

tepasados, que por espacio de cerca de un siglo se mantuvo en pié sobre las ruinas de la infidelidad: todos aquellos grandes hechos de armas, todos aquellos grandes combates, todos aquellos sublimes sacrificios, llevados á cabo bajo el estandarte de la cruz, tuvieron tambien sus historiadores y sus cronistas. En aquella época no era extraño que un caballero, como por ejemplo Anselmo de Ribemont, llevase con sus armas de guerra el tintero y el cuaderno para en el intermedio de dos batallas escribir la relacion de las grandes expediciones, de cuya gloria y peligros habia participado. Es cierto que algunos de los trabajos de estos hombres estaban destinados á perderse al través de los siglos, pero al menos no perecieron del todo para la posteridad. ¿No habia S. Jerónimo desde un principio inventado la crítica, y dado nacimiento á la bibliografía sagrada y á aquellos grandes catálogos, que nos han trasmitido no sólo los nombres de los escritores eclesiásticos, sino tambien muchas veces el análisis razonado de sus obras?

No se crea por esto que las artes y las ciencias quedaran arrinconadas ú olvidadas. S. Agustin escribia sobre la música, y dejaba despues de él muchos imitadores; S. Ambrosio establecia en su Iglesia de Milan aquella litúrgia, que bajo su nombre fué la madre de cuantas le han sucedido; S. Gregorio el Magno fundaba el canto católico, y despues de más de quince siglos de estudio y de método se tiene aún de tiempo en tiempo la suerte de volver á la festiva sencillez del canto gregoriano. La gramática, la geografía, las matemáticas encontraron á su vez en Suidas el Lexicógrafo, en Junio el Filósofo, en Juan el Geómetra y en otros muchos, intérpretes capaces

de sondear todos sus arcanos y de poner de manifiesto todos sus problemas, en términos que su solucion esté al alcance de los pueblos. Los reyes por su parte no se durmieron en sus tronos; y á pesar de sus grandes trabajos de Estado y de las contínuas agitaciones de sus reinos, algunos, como Alfredo el Grande, Pepino el Piadoso, Carlo Magno, Luis el Pequeño, Cárlos el Calvo, mientras se ocupaban de literatura y de teología, hallaban todavía medios para dejarnos aquellos códigos de leyes, aquellas cartas, aquellas capitulares, monumentos tan curiosos de la constitucion de los imperios en aquellas épocas remotas y que sirven aún hoy de estudio á los legisladores.

Pero en medio de las agitaciones de la política, de las preocupaciones de la ciencia, de los trastornos que los cismas y las herejías introducen infaliblemente en toda sociedad civil y religiosa, hay una amiga que las necesidades del momento nos obligan algunas veces á olvidar, pero á cuyo lado felizmente se vuelve en todas las fases y en todas las épocas de la vida, en cuanto se tiene un momento de respiro; una amiga que ama la soledad y á la cual se va á buscar en el campo, como S. Gregorio Nacianceno, cuando el fastidio de las ciudades llega á penetrar en nuestro corazon; una amiga que vive tambien en el mundo, cuyo amor se puede cultivar y cuyos favores pueden reclamarse públicamente, como hicieron Alipio y Posidio á vista de S. Agustin; una amiga, en fin, cuya acogida, siempre benévola y graciosa, consuela y alegra el alma, porque posee el único y raro secreto de embellecer hasta la misma dicha y de prestar tambien encantos conmovedores al duelo y al dolor. Esta amiga, ó más bien este ángel consolador, este buen genio de la humanidad, es la

poesía. ¿Quién no ha recurrido á ella para traducir las ideas de su alma, para desahogar los sentimientos de su corazon, para perpetuar, en lenguaje divino, las emociones, algunas veces dulces y placenteras, con frecuencia sensibles y dolorosas, y siempre vivas y profundas de su existencia? ¿Es, pues, sorprendente que en aquellas épocas de fe, de esperanza y de amor, pero tambien de duda, de negacion y de combate; en presencia de aquellos grandes espectáculos tan á menudo desplegados á sus ojos por la religion, y de aquellas encarnizadas luchas de que era el pretexto y la víctima, los hombres, y sobre todo los cristianos, experimentaran la necesidad de amoldar el idioma de Virgilio y de Homero al estilo de los Profetas y del Evangelio, para referir á la humanidad lo que pasaba en su espíritu y en su corazon, y para enseñarle á alabar á la Providencia y á bendecir al Señor en sus beneficios? «Así, dice el venerable Beda, sus versos inspiraban el desprecio al siglo y avivaban en las almas el deseo de la vida eterna. Supieron apropiarse tan bien las ideas de la Escritura y dar tanto encanto á su poesía, que los más sábios Doctores se complacian en escucharlos. La creacion del mundo, la caida del primer hombre, el cautiverio de Israel, su salida de Egipto y su entrada en la tierra prometida, la encarnacion del Verbo, todas las peripecias de su redencion, su resurreccion de la tumba, su ascension al cielo, la venida del Espíritu Santo, la iluminacion de los Apóstoles y la maravillosa conquista del mundo por la doctrina de Jesus, eran alternativamente el objeto de sus cantos. Describian tambien á grandes rasgos el terror del juicio futuro, los horrores de la cárcel eterna y el dulce reposo del reino celestial; pero la pintura de la bondad

de Dios y de su justicia les servia mucho más amenudo para hacer volver los pecadores al amor al bien y á la práctica de la virtud.» En este sentido, y con el único fin de lograr este objeto, fueron escritos los bellos poemas de Lactancio, de Juvenco, de Víctor, de Sedulio, de Severo, de S. Paulino de Nola, de Rústico, de Teodulfo de Orleans, de Marbode y de tantos otros. Cuando no se cantaba á Dios, se cantaba á la patria; se celebraban en versos heróicos aquellas grandiosas expediciones llevadas á feliz término bajo el estandarte de la cruz, las cuales no eran otra cosa que una epopeya en accion, en alabanza del Redentor, ó bien aquellos combates y aquellos asaltos dados al corazon mismo de la nacion; como Abbon de S. German-des-Prés, que nos ha dejado un poema sobre el sitio de París por Rollon y sus normandos. A estos siglos de fe viva y ardiente debemos tambien aquellos preciosos himnos católicos, que la Iglesia conserva en su litúrgia, y que aún canta con tanto entusiasmo y amor. En nuestro siglo de indiferencia y de materialismo estamos demasiado heridos para comprender bien los efectos producidos por la poesía en aquellas naciones nuevas y recien abiertas á la vida moral y cristiana; podemos algunas veces experimentar sus encantos, pero nos hemos hecho absolutamente incapaces de soportar su poder. Perdónesenos, pues, haberle concedido tanto lugar en esta Introduccion. Se creerá tal vez que hemos cedido á nuestro flaco, exagerando su influencia; pero deberá al propio tiempo reconocerse que no hemos hecho sino repetir una verdad; mas si se quiere á todo trance que nos hayamos extraviado, tendremos al menos el consuelo de haberlo hecho en muy buena compañía.

¡Qué tiempos y qué hombres! ¿Cómo unos siglos, que nos hemos acostumbrado á mirar como bárbaros, pudieron producir tantos grandes hombres, y cómo estos pudieron ser suficientes para los inmensos trabajos de tantos años? Esto es su secreto, pero no lo llevaron todo consigo al sepulcro. Aunque la práctica se haya desgraciadamente perdido en nuestra época, no es aquella tan remota que hayamos olvidado todo recuerdo de ella, y que en caso necesario no pudiéramos explicar alguna cosa acerca de sus maravillas.

En un momento previsto por los decretos de la Providencia, algunos hombres marcados con el dedo del Señor, como S. Antonio en Oriente y S. Benito en Occidente, se erigieron en institutores de la vida ascética y claustral, abrieron los primeros monasterios y les dejaron admirables reglas que, habiendo sobrevivido á todas las revoluciones, rigen aún, al abrigo del mundo, de sus vicisitudes y de sus abusos, en las órdenes religiosas de nuestros dias. Algo más tarde, pero con muy poco intérvalo, otros hombres salidos de los primeros, porque todo se encadena en los designios de Dios, echaban en Europa los primeros fundamentos de aquellas escuelas, á que la juventud estudiosa acudia de todas partes, y las cuales fueron en lo sucesivo tan célebres por la ciencia y piedad de los maestros, como por el celo, las virtudes, los talentos y los resultados de los discípulos, de los que algunos, como S. Bernardo, supieron reunir la más alta ciencia á la más eminente santidad; y otros, como Gerberto, bajo el nombre de Silvestre II, se elevaron hasta la cúspide de las dignidades eclesiásticas, y despues de tantos Pontífices gloriosos, supieron dar realce á la tiara y honrar la cátedra de S. Pedro.

En el fondo, pues, de aquellos monasterios, que eran al propio tiempo escuelas, y en el silencio de sus reducidas celdas, los pobres religiosos, hasta entonces no conocidos del mundo, pasando de los trabajos de mano á los intelectuales, copiaban los antiguos manuscritos, y nos conservaban los tesoros de las ciencias y de las letras, que por los griegos y romanos nos habian sido legados; tesoros que hubieran infaliblemente perecido si manos piadosas, conociendo su inestimable valor, no se hubiesen apresurado á salvarlos de las guerras tan contínuas en aquellas épocas, multiplicando las copias al infinito. Otros, hechos sábios en fuerza de fe, ilustraban los misales, los antifonarios y todos los antiguos libros litúrgicos con aquellas maravillosas pinturas, verdaderas obras maestras de iconografía cristiana, en las cuales el oro se mezclaba de una manera tan fantástica, y al mismo tiempo tan inteligente, con la mágia de los colores, que no sólo son aún admiradas, sino que causan envidia á nuestros mejores artistas. Otros estudiaban los libros sagrados, profundizaban hasta en lo más íntimo los misterios del dogma y de la moral, y elevándose hasta á lo más sublime de la teología, perpetuaban en la Iglesia la tradicion de los Padres y de los Doctores. La gramática, la retórica, la dialéctica, la filosofía, la geometría, la astronomía y aún la poesía misma no tenian ya secretos para nadie; todas las artes, en una palabra, todas las partes de la literatura, todas las divisiones de la ciencia, públicamente enseñadas desde lo alto de las cátedras, eran recogidas por una infinidad de discípulos, que hechos maestros á su vez, las trasmitieron á la posteridad con la voz y la enseñanza. De este modo el espíritu humano se habia acostumbrado por

todas partes á alabar á Dios y á celebrar sus dones en un concierto unánime de alabanzas, aunque de tiempo en tiempo algunos hombres indignos de beber en estos tesoros, se separaron de la comunion universal para volver contra Él sus dones y sus beneficios. Pero, salvas estas cortas excepciones, suscitadas por el espíritu del orgullo, todos, sin cuidarse ni hacer caso de la celebridad, que por sí sola iba á á buscarlos, concurrian á defender la Iglesia, á consolarla de sus pérdidas y á glorificarla, manteniendo siempre radiante en su frente la triple aureola de la ciencia, del ingenio y de la santidad.

Desde aquel tiempo el género humano ha envejecido sin adquirir casi nada de cuanto pueda contribuir á establecer la verdadera ciencia, es decir, la ciencia de la dicha y de la verdad; porque si bien es cierto que otros hombres han sucedido á los primeros, distan mucho de poderlos sustituir; así es que, á pesar del título de maestros que han usurpado para seducir á los pueblos, estos no han podido menos de mirarlos como intrusos en la cátedra de los verdaderos Doctores. Efectivamente, no llevaron á ella ni la luz ni la verdad, puesto que tanto en filosofía como en religion sólo han conseguido establecer la confusion de lenguas y de ideas. Con ellos, los sistemas han combatido á los sistemas; las doctrinas han devorado las doctrinas; el mundo se ha encontrado nuevamente sumido en una especie de caos intelectual y moral, y, como en los primeros dias, las tinieblas han empezado á reinar de nuevo en la superficie del abismo. ¿No es verdad que desde tres siglos á esta parte la Europa es ya presa de un profundo malestar, y que por todas partes presenta síntomas infalibles de una gran desviacion social? ¿Qué ha pasado pues?

¿Quién ha hecho apartarse de este modo al género humano del camino verdadero? ¿Quién ha vuelto á colocarlo en la pendiente que conduce al precipicio? ¿Dónde están los culpables, y cuál es la causa de semejante desórden? Los culpables no los nombraremos, porque tendriamos que nombrar á nuestros padres; pero la causa héla aquí: hemos perdido á Dios, porque una nueva filosofía lo ha eliminado de la sociedad. ¿Qué dia, en qué hora y cómo este deicidio ha podido consumarse? Si lo preguntais á la historia, os responderá: volved la vista á la Alemania, y mirad, á fines del siglo XV á Lutero produciendo el caos en nombre de la libertad. Como padre del dualismo moderno, sentando por principio la duda, fué el primero en desconocer y proscribir en el mismo seno del cristianismo la grande ley del mundo, el principio fundamental de la unidad y de la trinidad universal.

Una vez desterrada esta del órden más elevado ó sea el religioso, tan poderosa idea cesó poco á poco de dirigir las investigaciones del estudio en los órdenes inferiores, y desde entonces el dualismo invadió sucesivamente todas las ciencias. Así, en vez de los principios conservadores de la sabiduría cristiana, se empezaron á proclamar las más extravagantes máximas; en vez de aquella Trinidad, que más arriba hemos presentado como gérmen fecundo de todas las verdades religiosas y sociales, como la clave de una explicacion universal, como el medio de juzgar toda la sublimidad del Evangelio, los trabajos del espíritu y los actos del corazon humano, en una palabra, como el sistema divino de la única filosofía digna de este nombre, se ha imaginado: ¿qué? Toda clase de utopías á cual más vana y peligrosa; el libre exámen, por ejemplo, que ha engendrado la duda, y

reconducido las naciones por la via de una cínica incredulidad hasta los límites de la barbárie, hasta las más absurdas locuras del paganismo; porque la fe es la única que afirma, y la duda no puede producir mas que la negacion y el desórden. «En efecto, dice el abate Gaume, de quien hemos tomado mucho para la confecion de este trabajo, considerad la sorprendente analogía que hay entre el estado actual y el estado del mundo al nacimiento del cristianismo. Hoy, lo mismo que entonces, ¿no es todo Dios, menos el mismo Dios? Hoy, lo mismo que entonces, ¿no existe el dualismo en todo y por todo? En el órden intelectual, por el racionalismo; en el moral, por la revolucion general contra la ley divina; en el político, por la confusion de las más incompatibles teorías; en las familias, por el divorcio; en las ciencias, por el materialismo, funesta separacion entre la creacion física y la creacion espiritual.»

A iguales males, iguales remedios. El principio de unidad y de trinidad, sentado por el cristianismo, sostenido, desarrollado y aplicado por los Padres de la Iglesia, salvó al mundo una vez; luego él solo puede salvarle aún. Indíquesenos, si no, otro medio para poner de nuevo al Verbo en posesion de su herencia y poner tambien término á las angustias de la humanidad. ¿Qué es lo que han producido todos los sistemas de filosofía inventados de más de trescientos años á esta parte? Ruina y escombros, y muy amenudo ¡ah! guerras y sangre, huesos y cadáveres. Y no podia menos de ser así, porque una vez introducida la anarquía en las ideas, debe esperarse verla pasar casi instantáneamente á todo lo demás. Cuando se predica la duda, se siembra la division; y desde entonces no puede ni debe uno sorprenderse de verla

germinar en los Estados, en la sociedad, en las familias. Luego si las familias, la sociedad y los Esdos se dividen entre sí, ¿pueden subsistir de otro modo que entre convulsiones y destrozos? ¡Insensatos! Han reemplazado la verdad con la mentira, y se sorprenden de no haber producido mas que desórden; han levantado sobre arena un edificio sin fundamentos, y se admiran de reinar sobre ruinas. En efecto, ¿el principio y el fin de toda filosofía no es la verdad? Luego la raiz de la verdad es la fe, así como el fundamento de la fe es Dios; y Dios es al mismo tiempo unidad y trinidad. Fuera de esto no hay salvacion para la sociedad. ¿Y quién, mejor que los Padres de la Iglesia, podrá hacernos conocer los misterios de la Trinidad?

No, no vacilamos en asegurarlo; cuando no se conocen estos misterios, nada se sabe, nada se comprende, ni puede en concepto alguno merecerse el nombre de filósofo. Todo cuanto hay de bueno, de grande, de verdadero se halla en los Padres. Ellos fueron los manantiales, nosotros no somos mas que arroyos. Aprended á conocerlos, y juzgad.

Lo que acabamos de decir de la filosofía ¿no podríamos aplicarlo tambien á la literatura, y probar que ha sido falseada por su base y desviada del verdadero objeto, por el mismo espíritu de error y de mentira, que tanto desórden y anarquía introdujo en el mundo intelectual y moral en los tres primeros siglos? Nada tan fácil como demostrarlo, puesto que la demostracion no exige mas que citas. El primero que vendrá en nuestro apoyo será Victor Hugo, cuya competencia en el asunto que nos ocupa nadie podrá negarle, á pesar de los extravíos que haya podido tener. Ved, pues cómo este literato considera,

la aparicion del Evangelio en el mundo y qué consecuencias saca de él, bajo el punto de vista de una literatura nueva y cristiana. «Una religion espiritualista, dice, suplantando al paganismo material y exterior, se infiltra en el corazon de la sociedad antigua, la mata; y en aquel cadáver de una civilizacion decrépita depone el gérmen de la civilizacion moderna..... Esta religion es completa, porque es verdadera; entre su dogma y su culto está profundamente grabada la moral..... Una parte de las verdades que *enseña* habia sido tal vez *sospechada* por algunos sábios de la antigüedad; mas su plena, luminosa y ancha revelacion data del Evangelio. Pitágoras, Epicuro, Sócrates y Platon fueron antorchas; Jesucristo es la luz. Hé aquí, pues, una nueva religion, una nueva sociedad; y sobre esta doble base es preciso que veamos elevarse una nueva poesía.» En efecto, una literatura pagana en pueblos cristianos ¿no es una chocante anomalía, un monstruoso anacronismo?

No admite duda que á la aparicion del cristianismo sus primeros defensores procedian de la escuela pagana, y no podia ser de otro modo; pero desde el siglo IV, es decir, sólo despues de algunas generaciones de cristianos y luégo que la religion, libre de las trabas de las persecuciones, pudo vivir con una existencia propia y natural en su origen, los dos genios más vastos y más completos quizá entre los que honramos con el nombre de Doctores, S. Jerónimo y S. Agustin, habian conocido el vacío de aquellos primeros estudios hechos en las escuelas de Roma y de Cartago, é indicado los peligros de aquella falsa educacion, que nutriendo las almas con todas las ilusiones de la fábula, les inspiraba un

odio mortal á la verdad.» «¡Habia aprendido, dice S. Agustin, á llorar la muerte de Dido, que se la dió por haber amado mucho, y era, oh, Dios mio, insensible á la muerte de mi alma separada de vos, que sois su vida! Si se me queria prohibir esta lectura, lloraba por no tener sobre qué llorar.» Si se lee este pasaje en el libro primero de sus Confesiones, se verá cuán amargamente deplora el desprecio con que entonces miraba la sagrada Escritura; desprecio tal, que hasta la juzgaba indigna de ser comparada con las obras de Ciceron. Oid su resolucion inspirada por el arrepentimiento: «Dejen de una vez de importunarme esos traficantes de gramática. No hay duda que de aquellos estudios inútiles he sacado algunas palabras provechosas; pero sería más fácil aún sacar los mismos conocimientos de algunos buenos libros, sin arriesgar la salvacion por adquirir un buen lenguaje.» S. Jerónimo, á su vez, nos enseña cuán opuesta es al cristianismo, y por consiguiente funesta á la sociedad, aquella admiracion exclusiva por los autores paganos, fruto de los primeros estudios. «¿Qué puede haber de comun, dice, entre los cantos profanos y los castos acordes del harpa de David? ¿Cómo aliar al Salmista con Horacio, y á Virgilio con los santos Evangelistas? No nos es lícito beber á un mismo tiempo el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios.»

¡Hé aquí, sin embargo, lo que despues de diez siglos de literatura y de filosofía cristiana, y á pesar de todos los magníficos modelos producidos por el espíritu religioso, ha hecho la herejía de Lutero! Ha confundido ambos cálices, pero no ha conservado mas que uno, en el cual ha mezclado el vino del error con la sangre de Jesucristo. ¿Es, pues, de ex-

trañar que los pueblos se hayan embriagado, y que despues de tanto tiempo todas las ideas se hayan confundido en el seno de la humanidad? La literatura ha seguido á la filosofía, y ambas, bajo el falso manto de la religion, nos han hecho retroceder al paganismo. ¿Y no es preciso que suceda lo propio cuantas veces se rompa la cadena de las tradiciones? Por esto, desde el siglo XVI, es decir, en el mismo instante en que el paganismo invadia la Europa, el célebre P. Possevino, temblando por el porvenir, hacia resonar en Italia estas enérgicas palabras: «¿Por qué pensais que los hombres se precipitan en el golfo de la iniquidad, abandonándose sin el menor recato á todas sus pasiones? No lo dudeis, es porque desde su infancia se les ha enseñado todo, menos la religion; porque en las escuelas se les ha hecho leer todo, menos los autores cristianos; y si en ellas se habla alguna vez de religion, es tan rara y ligeramente, que semejante instruccion puede compararse á una gota de buen vino echada en un tonel de hiel y vinagre.»

«¿Quién habia de creer esclama con razon el erudito abate A. Sevestre, que mientras tanto, y á pesar de estas y de otras saludables advertencias proclamadas por todas las voces católicas de la época, la Europa, y la Francia mucho mas que ninguna otra nacion cristiana, habia de consentir en abdicar de sí misma, hasta tomar por modelos exclusivos á los griegos y á los romanos, hasta sujetar á las formas estudiadas de su lenguaje pagano su palabra tan festiva y tan enérgica y su marcha tan viva y tan francamente desembarazada. Y esto ¿por qué? Porque un hombre, llamado aún en el dia el *Príncipe del Parnaso*, se propuso proscribir de la lite-

ratura y de las artes la historia nacional, en la que no hallaba sino un fondo estéril y prosáico, y el Evangelio, que no le ofrecia mas que austeridades. Al menos en los otros países esta profanacion no pudo llevarse á cabo sin sublevar algunas protestas parciales. Vióse el génio de Tasso, de Camoens y de Milton, que inflamados por el fuego del cristianismo y temblando de indignacion, lucharon contra aquel torrente fatal; pero en Francia se consumó el sacrificio sin que nadie osara reclamar. Diríase que el espíritu francés, dormido por tanto tiempo, se creia aún demasiado feliz con poder despertar en el paganismo. ¡Gloria eterna al discípulo del jansenismo, por serle deudores, desde hace dos siglos, de que nuestra lengua y nuestra fe hayan sido reemplazadas por la jerga y por la idolatría!»

«De este modo se cortó, exclama tambien Mr. Cárlos de Viliers, el hilo que unia nuestra cultura poética á la cultura poética de nuestros padres. Fuimos infieles á su espíritu, para entregarnos sin reserva á un espíritu extraño, que no comprendiamos bien, y que ninguna relacion tenía con nuestra vida real, con nuestra religion, con nuestras costumbres ni con nuestra historia. El olimpo y sus ídolos reemplazaron al cielo de los cristianos..... Y el que quiera mirarlo de cerca hallará quizá que, á la larga, de allí procede esta tibieza de las almas por la religion, por la sencillez y por la santidad del Evangelio y por cuanto hay verdaderamente grande, noble y humano.»

Dice Mr. Balanche en su *Ensago sobre las instituciones sociales*, con no menos fuerza que buen sentido: «La literatura de todas las naciones viene de su propio orígen. Los franceses han querido aunar

su literatura natural á la de los antiguos; y de esto procede aquella parte que tiene de artificial, que entibia hasta la expresion de los sentimientos, y esta naturaleza y costumbres convenidas, que ni participan de sociales ni de ideales.»

«¿Por qué estos defectos han de ser peculiares á nuestra literatura, añade muy á propósito el citado abate Sevestre, y no se han de encontrar, por decirlo así, en la de ningun otro pueblo? Porque no siendo nuestra literatura la expresion de nuestras costumbres, de nuestros hábitos ni de nuestras creencias, no reproduce mas que sentimientos é ideas prestadas, y carece indispensablemente de inspiracion para verterlas; porque la inspiracion viene de lo alto, y nosotros la buscamos acá abajo; porque la pedimos á los ídolos, en vez de pedirla á Dios; porque consultamos á todos los genios de la fábula, en vez de interrogar á los inmortales genios de la verdad, Lactancio, Minucio Félix, Sulpicio Severo, Vicente de Lerins, Ambrosio, Crisóstomo, Basilio, Gregorio, Hilario de Poitiers, Atanasio y S. Bernardo, que nos responderian con aquella elocuencia, con aquella admirable filosofía, con aquella fuerza y encantos divinos de lenguaje, que han sabido causar la admiracion hasta de los mismos retores del paganismo, y llenar el mundo entero con su nombre.» «La elocuencia de los Doctores de la Iglesia, dice Chateaubriand, (cuyo *Génio del Cristianismo* no es mas que una magnífica protesta en favor de la verdad de que acabamos de hacernos un eco mucho menos inteligente que convencido) la elocuencia de los Doctores de la Iglesia tiene algo de imponente, de fuerte y de real, para hablar en estos términos, y su autoridad os confunde. Se conoce que su mision viene de lo alto y

que enseñan por órden expresa del Omnipotente; y sin embargo, en medio de estas inspiraciones, su genio conserva siempre la calma y la majestad.»

Pues bien, en el momento supremo en que vivimos, cuando la literatura parece querer remontarse á la verdad de su orígen, yendo de nuevo á pedir la inspiracion á su misma cuna, ¿no es una obra de misericordia cívica y cristiana el llamarla á las fuentes puras del Evangelio?

Antes de manifestar con la debida extension el plan que hemos adoptado en la redaccion de esta Biblioteca Manual, creemos oportuno colocar en este lugar el órden cronológico de los Padres latinos y griegos, inserto por el citado jesuita *Weissenbach* en el tomo I de su erudita obra *De Eloquentia Patrum*, páginas 20 á 35, edicion de Augsburgo de 1775, en 9 tomos en 8.°.

ORDEN CRONOLÓGICO DE LOS PADRES LATINOS.

SIGLO I.

De los Padres latinos de este siglo sólo se conservan algunos fragmentos, varios de ellos quizás apócrifos, pues los pocos que se tienen por legítimos del papa S. Clemente, romano, los escribió en griego y no en latin, por lo cual le damos lugar entre los Padres griegos.

SIGLO II.

Escribió SEPTIMIO FLORENTE TERTULIANO, presbítero de Cartago.

SIGLO III.

MINUCIO FELIX, causídico romano.
S. CORNELIO, papa.

S. CIPRIANO, obispo de Cartago y mártir.
NOVACIANO, luégo primer antipapa, jefe de la secta de los *Cátaros* (puros).

SIGLO IV.

S. VICTORINO, obispo de Pettau, en la Panonia, hoy la Styria, y mártir.
ARNOBIO, retor, preceptor de Lactancio.
L. CELIO LACTANCIO FIRMIANO, retor, preceptor de Crispo César, hijo de Constantino Magno.
COMODIANO, filósofo cristiano.
C. VECCIO JUVENCO, español muy noble, presbítero y poeta.
JULIO FIRMICO MATERNO, filósofo cristiano.
S. EUSEBIO, obispo de Verceli.
S. HILARIO, obispo de Poitiers.
S. ZENON, obispo de Verona.
S. FEBADIO, que otros llaman SEBADIO ó FITADIO, obispo de Agén, en Francia.
FABIO MARIO VICTORINO, africano, retor cristiano.
S. OPTATO, obispo de Mileva, en la Numidia.
LUCIFER, obispo de Cagliari, en Cerdeña.
S. PACIANO, obispo de Barcelona.
IDACIO CLARO, español, de Lamego.
S. FILASTRIO, obispo de Brescia, en Italia.
S. DÁMASO, papa, español.
HILARIO, diácono, llamado SARDO, por ser de Cerdeña.
FAUSTINO, diácono, se ignora de qué Iglesia.
TICONIO, africano, donatista.
S. AMBROSIO, arzobispo de Milan.
S. JERÓNIMO, presbítero y monje.

SIGLO V.

RUFINO TORANIO, presbítero y monje.
S. GAUDENCIO, obispo de Brescia, en Italia.
S. CROMACIO, obispo de Aquiléa.
AURELIO CLEMENTE PRUDENCIO, nobilísimo poeta español.
SEVERO SULPICIO, discípulo de S. Martin, presbítero.
EVODIO, obispo de Uzala, en Africa.
ISAAC, judío convertido al cristianismo.
S. AGUSTIN, obispo de Hipona.
CAPREOLO, obispo de Cartago.
S. PAULINO, obispo de Nola.
MARIO MERCATOR, seglar, familiar de S. Agustin.
FILIPO, presbítero, discípulo de S. Jerónimo.
BAQUIANO, presbítero de Hibernia.

FASTIDIO, obispo británico.
CLAUDIO MARIO VICTOR, retor y poeta de Marsella.
CELIO SEDULIO, poeta cristiano.
PAULO OROSIO, presbítero español, discípulo de S. Agustin.
DRACONCIO, presbítero, poeta español.
JUAN CASIANO, diácono de San Crisóstomo y despues monje. Se menciona entre los *latinos*, porque en este idioma escribió las *Colaciones* ó *Conferencias*, pero sus demas escritos en griego.
S. VICENTE de LERINS, monje y presbítero.
S. HILARIO, obispo de Arles.
S. EUQUERIO, arzobispo de Londres.
S. PEDRO CRISÓLOGO, arzobispo de Ravéna.
S. SALONIO, hijo de S. Euquerio. Fué obispo de Génova.
S. VERAN, obispo de Venza, hermano de S. Salonio.
S. PRÓSPERO, laico, de Aquitania, en Francia.
ARNOBIO EL JOVEN, tenido por galo y monje de Lerins.
S. FAUSTO, obispo de Riez.
CLAUDIANO MAMERTO, vicario general de su hermano S. Mamerto, obispo de Verona.
S. SIXTO III, papa.
S. LEON EL GRANDE, papa.
MAXIMO, obispo de Turin.
S. GELASIO, papa.
S. SIDONIO APOLINAR, de Lyon, obispo de Clermont-Ferrant.
SALVIANO, presbítero de Marsella.
CEREAL, obispo de Castelloripso, en la Mauritania.
S. EUGENIO, obispo de Cartago.
GENADIO, presbítero de Marsella.

SIGLO VI.

VICTOR, obispo de Cartena, en la Mauritania cesariense.
JULIAN POMERIO, abad en Arles.
RURICIO, obispo de Limoges.
VENANCIO FORTUNATO, obispo de Poitiers.
PASCASIO, diácono romano, pero algunos creen que sus escritos pertenecen al citado S. FAUSTO, obispo de Riez.
S. ENNODIO, obispo de Pavía.
SEVERINO BOECIO, cónsul romano.
MONTANO, obispo de Toledo.
S. REMIGIO, obispo de Reims.
S. FULGENCIO, obispo de Ruspa, en Africa.
FERRANDO, diácono de Cartago, discípulo del anterior.
PEDRO, diácono griego.
S. ELEUTERIO, obispo de Tournai.
S. JUSTO, obispo de Urgel, en Cataluña.

ARATOR, ex-conde, subdiácono de la Santa Iglesia romana y poeta.
S. CESAREO, obispo de Arles.
VIGILIO, obispo de Tapso.
VICTOR, obispo de Capua.
RUSTICO, obispo de la Santa Iglesia romana.
PRIMASIO, obispo de Adrumeta, en Africa.
JUNILIO, obispo en Africa; se ignora de qué Iglesia.
LIBERATO, arcediano de Cartagena.
FACUNDO, obispo de Hermiana, en Africa.
MARCO AURELIO CASIODORO, consul romano, secretario del rey godo Teodorico.
NICECIO, obispo de Tréveris.
VICTOR, obispo de Tutones, en Africa, del cual, segun algunos, son los libros de VICTOR CARTENENSE, arriba citado.
S. MARTIN, obispo de Braga, llamado tambien *dumiense*.
S. GILDAS EL SÁBIO, presbítero escocés.
S. GREGORIO, obispo de Tours.
S. LEANDRO, arzobispo de Sevilla.

SIGLO VII.

S. GREGORIO MAGNO, papa.
S. COLUMBANO, abad.
CUMENO FOTA, EL LARGO, obispo de Hibernia.
S. ISIDORO, arzobispo de Sevilla.
APONIO, del cual se conocen sólo su nombre y sus escritos.
S. DESIDERIO, obispo de Cuerci, en Francia.
BERENGOSO, abad de S. Maximino en Tréveris.
S. ELIGIO, obispo noviomense.
S. MARTIN I, papa.
S. ILDEFONSO, arzobispo de Toledo.
S. JULIAN, arzobispo de Toledo.

SIGLO VIII.

ADELELMO, ó sea ADELMO, obispo de Sarisburgo.
El venerable BEDA, benedictino anglicano.
S. BONIFACIO, apóstol de Alemania y arzobispo de Moguncia, mártir.
PAULINO, patriarca de Aquiléa.
FLACO ALBINO ó ALCUINO, diácono, maestro de Carlo Magno.
S. ETERIO, obispo de Osma.
S. BEATO, presbítero y monje español.
AMBROSIO AUTBERTO, abad de S. Vicente de Volturno, en el Abruzzo, Italia.
LEIDRADO, arzobispo de Lóndres.

ODILBERTO, arzobispo de Milan.

SIGLO IX.

HALITGARIO, obispo de Cambray.
DUNGALO, diácono y monje de S. Denís (S. Dionisio).
SEDULIO EL JÓVEN, intérprete de la Escritura.
AMALARIO FORTUNATO, arzobispo de Tréveris.
TEODULFO, obispo de Orleans.
SMARAGDO, abad de S. Miguel del Mosa, del órden de S. Benito.
CLAUDIO, obispo de Turin.
S. AGOBARDO, arzobispo de Lóndres
JONAS, obispo de Orleans.
S. PASCASIO RADBERTO, abad de Corbeya, en Francia.
S. BENITO, abad de Aniana.
AMOLO, arzobispo de Lóndres.
FLORO EL MAESTRO, diácono, de Lóndres.
AYMON ó HAYMON, obispo de Halberstadt.
LUPUS SERVATO, abad de Ferrara.
RABANO MAURO, arzobispo de Moguncia.
ANGELOMO, diácono, y monje benedictino de Luxenvil.
WALAFRIDO STRABON, (para mí es el Strabon de Fulde), abad de Richenau.
S. PRUDENCIO, español, obispo de Troyes, en Francia.
RATRAMNO, monje de Corbeya, discípulo de S. Pascasio.
S. REMIGIO, arzobispo de Lóndres.
S. EULOGIO, presbítero de Córdoba, arzobispo electo de Toledo y mártir.
ANASTASIO, bibliotecario romano, abad.
CRISTIANO DRUTMARO, monje y presbítero francés
HINCMARO, arzobispo de Reims.
S. ABON, abad de Fleuri, en Borgoña, mártir.
REMIGIO, monje de S. German de Auxerre.

SIGLO X.

ADREVALDO, monje de Fleuri.
REGINO, abad de Prum.
S. ODON, abad de Cluni.
RATERIO, obispo de Verona.
ATTON, obispo de Verceil.
SILVESTRE II, papa.

SIGLO XI.

FULBERTO, obispo de Chartres.
S. ODILO, abad de Cluni.
S. BRUNO, obispo de Wurtzbourg.

S. HUGO, obispo de Grenoble.
S. LEON IX, papa.
HUMBERTO, cardenal.
ADELMANO, obispo de Brescia.
DURANDO, abad de Troarn.
S. GREGORIO VII, papa, autor de los *Comentarios* á los Salmos penitenciales, atribuidos hasta aquí á S. Gregorio Magno.
S. PEDRO DAMIAN, cardenal y obispo de Ostia.
GUITMUNDO, obispo de Aversa y cardenal.
LANTFRANCO, arzobispo de Cantorvery.
SAMUEL CARÓQUIANO, doctojudío, y luégo cristiano.

XII.

S. BRUNO, fundador de la cartuja.
RADULFO ARDENS, presbítero de Pettau.
FRANC, abad de Afflighem, en Brabante.
S. ANSELMO, arzobispo de Cantorbéry.
EADMERO, obispo de S. Andrés, en Escocia, acompañó á S. Anselmo en su destierro.
ODON, obispo cameracense.
S. IVO, obispo de Chartres.
RODOLFO, abad de S. Tron, en la Suiza.
ANSELMO, EL ESCOLÁSTICO, dean y arcediano de Laon.
S. BRUNO, obispo de Segni, conocido generalmente por *Bruno Astensis*, por ser de la diócesis de Asti.
GUIBERTO, abad de Nogent-sous-Coucy, del órden de S. Benito.
PEDRO, diácono, monje del Casino, en Italia.
HERBEO, monje benedictino del monasterio de Bourg-Dieu.
HONORIO, presbítero de Autun.
GOFFRIDO ó GANFRIDO, abad y después cardenal.
HILDEBELTO, arzobispo de Tours.
ALGERO, monje benedictino de Cluny.
GUILLELMO, de CAMPELIS, obispo de Chalons, en Francia.
GILBERTO, abad, discípulo de S. Anselmo.
S. RUPERTO, abad.
HUGO DE S. VICTOR, canónigo regular.
S. BERNARDO, abad de Claraval.

PADRES GRIEGOS.

SIGLO I.

S. HERMAS, discípulo de S. Pablo.
S. CLEMENTE, romano, papa.
S. IGNACIO, obispo de Antioquía.
S. DIONISIO, AREOPAGITA.

SIGLO II.

S. JUSTINO, filósofo, mártir.
S. POLICARPO, obispo de Esmirna, mártir.
TEÓFILO, obispo de Antioquía.
ATENÁGORAS, filósofo cristiano.
TACIANO, asirio, discípulo de S. Justino, después hereje.
S. IRENEO, obispo de Lóndres, discípulo de S. Policarpo.

SIGLO III.

S. CLEMENTE de Alejandría, presbítero.
S. HIPÓLITO, obispo de Porto-romano, (Arabia) mártir.
AMONIO, de Alejandría, filósofo cristiano, preceptor de Orígenes.
ORÍGENES, presbítero de Alejandría, llamado tambien *Adamantius*, por su asiduidad infatigable al trabajo.
JULIO AFRICANO, laico, de la Libia.
S. GREGORIO, obispo de Neocesaréa, su patria, llamado taumaturgo, discípulo de Orígenes.
S. DIONISIO, obispo de Alejandría, discípulo de Orígenes.

SIGLO IV.

S. METODIO, primero obispo de Olimpo y después de Tiro, mártir.
EUSEBIO, obispo de Cesaréa, en Palestina, una de las columnas secretas del arrianismo.
TEODORO, obispo de Heraclea.
VICTOR, obispo de Antioquía.
S. ANTONIO, abad y fundador de los monjes.
S. MACARIO, su discípulo, que no debe confundirse con el de sobrenombre el *Jóven*, escritor de las reglas de los monjes.
SERAPION, obispo en la Escitia.
S. ATANASIO, patriarca de Alejandría.
S. EUSTACIO ó EUSTAQUIO, obispo de Antioquía.
S. CIRILO, obispo de Jerusalem.
TITO, obispo de Bostra, (Arabia).

S. EFREM, diácono de Siria.
S. CESÁREO, médico, hermano de S. Gregorio Nacianceno.
S. BASILIO MAGNO, obispo de Cesaréa (Capadocia).
S. GREGORIO, obispo de Nissa, hermano de S. Basilio el Magno.
S. GREGORIO, obispo de Nacianzo (Capadocia).
DÍDIMO ALEJANDRINO, ciego desde la edad de cinco años.
S. PACOMIO, abad.
MARCOS, llamado *el Ascético* distinto de *S. Marcos*, ermitaño en tiempo del emperador Leon VII, del cual no tenemos escrito alguno.
FILON, obispo de Escarpanto.
S. ASTERIO, obispo de Amaséa (en el Ponto).
S. AMFILOQUIO, obispo de Icona (Capadocia).

SIGLO V.

S. EPIFANIO, obispo de Salamina.
S. JUAN CRISÓSTOMO, obispo de Constantinopla.
SEVERIANO, obispo de Gibel (Siria).
TEÓFILO, patriarca de Alejandría.
SINESIO, que de filósofo ascendió á la silla de Tolemaida.
PALADIO, obispo de Helenópolis (Bitinia).
S. ISIDORO PELUSIOTA, abad, discípulo de S. Crisóstomo.
HESIQUIO, presbítero de Jerusalem.
S. NILO, abad, discípulo de S. Crisóstomo.
S. CIRILO, patriarca de Alejandría.
S. PROCLO, patriarca de Constantinopla, discípulo de S. Crisóstomo.
TEODOTO, obispo de Ancira.
S. DIÁDOCO, obispo de Fótica (Iliria).
JUAN CASIANO, abad, ya mencionado entre los PP. latinos, por haber escrito en este idioma sus *Colaciones* ó *Conferencias*.
S. BASILIO, obispo de Seleucia.
TEODORETO, obispo de Ciro (Palestina).
ENEAS DE GAZA, filósofo cristiano.
GENADIO, patriarca de Constantinopla.
NEMESIO, que de filósofo fué elevado á la silla de Emésо.

SIGLO VI.

ADRIANO, autor de una Isagoge ó Introduccion á la sagrada Escritura.
PROCOPIO, de Gaza, sofista cristiano.
NONO PANOPLITA, poeta egipcíaco.
JUAN MAXENCIO, monje escita.
ISAAC EL JÓVEN, monje de Siria.
AGOPETO, diácono de Constantinopla.

S. JUAN CLÍMACO, abad del monte Sinaí.
ZACARIAS, obispo de Mitelena.
S. DOROTEO, abad de Majume (Palestina).
LEONCIO, de Bizancio, monje sabaita.

SIGLO VII.

LEONCIO, obispo de Lemisa la nueva (Chipre).
S. ANASTASIO SINAITA, monje.
JUAN MOSCO, monje sirio.
JUAN EL GRAMÁTICO, de Alejandría, conocido por FILÓPONO.
EVAGRIO EL ESCOLÁSTICO, cuestor y guarda-sellos del Prefecto de Antioquía.
JUAN EL AYUNADOR, patriarca de Constantinopla.
ANTIOCO, monje sabaita.
GREGORIO PISIDES, diácono de Constantinopla.
TALASIO, monje, familiar del mártir S. Máximo.
EUSTRACIO, presbítero de Constantinopla.
S. SOFRONIO, patriarca de Jerusalem.
S. ANDRÉS, arzobispo de Creta.
S. MÁXIMO, abad, mártir.
TEODORO, presbítero y abad de la Laura, en Raita (Palestina).
B. ESAIAS, abad.
JUAN, obispo de la isla de Carpack.
GEORGIO, metropolitano de Nicomedia.

SIGLO VIII.

JUAN, patriarca de Constantinopla.
ANDRÉS, arzobispo de Cesaréa.
ANASTASIO, abad de S. Eutimio, en Palestina.
COSME, obispo de Majume (Palestina), condiscípulo de
S. JUAN DAMASCENO, monje y presbítero.
TEOFANES CERÁMEO, obispo de Tauromina (Sicilia). [1]
ANTONIO MELISA, monje.

SIGLO IX.

S. METODIO, patriarca de Constantinopla.
S. TEODORO ESTUDITA, abad de Constantinopla, hermano de
S. JOSÉ, arzobispo de Tesalónica.

---

1 Aunque *Weissenbach* le coloca en este siglo, pertenece realmente al XI, puesto que cita á Metafrastes, y que segun él mismo su homilía del Domingo de Ramos fué pronunciada delante del rey Roger, el cual no puede ser otro que el conde de Sicilia, á quien llama rey y emperador, conforme á la costumbre de los griegos (*N. del E.*).

S. NICÉFORO, patriarca de Constantinopla.
FOCIO, después autor del cisma griego.
TEODORO ABUCARA, arzobispo de Caria (Asia menor).
PEDRO SÍCULO, noble laico.

SIGLO X.

ARETAS, presbítero de Cesaréa.
LEON, emperador, llamado EL SABIO Ó EL FILÓSOFO.
SIMEON METAFRASTES, ministro de dos emperadores del Oriente.
SIMEON EL JÓVEN, llamado EL TEÓLOGO, abad de Constantinopla.
OLIMPIODORO, que de filósofo se hizo monje ó clérigo.
MOSES BAR-CEFAS, obispo de Siria.

SIGLO XI.

MIGUEL SELO, príncipe de Constantinopla, después monje.
ISAAC, siro, monje.
SANTONAS, obispo de Gaza.
TEOFILACTO, arzobispo de Acride, metrópoli de Bulgaria.
ECUMENIO, autor de varios tratados.
JUAN XIFILINO, patriarca de Constantinopla.

SIGLO XII.

TEORIANO, varon docto y católico.
FILIPO, llamado EL SOLITARIO.
MIGUEL GLICAS, docto siciliano.
EUTIMIO ZIGABENO, monje basilio.
JUAN ZONARAS, monje basilio.
ISAAC, primado de Armenia.

«A estos han sucedido tambien otros muchos escritores ilustres, dice Weissenbach, como son:
TEODORO BALSAMON, patriarca de Antioquia.
PANTALEON, diácono de Constantinopla.
JORGE PAQUÍMERES, presbítero de Nicéa.
GERMAN II, patriarca de Constantinopla.
NICÉFORO BLEMIDA, monje y presbítero.
JUAN WECO, patriarca de Constantinopla.
TEOFANES, arzobispo de Nicéa.
GREGORIO ACINDINO, teólogo.
NICOLÁS CABASILAS, arzobispo de Tesalónica.
DEMETRIO CRETENSE, que de aúlico se hizo monje.
MANUEL CALECAS, teólogo dominicano, griego.

JUAN CIPARISIOTO, teólogo.
BARLAAM, obispo de Geraci.
GREGORIO PALAMAS, obispo de Tesalónica.
ANDRÓNICO, de Constantinopla, de la familia Comnena.
BESARION, patriarca de Constantinopla y cardenal.
JORGE XIFILIN (SCHOLARIUS), electo patriarca de Constantinopla.
MÁXIMO PLAMIDES, monje.

Los cuales he citado, añade Weissenbach, no porque quiera agregarlos á los Padres, sino por juzgarlos dignos á todos ellos (los católicos) de formar la retaguardia de estos; pues veo que ciertamente sus escritos han agradado mucho á nuestros esclarecidos varones y reportado grandes ventajas á la teología.»

PLAN DE ESTA BIBLIOTECA.

Réstanos, pues, manifestar el plan que nos hemos trazado en esta *Biblioteca*, que ofrecemos á nuestros lectores católicos, y el órden que seguiremos en su ejecucion. Publicaremos con la mayor claridad y extension que nos sea dable las biografías de una gran parte de los reconocidos por Padres y Doctores de la Iglesia, igualmente que las de los Escritores eclesiásticos calificados de tales, que como los primeros llevaron su piedra para la edificacion del templo, mencionando á su vez los que la arrancaron de sus cimientos para arrojarla á la misma cara del Dios, adorado en su santuario. En aquellas consignaremos cuanto nos parezca necesario para dar á conocer al hombre interior y al hombre exterior, en cuanto sus hechos nos ayuden á juzgar de su carácter; pero sobre todo nos aplicaremos á poner en relieve y hacer resaltar la parte literaria y estudiosa de su existencia, por ser la que presenta la explicacion más natural y más sencilla de sus escritos; é indicando siempre que podamos la causa y el objeto que los indujo á escribirlos, insertaremos por órden cronológico un extenso extracto y análisis de todas sus obras, de modo que pueda el lector formarse idea exacta de lo que cada una de ellas comprende; una coleccion de las princi-

pales máximas y sentencias contenidas en las mismas, y tambien de algunos Padres aquellas homilías ó trozos de ellas, que tanto por su importancia católica como por su elocuencia, creamos deban figurar en esta *Bibloteca*. Despues de ocuparnos de sus escritos verdaderos y existentes, trataremos igualmente de los que se han perdido, de los dudosos y de los que se les han supuesto; y sin proponernos dar precisamente un catálogo completo de las diferentes ediciones que de las obras de cada Padre se han hecho, indicaremos al menos las mejores, es decir, las más apreciables y buscadas por los bibliógrafos, asi como las traducciones que de ellas ó de algunos de sus escritos hayan aparecido. En la publicacion de estos trabajos daremos principio por los de aquellos Padres griegos y latinos de mayor importancia, que se puede decir son el apoyo de la fe y de la tradicion católica. No nos ocuparemos de todos los Padres arriba mencionados por Weissenbach, á causa de no tenerse de ellos las noticias necesarias para escribir su biografía y ser sumamente reducido el número de sus escritos llegados hasta nosotros.

Trabajamos con un caudal que no es nuestro, puesto que las observaciones y los hechos que llenarán nuestras páginas los tomamos de las mejores biografías y de los más sábios escritores y juiciosos críticos de varias naciones, reproduciéndolos luégo en un estilo, que algunas veces no dejará de resentirse de la diversidad de los autores consultados. Una de las mayores dificultades que en la redaccion de esta *Biblioteca* hemos encontrado, ha sido la de verter á nuestro idioma los textos de la sagrada Escritura citados por los Padres; lo que no debe causar extrañeza á nuestros lectores si ven con detencion el cap. X de la parte I, pág. 35 y otros lugares de este tomo preparatorio.

Acogiendo cual se merece la idea que el ilustrado Protector de esta *Biblioteca manual* nos indica en su atenta carta impresa al principio del presente tomo, daremos por separado aquellas obras y

tratados de los Padres, en que más descuellan la sublimidad de doctrina, erudicion y elocuencia de los mismos.

A la sombra, pues, de aquellos grandes Padres, Doctores y Escritores eclesiásticos, que fueron la gloria de los doce primeros siglos de la Iglesia, osamos poner nuestros volúmenes, que contienen, además de sus vidas, el compendio dogmático, analítico y crítico de todas sus obras. Ojalá que de la presente *Biblioteca* que ofrecemos al público pueda repetirse algun dia lo que el sábio autor del *Conspectus Patrologiæ* dice, hablando de esta coleccion gigantesca que publica el abate Migne, en que la tradicion católica se halla reproducida con todos sus detalles y en todo su conjunto: «Debe verse aquí una obra oportuna y enteramente social, llena de porvenir y tan provechosa para el mundo como para la Iglesia. Cuando todo marcha á la unidad por el camino de las tradiciones: cuando todo reclama al pasado el presente y el porvenir: cuando la historia, la legislacion, las instituciones, los monumentos, las costumbres, la vida íntima de las generaciones anteriores reviven y disipan tantas preocupaciones, reunir por primera vez y publicar por su cuenta y riesgo las más puras lecciones de lo pasado y todo el conjunto de la tradicion universal, respondiendo de este modo al comun deseo, es por cierto un acto de celo, que no habrá corazon que no comprenda y reconozca.» Luego dirigiéndose esta *Biblioteca* al público de todas las comuniones religiosas, científicas y literarias, nos creemos autorizados para repetir con el mismo autor: «A los católicos hermanos nuestros, les diremos que si quieren en lo sucesivo mostrarse hijos legítimos de la Iglesia madre, deben rechazar toda frívola novedad de los profanos, atenerse á la santa fe de los Padres, adherir á ella su alma y morir en la misma. *Necesse profecto est omnibus deinceps catholicis, qui sese Ecclesiæ matris legitimos filios probare student, ut rejectis profanis profanorum novitatibus, sanctæ sanctorum Patrum*

fidei inhæreant, adglutinentur, immoriantur. (S. Vinc. Lirin, *Common.*)

»A nuestros hermanos separados, de todas las comuniones protestantes, les diremos con confianza: *Interrogad á los Padres, y os instruirán; á vuestros antepasados, y os dirán quiénes somos.* (Deut. XXXII, 7.).

»A los hombres dedicados á las investigaciones de la ciencia sublime y fuerte les diremos: *la verdadera ciencia es la doctrina de los Apóstoles y la antigua tradicion de la Iglesia* (Iren. *adversus hæres.* lib. IV, cap. 33.).

»Y á vosotros, amigos de las artes y de las letras, artistas, anticuarios, arqueólogos: ¿Quereis ver bien? Pues mirad todos la tradicion. *Traditionem Apostolorum respiciant omnes, qui recta velint videre* (Iren. *adversus hæres.* lib. III, cap. 3.).

»Al clero que enseña, evangeliza y milita en campos tan diversos, le damos un punto de reunion para que nos reconozca y nos reciba. Nada de innovacion, la tradicion pura. *Nihil innovetur nisi quod traditum est* (*Epist. S. Stephani papæ.*).

»Finalmente, á las personas ávidas de progreso, les damos la tradicion del pasado, para marchar en el porvenir: *Traditio tibi prætenditur auctrix* (Tert., *de Coron. milit.*, cap. 4.). A la sociedad fluctuante le ofrecemos por base las costumbres católicas. *Consuetudo confirmatrix* (Id., ib.). Y á la Iglesia, cuyos dóciles y humildes hijos somos, le dedicamos los monumentos de su fe, que salva y conserva la humanidad: *Fides servatrix* (Id., Ib.).»

Tal es el plan que nos hemos propuesto y el objeto que deseamos conseguir. Aunque nuestro trabajo, tanto en la ejecucion del primero como para el logro del segundo se dirige igualmente á todo el orbe católico, hemos tenido particularmente á la vista los intereses del sacerdocio. Por él lo hemos emprendido y por él confiamos terminarlo; pues nada deseamos con tanto ardor como excitar en el corazon de todos los cristianos la aficion y el gusto á este género

de literatura y contribuir, en cuanto nuestras débiles fuerzas nos lo permitan, al desarrollo de los estudios sérios y á la propagacion de la ciencia religiosa y eclesiástica. Pueda esta *Biblioteca manual* inspirarles el deseo de ir á buscar aquellos sagrados y abundantes manantiales, de los que hemos desviado algunos pequeños arroyos con el fin de hacerles presentir su frescura y su fecundidad. Permítasenos que al concluir reclamemos á todos los fieles un simple recuerdo en sus oraciones, rogándoles tambien tributen toda su gratitud á Dios, por haber suscitado tan grandes hombres para la Iglesia, que los nutrió en su seno, y por el espíritu de fe, que les comunicó tanto ardor, abnegacion y talento.

P. FUENTES

ADVERTENCIA DEL EDITOR ACERCA DE ESTA OBRA.

La utilidad y áun necesidad de la presente obra, como preparatoria al estudio de la *Biblioteca manual de los PP. de la Iglesia* que damos á luz, nos ha determinado á publicarla en nuestro idioma. Impresas por primera vez en París el año 1688 en francés y sin nombre de autor [1] las dos únicas partes

---

1 La modestia y la humildad, que tanto han resaltado siempre en los claustros, fueron sin duda la causa de que no haya figurado aún al frente de esta obra el nombre de su autor, que lo fué NATAL DE ARGONA, nacido en París en 1640; el cual, á la edad de veintiocho años y despues de haber ejercido la abogacía, abrazó la regla de S. Bruno, cambiando á su profesion el nombre de NATAL por el de BUENAVENTURA. Su talento y erudicion le habian granjeado muchos amigos ilustres, con quienes mantuvo constantemente una correspondencia literaria, que amenizaba su retiro, ocupándole los momentos que su piedad y los deberes de su instituto le dejaban libres. Electo Vicario de la Cartuja de S. Julian de Ruan, publicó este tratado en 1688, que como decimos arriba, sólo constaba de la segunda y tercera parte, escrito con gran discernimiento y gusto. El año de 1697 lo reimprimió en un tomo en 8.° el citado PELHESTRE, aumentado con la primera y cuarta parte, cuya edicion, que es la más apreciable, nos ha servido de texto para esta traduccion. En 1742 fué traducido al latin en Turin, con las curiosas notas que, adicionadas y en nuestro idioma, colocamos al final de esta edicion, á las cuales hemos hecho las llamadas en el texto por medio de números arábigos entre paréntesis. Dicha traduccion latina fué reimpresa en esta Corte el año 1774 en un tomo en 4.°, que tenemos igualmente á la vista, en la imprenta de D. Antonio de Sancha. Tambien el P. ARGONA escribió, bajo el título de *Melanges de Litterature et d'Histoire*, una recopilacion interesante y curiosa de anécdotas literarias y de reflexiones críticas, generalmente exactas, pero que algunas veces se prestan á la crítica; cuya obra salió á luz bajo el nombre de *Vigneul de Marville* y fué reimpresa el 1725 en tres volúmenes en 8.°, de los cuales redactó el abate Banier casi todo el último. Tambien nuestro autor escribió *L' Education, Maximes et Reflexions, avec un discours du sel dans les ouvrages d'esprit*, que fué publicado, bajo el nombre de *Moncada*, en Ruan el 1691, habiendo dejado varias obras manuscritas sumamente importantes, de las cuales, á su fallecimiento en la cartuja de Gaillon el año 1704, á los sesenta y cuatro de edad, se hizo cargo el Superior de aquel monasterio.

(segunda y tercera) de que constaba, fué reimpresa nueve años después, en 1697, aumentada de la primera y cuarta parte por D. Pedro Pelhestre, bibliotecario mayor de la de PP. Franciscanos de la misma capital. Este sábio bibliógrafo no sólo robusteció por medio de razonamientos y de ejemplos lo contenido en aquella primera edicion, respecto á las disposiciones necesarias para tan importante lectura y al órden que en ella debe seguirse á fin de que no sea infructuosa, si que tambien se extendió muy particularmente acerca de la autoridad de los Padres, sobre el uso que debe hacerse de ellos y utilidad que de los mismos puede sacarse.

Materia tan digna reclamaba indudablemente ser tratada con más extension; pero como sus autores sólo se propusieran ser meros auxiliares de los jóvenes, que dedicándose á la carrera eclesiástica, deseasen aplicarse al estudio de las buenas letras, se ciñeron á estos estrechos límites. Cuando se emprende la instruccion de otros, debe tenerse la discrecion suficiente para no sobrecargarlos demasiado, pues siendo ya por sí los métodos bastante pesados, sería hacerlos intolerables con la difusion. Por otra parte es necesario que los que se instruyan se ayuden tambien á sí mismos, y no se crean hallar en los preceptos dados todos los auxilios imaginables, pues siempre se deja algo á su invencion y á su industria. Los métodos conducen á las ciencias, es indudable, pero no las imprimen. En un mapa pueden muy bien indicarse los caminos que conducen á Roma ó á Jerusalem, mas los viajeros son los que deben ponerse en marcha y arrostrar las fatigas del viaje. Los autores de este precioso *Método* han tratado de allanar los caminos más escabrosos y ásperos, sembrando flores entre las espinas, mezclando en lo posible la erudicion profana con la eclesiástica, y siguiendo en esta parte el método de los antiguos Padres de la Iglesia, que les han servido de norma, tanto en el objeto y disposicion de esta obra, como en las opiniones y doctrina en ella emitidas.

En la PRIMERA PARTE de la misma, que trata de la *autoridad de los Padres*, manifiestan sus autores las opiniones de los herejes y de los teólogos de la Iglesia; y como parece que los unos dan á esta autoridad más fuerza que los otros, se ponen de parte de los teólogos, quienes, estando de acuerdo con las opiniones de los Padres, lo están tambien con la Iglesia, única que tiene el derecho de juzgar ó decidir. Partiendo de este principio, demuestran sucintamente que los errores, contradicciones, falsas citas, suposiciones, alteraciones y descuidos que se echan en cara á los antiguos Padres, en nada destruyen su autoridad, fundada en el consentimiento unánime de todos, ó al menos de la mayor parte de ellos, en los puntos importantes y esenciales de la Iglesia.

En la SEGUNDA PARTE hacen ver cuáles son las *disposiciones necesarias para leer con fruto las obras de los Padres*. Al efecto manifiestan lo indispensable que es poseer las lenguas sábias, la crítica, la filosofía, la erudicion pagana, la sagrada Escritura y la historia; lo que lleva consigo la necesidad de estar adornado de otros muchos conocimientos, en cierto modo inseparables de aquellos.

En la TERCERA PARTE proponen *diversos métodos para leer los Padres* y consideran las obras de estos como formando todas ellas un solo cuerpo, divisible en cuatro partes, que son: la Interpretacion de la Escritura, los Dogmas de la teología, la Moral cristiana y la Disciplina de la Iglesia. Tratan de cada una de estas cosas en particular, estableciendo reglas acompañadas de ejemplos, que sirven de guia para marchar con luz, acierto y seguridad por aquellos caminos tan oscuros como escabrosos.

En la CUARTA PARTE, que trata del *uso que debe hacerse de las obras de los Padres*, despues de manifestar que el considerable número de autores, cuya lectura proponen, no debe acobardará nadie, demuestran lo que debe hacer el lector para conseguir la constancia en el estudio y sacar de él todo el provecho que se propone.

Por último dan tambien una idea del modo de estudiar que tenian los autores antiguos, al que es muy conveniente acomodarse en lo posible. Se ocupan con suma detencion de las notas y de las coleciones, de su utilidad y del abuso que de ellas puede hacerse; se explanan bastante acerca del servicio que los que han progresado en el estudio de los Padres pueden prestar á la Iglesia, ya dando nuevas ediciones de las obras de estos antiguos Doctores; ya ilustrándolas con comentarios, disertaciones, observaciones y escolios ó notas; ya redactando vocabularios y haciendo versiones; ya propalando sus doctrinas en las cátedras y en el púlpito, ó trabajando en su gabinete ó estudio en beneficio del público, y ya, en fin, aplicándose á instruirse y edificarse á sí mismos.

Esta excelente obra no sólo ha merecido los mayores elogios, entre otros muchos escritores, de los juiciosos críticos el carmelita P. Honorato de Santa María, los jesuitas Feller y Weissenbach, el franciscano Castro, el doctor Blanc, Aquila, en su *Diccionario manual de Teología*, y los sábios benedictinos Ceiller y Mabillon, sino que este consignó un extracto de ella en su *Tratado de los estudios monásticos*, habiendo hecho lo propio el jesuita P. Perrone en sus *Prelecciones teológicas*. El P. Manuel Gil, de los clérigos menores, en su obrita *Estudios y libros necesarios á un teólogo*, despues de prescribir á estos que se ocupen contínuamente de la lectura de los Padres de la Iglesia, les aconseja se preparen á ella con la del *Método para leerlos con fruto*, por el Padre Buenaventura de Argona.

PRIMERA PARTE.

AUTORIDAD DE LOS PADRES DE LA IGLESIA.

CAPÍTULO I.

Del título de PADRE dado á los antiguos Doctores de la Iglesia; época en que florecieron y autoridad atribuida á cada uno de ellos.

Honró la Iglesia con el respetabilísimo y muy santo nombre de *Padre*, atribuido á los antiguos Patriarcas, como jefes y doctores que eran de sus familias, y en cuyo sentido ha pasado tambien del antiguo al nuevo Testamento, á aquellos varones insignes en santidad que, por su doctrina en defensa de los sagrados dogmas, adquirieron fama y florecieron en los doce primeros siglos de la Iglesia, ó sea desde el tiempo de los Apóstoles hasta S. Bernardo, denominado el *último de los PP.* (Nicolás Faber, *Opusc.*); no porque tan rico manantial se haya agotado, sino porque, habiendo comenzado á difundirse por todas partes en este tiempo un nuevo método *escolástico* de argumentar, los teólogos tomaron tambien nuevos títulos al adoptarlo.

Interesados los protestantes en reducir el reinado de los PP., no lo extienden más allá del siglo VI; y si bien se ven obligados á confesar que después han existido excelentes varones en el rebaño de Jesucristo, los excluyen, sin embargo, del número de los SS. PP., como sofistas y partidarios de la corte de Roma, indignos de semejante distincion. Pero basta una rápida ojeada sobre los libros de la *Consideracion*, dirigidos por S. Bernardo al papa Eugenio, para juzgar si la

Iglesia en el siglo XII gozaba de perfecta libertad para defender su doctrina; y basta igualmente confrontar la de aquel Padre con la de S. Agustin para ver si nuevas preocupaciones prevalecian sobre la antigua doctrina. Quizá en otro lugar tendremos ocasion de hacer más sérias reflexiones acerca del particular; pero entre tanto divideremos en tres épocas el reinado de los PP., á saber: la primera, que abraza los tres primeros siglos de la Iglesia; la segunda, que se refiere á los tres siguientes, y la última, que se extiende desde el VI hasta el XIII, en que el escolasticismo se apoderó de nuestras aulas. (1)

Los PP. de la primera época son dignos del mayor respeto, y la deferencia á estos primeros Doctores es tanto más justa, en cuanto se aproximan á los Apóstoles, es decir, cuanto más inmediatos están á las fuentes de la Teología primitiva y al origen de las antiguas tradiciones.

No debe guardarse menos consideracion á los PP. de la segunda época en la scosas esenciales á la fe, que sostienen y defienden con tanta erudicion como elocuencia; pues aun cuando no sean tan antiguos, tienen, sin embargo, igual autoridad, en atencion á que no enseñan otra doctrina que la enseñada por sus predecesores en la Iglesia.

Respecto á los de la última época, que ni tienen la ventaja de la antigüedad de los primeros, ni la erudicion y elocuencia de los segundos, hay que reconocer, sin embargo, que hasta cierto punto las poseen, puesto que no han hecho mas que coleccionar las difundidas por aquellos. Y no debe decirse que, habiéndose introducido en un principio la corrupcion, esta se extendiera después hasta lo infinito, porque en todo tiempo la tradicion, que es el fundamento de la sana doctrina, ha prevalecido: y hasta se puede asegurar, salvos los errores en que en lo humano cabe incurrir, que los últimos PP. han estado menos expuestos que los primeros, los cuales contaban con pocos auxilios y no tenian la menor desconfianza de las lamentables consecuencias que algun dia podrian

deducirse de lo que decian de buena fe y sin precaucion alguna.

En los PP. de los últimos siglos no se notan efectivamente aquellos extravíos ni aquella acritud de expresion, que saltan á la vista en los de la primera época, quienes sólo trataban de conservar la adhesion á las verdades más esenciales, sin reducirse á límites tan precisos que nada hubiera censurable en su modo de hacerse comprender. Así es que los errores de que se les acusa, deben considerarse como una distraccion del ánimo y no como corrupcion del corazon. Además, al hablar aquí de la doctrina de los PP., nos referimos á la sana doctrina y no á aquella doctrina errónea, que siendo como la zizaña entre el buen trigo, es separada por la Iglesia; de manera que hoy dia es casi imposible confundir en los antiguos las opiniones condenables, con las que son consideradas como indiferentes, ó han sido admitidas como católicas. No mirando, por consiguiente, la autoridad de los PP. sino bajo el punto de vista de la fe universal, estamos tan dispuestos á abandonarlos cuando se separan del camino recto, cómo resueltos á seguirlos cuando marchan por él.

No quiere decir esto que no se haya de tener en cuenta el tiempo; pues aunque la doctrina de la Iglesia sea siempre la misma, hay épocas más favorables que otras para depurar la verdad. Hay ocasiones en que es preciso remontarse á los primeros siglos, y otras en que hay necesidad de descender hasta los últimos, ó fijarse en los del medio; pero lo más seguro es acercarse cuanto se pueda á la época en que se han debatido las cuestiones y esclarecido las dudas. Si uno quiere, por ejemplo, asegurarse de lo inefable del dogma de la Santísima Trinidad, debe tomar en consideracion cuanto dijeron los PP. posteriores á Arrio, con preferencia á lo que expusieron los anteriores á este heresiarca, quienes explicaban sin controversia este misterio á un auditorio dócil y humilde, que ni siquiera sabia pudiera vacilarse en principios de fe.

Esto demuestra cuánta discrecion se necesita en la eleccion de los PP. y en la preferencia que, en ciertas ocasiones, es justo dar á los unos sobre los otros, sin dejarse deslumbrar por las apariencias, que pueden realzar ó debilitar su autoridad á los ojos de los que no obran con discernimiento. Más adelante se verá la importancia de este consejo, á medida que los PP. se presenten unas veces como irreprochables testigos de la tradicion, otras como simples doctores, emitiendo su parecer sobre cuestiones arbitrarias, y otras como oradores, que no fallan definitivamente sobre las cosas, ó como filósofos, en fin, que se dejan llevar de ideas que les son propias en lo no concerniente á la fe de la Iglesia.

CAPÍTULO II.

Sentir de los herejes acerca de la autoridad de los PP. de la Iglesia.

Habiéndose propuesto los hereges minar completamente por su base la verdadera y antigua doctrina de la Iglesia, han debido abandonar por consiguiente á los PP., que son el apoyo y sosten de tan maravilloso edificio. Empero aquellos espíritus soberbios y turbulentos nunca han tenido constancia en este punto: pues, siguiéndo los diferentes cambios del interés humano, que no puede ser uniforme bajo todos los aspectos, tan pronto han rechazado á los PP., como los han abrazado, segun han creido descubrir en ellos algo de favorable á su partido, ó de contrario al nuestro.

Los arrianos se escudaban con los PP. de los tres primeros siglos, porque sin pararse mas que en la materialidad de los términos, encontraban en esto lo que les convenia. Los pelagianos se apoyaban en los PP. griegos, que no habiendo tenido ocasion de profundizar las materias de la gracia, parecia que se declaraban por la naturaleza, que era el verdadero ídolo de estos hereges. Los severianos, que eran una

raza de los eutiquianos, citan á S. Dionisio Areopagita como un autor que favorecia sus ensueños, lo cual produjo la duda que los católicos tuvieron por espacio de algun tiempo respecto á la fe de este Padre.

Los hereges modernos siguen el mismo sistema que los antiguos; mas por mucha que sea su saña contra la autoridad de los PP., no dudan emplearlos, ya para atacarnos, ya para defenderse. Todo se pronuncia contra ellos en estos antiguos teólogos, y, sin embargo, los interpretan de tantas maneras, que pretenden encontrar allí su fundamento y nuestra ruina. Esto se observa particularmente respecto á S. Epifanio, á quien no cesan de oponernos, por mas que sea este, tal vez, el que entre todos los PP. apoya con mayor número de hechos y de ejemplos la doctrina católica contra las pretensiones de los novatores.

Sólo despues de haber batallado mucho tiempo consigo mismo, se determinó Lutero á rechazar los PP. de la Iglesia, conservando además, durante los primeros años de su rebeldía, la máxima de que es tan horrible como peligroso escuchar cuanto sea contrario á la doctrina más universal de los antiguos.

Calvino, que no habiendo estudiado en las escuelas, se vanagloriaba de ser deudor á los PP. de la Iglesia de la poca teología que sabia, pretendia encontrar su nueva doctrina en S. Agustin, aunque ella le sea enteramente opuesta, segun lo ha demostrado muy bien el sábio Pedro Fronto en sus Antithesis *(Agust. et. Calv. Antith)*. Y si bien parece que Calvino ha rechazado algunas veces á los PP. griegos, no ha sido mas que por hacer lugar á los latinos, en quienes, aunque en vano, esperaba hallar más auxilios en apoyo de su violento sistema.

Como los hereges no buscan la proteccion de los PP. sino para lo que les conviene, y no por amor á la verdad, los desechan por el mismo motivo, acumulando unas sobre otras toda clase de pruebas, con objeto de confundir nuestras ideas en un asunto de tanta importancia.

No todos, sin embargo, se conducen con igual

exceso. Los hay que ostentan moderacion; pero otros son tan furibundos, que, faltando á todo respeto, no se avergüenzan de tratar á los PP. de fautores de heregía y prevaricadores en la fe. Testigo el ministro de Moulin, que tiene la desfachatez de colocar al gran S. Cipriano entre los anabaptistas: injuria atroz que le han reprochado los de su misma comunion (*Apol. pro Cœna Domini; Colom. Clau. Epist. Casaul.*). Otros añaden con desden que los PP. fueron unos ignorantes y atolondrados, indignos de ser comparados por el buen sentido con los más vulgares autores profanos. Tachan á aquellos grandes hombres de no entender las divinas Escrituras, y los califican de muy inferiores á los célebres protestantes que las han interpretado en nuestros dias.

No negaremos que algunos protestantes hayan hecho progresos en el estudio de las sagradas letras. Los antiguos hereges no los hicieron menos que los modernos, y durante tres ó cuatro siglos no ha dudado la Iglesia servirse de sus correcciones á la Biblia (2). ¿Empero á quién son deudores los protestantes de la erudicion de que se jactan, sino á los Padres, que con sus trabajos han dado ocasion á nuevos descubrimientos, más extensos, acaso, que los primeros, pero de los cuales ningun intérprete puede vanagloriarse con justicia sin que reconozca la fuente y el conducto por donde han llegado hasta él? Si se examinasen á fondo las obras de Grocio y de algunos otros hereges modernos (*Sim. Resp.* á alguno steólogos de Holanda), seguramente se descubriria que no han hecho mas que dar mayor brillo á lo que han tomado de los libros católicos.

Un sábio moderno vale más que diez de los antiguos; pero tambien ha tenido diez veces más proporcion de hacerse sábio (*Fonten. Disc.* sobre los antiguos y los modernos). Así es que áun cuando los nuevos intérpretes de la sagrada Escritura parezcan más completos que los antiguos, no debiera dárseles más preferencias sobre estos ilustres ancianos que la que se da sobre los abuelos á los descendientes que

se han aprovechado de sus riquezas por una larga série de sucesiones.

Los protestantes exaltados hubieran podido templar su bilis y dulcificar sus expresiones acerca de este punto. Daillé, que se dejó llevar hasta el furor contra los PP. de la Iglesia, mereció por ello las reprensiones de los más sábios y juiciosos partidarios de su secta. Es verdad que los calvinistas de Francia y los presbiterianos de Inglaterra hacen grande aprecio del libro de Daillé; pero los episcopales, menos rígidos y más razonables, no lo estiman en mucho *(Colom. Bibliot.)*, y dicen que esta obra es la más insignificante de las de aquel ministro, el cual no se sirvió de sus escritos sino para oscurecer el mérito de los PP. y el brillo de la primitiva Iglesia.

El Obispo de Oxford, Juan Fell, declara en el prólogo á su bella edicion de las obras de S. Cipriano que, lejos de querer hacer alarde, como algunos otros, que afectan poner en relieve las faltas de los Padres, desearia, como respetuoso hijo, poder cubrir con un eterno silencio las que se les puedan haber escapado. Sentimiento piadosísimo que este autor tomó del incomparable Vicente de Lerins.

Serivenert, sábio teólogo de la Iglesia anglicana, da testimonio de no menor celo en favor de los PP., cuya defensa toma en su Apología contra Daillé *(Apolog. Patr.)*. Porque, segun su opinion, se juzga tanto mejor de nuestras controversias, por los Padres, cuanto que estos Doctores no se entregan á toda clase de preocupaciones, como sucede hoy; que su intencion es más recta y su caridad más pura que la nuestra; que no hacen alarde, como nosotros, de disputar sobre todo, y que tienen una inteligencia más perfecta del sagrado texto y un conocimiento mucho más lato de los diferentes sentidos que pueden darse á la divina palabra.

El famoso Jacobo Userio, Arzobispo de Armach, en Irlanda, no perdona á los que ultrajan á los Padres de la Iglesia. Grocio, de la secta armeniense, siempre los respetó mucho; y Andrés Rivet, aunque

rígido calvinista, no sufre se ultraje á aquellos antiguos Doctores, que allanaron el terreno para abrir paso á ingratos, que se aprovechan cómodamente de los trabajos y sudores ajenos.

Este ministro, sin embargo, no concede á los Padres autoridad alguna, sino respecto á la sagrada Escritura, lo cual expresa en estos términos, de los que han hecho un dogma los protestantes: *Scripturæ credimus propter se; Patribus autem, propter consensum cum illa.* Los PP., dice, son los testigos de la verdad que nos señalan con el dedo; pero las sagradas Escrituras son los jueces de los PP. y de nosotros. *Scripturæ verò et Patrum et nostrum omnium judices.* Cuya doctrina de Riveto han tenido después como verdadero dogma los novatores.

CAPÍTULO III.

Opiniones de los teológos de la Iglesia romana respecto á la autoridad de los Padres.

Los teólogos de la Iglesia romana, que han tratado de la autoridad de los PP., están divididos entre sí sobre este punto. Unos la han equiparado con la de los Profetas y escritores sagrados; otros los han despojado de su autoridad legítima, y otros, evitando ambos extremos, dejan á los PP., como es justo, la autoridad que les corresponde, sin atribuirles la que la Iglesia no les da.

Se cree generalmente que el abate Fridegiso, que floreció á principios del siglo IX, fué el primero que opinó por la igualdad de los PP. con los escritores sagrados. El glosador del Decreto es del mismo dictámen *(Dist. 9.)*; y porque le han opuesto pasajes de S. Agustin contrarios á su opinion, contesta que hubiera podido alegarse esto cuando los escritos de los PP. no estaban aún reconocidos auténticos; mas desde que la Iglesia los ha declarado absolutamente legítimos, es preciso darles entera fe y crédito hasta en lo más mínimo.

Alonso de Castro *(Advers. hæres., lib. I, cap. 7.)* se burla de esta opinion, y Melchor Cano *(Locis theolog.)* no la trata con más indulgencia, segun Agobardo, antiguo Obispo de Lion, quien rechaza á Fridegiso como un ente ridículo y un ignorante, que se atreve á elevar al rango de los Profetas y de los escritores inspirados no sé á qué intérpretes de la Escritura, y á igualar á Símmaco con S. Pablo, y á Dídimo con S. Juan Evangelista. Se podrá tal vez decir en abono de Fridegiso y del glosador que no fué su intencion atribuir tan grande autoridad á todos los PP., sino á algunos de los más ilustres, y sólo en puntos esenciales á la fe, sobre los cuales, raciocinando rectamente, recayó la aprobacion de la Iglesia, en el hecho de insertarlos en sus cánones. En este sentido es en el que los PP. del Concilio de Francfort *(Epist. sinod.)* no dudaron decir que Dios nos ha dado los Doctores de la Iglesia para que sean nuestros maestros en la fe y nuestra guia en el camino que conduce á la vida; y Balsamon, apoyado en el código aprobado por el Concilio *in Trullo*, asegura que las opiniones de los PP. son consideradas con no menos respeto que las decisiones de los Concilios ecuménicos.

La segunda opinion relativa á la autoridad de los PP. es la del cardenal Cayetano, quien sostiene que, prescindiendo de la calidad de las personas, no debemos atenernos en la interpretacion de la santa Escritura sino á los que mejor supieron desenvolver su sentido y explicar su letra. «Si se descubre, dice *(Præf. in Pentat.)* en el sagrado texto un nuevo sentido, con tal que este convenga con su letra y no se oponga á la doctrina de la Iglesia, aunque se aparte de la mayoría de los SS. PP. y no siga su torrente, suplico al lector que no lo deseche con precipitacion y sin prévio exámen, sino que, al contrario, juzgue de él con equidad, dando la razon á quien la tenga; porque si Dios hiciese depender únicamente de las luces de los antiguos Doctores la interpretacion de las sagradas Escrituras, se seguiria que estarian eternamente cerrados para nosotros y nuestros sucesores todos los caminos

para interpretar la divina palabra, lo cual no es creible.»

La tercera y última opinion acerca de la autoridad de los PP. es la de los que, tomando un término medio, enseñan que hay ocasiones en que no pudiendo pasar la opinion de aquellos sino como simple conjetura, sólo forma una especie de probabilidad, que puede abrazarse ó desecharse, segun se quiera; pero que en aquellos casos en que, tratándose de la fe, pronuncian los PP. unánimemente su fallo, no puede resistirse á él sin resistir tambien al Espíritu Santo, autor del asentimiento unánime, en el cual estriba toda la autoridad de estos antiguos Doctores.

Es cierto que no hay obligacion de sujetarnos tan estrictamente á todo lo que dicen los PP., que no nos sea permitido sostener ó producir por nosotros mismos otras ideas que ellos no sentaron ó sostuvieron; pero tampoco se debe creer que podamos legítimamente separarnos de estos oráculos, en las cosas esenciales á la fe, que explicaron por la más unánime tradicion; porque esto equivaldria á destruir la verdad establecida y hacer que lo que fué una vez ortodoxo no lo sea siempre. Aún puede Dios enviar hoy personas capaces de esclarecer las verdades que no están enteramente desenvueltas, y puede todavía interpretarse y explicarse de nuevo la Escritura, con tal que sea sin lastimar la integridad de las tradiciones, á las cuales rinden los PP. un perpétuo testimonio. Puédense tambien apoyar y áun llevarse más adelante los pensamientos de estos grandes hombres; despues de ellos pueden hacerse importantes descubrimientos. Y si alguno pudo muy bien interpretar, sin engañarse, de dos ó tres modos un mismo pasaje del sagrado texto, ¿por qué no ha de ser permitido á un nuevo intérprete explicar á su manera lo que el antiguo ha explicado á la suya, mientras en ello no se atente contra la fe y la religion?

Las verdades no se destruyen mútuamente; pues suponiendo que ahora un nuevo intérprete explicara las palabras *Pan nuestro de cada dia*, de que habla

el Evangelio, por el alimento corporal que pedimos á Dios diariamente, y que esta interpretacion hubiera sido desconocida á los antiguos, el tal intérprete no por eso destruiria el sentir de S. Jerónimo, que las comprendió por el alimento espiritual; porque al cabo estas verdades se hermanan muy bien y nada tienen que repugne á la creencia universal.

Por otra parte, en las cosas problemáticas ó indiferentes puede no estarse de acuerdo con los Padres, con tal que no se falte al respeto que se les debe; pero en lo concerniente á las tradiciones innegables y á los principios de la fe, es preciso bajar la cabeza y someterse. Así se vió obligado á confesarlo Cayetano al exigir de su nuevo intérprete se sometiera ciegamente al juicio de la Iglesia y á sus decisiones; lo que, bien entendido, confirma cuanto se ha dicho: que en materia de fe es preciso atenerse al asentimiento unánime de los PP., los cuales no buscaron su propio sentido en la interpretacion de la Escritura, sino el sentido de esta en la creencia de la Iglesia universal. Porque, como dice muy bien un sábio teólogo (*Sim., Resp.* á algunos teólogos de Holanda): «La Iglesia no es la columna de la verdad, sólo porque conserve las Escrituras y las antiguas tradiciones, sino tambien porque conserva el verdadero sentido de estas Escrituras; pues cuando los antiguos PP. dijeron que la Escritura pertenece propiamente á la Iglesia, entendieron por ello lo mismo el sentido que el texto: y por esto, cuando recurrieron á la Escritura para establecer los dogmas, no se fijaron en sus palabras sino en su sentido, y lo buscaron en la creencia de las Iglesias fundadas por los Apóstoles.»

Por lo demás, los PP. pueden ser considerados de dos maneras: ó como teólogos, que emiten sus ideas particulares, ó como testigos seguros é irreprochables de las antiguas tradiciones. Pero bajo cualquier aspecto que se les considere, es preciso no perder de vista que en lo concerniente á las cosas necesarias á la salvacion hay que atenerse á la unidad de la fe; que en las problemáticas y dudosas puede cada

uno tener completa libertad, pero que en todas es preciso sobresalga la caridad: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas.*

CAPÍTULO IV.

Opiniones de los PP. de la Iglesia respecto á su propia autoridad.

S. Agustin dice terminantemente en muchos lugares de sus obras (*Epist.* 79 y 48 de las ediciones antiguas.), que es necesario leer los escritores eclesiásticos sin imaginarse, por hábiles y santos que sean, que sus dichos sean incontrastables, á ménos que se hallen enteramente conformes á la recta razon y á las sagradas Escrituras, pero en caso contrario pueden desaprobarse y áun rechazarse ciertas proposiciones que aquellos sentaron sin la menor garantía. Añade este santo Doctor que los PP. de la Iglesia no deben leerse como se leen los Profetas y los Apóstoles, de cuya doctrina no es lícito dudar, y que no hay precision de creer todo lo que dicen aquellos, pudiendo cada uno juzgar de ello libremente y á su manera.

«Confieso, dice este tan sábio y humilde Doctor á su amigo Marcelino, que procuro ser de aquellos que no escriben sino á medida que aprovechan y que aprovechan á medida que escriben. Así, si se encuentra que por falta de exactitud ó de inteligencia he dicho algo que merezca la censura de personas entendidas capaces de apercibirse de ello, ó la mia propia, (porque si aprovecho debo apercibirme de mis faltas), nadie debe sorprenderse ni afligirse, y por el contrario hay que perdonarme y agradecerme, no por aquello en que haya faltado, sino por haber reconocido mi falta.... Respecto á tí y á cuantos como tú me aprecian, nada haceis si llegais al extremo de sostener que en ningun punto me he equivocado: abrazais una mala causa, y la perdereis, áun para conmigo mismo. El más elocuente de los romanos dijo,

hablando de un amigo suyo, *que nunca se le habia escapado una sola palabra que no hubiese querido pronunciar*. Grande parece esta lisonja; pero en realidad es más propia de un loco rematado que de un sábio, por mucho que lo sea..... De tomar el dicho de Ciceron en el sentido que puede convenir á un sábio, sólo de aquellos hombres enteramente divinos que hablaron por boca del Espíritu Santo puede decirse que no se les escapó palabra alguna que no hubieran querido pronunciar, mas no de la persona de quien Ciceron hizo tan exagerado elogio. Por mi parte estoy tan lejos de ese grado de perfeccion, que si dijera lo mismo de mí, me convendria más bien en el sentido que se puede aplicar á un insensato que á un sábio. Lo que daria peso y autoridad á las obras de un hombre seria, no el querer cambiar algo en ellas, sino el no haber puesto nada que deba cambiarse. Este es el patrimonio de aquellos á quienes Dios ha dotado de una consumada sabiduría, así como la modestia lo es de los que no han podido llegar á semejante altura, y que no habiendo sabido hablar con bastante exactitud para no decir nada de que debieran arrepentirse, tienen al menos la obligacion de desdecirse de buena fe de todo cuanto no hubieran debido decir.»

El papa S. Gregorio dice *(Moral., lib. 26.)* que aunque al explicar los PP. las sagradas Escrituras se extendieron mucho más que los escritores sagrados á quienes las debemos, no por ello pueden compararse á aquellas primeras fuentes de donde emana su ciencia; y que no es alabarlos como se debe, el atribuirles un mérito y autoridad que no tienen. «Cuando fijeis en mí la vista, dice San Agustin á su pueblo (*In Job., tract I.*), no es á mí á quien debeis mirar, porque no soy yo las montañas del Señor, sino á los Evangelistas, en cuyo nombre os hablo; ellos son las montañas de donde descienden las gracias y las bendiciones emanadas del cielo.»

S. Jerónimo, que juzgaba no debia equipararse su autoridad con la de los Profetas, dudaba del

éxito que tendria su nueva version de la Escritura sagrada. Reconoce que los PP. se equivocaron alguna vez, y que los antiguos teólogos sostuvieron muchas cosas, sin precaver que en lo sucesivo darian pié, como lo han dado, á hombres perversos para calumniarlos.

Este sábio crítico reprende y corrige severamente *(Epist.* 151.*)* las expresiones poco limadas que se escaparon á los PP. de la Iglesia. «Me propongo, dice, examinar en la historia de los escritores eclesiásticos cada cosa en particular. Sostendré las buenas, abandonaré las demás, y á favor de ninguna de ellas me pronunciaré sino con sujecion á las luces y reglas de la fe católica.»

Orígenes *(Homilia 2 in Ezeq.)*, S. Cirilo de Jerusalem, (Catech. 4.), S. Ambrosio *(Epist.* 47, *lib.* 7), y, finalmente, todos los PP. griegos y latinos no se atribuyeron más autoridad que la que les correspondia. La modestia de su lenguaje y el giro que dan á sus expresiones hacen creer que cuando hablaban sólo por conjetura, no pretendian que sus asertos fueran decisivos, y sí quisieron únicamente manifestar al público la abundancia de sus reflexiones y pensamientos.

Sin embargo, estos PP., que con tanta moderacion opinaban de sí mismos, reconocian que, estando todos ó la mayor parte perfectamente acordes, no podian errar en la fe, y que esta unanimidad en punto tan interesante á la religion, constituia una regla infalible, que no puede infringirse sin perderlo todo; lo cual hizo decir á S. Agustin *(Lib. I in Julianum)*: «Quien se separa del asentimiento unánime de los Padres, rechaza la Iglesia universal.»

Cuando este santo Doctor refuta al obispo Juliano, le opone como arma invencible la autoridad de los Padres acerca de las materias de la gracia, que explicaba este herege segun las preocupaciones de la naturaleza. «Hay, dice, ocasiones en que los Padres, sin perjudicar á la fe, no están todos acordes; y no se puede negar que algunos discurren con más exac-

titud que otros, y que, sin embargo, no consiguen mejor su objeto. Pero ahora no tratamos de esto y sí de los fundamentos de la fe, respecto á la cual la autoridad de los PP., que no enseñan sino lo que hallaron en la Iglesia de Jesucristo, es un paso que os agovia y pulveriza, por decirlo así, las nuevas y fútiles razones que nos oponeis.»

El papa S. Clemente decidió *(Epist. 5.)* que en materias de fe nada debia enseñarse, segun su propio sentir, sino conforme al sentir y á la tradicion de los Padres. S. Irenéo *(Hær. 61.)* apoya con todas sus fuerzas la autoridad de los antiguos, y S. Epifanio remite los hereges al sentido de las Escrituras, recibido y aprobado por los Doctores de la Iglesia. «Quien no interprete la Escritura, dice S. Clemente de Alejandría, segun la tradicion de los PP., no la interpreta conforme á la regla de la verdad.» «Guardemos, príncipe mio, decia San Ambrosio al emperador Graciano, guardemos los preceptos de nuestros PP., y no seamos tan osados que rompamos el sello del testamento que nos han confiado; es decir, no alteremos la sana doctrina confirmada por la predicacion de tantos Confesores y sellada y consagrada con la sangre de tantos Mártires como nos han precedido.»

«Cualquiera que se aparte, dice S. Jerónimo *(In Dan. 12.)*, de la opinion unánime de los PP., se aproxima tanto más peligrosamente á sí mismo, cuanto por su parte no tiene la ciencia de los Doctores de la Iglesia, ni la luz de la gracia, que ilumina á los humildes.» S. Basilio y S. Gregorio Nacianceno manifiestan que en la explicacion del sagrado texto nada han dicho por sí mismos, sino que siempre se han referido á la autoridad y al parecer de los antiguos.

El presbítero Canisio, ecónomo de la Iglesia de Filadelfia, declara en la Memoria que presentó al Concilio de Éfeso contra Nestorio, «Que los hombres verdaderamente sábios desean siempre tributar á los Padres y Doctores de la Iglesia todo el homenaje y deferencia que se les debe.»

S. Cirilo, en su Apologético al mismo Concilio por

los doce capítulos contra los obispos de Oriente dice: «Que todo el que tenga un espíritu recto seguirá extrictamente las opiniones de los PP., por cuanto, habiendo tratado de la fe estos sábios Pastores conforme á la sagrada Escritura y á las tradiciones apostólicas, deben ser mirados como las lumbreras del mundo y como naves que conducen por todo el universo la palabra de la vida eterna.» Y en efecto, segun dice muy bien Lanfranc, aunque los escritos de los PP. no tengan aquel alto grado de autoridad que tienen los de los Profetas y de los Apóstoles, están, sin embargo, bastante autorizados para probar que la fe que hoy tenemos es la de todos los siglos. *Hæ scripturæ tametsi illam excellentissimam auctoritatis arcem non obtinent, quæ donatæ sunt, quas Propheticas seu Apostolicas nuncupamus; hoc tamen probare sufficiunt, quod hanc fidem, quam nunc habemus, omnes fideles, qui nos præcesserunt, á priscis temporibus habuerunt.*

CAPÍTULO V.

Opinion de Vicente de Lerins acerca de la autoridad de los PP. de la Iglesia.

Vicente de Lerins, célebre autor del siglo V, que recopiló de los antiguos cuanto puede y debe pensarse sobre la autoridad de los PP. de la Iglesia, sienta como base que es preciso tener por indudable todo lo que los PP. juzgaron, escribieron y enseñaron unánime y claramente por tal, sin contradecirse jamás: *Quidquid non unus aut duo tantùm sed homnes pariter uno eodemque consensu apertè, frecuenter, perseveranter tenuisse, scripsisse, docuisse cognoverit, id sibi quoque intelligat absque ulla dubitatione credendum.*

Los protestantes, poco afectos á esta doctrina, para eludir sus consecuencias pretenden que aunque esta sea un medio de combatir las heregías, no puede aplicarse á todas ellas en general y sí sólo á las na-

cientes, que no han tenido todavía ocasion de falsificar los documentos antiguos que atestiguan contra ellas: «Porque, dicen, cuando una heregía está ya arraigada, sirve de poco alegar la tradicion contra un mal, que se escuda con la apariencia y con el pretexto de una remota antigüedad.» Pero á esto se responde que aunque esta regla pueda producir más efecto en el principio de las heregías que en su declinacion, no deja de subsistir en sí misma y de minar los fundamentos de todas ellas, si bien la discrecion aconseja no hacer uso de tal regla sino con oportunidad y con personas capaces de conocer su importancia.

Son tan tenaces y obstinados ordinariamente los hereges, que ninguna autoridad puede hacerlos volver á la razon; de manera que vale más atenerse á cuanto la Iglesia ha decretado contra ellos, que oponerles resistencia, sin esperanza de provecho. Pero áun suponiendo que hubiese algun medio de hacerse escuchar, nada podria producirse más fuerte ni más ejecutivo que la regla de Vicente de Lerins, el cual, habiéndose propuesto destruir por medio de este resorte las heregías que pululaban en su época, construyó una fuerte batería contra cuantas puedan aparecer, sin que haya una siquiera que no pueda resolverse por la autoridad de la tradicion, que es como la mediadora entre la sagrada Escritura, de donde nacen las dificultades, y los espíritus inquietos y turbulentos que las promueven.

Insisten y dicen tambien los protestantes «que la máxima de Vicente de Lerins, lejos de robustecer la autoridad de los PP., la destruye, por cuanto les atribuye una infalibilidad que no tienen, y que por consecuencia es obrar contra toda razon y derecho el abocar á su tribunal los debates que nacen respecto á la fe.»

Pero si se declina la jurisdiccion de los PP., ¿á qué otro tribunal podrá apelarse? Porque el atenernos únicamente á la Escritura, equivale á atenernos al orígen de las dificultades y á fluctuar en la incertidumbre, puesto que la Escritura no siempre aclara

bien los puntos que producen los debates. Es verdad que tenemos una ley; pero necesitamos además un intérprete y un juez que, siendo el órgano de ella, desenvuelva su sentido. Fácil es convencerse de la necesidad de este mediador, y nuestros adversarios no dejan de convenir en ello, puesto que en sus disputas contra los trinitarios, los anabaptistas y los socinianos no vacilan en llamar en su ayuda á los PP. de la Iglesia, y en suponer, en las controversias que tienen con nosotros, hasta la existencia de Pastores extraordinarios y Profetas inauditos, suscitados por Dios en estos últimos tiempos como nuevos astros para disipar nuestras tinieblas.

Añaden que Vicente de Lerins habla con tanta perplejidad, que parece no está muy persuadido de lo mismo que asevera: y que además presenta las cosas de tal suerte modificadas, que con semejantes condiciones podria darse crédito á los PP. de la Iglesia; pero que la reunion de tantas circunstancias es tan difícil, que el suponerlo, casi equivale á no decir cosa alguna.

¡Débil objecion! ¿Cómo Vicente de Lerins podria no estar persuadido de lo que decia, cuando no hablaba sino con la Iglesia, cuyas opiniones abrazó, y cuando de todas las condiciones que exige para sostener la autoridad de los PP. no hay una que no sea conforme á la recta razon, y que no deba suponerse en aquellos, establecidos por Dios para servir de maestros á los demás? Y en realidad, ¿qué confianza podria tenerse en algunos teólogos á quienes se propone como árbitros de las creencias de los pueblos, si no se distinguieran por alguna cualidad que persuadiera á someterse á sus decisiones? Pues es cosa muy secundaria, como dicé el citado Lerins, que estos sean personas de vida ejemplar; que hayan perseverado en la fe de la Iglesia; que no tengan por verdadera otra doctrina que la católica y que no decidan en nada relativo á la religion sino en presencia de las tradiciones legítimas, por las cuales se explican las sagradas Escrituras. En fin, nuestros adversarios ex-

claman y dicen que nosotros, que elevamos á tan gran altura el asentimiento unánime de los PP., lo rebajamos y destruimos en la práctica; pues cuando se trata de decidirnos respecto á las opiniones en que están estos antiguos teólogos, recurrimos á la Iglesia, que no puede aprobar á los unos sin condenar á los otros.

Pero recurso tan razonable y justo, lejos de destruir y echar por tierra la autoridad que reconocemos en los PP., sirve más bien para darle mayor fuerza; porque tanto nosotros como nuestros autores nos sometemos al juez más universal, es decir á la Iglesia, que, sin pararse en las preocupaciones de los particulares, sólo falla en favor del asentimiento unánime, en lo que es esencial á la fe. Los protestantes no pueden poner en duda esta autoridad de la Iglesia; porque en este punto, como confiesa uno de sus ministros, opinan lo mismo que los católicos romanos, aunque tal vez no se hayan fijado en ello. Efectivamente, cuando los pretendidos reformadores cuestionan contra los ubiquistas, los anabaptistas, los arminienses y los socinianos (*El protest. pacif.* d'Aubert de Versé, Ministro de la B. P. R.), les echan en cara que sus errores proceden únicamente de haber despreciado la voz de la Iglesia y del espíritu que la guia, y que no habiendo querido someterse á su autoridad ni reconocido otra alguna sobre la tierra mas que la Escritura, que cada cual explica á su manera, cayeron en el desórden y en el cisma.

CAPÍTULO VI.

Opiniones de la Iglesia respecto á la autoridad de los PP.

Hay un vínculo tan estrecho entre la Iglesia y los PP. en cuanto concierne á la doctrina católica, que no pueden concebirse los PP. sin la Iglesia, ni esta sin los PP., siendo imposible que la misma fe que los une en las cosas esenciales á la religion, los divida y forme dos partes de un cuerpo, que no está

animado mas que por un solo y mismo espíritu. ¿Qué hacen, pues, los PP. cuando fallan unánimemente en materia de dogma, sino dar, segun la tradicion, un fiel y sincero testimonio de la doctrina sostenida en todo tiempo en la Iglesia universal? ¿Y qué hace esta cuando expone su fe en los Concilios, sino declarar auténtico el testimonio que los PP. le dan de esta misma fe, esparcida en todas las Iglesias del mundo católico?

Por otra parte, ¿en qué otro caso se encontraria cumplido lo que Jesucristo prometió á sus discípulos, de que cuando dos ó tres se hallasen reunidos en su nombre, estaria en medio de ellos, sino cuando reunidos los PP. fallan definitivamente y de comun acuerdo en materia de fe? ¿Y no es esto conforme con el dicho de S. Agustin, de que los PP., acordes de esta manera, no pueden errar? Porque si todos juntos pudiesen errar en los puntos esenciales á la religion, sería preciso decir que la misma Iglesia, que canoniza su doctrina, incurriria en el error; que se engañaria á sí misma y engañaria á los demás; lo cual sería formar un horrible mónstruo de la Iglesia, que es la madre de todos los creyentes.

En todas épocas han asentido los fieles al testimonio unánime de los PP. en lo relativo á la creencia universal; y el no someterse á tan auténtico testimonio, es resistir á la Iglesia, despreciar su doctrina y separarse de su comunion. Así Eutiques, cuya malicia no tenía límites, se sirvió de este pretexto para no suscribir su propia condenacion, alegando que, siendo la opinion que defendia la misma de S. Cirilo, de S. Atanasio y de todos los antiguos PP., no se le podia anatematizar, sin anatematizar tambien á toda la Iglesia. Pero esta excusa era impertinente, por cuanto rehusar suscribir al Concilio, era no querer suscribir á la doctrina de los PP., segun la cual, el Concilio, que representa á la Iglesia, forma sus cánones.

No se tiene fe en Jesucristo, como dice S. Pablo, si no se tiene en sus Santos (*Ad. Philem.*); acerca de lo cual hace S. Jerónimo la reflexion de que no se

cree verdaderamente en Dios, si no se cree en los Doctores, por cuyo medio instruye el Señor á los fieles.

Así ha pensado siempre la Iglesia; siendo digno de notarse que en el primer Concilio de Constantinopla, al que asistieron los principales Obispos de los sectarios de aquel tiempo, Nectario, que presidia, no les hizo otra instancia, para confundirlos, que obligarlos á decir categóricamente si querian ó nó deferir á las decisiones de los PP., que florecieron en la Iglesia antes de nacer las heregías de que se trataba entonces.

Considerando los PP. del primer Concilio de Éfeso que espíritus inquietos y mal intencionados daban falsas interpretaciones al Símbolo de Nicéa, produjeron los testimonios de los PP., que desenvuelven el verdadero sentido de él.

En el mismo Concilio volvió á leerse lo que ya se habia leido contra el infame Nestorio, segun la doctrina de los antiguos. Y en el de Calcedonia contra Eutiques, además de los Símbolos de Nicéa y de Constantinopla, se opuso á este heresiarca la carta de San Leon á Flaviano y los pasajes de otros PP., que condenaban sus errores.

Se produjo en el Concilio de Constantinopla contra la Memoria de Teodoro de Mopsuesta el testimonio de S. Agustin, respecto á la condenacion de los hereges antes y despues de su muerte; y en el segundo Concilio de Nicéa, que es el sétimo ecuménico, se expusieron las autoridades y los ejemplos sacados de los PP., por los cuales se manifiesta que el culto de las santas imágenes es de una tradicion tan antigua como la misma Iglesia, y que esta doctrina se halla confirmada por infinidad de milagros.

Por otra parte, si se examinan los cánones de los Concilios, se encontrará que fueron sacados de la doctrina, y frecuentemente de las palabras mismas de los PP., como se ve bien claro, entre otros, en el segundo Concilio de Orange, el cual no es mas que un tejido de opiniones y de palabras propias de S. Agustin en sus disputas contra los semipelagianos.

El Concilio de Trento, que es como el resúmen de los demás Concilios, es tambien el resúmen de la doctrina y del lenguaje de los PP.; y ciertamente, si se ha dicho en particular que S. Ambrosio fué el alma del Concilio de Aquilea, bien puede decirse en general que los PP. de la Iglesia son el alma y el espíritu de los Concilios que admitimos.

CAPÍTULO VII.

Los errores, las contradicciones y los demás defectos que se observan en los PP. de la Iglesia, en nada destruyen la autoridad que se les atribuye.

Para disipar las nubes que nuestros adversarios han condensado sobre una infinidad de pasajes sacados de los PP., confundiendo lo que es únicamente de disciplina, de filosofía ó de gramática con lo que es de dogma, basta colocar cada cosa en su lugar y oponer á tanto artificio el sistema de Vicente de Lerins, que es el de la Iglesia católica, á pesar de que, sin ocultar ninguna de las objeciones más fuertes de los protestantes, será fácil que con sólo la aplicacion de una regla tan precisa, salte á la vista cuanto hay de falso y contradictorio en aquellas objeciones, que tienen más de deslumbradoras que de sólidas.

No puede negarse que algunos de nuestros antiguos PP. emitieron opiniones no aprobadas por la Iglesia; que Papias, S. Justino Mártir, S. Irenéo y algunos otros fueron milenarios; [1] que en San Clemente de Alejandría hay lunares procedentes de la filosofía pagana; que Arnobio y Lactancio incurrieron en errores, los cuales prueban haber sido más bien oradores que teólogos; que S. Epifanio, que censura á los demás, no es siempre correcto; que S. Jerónimo parece haber pensado con bastante dignidad sobre la Providencia y del cuidado que Dios se toma hasta del

---

[1] Véase esta palabra en el *Diccionario de Teología de Bergier*, edicion de Madrid, 1845 y 46, que hemos publicado bajo la direccion del Excmo. Sr. Dr. D. Antolin Monescillo, actual obispo de Calahorra. *(Nota del Editor.)*

más ínfimo sér (3); que S. Agustin emitió ideas de que tuvo luego que retractarse, y, en fin, que los PP. de los tres primeros siglos no hablaron correctamente sobre los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion.

Tampoco admite duda que los PP. no siempre opinaron de igual modo; que los Obispos de Asia no estuvieron acordes con los de Roma respecto al dia de la celebracion de la Pascua; que S. Cipriano y otros Obispos de África rechazaron al Papa San Estéban, que sostenia, y con razon, no debian ser rebautizados los hereges; que S. Agustin opina diversamente que S. Jerónimo acerca del orígen de las almas (4); y que algunos PP., para explicar los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion, se sirvieron de palabras evitadas por otros, á causa de las tristes consecuencias que de ellas pudieran deducirse.

Se echa tambien de ver que los PP. no solamente no están siempre de acuerdo entre sí, sino que cada uno de ellos en particular no lo está tampoco consigo mismo. Porque ¿quién podrá negar que algunos abandonaron más tarde lo que en un principio sostuvieron; que S. Agustin pensó de un modo cuando no era mas que Presbítero y de otro cuando fué Obispo; que San Jerónimo varió algunas veces en la interpretacion de la Escritura, y que todos los PP., en general, se expresaron con más atencion, claridad y energía en sus tratados dogmáticos que en sus demás obras?

Pero considerando de cerca y con discernimiento tanto esto como otras cosas parecidas, nos desentenderemos fácilmente de ellas, pues además de que podria darse una buena interpretacion á la mayor parte de los pasajes que los protestantes han recogido contra la autoridad de los PP., es evidente que todas estas citas reunidas no podrian destruir aquella autoridad en cuanto se refiere á lo esencial de la religion. De suerte que, atrincherándonos en el asentimiento unánime de los PP. sobre los puntos capitales ó de fe, nuestros adversarios serán derrotados y sus argumentos se evaporarán como vanos sofismas que no tocan la cuestion, pues no podrán jamás demostrar

que todos, ó la mayor parte de los PP., erraran en artículo alguno de la fe universal, ni nos legaran una tradicion falsa é inventada á su antojo, por una tradicion antigua, constante y verdadera.

Sabido es que algunos en particular se han separado del camino recto; pero no se ve que los demás les hayan seguido ni aprobado su conducta. Y si la Iglesia no los ha condenado pública y solemnemente, ha sido, ó por respeto á su buena intencion, que merecia cierta indulgencia, ó por perdonar la debilidad humana, que se repone más fácilmente cuando no se la ostiga, ó porque se encontraban, en fin, en sus escritos cosas tan útiles entre algunas desventajosas, que dominando lo fuerte á lo débil, para salvar las unas, aparentó no haberse apercibido de las otras.

Es incontestable que todo lo que no puede referirse al asentimiento unánime de los PP., no pertenece absolutamente á la fe de la Iglesia (5). Así, cuando estos incurrieron en error, es decir, cuando se apartaron del asentimiento unánime en cosas importantes á la religion, ninguna parte tuvo la Iglesia en su estravío, por cuanto no toma parte en otra doctrina que en la que se refiere al asentimiento de todos, ó de la mayor parte, como dice Lerins (6).

El desacuerdo de los PP. está por lo comun en cuestiones de poca trascendencia, y sobre las cuales puede discutirse. Hé aquí cómo un autor (Simon), aunque no muy favorable á S. Agustin, contestó á ciertos teólogos de Holanda respecto á este Padre: «No es verdad que sus opiniones, tomadas en general y como en oposicion á las de Pelagio, fuesen contrarias á la tradicion de la Iglesia; pues solamente puede decirse que S. Agustin tuvo en esta materia opiniones particulares (7), deduciendo de sus principios ciertas consecuencias, que no se encuentran en la mayor parte de los PP. que le han precedido; pero que esto no afecta en lo más mínimo á la creencia comun y general de todas las Iglesias del mundo, con las cuales S. Agustin estaba identificado.»

Si el desacuerdo de los PP. recae sobre artículos

esenciales á la fe, es únicamente en las palabras, porque unos se expresan de una manera para dar más fuerza á la verdad que sostienen, y otros toman distinto giro para evitar el error contra el cual temen estrellarse. Pero estas contradicciones no destruyen la autoridad de los PP., si bien hacen más espinosa y difícil la lectura de sus obras. Y porque en ciertas ocasiones no sea fácil poner de acuerdo un P. con otro, ¿habrán de ser desechados ambos? ¿Se ha desechado hasta aquí á los Evangelistas por no haber podido ponerlos de acuerdo sino con mucha dificultad y trabajo? No puede verdaderamente comprenderse cómo los novatores han tenido el descaro de reprochar á los Padres de la Iglesia algunas ligeras contradicciones, cuando ellos están enteramente discordes con su propia confesion de fe, siendo la cosa del mundo en que más les interesa estar de acuerdo.

Dedicados como estaban los PP. á depurar y exclarecer la verdad en puntos que Dios, por su providencia, ó por razones que nos son desconocidas, habia abandonado por algun tiempo á las preocupaciones y á las contiendas de los hombres, era casi imposible que no estuviesen alguna vez en desacuerdo. Así es que en varias ocasiones los Pastores de la Iglesia discrepaban, como ya hemos dicho, en aquellas tradiciones que ofrecian motivo de duda. Sin embargo, dejando á un lado toda discrepancia, siempre se ha venido á parar á esta regla de Vicente de Lerins: «Que si hubiere una ó dos personas, ó hasta una ciudad ó una provincia entera sumida en el error, deben preferirse los decretos de la Iglesia antigua y universal, á la temeridad y á la ignorancia de algunos particulares; y que si surge alguna opinion que no parezca del todo errónea, se consulte á los PP. y se compare con lo que escribieron en diversos tiempos y lugares los autores que, siendo de la comunion de la Iglesia, deben ser creidos y escuchados como testigos dignos de toda fe y crédito.»

Lo que hay algunas veces de oscuro y defectuoso en los PP., no deja de tener su utilidad; porque, co-

mo dice la Escritura, no es solamente el dia el que anuncia la palabra al dia, sino tambien la noche la que enseña á la noche (*Salm.* 18.); es decir, que no solamente la luz de los unos aumenta la de los otros, sino que la oscuridad de los menos ilustrados da ocasion á los que lo son más, para producir algo brillante, en lo cual no hubieran pensado acaso, si aquellos no se hubiesen extraviado.

A los intérpretes de la verdad sucede, poco más ó menos, lo que á los que trabajan en las minas de oro: cada trabajador busca este precioso metal, pero no todos lo encuentran. Uno saca sólo arena y tierra, mientras que otro extrae el tan apetecido metal, y sin embargo, el primero no deja de contribuir al bien público tanto como el segundo, porque tiene igual intencion y se propone el mismo fin, aunque no haya sido tan afortunado.

No todos los PP. de la Iglesia fueron igualmente sábios; los más aptos no dejan de tener sus defectos y la flaqueza inherente á la condicion humana. Así, el decir que todos los PP. no están acordes consigo mismo; que el que ayer opinaba de un modo, hoy opina de otro; que algunos se retractaron, ó aparecieron más iluminados al fin que al principio, equivale á no decir nada; porque no es reconocer que los Padres, considerados en sí mismos, no sean infalibles, como nosotros lo reconocemos francamente. Tampoco es reconocer que aunque no haya mas que una sola fe, cuando esta es oscura, pueda producir mil dudas en las más claras inteligencias, y dejarlas en la incertidumbre respecto á cuestiones sobre las cuales la Iglesia no ha fallado aún, y mucho más cuando la tradicion no es evidente. En una palabra, el expresarse así es no reconocer que en la ciencia eclesiástica haya un progreso, como lo hay en las demás ciencias, y que Dios, que prometió sus luces á los que con humildad se las pidieran, no ofreció dárselas todas á la vez ni en un tiempo determinado.

S. Agustin confiesa (*De lib. arb., lib.* 3, cap. 23.) que de dia en dia adelantaba en el conocimiento de

las cuestiones sobre la gracia, sobre el libre albedrío y sobre la predestinacion. «No comencé, dice, por la perfeccion; pero, á Dios gracias, he adelantado paso á paso en el estudio y en el conocimiento de la Teología; si me vanagloriase de haber llegado al estado en que me hallo sin haber cometido algúna falta, pecaría de arrogante y no sería veraz. *Proficienter me existimo, Deo miserante, scripsisse, non tamen à perfectione cœpisse: quandoquidem arrogantius loquor, quam verius, si vel nunc dico me ad perfectionem sine ullo errore scribendi jam in ista ætate venisse.* Pero esto no debe dar cuidado: lo importante es saber en qué y hasta qué punto se ha faltado; con qué facilidad se ha corregido la falta, ó con qué obstinacion se ha empeñado en sostenerla. *Sed interest quantum et in quibus rebus erretur, et quàm facilè quisque corrigat, vel quanta pertinacia suum defendere conetur errorem.*

Todas las verdades de la fe fueron dadas á un mismo tiempo á la Iglesia, pero no todas fueron desarrolladas en una misma época (8). Luego el juzgar mal de la intencion de los PP.: el quitarles todos los medios que la discrecion y la prudencia les sugieren: el decir que estos sábios Pastores de las almas disimularon la verdad: que hablaron de un modo y pensaron de otro, y que no distribuyeron con toda equidad el pan espiritual, es inferir á estos respetables varones la más atroz y negra calumnia.

Los PP. de la Iglesia no disimularon ni ocultaron jamás la verdad; y si parece que alguna vez se separaron de ella ó que no la presentaron con todo su brillo, fué porque no la conocian bastante, y en manera alguna porque quisieran reservarla para sí. Y en efecto, ¿quién, despues de los Apóstoles, ha publicado las verdades cristianas con más sinceridad y celo, y quién se ha aplicado más que aquellos grandes hombres á desenvolver y aclarar estas verdades? ¿Podrá decirse que falsificaran los Símbolos, ó que los expusieran al pueblo en sentido diferente del de la Iglesia católica? Es cierto que se expresaron con mucho cui-

dado y laconismo; pero la discrecion, que exige se hable de un modo á los judíos, de otro á los gentiles y de otro á los catecúmenos ó á los fieles, no debe reputarse por crímen en los PP., como no lo fué en los Apóstoles el haberse amoldado á cuanto pudiera contribuir para atraer á los hombres al conocimiento de la verdad.

CAPÍTULO VIII.

Las faltas que se notan en los PP. respecto á las ciencias humanas, en nada disminuyen su autoridad tocante á las cosas de fe.

Dícese que los PP. de la Iglesia no tuvieron un conocimiento bastante extenso de las ciencias humanas, que contribuyen á la inteligencia de las sagradas Escrituras y al apoyo de los dogmas. Pero esto ¿qué importa contra una autoridad que no se funda ni en las artes ni en las ciencias inventadas por los hombres? Estas cosas es verdad que sirven de auxilio á un teólogo que explica la Escritura ó que examina en los originales la doctrina de la Iglesia: en cuyos casos ni la dialéctica, gramática, cronología, geografía, etc. deben descuidarse en manera alguna; pero tampoco debe elevárselas á tal grado, que se haga depender de ellas toda la religion (9).

Podrá un P. faltar alguna vez en sus razonamientos al órden, por el cual se rige el buen sentido, ¿mas faltará por esto á la fe de la Iglesia? ¿A cuántas personas muy cimentadas en la religion, se las ve todos los dias discurrir tan mal de ella, que al escucharlas podría creerse trataban de destruir con sus razonamientos lo mismo que establecian por su confesion de fe? Sentado que los PP. no abandonaron jamás los principios de la sana doctrina, como así es, poco importa si, al demostrar las consecuencias de esos principios, se separan de la exactitud de la dialéctica, que fácilmente se escapa en el calor del debate y en un largo discurso.

Platon, Aristóteles y todos los mejores dialécti-

cos del mundo han incurrido en iguales extravíos; y si todos sus argumentos se redujeran á debida forma, muchas veces no saldrian bien parados. Por otra parte, ¿cuántos sofistas hay que son más fuertes razonando sobre principios falsos que los filósofos más sinceros razonando sobre principios incontrastables? Si nos fijásemos únicamente en el método de discutir, es indudable que muchas veces algunos hereges podrian fácilmente parecer más ortodoxos que los ortodoxos mismos.

Los PP. de la Iglesia no discurrieron siempre con toda precision, pues pudiendo elegir entre muchas razones, no adujeron las más ventajosas. Y esto ¿qué quiere decir? Que siendo hombres, se equivocaron, como todos, en cosas en que los más experimentados se engañan alguna vez, creyendo haber hecho lo suficiente cuando están satisfechos de sí mismos.

La crítica de los PP., no menos que su lógica, no están exentas de faltas; y áun puede asegurarse que la mayor parte de los antiguos escritores de la Iglesia no tuvieron gran práctica en este arte. S. Jerónimo, que parece algo más entendido en él que los demás, no siempre consiguió su objeto, pues algunas veces vacila, y despues de haber dado dos pasos, vuelve atrás y va de una parte á otra, como un hombre que busca la verdad á tientas.

Como S. Agustin no conocia las lenguas sábias, tan indispensables para el buen uso de la crítica, no debe acudirse á él cuando se trate de indagar la historia y la letra del texto sagrado. Pero dicen: San Agustin no supo la lengua griega, luego no ha podido leer las obras originales de los PP. griegos y asegurarse de la tradicion de las Iglesias de Oriente sobre las materias de la gracia, tan esenciales á la religion cristiana.

A esto se responde que aunque S. Agustin no hubiera sabido bastante el griego para leer las obras en sus originales, estando entonces la Iglesia griega en todo su apogeo, le hubiera sido muy fácil informarse de su doctrina por sus mismos Pastores, que no

le eran desconocidos. Además, S. Jerónimo, que vivia en Oriente y con quien S. Agustin sostenia una correspondencia sumamente erudita, habria podido instruirle; y aquel Padre lo hiciera indudablemente de motu propio de haberse apercibido que S. Agustin ignoraba las materias de la gracia, que era uno de los principales asuntos de su correspondencia.

No puede, sin embargo, negarse que los Padres descuidaron á menudo la crítica y que no fueron muy escrupulosos en minuciosidades gramaticales, sobre todo respecto á etimologías; lo cual ha dado ocasion de sospechar que Orígenes no fué muy conocedor de la lengua santa (10), vista la extremada libertad que se permitió en hacer derivar ciertas etimologías de donde no se derivan naturalmente, aunque haya, no obstante, merecido elogios por haber encontrado mejor que S. Justino la de la palabra *Satanás*, que este P. traduce por la de *Apóstata*, mientras Orígenes demuestra que debe interpretarse por la de *adversarius*, en lo cual estuvo muy acertado (11).

Por la misma razon que se critica á S. Optato el haber deducido la etimología de *Cephas* de la palabra griega Κέφαλη, que significa cabeza, y no del siriaco, que significa una *piedra* (12), segun la interpretacion misma del Evangelista (13); y que se reprende á S. Ambrosio por hacer derivar *Pascha*, que en la lengua original significa *paso* ó *tránsito*, de una palabra griega que significa *sufrir* (14). S. Jerónimo, que critica esta licencia en los PP., se dejó tambien llevar de ella hasta el punto de buscar en el hebreo la significacion de los nombres de *Pablo*, de *Philemon*, de *Onésimo*, etc., que son nombres puramente griegos ó latinos (15).

Pero aunque se añadiesen á estas tachas, que son bastante lijeras, otras más fuertes respecto á la cronología y á la geografía, tan necesarias para entender perfectamente la Historia sagrada, no se debilitaría en manera alguna la autoridad de los PP., que gira sobre otros principios.

S. Agustin confiesa que en su tiempo se descui-

daba demasiado la cronología. S. Justino, por falta del conocimiento de esta ciencia, incurrió en anacronismos imperdonables (16), y la mayor parte de los Padres, siguiendo las mismas tendencias, hablaron con incertidumbre sobre el dia en que nació Jesucristo. S. Crisóstomo y S. Agustin dicen que fué el 25 de Diciembre; S. Epifanio quiere fuese el 6 de Enero, y S. Clemente de Alejandría dice que en su tiempo, unos lo fijaban en el 19 ó 20 de Abril, y otros en el 20 de Mayo, pero que, en su opinion, no hay en esto nada fijo á que atenerse.

Si esta clase de cuestiones no subsistiese aún y no se viera todavía que los más hábiles cronologistas están discordes respecto á las grandes diferencias que se notan entre el texto hebreo y la version de los Setenta sobre la duracion del mundo, nos podríamos tomar el trabajo de defender á los PP. de las acusaciones que se les dirigen. Pero es mucho mejor reconocer, como se ha reconocido desde los primeros siglos de la Iglesia, que hay un error en los cómputos antiguos, que obstinarse en defender causas que ellos mismos no defenderian si volviesen al mundo. Lo propio sucede respecto á geografía, cuya ciencia no profundizaron los PP. suficientemente. S. Epifanio confunde sin la menor reflexion el *Phison*, que es un rio del paraíso terrenal, con el *Ganges*, que riega las Indias; y otros, poco exactos tambien, no han vacilado en hacer pasar el *Gehon* por el *Nilo*, como lo advierten Escalígero y el P. Petau. [1]

Siendo la descripcion que del paraíso terrenal hizo Moisés uno de los lugares más oscuros de la sagrada Escritura, los antiguos y modernos han hecho á porfía mil conjeturas; pero la mayor parte de ellas son falsas y áun ridículas, si, como Mr. Huet pretende, es cierto que el paraíso terrenal estuvo situado sobre el canal que forman el Tígris y el Éufrates,

---

[1] Este famoso jesuita, que con su *Rationarium temporum* eclipsó el nombre de los primeros cronologistas de su tiempo, es más bien conocido por el apellido de *Petavio*. *(N. del E.)*

despues de reunirse cerca de Apaméa, entre el punto de su confluencia y el de su separacion, cuando se dividen antes de desembocar en el golfo Pérsico.

Así, ¿qué juicio podremos formar de los intérpretes que han colocado el paraiso terrenal, unos en el cielo, otros en la tierra, otros en el Nuevo mundo, y en fin, en tantos lugares, que apenas hay un punto donde no se haya pretendido fijar aquella mansion de delicias? ¿Qué hacer, pues, en vista de tantas conjeturas, verdaderas ó falsas, sino confesar la ignorancia de los hombres en una infinidad de cosas, que no importa mucho saber, cuando de esta ignorancia no emanan dudas ni errores en la fe?

CAPITULO IX.

Los lugares difíciles y espinosos que se notan en los Padres de la Iglesia, no disminuyen en lo más mínimo su autoridad.

En los PP. de la Iglesia, lo mismo que en todos los demás escritores, hay indudablemente dificultades; pero esto procede, no sólo de la sublimidad de las materias de que trataron, si que tambien de que en sus tiempos se conocian muchas cosas que ahora ignoramos, y de que las lenguas en que se expresaron dejaron ya de existir.

No todos saben el griego, y pocos conocen perfectamente el latin; esta lengua tan extensa, que pasando de una edad á otra, y de su patria, por decirlo así, á pueblos extraños, sufrió diversas alteraciones. El conocimiento de las frases bárbaras es ya casi infinito, y en esto es precisamente en lo que nuestros escritores eclesiásticos pecaron más, por haberse dejado llevar de una afectacion viciosa, difícil de desembrollar. El lenguaje de Tertuliano, aunque latino en el fondo, es tan extraño por la eleccion y coordinacion de las palabras, que Saumaise juraba, á fe de gramático, que nadie en el mundo era capaz de entender perfectamente el librito *de Pallio*, en el que este autor se reviste del estilo de los antiguos retores, que rebus-

caban las ideas y las palabras extraordinarias para exagerar lo que querian.

Nada hay más pesado para un semi-sábio que lee los PP., como el verse obligado á cada instante á recurrir á otro y á consultar los diccionarios sobre mil cosas, que es más vergonzoso no saber, que glorioso el haberlas aprendido. ¿«Por qué me elogiais, decia jocosamente Mr. de Cange á las gentes sencillas que le felicitaban por su Glosario latino, si no he hecho más que buscar las palabras chabacanas que todos evitan?» Y en efecto, el P. Vavasseur, que tan bien hablaba el latin, decia en sus últimos dias, «que por espacio de sesenta años habia hecho estudio de no servirse de palabra alguna de las que Mr. de Cange habia recogido.»

Non hic romanæ veneres, nec casta loquendi
Vincula. Tu palmam hanc ludimagister habe.

Hasta las mismas traducciones (Vid. Spelm.) hechas con el único objeto de auxiliar á los lectores, no hacen mas que aumentar el escrúpulo, á medida que parece que disminuyen el trabajo, dejando siempre en pos de sí motivos de duda en el ánimo, que teme ser engañado por los intérpretes; porque, efectivamente, hay muy pocas traducciones en que pueda tenerse una entera confianza, pues la mayor parte de las hechas del griego al latin no son muy exactas. Por otra parte, aunque hubiera algunas traducciones exactísimas ó poseyéramos perfectamente las lenguas en que escribieron los PP., costaria mucho trabajo penetrar en el fondo de su doctrina, y mucho más el aclarar las expresiones propias de cada uno de ellos, siendo frecuentemente más fácil, como dice S. Jerónimo, entender lo que los PP. enseñan, que los términos que emplean para enseñarlo.

S. Epifanio es tan poco claro en sus obras, que es muy difícil penetrarlas. S. Hilario, remontando sus pensamientos y queriendo elevarse á lo sublime, se rebaja empleando palabras inusitadas, que le hacen sospechoso de pensar equivocadamente respecto á muchas verdades del cristianismo (17).

La elocuencia de algunos PP. es un encanto deslumbrador, que oculta á la vista de los lectores faltas imperdonables en el razonamiento, y la sutileza de otros engaña fácilmente á los talentos medianos y poco atentos. En una palabra, la erudicion profana con que la mayor parte de los antiguos recargan sus escritos, es un inconveniente muy grande para los ignorantes y los débiles.

¿Cuántas veces ha sucedido á los PP. que, sosteniendo con demasiado calor un punto de doctrina, pusieron en peligro la misma verdad en lugar de afianzarla más? Al confundir una heregía, dan con frecuencia ocasion á que nazca otra enteramente opuesta (18); de modo que se necesitan una penetracion y discernimiento muy especiales para desenmarañar estas cosas y no precipitarse al aclararlas.

En las obras de polémica de estos antiguos Doctores cuesta infinito trabajo distinguir lo principal, de lo accesorio, y los fines, de los medios. Además, el observar siglo por siglo las costumbres civiles y eclesiásticas es demasiado pesado, siendo casi imposible no errar en esto, lo mismo que en los títulos afectos á las cargas y dignidades de la Iglesia y del Estado, y en las alusiones á cosas que, no estando ya en uso, derraman gran oscuridad sobre la teología antigua.

Despues de cuanto dejamos dicho nadie podrá quejarse de que no se haya dado bastante fuerza á las objeciones de nuestros adversarios; sin embargo, cuanta más se les da, más se debilitan estas, pues tan gran fuerza sólo sirve para demostrar con mayor evidencia que las dificultades, que tan monstruosas quieren hacerse en los PP. de la Iglesia, no lo son tanto como las que hallamos en autores profanos, las cuales forman las delicias de muchos.

Si por las dificultades de que las obras de los Padres de la Iglesia estén sembradas hubiéramos de abandonarlos y hacerles perder toda su autoridad, sería indudablemente preciso, no sólo renunciar á las ciencias humanas, á la filosofía y á las matemáti-

cas, sino tambien á la teología escolástica y tener por apócrifos é indignos de crédito todos los libros del antiguo y del nuevo Testamento.

CAPÍTULO X.

Las falsas citas y los demas descuidos que se advierten en los PP., no destruyen su autoridad en las cosas importantes á la fe.

La acusacion lanzada contra los PP. de la Iglesia de haber hecho falsas citas del sagrado Texto y alterado sus palabras, podria alucinar fácilmente si no supiéramos que entre los antiguos, que no se preciaban de muy exactos, fué bastante comun el citar los pasajes de los autores segun se les ocurria, curándose poco de las palabras, con tal que conservaran el sentido (19). ¿Y por qué los PP. habian de hacerlo de otro modo, cuando los Apóstoles y los Evangelistas hicieron lo mismo al citar las divinas Escrituras? *In multis testimoniis*, dice S. Jerónimo (In Isaiam, cap. 7.), *quæ Evangelistæ vel Apostoli de libris veteribus assumpserunt, curiosius attendendum est, non eos verborum ordinem secutos esse, sed sensum.*

Algunas veces parafrasean los PP. el texto sagrado, otras lo compendian, y por lo regular lo reproducen, no textualmente, sino en términos equivalentes que, sin embargo, se dirigen siempre á descubrir ó á exclarecer el verdadero sentido de las Escrituras. Si se dice que los PP. se permitieron valerse de libros apócrifos en la composicion de sus obras, es como si nada absolutamente se dijera, puesto que los Apóstoles, que no tuvieron dificultad en citarlos (Petau *De Incarn., lib.* 14, *cap.* 4.°), les dieron en cierto modo autoridad para emplearlos en defensa de la verdad (20), como lo reconocen muy sábios teólogos (21). Además, hay libros apócrifos que los PP. pudieron citar muy bien, ínterin recaia sobre ellos el fallo de la Iglesia, que luego declaró canónicos, libros que antes, no reconociéndolos por tales, los proponia

simplemente como divinos, θείας γραφὰς, *divinas scripturas vel divinos sermones*, como los denominan los PP. de la Iglesia griega (22). Así que, siguiendo esta regla S. Jerónimo, honró unas veces al libro de Tobías con el título de *libro sagrado*, y otras lo trató de apócrifo; que Orígenes lo colocó en el número de los que se leian á los catecúmenos, y que el tercer Concilio de Cartago lo incluye en los libros canónicos, si bien por Rufino no es admitido como tal.

Otro tanto puede decirse de los libros de Ester, de la Sabiduría, del Eclesiástico, de los Macabeos y de Baruc, en el supuesto de que este último no hubiese sido ya incorporado al de Jeremías: porque estos libros, que no estaban considerados en los primeros siglos de la Iglesia sino como muy á propósito para edificar á los pueblos, fueron en los posteriores declarados divinos y canónicos.

«Habiendo la mayor parte de los antiguos, como dice muy bien un sábio crítico, [1] tomado de los hebreos el cánon del viejo Testamento, no contaban como canónicos sino los libros admitidos por estos. Pero habiéndose escrito otros libros despues del cánon de Esdras, estos libros, que salian de la pluma de los judíos helenistas, pasaron de ellos á la Iglesia, y los primeros cristianos los recibieron sin distincion alguna, como todos los demás que se encuentran en la version de los Setenta. Sin embargo, habiendo tenido mucho despues conocimiento del cánon de los judíos, principiaron á dudar si estos libros tenian la misma autoridad que los otros, y no se atrevieron á igualarlos hasta que los partidos contrarios, ateniéndose á la tradicion, los consideraron como divinamente inspirados.

En tal estado permanecieron las cosas hasta que la Iglesia de Africa, en el tercer Concilio de Cartago, incluyó estos últimos libros en el cánon, que redactó de las Escrituras. Porque consultada la tradicion de las demás Iglesias, y estando por ellos la mayoría,

[1] Observaciones sobre la Biblioteca de Mr. du Pin.

fueron recibidos en general é incluidos en todos los cánones desde aquella época.»

Esto demuestra que Dios, que ilumina á su Iglesia, como ilumina al mundo con diferentes grados de luz, no la deja ver á un mismo tiempo y con entera certidumbre lo que su providencia no le debe descubrir sino sucesiva y paulatinamente. Así, áun cuando los PP. tuvieran un dia una opinion y al siguiente otra, no incurrieron en error, sino que siguieron la marcha prudente de los que, para indagar la verdad, no obran con precipitacion, y sí con lentitud y madurez. Pues los PP., como muy prudentes, se conducen con tanta reserva en declararse por las tradiciones, cuando estas no están universalmente reconocidas, como ardientes y fieles en sostenerlas, luego que han sido admitidas por toda la Iglesia.

Los enemigos de los PP. no se contentan con hacerles esta inculpacion, sino que les echan en cara haberse apropiado sordamente los unos las ideas de los otros. ¿Pero qué hay en esto de desventajoso para la autoridad de aquellos antiguos Doctores, puesto que se apoya únicamente sobre el asentimiento unánime, comun á cuantos no tienen sino una misma fe en Jesucristo, habiendo los últimos sustituido á los primeros, que no hicieron mas que anticiparse á sus sucesores en puntos de doctrina abrazados por todos estos? ¿Deberán acaso ser más censurables los Padres que los Concilios, los cuales para la redaccion de sus cánones se sirvieron de autores, sin citarlos ni áun cuidarse de inquirir lo que eran, contentándose, sin más exámen, con oponer á los hereges los escritos admitidos por la Iglesia?

Los escritores antiguos acostumbraban insertar en sus obras, sin citar las fuentes, lo mejor que habian recogido de los autores más célebres. En Horacio se leen trozos enteros de antiguos poetas griegos y latinos, que este culto ingenio convirtió en gloria suya, y lo mismo puede decirse de Ciceron, Quintiliano y Plutarco, que tácitamente se aprovecharon de la erudicion de sus antecesores.

Pero si algo pudiera haber de ridículo en los santos PP., sería el haber dado entrada en sus composiciones á autores cuya fe es sospechosa á la Iglesia. Efectivamente, se vacila y se detiene uno al encontrar en S. Jerónimo trozos enteros de Dídimo, Orígenes y Apolinar. No obstante, nos tranquilizamos al considerar que áun los más acérrimos hereges no lo son en todos los puntos de doctrina, pues si en unos se extravían, en otros se conservan ortodoxos.

En consecuencia de esta verdad no ha dudado la Iglesia insertar algunas veces en las obras de los escritores más católicos trozos sacados de los autores condenados. A Severo de Antioquía, herege muy declarado, se le halla al lado de los santos PP. en un antiguo Comentario sobre los Evangelistas, citado por Lambecio. Un antiguo autor anónimo, en una *cadena* ó série de sucesos de los Padres griegos *(Bibliot. Imper.)* sigue un sistema completamente uniforme al hablar del evangelista S. Juan. S. Cirilo de Alejandría, en su carta á Eulogio, aprueba aquel método, en tanto que lo que digan los hereges no sea herético y que confiesen las mismas verdades que nosotros confesamos. Hay en los hereges opiniones tan ostensiblemente corrompidas, que no pueden menos de causar horror, y otras tan atrevidas y tan temerarias, que es preciso rechazar, porque conducen á lo falso y á peligrosas innovaciones; pero tambien las hay muy católicas, que no pueden ser condenadas sin injuriar la verdad, y otras que, siendo equívocas, podrán tomarse en buen sentido, y en este caso no serán censurables.

Se puede muy bien elogiar á los hereges en lo que haya en ellos de bueno, sin por esto merecer la nota de haber abrazado ó favorecido sus errores. He aquí lo que dice S. Jerónimo, hablando de sí mismo, en su Prólogo sobre los nombres hebreos: «Si he alabado á Orígenes, ha sido en el concepto de un hábil intérprete, á quien se debe mucho, y no como á un Doctor, cuyos dogmas sea preciso abrazar. Admi-

ro la sutileza de su ingenio, pero no apruebo su pésima doctrina.»

Nada hay que impida servirse de la erudicion de los hereges ni de la de los gentiles para adelantar en la investigacion de la verdad. ¿Y quién se atreverá á criticar á S. Jerónimo por haber recurrido á los judíos á fin de adquirir un conocimiento más perfecto de la lengua santa y de asegurarse en ciertas nociones, que esclarecen el sagrado texto, independientemente de los principios de la religion, puesto que la misma Iglesia se ha servido durante mucho tiempo de algunas ediciones de la Biblia publicadas por los hereges y los semijudíos (23)?

Cuando los PP. daban cabida en sus comentarios sobre la Escritura á autores tachados de hereges, no era por dar crédito á sus errores, sino con el objeto de hacer conocer la diversidad de opiniones de los antiguos intérpretes, y sacar partido áun de las cosas de que tanto los inteligentes como los ignorantes hubieran podido abusar.

Cuando S. Clemente de Alejandría y algunos otros Padres citaron los libros atribuidos por los hereges á los Apóstoles, su objeto no fué tampoco hacer pasar tales obras por producciones de estos, sino que las emplearon porque, estando admitidas por los enemigos de la Iglesia, esto era suficiente para oponérselas, sobre todo no prohibiendo la misma Iglesia su uso en las controversias, salva la integridad de la fe, que ante todo es preciso conservar.

Si en algunas ocasiones, por familiarizarse los Padres con los autores sospechosos, parece que tomaron algo de ellos, no debe atribuirse mas que á pura sorpresa, y no puede entrar en la contextura del asentimiento unánime, tantas veces alegado, en el cual consiste la autoridad de los PP. respecto á las cosas importantes á la religion. Lo que se añade de que estos recurrieron á los libros de los gentiles, no bastaría para destruir la autoridad que les corresponde, puesto que la libertad que en ello se tomaron no estaba prohibida, y que el mismo S. Pablo citó

autores profanos al dirigirse á los atenienses (24).

Cuando los PP. citaban textos de los gentiles no era porque á estos los consideraran como sábios iluminados con la luz de la verdadera fe, sino porque los tomaban como hombres que, en medio de sus tinieblas, no dejaban de decir verdades que podian muy bien añadirse á las pruebas ordinarias del Cristianismo. «Así es, que como la crítica no estaba en aquel tiempo casi en uso (Tillemont, *Hist. de los Emper., tomo 2.)*, los fieles recibian con sencillez lo que encontraban favorable á la verdad, y se servian de ello con buen resultado para refutar al paganismo, por el gran respeto que los gentiles tenian á toda esta clase de citas.

Un motivo mucho mayor habria para criticar á S. Jerónimo por haber calificado de verdaderas y legítimas las supuestas cartas del filósofo Séneca á San Pablo, y lo habria tambien para quejarse de algunos Padres que hicieron otro tanto, si no estuviéramos persuadidos de que su parecer en este punto debe pasar tan sólo por una mera conjetura, ó á lo más por una ligera indulgencia hácia aquellos gentiles, que, en la elevacion de sus pensamientos, parecia tenian algo de la sublimidad del cristianismo.

CAPITULO XI.

Los libros falsamente atribuidos á los PP. de la Iglesia, en nada destruyen la autoridad de estos hombres eminentes.

La mayor parte de los libros falsamente atribuidos á los PP. de la Iglesia, son tan indignos de su pluma, que muy lejos de querer sacar partido de ellos, se trabaja con el mayor cuidado en separar estas supuestas obras de las legítimas, únicas que pueden honrar á los PP. y consolidar su autoridad.

Hay muchas clases de suplantaciones: la primera y más peligrosa es cuando por sorpresa y por la concurrencia de nombres que se parecen, se atribuye á un Padre la obra de otro de la misma época, de la misma opinion y de igual mérito. Hay otra en

la cual aparece menos candidez y que, sin embargo, merece ser escusada, por haberla empleado con buen fin algunos escritores sagrados, ya fuera para adquirir crédito en el ánimo del pueblo, que lee con más gusto los libros suscritos por hombres eminentes, ya para sustraerse á la vanidad, y ya, en fin, para evitar la persecucion de los envidiosos que asedian á los autores.

Habiéndose dedicado Vigilio de Tapso á combatir á los arrianos, nestorianos y eutiquianos, lo hizo bajo el nombre, y consiguientemente con la reputacion, de S. Atanasio, de Isacio Claro y de S. Agustin, que antes que él se habian lanzado á la palestra contra aquellos hereges.

Tal vez, pero esto no pasa de conjetura, el autor de los libros por mucho tiempo atribuidos á S. Dionisio Areopagita, no afectó consentir que sus obras pasasen con un nombre tan venerable, sino para hacerse leer con más respeto y prestar por este medio mayor servicio á la Iglesia.

Por modestia y por no exasperar á los que estaban celosos de él, tomó el seudónimo de *Timoteo* el venerable presbítero Salviano, y Vicente de Lerins, por igual motivo, el de *Peregrino* ó Viajero. Pero en todo esto ningun riesgo corre la autoridad de los Padres: porque al fin no es el nombre el que da la autoridad, sino que, por el contrario, es la autoridad la que hace recomendable á la Iglesia el nombre de los PP.

Es por cierto indudable que estos disfraces pueden algunas veces confundir nuestras ideas respecto á la época y al mérito, que es en lo que más se fija la atencion en los autores que rinden homenaje á las tradiciones. El Símbolo de San Atanasio, por ejemplo, es un documento que perderia mucho de su mérito á ser cierto que no es obra de este Padre (Joan. Antel. *nov. de Symb. Athan. disquisit.*), y si únicamente de Vigilio de Tapso, ó de Vicente de Lerins, ó lo que aún seria peor, de un autor francés del siglo X, como algunos pretenden (25).

Hay otras suplantaciones que los protestantes lla-

man *fraudes piadosos*, las cuales proceden del mal entendido celo de algunos indiscretos, que, creyendo prestar servicio á la Iglesia y poner por medio de su pluma, aunque débil, mucho más en relieve las verdades de la religion, ingirieron en las obras de los Padres retazos y hasta discursos enteros, hechura suya, altamente indignos de los escritores ilustres á quienes los atribuyeron.

Los críticos han clamado mucho contra estos llamados *Sicofantas*. Erasmo, entre otros, no pudo contener su bilis en el Prefacio sobre S. Jerónimo y tambien en otra parte contra uno de aquellos personajes que habian sembrado mil bagatelas en las obras de los PP., y sobre todo en las de S. Ambrosio, de S. Jerónimo y de S. Agustin. «El exceso en esto, dice aquel sábio, es tan grande, que raya en locura; y esos trozos, añadidos con tan poco tino, pueden compararse á despreciables harapos cosidos sobre túnicas de púrpura.»

Sin embargo, es muy de lamentar en Erasmo que con este pretexto elimine de los PP. de la Iglesia trozos y áun libros enteros, que no se les pueden quitar sin injusticia. No teme excluir una buena parte del excelente tratado de S. Basilio, relativa al *Espíritu Santo;* mutilar los Comentarios de S. Crisóstomo sobre las *Actas* (Bill., *Observat. sacr., libro I, cap.* 9.), y desechar las Homilías de este Padre sobre la epístola segunda á los Corintios, que califica de supuestas, aunque son verdaderamente de aquel santo Doctor.

Nada diremos aquí de otra especie de fraude, que no puede llamarse piadoso sino *impío*, porque, procediendo de los hereges que corrompieron las ediciones de los PP., no pueda creerse pretendemos sacar partido de él. Pero hay una *suposicion de parte*, hablando en términos jurídicos, que es demasiado comun en nuestros escritores eclesiásticos, para que podamos prescindir de consagrarla cuatro palabras. Esta consiste en que por culpa de los copistas un mismo libro es atribuido á muchos PP., lo que no

puede menos de producir confusion en los catálogos de los bibliotecarios, en los cuales un mismo libro aparece muchas veces bajo el nombre de diferentes autores, á quienes los catalógrafos atribuyen la propiedad. Se nos da, por ejemplo, un *Joannes Rubus* y un *Joannes Buissonius* por dos autores de una misma *Armonía evangélica*, impresa por primera vez en Douay el 1575, aunque no es mas que un solo autor llamado en francés *Jean du Buisson*. Pero con un poco de cuidado y de trabajo se pueden remediar estos descuidos, demasiado ajenos de la autoridad de los PP. para poderla rozar siquiera, cuanto menos herirla ni arruinarla.

CAPÍTULO XII.

Las alteraciones y faltas que se notan en los Padres, no amenguan su autoridad.

Aun cuando se quitaran de las ediciones de los Padres de la Iglesia, como sería muy justo, todos los tratados que falsamente se les han atribuido, y aunque se desechasen tambien todos aquellos de cuya sinceridad hay motivo de duda, todavia quedarian bastantes de los legítimos para sostener la autoridad que se les concede en las cosas importantes á la fe.

La mayor parte de estos tratados, y áun los que nada tienen que no sea ortodoxo, no son documentos tan excelentes que no pueda sin ellos pasarse. De suerte, que reduciéndose á los antiguos PP. en lo referente al asentimiento de cualquiera de ellos, se puede, sin arriesgar nada, renunciar todo lo demás, por favorable que parezca.

Lo que más debe sentirse en estos ilustres Doctores, no es el verlos despojados de aquellos adornos extraños, sino el contemplar las enormes pérdidas que han sufrido en sus propios bienes, es decir, en la mejor parte de sus obras, de donde se hubieran sacado poderosos auxilios para el sosten y la defensa de la Iglesia contra las calumnias y las profanas innovaciones de los hereges.

Se pudiera haber echado mano de estos libros para corregir los defectos de los que nos quedan, y restituir con ayuda de unos lo que falta á los otros, ya por el descuido de los copistas, ya porque los PP. no se explicaron siempre con igual claridad en toda clase de cuestiones. Mas el haberse perdido una infinidad de obras de los PP. no es tan lamentable que no podamos consolarnos de ella con el goce de las perdonadas por el tiempo. Pues aunque Dios no hubiera prometido á su Iglesia conservar por una especial providencia los escritos de sus Pastores, ama bastante á esta esposa para haberle conservado los que le son necesarios al sosten y defensa de su doctrina y de sus tradiciones. Estas pérdidas no obligan, por tanto, á nuestros adversarios á no dar crédito á los PP. de la Iglesia como á personas sin convicciones, pues al fin su autoridad no depende de algunos escritos perdidos y arrebatados por el rápido curso del tiempo; porque, de lo contrario, seria preciso decir que la sagrada Escritura, cuyos escritos perdidos son en mayor número que los conservados, estaria privada de su autoridad, lo cual no es cierto.

Se han perdido el libro de las Guerras del Señor; el de la Alianza; el de los Justos; los de los Profetas Nathan, Gad, Semeias, Addo, Ahias y Jehu; uno de las Parábolas y de las acciones de los Reyes de Israel, y otro de Samuél; el discurso de Osai y los de Osias, escritos por Isaias; tres mil Parábolas de Salomon; un número infinito de cánticos, y multitud de volúmenes sobre la virtud de las plantas y de los animales; las descripciones de Jeremías y la profecia de Jonás, sin contar las memorias de Juan Hircano y los libros de Jason, escritos todos divinos é inspirados por Dios.

En vista de esto, ¿en qué podrá tachársenos respecto á escritos de los PP., que el tiempo nos ha arrebatado? Más puesto en razon seria objetarnos las faltas que se han deslizado en las ediciones de sus obras, porque pueden hacer variar su verdadero sentido. Pero estas omisiones en el texto de las sagradas

Escrituras, que los hereges toman por la sola y única regla de su fe, no son un motivo bastante poderoso para desacreditar la autoridad de los PP. Por otra parte, estas faltas no son quizá tantas como se cree, y nuestros mismos adversarios no están en ello acordes, puesto que unos escusan ó aprueban lo que otros condenan, y el mal se aumenta muy á menudo por falta de atencion, de capacidad y de experiencia de los que se entrometen á criticar, sin estar siempre bastante versados en el estilo, usos y doctrina de los PP. en cada siglo. A menos de haber adquirido un extenso y exacto conocimiento de todas estas cocas, es muy difícil que los que pretenden restituir la pureza de los originales no se engañen en este punto. Esto produce grandes consecuencias por la ciega confianza depositada ordinariamente en aquellos que se jactan de publicar ediciones correctas.

En el dia tenemos la ventaja de que si no poseemos las obras de los PP. en toda su pureza, se aproximan tanto á ella por el cuidado que los más hábiles críticos ponen en esto, que casi no tenemos motivo para quejarnos del tiempo ni de los copistas que las corrompieron. Así, es mejor gozar pacíficamente del trabajo de tantos sábios, que incomodarse por pequeñeces y comprometer por bagatelas la autoridad de los PP., fundada en principios más sólidos que los de la gramática y de las ciencias humanas, que pueden servirla, pero de ninguna manera dominarla.

Por lo demás no hemos hablado hasta aquí de la autoridad de los PP. con objeto de suscitar debates ni querellas, sino para ponerla de manifiesto y hacerla ver tal como es, ó como debe ser á los ojos de los que leen las obras de los antiguos Doctores, ya para edificarse á sí mismos, ya para difundir en el público el fruto de sus trabajos y desvelos.

SEGUNDA PARTE.

DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS PARA LEER CON FRUTO LOS PADRES DE LA IGLESIA.

CAPITULO I.

Del espíritu con que se deben leer los PP. de la Iglesia y de las disposiciones necesarias para comprenderlos.

Las obras de los PP. deben leerse, por regla general, con el mismo espíritu con que fueron escritas; quien se aparte de esta regla corromperá el buen sentido de las cosas, y se alejará tanto más de la verdad, cuanto con mayor confianza siga el camino que conduce al error.

Un lector prudente que pretenda alimentarse con la sávia de los cedros (*Ezeq.*, *cap.* 17.), es decir, con la sustancia de las obras de los PP. de la Iglesia, las leerá con caridad, humildad y rectitud de intencion, sin lo cual los estudios más santos en la apariencia serán completamente seculares y profanos. Sin embargo, no bastarian tan excelentes disposiciones si no fuesen acompañadas de las que da la naturaleza, y áun de las que se adquieren con el estudio y el trabajo.

No es decir con esto que Dios no pueda hacer milagros ni que deje de hacerlos alguna vez, sino que no acostumbra ordinariamente derramar su gracia en el corazon de los que no están bien dispuestos á recibirla. A pesar de que Jesucristo para hacer brillar su poder en el establecimiento del Evangelio convirtió una porcion de idiotas é ignorantes en los primeros Doctores de la Iglesia, ha elegido por lo mismo en lo

sucesivo los mayores génios y los hombres más sábios del mundo para Padres y Pastores de su pueblo, como lo acreditan suficientemente las obras que nos han legado, pues no se necesita mas que un mediano juicio para reconocer que el arte y la naturaleza se aliaron en ellos con las gracias y bendiciones del cielo.

Seria, pues, una burla querer sin talento ni capacidad empeñarse en la lectura de los PP. de la Iglesia: porque áun cuando S. Crisóstomo haya dicho que los libros de los Santos no son como los de los filósofos, que no pueden ser comprendidos sino por personas muy doctas é ilustradas, es, sin embargo, positivo que debe tener el lector un talento superior para abarcar el número casi infinito de conocimientos contenidos en las obras de los PP., como tambien una gran fuerza de ánimo para sostener el peso de la erudicion eclesiástica, sin sucumbir; que sea juicioso, para no extraviarse en sus miras; flexible, para entrar en las disposiciones de su autor; hábil, para observar todos sus pasos; recto y firme, para no alucinarse; ilustrado, para penetrar en el fondo de las cosas; bastante activo, para llegar á la meta, y suficientemente moderado para no rebasarla; de exquisito gusto, para no fijarse en lo inútil y tambien para no perder de vista lo que merezca ser atendido; amigo del trabajo, del órden y del consejo; sin prevencion alguna de error, ni obstinacion en sus preocupaciones contra las personas ó las cosas. Es preciso, además, que nada ignore de cuanto pueda referirse á los autores que constituyen su principal estudio; necesita saber las lenguas, la crítica, la filosofia, la historia y las leyes divinas y humanas, estando al propio tiempo convencido de que el modo de ilustrar las ciencias por medio de ellas mismas, es el mejor y más seguro de todos.

Siguiendo este camino real es como escritores muy célebres han llegado á la gloria de haber dado lustre á los antiguos autores, que yacian en la oscuridad cubiertos enteramente de polvo. Por este camino

firme y seguro, el grande Onufrio Panuino, que mereció el renombre de *Padre de la Historia*, con siguió penetrar en la más remota antigüedad ; el ilustre Baronio desenterró los fundamentos de los Anales eclesiásticos, y una infinidad de escolásticos hábiles aclararon los antiguos PP. de la Iglesia.

Las ciencias tienen entre sí lazos muy estrechos; se ayudan y esclarecen recíprocamente, y muchas veces se obtiene de las cosas remotas una luz que ilumina las más cercanas, cuya profundidad no se conoceria sin auxilio ajeno. Así es cómo Villalpando hizo servir útilmente la geometría para la inteligencia de la sagrada Escritura; cómo Valesio, sábio médico español, explicó por medio de la física lo relativo á las cosas naturales en el sagrado texto, y cómo Levino Lemnio interpretó por la botánica las alegorías de la Biblia, sacada de la naturaleza de los árboles y de las plantas. S. Jerónimo y S. Agustin (*Epist.* 5. *De Doctr. Chist., lib.* 2, *cap.* 16.) confiesan que las matemáticas son útiles para la explicacion de las sagradas Escrituras. La Iglesia se rige en algunas cosas por principios de astronomía, como aparece en los Concilios de Nicéa (1), de Constancia y de Basiléa y en el decreto expedido en el último siglo por Gregorio XIII sobre la reforma del calendario romano.

El conocimiento de la geografía y de los usos y costumbres de las diferentes naciones del mundo suministrarán tambien á los estudios más sublimes y santos luces que un lector exacto no debe despreciar. Algunos teólogos demasiado minuciosos, como dice perfectamente Mr. Simon (*Observ. sobre el viaje de Dund.*), que desprecian cuanto lleva el nombre de viajes, debieran considerar que pueden sacarse de ellos grandes auxilios, y que, sobre todo, los de Levante sirven mucho para esclarecer las dificultades que se encuentran en las historias antiguas y áun en la sagrada Escritura. Un autor moderno (2) se ha servido ventajosamente de lo que aprendió en las relaciones de la China sobre el cómputo de los tiempos, para sostener la cronología de los Setenta contra la

el texto hebreo. En los viajes de Oleario, de Pedro de a Valée y en algunos otros se encuentran muy buenas observaciones, que esparcen la claridad en los lugares más oscuros de la Historia sagrada.

El caballero Chardin, viajero bastante conocido, dice (*Prólogo del diario de sus viajes.*): «que la inteligencia de un gran número de pasajes de la sagrada Escritura depende del conocimiento de los países orientales, por cuanto el Oriente fué el teatro de los hechos históricos de la Biblia; que siendo el lenguaje de este divino libro puramente oriental y muchas veces figurado, no podria comprenderse bien sin conocer las cosas de donde se tomaron aquellas figuras, como son las propiedades naturales y las costumbres particulares de un país; que por falta de este conocimiento, la mayor parte de los traductores de la Biblia emplean expresiones que, no acomodando las cosas á los lugares en que han pasado, echan á perder el texto y hacen frecuentemente oscuro su sentido, y que sin aquel auxilio los comentadores caen en extrañas aberraciones, y parece que adivinan y que sólo caminan á tientas.» Sería de desear que este ilustre viajero hubiese cumplido la promesa que hizo de publicar sus observaciones sobre las costumbres de los orientales con relacion á la Biblia. «Porque, como añade muy bien, no sucede en Asia lo que en Europa, en donde cambian sin cesar de forma los trajes, los edificios y los jardines. En Oriente no hay esta volubilidad: los trajes de hoy son iguales á los antiguos; lo cual hace creer que en esta parte del mundo las formas exteriores de las cosas, las costumbres y los usos son ahora lo mismo que hace dos mil años, excepto aquellos pequeños cambios que la religion haya introducido, los cuales son muy poco considerables.»

Aunque parezca que dichos conocimientos no tienen gran relacion con los libros sagrados, no podrán estos entenderse perfectamente sin recurrir á aquellos. *Non multa adjiciunt, sed æquè non erit totum cui vel parva deerunt.* Así es que no se obtendrá una inteligencia perfecta de los PP. hasta estar muy versa-

do en todo género de literatura; razon por la que nos recomiendan con instancia los maestros investiguemos hasta las cosas más insignificantes, porque cuanto más sepa uno, más fácil le será el aprender; sucediendo lo propio que á una luz, pues por muy pequeña que sea, es suficiente para producir un gran incendio.

CAPITULO II.

De la diversidad de lenguas y de su uso en los buenos estudios.

Antes de la temeraria empresa de la torre de Babel, todos los hombres hablaban una misma lengua; pero introducida la division, se trasformó en tantos dialectos diferentes y tomó pronunciaciones tan diversas, que convertidos los hombres en extranjeros los unos respecto de los otros, dejaron de entenderse y se separaron. No paró aquí el mal, sino que de estas lenguas primitivas se formaron con el tiempo otras infinitas, á las cuales sucedieron otras nuevas, porque la cosa más insignificante en esto es capaz de producir mil cambios y de suscitar mil dificultades, de las que no es posible darse cuenta á sí mismo, á menos de comparar á un tiempo entre sí muchas lenguas y hasta las jergas, y recoger y examinar todas las palabras peculiares de ellas, lo cual es casi imposible.

Entre tanto, esta diversidad de lenguaje, que tan imperiosamente reina en el mundo, es una plaga sumamente enojosa, porque es enteramente contraria á la sociedad civil, para la cual hemos nacido, haciendo más fácil á los hombres conversar con los animales que con sus semejantes, cuyo idioma no entienden. Pero como somos tan ingeniosos para sacar gloria de nuestro propio baldon, nos complacemos en convertir esta mancha en objeto de extremada vanidad. (San Agust. *de Civit. Dei, lib.* 19, *cap.* 17.) Cada nacion se ha hecho idólatra de su lengua y se ha esmerado en embellecerla, enriquecerla y adornarla cuanto le ha sido posible. Se han establecido reglas de lenguaje más inviolables aún para la mayor parte

de los hombres que las leyes divinas y humanas, y se ha establecido un uso tirano é imaginario de las lenguas, al que todo el mundo se gloría obedecer ciegamente contra el buen sentido y la sana razon. Los pueblos vencedores han impuesto constantemente su idioma y costumbres á los vencidos, y en todas épocas y paises ha habido muchas personas consagradas al estudio de las lenguas, sin haber obtenido de él, la mayor parte de las veces, otra ventaja que aprender infinidad de voces y muy pocas cosas. Esta confusion de palabras agrada á los ignorantes; pero las personas de buen juicio que conocen cuántos embarazos causa la diversidad de idiomas en el comercio de la vida, y cuánto retrasa el progreso de las ciencias, creen seria muy conveniente remontarse á la primera institucion y establecer un idioma que, siendo comun á todos los pueblos del mundo, hiciera de ellos uno solo. Dominado Descartes (*Vida de Descartes, 2.ª parte, cap. 8.*) por esta idea, concibió el proyecto de un idioma universal, del que Wren, autor inglés, hizo un ensayo, que no dió resultado. [1] La lengua latina, tan generalizada en Europa, seria muy á propósito para esto; pero aunque consintieran en ello Asia, Africa y América, lo que no es creible, quedarian aún muchas dificultades por vencer. Hé aquí por qué no hay otro remedio que soportar el antiguo yugo y procurar hacerlo llevadero por medio de buenos métodos, vista la imposibilidad de sacudirlo con el orgullo (3).

El estudio de las lenguas es un ejercicio enojoso y difícil; no obstante, las personas verdaderamente cristianas pueden hacer de él un objeto de gran mérito: porque puede uno aplicarse á este estudio, ó por espíritu de piedad y de veneracion á la palabra de Dios, que no puede comprenderse perfectamente sin este auxilio, ó por espíritu de penitencia, á ejemplo de un gran Santo (4), que aprendió el hebreo para domar la carne, ó en fin, lo que es de inestimable valor, por caridad y para prestar un servicio á la Iglesia. San

[1] Véase la nota puesta al fin del tomo con este signo *

Pablo se congratulaba de saber el idioma de los que le escuchaban; Orígenes se consagró al estudio de la lengua sagrada á la edad de 30 años; S. Jerónimo, que es el Orígenes del Occidente, despues de haberse perfeccionado en las lenguas griega y latina, tuvo hasta cuatro maestros de lengua hebrea, y otro quinto que le enseñó el caldeo, sin ruborizarse, como él mismo dice, de ser discípulo en este idioma á la par que era profesor en todos los demás.

S. Agustin, que conocia perfectamente el valor de las cosas, y que se gloriaba de rendir homenaje á la verdad, áun en contra suya, se arrepintió toda su vida de no haber aprendido las lenguas sábias; pues aunque estaba persuadido que era más importante saber interpretar las Escrituras que el poseer idiomas, conocia no ser posible lo uno sin lo otro, y que un Doctor de la Iglesia debe reunir la ciencia de las lenguas á la de la interpretacion de aquellas. El mismo Padre se acusa en sus Confesiones como de una falta enorme el haber mirado con indiferencia en su infancia el estudio del griego, y puede decirse con verdad que sólo le faltó este conocimiento para que su ilustracion fuese completa. Quiso adquirirlo en edad muy avanzada, pero hizo en él tan pocos progresos, que confiesa en sus libros sobre la Santísima Trinidad y contra Petiliano, que ni podia hablar ni escribir en griego, y que era poco ó casi nada lo que sabia de esta lengua. *Ego quidem grecæ linguæ perparum assecutus sum, et prope nihil.* Sin embargo, S. Agustin tenia bastante conocimiento del griego para poder leer los autores que escribieron en esta lengua, como lo atestigua su carta á Audax, que es la 261 de la nueva edicion. «No tengo, le dice, la traduccion de los Salmos, que S. Jerónimo hizo del hebreo, ni los he traducido; no he hecho más que corregir por el griego muchas faltas de las versiones latinas. Por medio de estas correcciones, lo que tenemos es mejor que era, pero no es todavía lo que debiera ser; pues aún estoy corrigiendo por medio de la compa-

racion de los ejemplares los defectos que se me habian escapado.»

Santo Tomás, el Angel de las escuelas, tuvo el defecto de no saber el griego, lo cual no debe imputarse á negligencia de este santo Doctor, sino á la ignorancia y estupidez de su siglo, en el cual el griego pasaba por cosa tan monstruosa, que se huia de él como de un escollo: *Græcum est, non legitur.*

Todo el mundo sabe en qué confusion envolvió la ignorancia del griego á los hombres más eminentes de la Iglesia latina por espacio de 800 ó 900 años, en que apenas se tenia conocimiento de esta lengua. No comprendiendo los PP. del Concilio de Francfort (5) el verdadero significado de los términos empleados por los griegos para expresar aquella especie de adoracion que ellos llamaban προσκύνησις, muy diferente de la que sólo se rinde á Dios, se dejaron llevar por un celo que no estaba conforme con la ciencia, á desechar la definicion del segundo Concilio de Nicéa respecto al culto de las santas imágenes. Es verdad que los PP. fueron inducidos á este error por la copia latina de las actas de este Concilio; pero si hubiesen sabido el griego, hubieran corregido fácilmente los defectos de la copia con solo la inspeccion del original, y habria sido imposible dejarse de apercibir de la diferencia que Constantino, Obispo de Constancia de Chipre, establece en sus advertencias á este mismo Concilio, entre la adoracion que se rinde á las imágenes y la que sólo corresponde á Dios; hubieran reconocido que los Padres de aquel Concilio, que es el sétimo ecuménico, tomaban su προσκυνέω más bien por una simple veneracion, que por una adoracion real. (*Vid.* Simon. *Not. ad Apolog. Eccles. Orient. Gabr. Philadelph.*), siguiendo en esto á los Setenta, que hicieron notar bien esta diferencia en su version del texto hebreo.

El haber reprochado los latinos á los griegos la adoracion de las oblaciones antes de consagradas, y cuando no se hace más que colocarlas desde la *Pro-*

theis [1] sobre el altar del sacrificio, procede tambien de la ignorancia del griego y de que los latinos no comprendian bastante, al leer los rituales de los griegos, que προστύεω y προσκύνησις se toman en este lugar más latamente que en aquellos en que sólo se habla de la adoracion debida á la inefable Trinidad. En una palabra, se ve que la profunda ignorancia de los primeros escolásticos y de algunos de los modernos acerca de las ordenaciones de los griegos, no tiene otro origen que el desconocer la lengua de estos pueblos.

CAPITULO III.

De las lenguas indispensables para la perfecta inteligencia de los PP., y primeramente de la lengua hebrea.

S. Agustin, en su excelente libro de la *Doctrina cristiana*, que es la Institucion de un verdadero Teólogo (*Sac. Lett., tomo* 1.), recomienda el estudio y conocimiento de las lenguas hebrea, griega y latina. Todos los PP. de la Iglesia escribieron en griego ó en latin, excepto S. Efrem, diácono de Edesa, Bercefa, obispo de Siria, y otros dos ó tres que, habiendo sido traducidos al griego del siriaco, del árabe y del etiope, apenas se han hallado despues en su lengua original (6) mas que en algunas bibliotecas curiosas, como las de Leyden, en Holanda, donde se conservan estos restos de la antigüedad. Sin embargo, no se puede negar que el hebreo es necesario para la lectura de los PP. con respecto á la sagrada Escritura, cuyo texto tradujeron aquellos antiguos Doctores, así como expurgaron tambien sus ediciones y explicaron su letra.

No pueden ser bien comprendidos estos primeros críticos sin un conocimiento mas que mediano de la lengua hebrea y de algunos de sus dialectos, segun el parecer de un sábio, que pretende ser necesario el siriaco para entender perfectamente el griego de la

[1] Véase esta palabra en el *Diccionario de Teología*(*N. del E.*)

sinagoga, que es el de los Setenta, y el de los escritores del nuevo Testamento. El griego de los Setenta es griego en las palabras, pero la frase y el giro son hebreos ó caldeos, en concepto de hábiles conocedores.

Observa Luis Capel que entre las palabras verdaderamente griegas hay tambien otras bárbaras, inventadas por el capricho de los Setenta. (*Resp. ad dissert., art.* 24 *de Sep. edit.*) *¿Quis nescit verba quidem esse græca, immo plurima esse non græca, sed barbara ab ipsis efficta; alia græca quidem, at non ejusdem quam apud græcos significationis?* Con todo, los Setenta no lo hicieron por ignorancia, sino por acomodarse al estilo y genio de los gentiles, á quienes querian instruir.

Cuando se ignoran los idiomas, la cosa más insignificante es un obstáculo extraordinario. Por ejemplo, en algunas ediciones de las obras de S. Jerónimo se encuentran á cada paso caractéres hebreos, que aunque no figuren en el original de este antiguo Padre de la Iglesia, que escribió en caractéres latinos las citas del texto hebreo de la Biblia, para entender lo que se lee, aun cuando nos atuviéramos únicamente á los caractéres latinos que figuran al márgen, seria siempre preciso venir á parar al conocimiento de la lengua hebrea, sin el cual aquellos caractéres no sirven sino para facilitar la lectura de las palabras, y en manera alguna para hacer inteligible el texto.

Fué costumbre muy antigua escribir en caractéres vulgares las cosas que estaban originalmente escritas en hebreo y en griego. Los autores del nuevo Testamento y los PP. griegos escribieron en este idioma las palabras hebreas ó siriacas de la santa Escritura. En las Exaplas de Orígenes el texto hebreo no sólo estaba escrito en caractéres hebreos, sino tambien en caractéres griegos; y Makerque asegura haber visto un libro de los Salmos y de los Himnos del año 1105 escrito en caractéres latinos. Así, no debe criticarse que en las ediciones de los PP. los caractéres latinos figuren al lado de los hebreos, pues sobre

ser sumamente útil, es cosa tambien muy autorizada.

Las lenguas sábias habian estado muy abandonadas durante la edad media de la literatura; y la experiencia demuestra que no sin motivo se recomendó á fines del siglo XV el estudio del griego; que en el siguiente hubo grande aplicacion al hebreo, y que en este (el XVII) se aprende el árabe, que, siendo una lengua tan general, ayuda mucho á hacer comprensibles ciertos misterios de erudicion recogidos por los árabes de los restos de la sábia Grecia. En verdad que si algo hay que honre á la Francia y que deba excitar los talentos al estudio de las lenguas, es lo que ha escrito M. Colomiez en su *Francia oriental*, donde hace ver por el ejemplo de más de 150 franceses, desde Arnaugand, médico del tiempo de Felipe el Bueno, hasta Aquiles y Arlay de Sancy, embajador de Luis XIII en Constantinopla, cuánta gloria es capaz de adquirir esta nacion en tan noble estudio.

Los protestantes quisieran pasar por los restauradores de estas lenguas en Europa (Sim., *Resp. á algunos teólogos de Holanda.*); pero es preciso reconozcan que si saben algo en esto, lo deben á los católicos romanos, que fueron sus maestros y las fuentes de donde emana todo lo mejor y más útil que hoy existe acerca de las lenguas orientales. No negaremos, sin embargo, que Reuclin, tenido de muchos por luterano, haya sido uno de los primeros que tuvo en el siglo XVI un conocimiento profundo de la lengua hebrea; mas Reuclin no es el único que ha puesto en boga esta lengua, pues tambien con el auxilio de Pico de la Mirandula, se ha extendido en el Occidente la aficion al hebreo. Antes de estos dos grandes hombres se veia de cuando en cuando alguna persona laboriosa aplicada á este estudio, si bien no como en los últimos tiempos en que, persuadidos los críticos de que el Oriente es la cuna de toda la doctrina del Occidente, han hecho los mayores esfuerzos para poseer una lengua que los conduzca al conocimien-

to de una doctrina, que sirve de fundamento á la nuestra. [1]

CAPÍTULO IV.

De la necesidad de la lengua griega para entender los Padres de la Iglesia.

Los que descuidan el cultivo de la lengua hebrea se privan de un grande auxilio para la inteligencia de los PP., quienes recurren con frecuencia, en sus comentarios y en sus disputas, al texto hebreo y á la erudicion de los judíos para esclarecer las dificultades procedentes de las diversas fases que presenta la lengua santa por su fecundidad y abundancia; pero como no todos tienen un talento bastante privilegiado, es preciso que aquellos para quienes se halla esta puerta cerrada, sepan al menos las lenguas griega y latina, sin las cuales, segun dice Vossio (Is. Voss. *ad object. super Crit. sacr.*), «no es posible adquirir un conocimiento completo de la antigüedad; todo perecerá, y se darán al olvido las ciencias, pues cuanto pueda aprenderse por medio del estudio se halla comprendido en los autores griegos y latinos.»

El P. Mabillon (*Estudios monásticos*), dice, aprendió de un sábio, que es preciso haber leido los Setenta, á Homero y á Demóstenes en su lengua original, y con aplicacion, para poder entender los PP. griegos. Acaso podria añadirse á aquellos Isócrates por las razones indicadas en Erasmo; pero, á decir verdad, Homero es de todos los escritores profanos el que mayor auxilio puede prestar, tanto porque contiene en sí todas las palabras y todos los dialectos, como por ser el modelo y la regla de la lengua griega. (*Metht. grec.*).

Los PP. griegos más cultos se formaron por los autores griegos, así como estos por los libros de la Escritura. El estilo de los autores griegos, dicen los críticos, se aproxima bastante al de los escritores sagrados. Homero, Herodoto é Hipócrates refieren las cosas con igual sencillez, y las elegías de Solon

[1] Véanse las notas al fin del tomo.

guardan bastante relacion con las exhortaciones de Moisés y de los Profetas. En Píndaro y en los coros de las tragedias se ven la energía y la variedad de los cánticos. En una palabra, toda la elegancia, todas las figuras y toda la elocuencia de los griegos proceden de los hebreos, en cuyo tiempo estaban aquellos sumidos aún en la barbárie, sin la menor idea de la literatura ni de la política.

En lo antiguo la lengua griega fué muy universal, y en tiempo de Alejandro Magno se difundió por todas las provincias de Oriente, que doblaron la cerviz á sus armas y permanecieron bajo su dominio. Se habló griego en Egipto, y sobre todo en Alejandría, en donde los judíos que tomaron esta lengua se llamaron *Helenistas*, para distinguirse de los judíos de la Palestina, que hablaban el sirio ó caldeo.

Se hablaba igualmente el griego en toda la extension del Imperio romano, y los naturales del mismo enviaban sus hijos á Aténas á estudiar la pureza de la lengua griega con la filosofía y las demás ciencias. Suetonio dice que los romanos eran medio griegos, y que Ciceron habia perorado en este idioma hasta el tiempo de su Pretura. *Cicero ad Prœturam usque græce declamavit. (De Illust. Gramat.).* Y por último, se hablaba tambien el griego en Africa y en las Gálias, y áun se pretende que todavía existen hoy en la Morea, entre *Neópoli* y *Monembasi* (Brerewod, *De la diversidad de lenguas.*), catorce ciudades, cuyos habitantes, llamados *Zacones* por las gentes del país, hablan el antiguo griego, pero de una manera que se aparta mucho de los preceptos gramaticales; sin embargo, entienden muy bien á los que lo hablan gramaticalmente. Los primeros Obispos de Roma escribieron en griego. (7) Los cánones atribuidos á los Apóstoles, las constituciones apostólicas, y en fin, todo cuanto hay de más antiguo y respetable en la religion cristiana, se halla escrito en esta lengua, tan recomendada siempre por los grandes hombres.

Esta rica y bella lengua es tan pura, tan suave,

tan armoniosa y tan elegante, que no tiene rival. Ciceron creia que el latin era más rico; pero Lucrecio y Quintiliano no son de este parecer, ni tampoco S. Gregorio Nacianceno, el cual reconocia que, respecto á la teología, faltan á la lengua latina términos propios para expresar con toda su fuerza y energía los de los griegos. Preténdese, en efecto, que esta lengua tiene menos voces que la griega, y á su pobreza debe atribuirse la necesidad que tuvieron los latinos de dar muchos significados á una misma palabra, y áun de suplirlas con la variedad de frases y con la diversa trabazon de los términos, de donde nacen nuevas dificultades.

CAPÍTULO V.

Necesidad de la lengua latina para la inteligencia de los Padres de la Iglesia.

Despues de haber permanecido la lengua latina encerrada durante cinco ó seis siglos en un círculo sumamente estrecho, se extendió luego hasta las más remotas naciones por medio del comercio y de las colonias romanas, ó, como dice S. Agustin, por la ambicion que tenian los romanos de dominar sobre la lengua lo mismo que sobre la suerte de las naciones extranjeras. Las leyes con que gobernaban las provincias del Imperio estaban escritas en latin; únicamente las municipales se conservaban en el idioma de cada país. Bajo el reinado de Augusto los españoles, los galos y los pueblos de la Panonia hablaban latin. Los ingleses se acostumbraron á hablarlo después, y en fin, se estableció su uso en la Iliria, se extendió hácia el Norte, y atravesando los mares, se hizo tan vulgar en Africa, que se aprendia en brazos de las nodrizas. *Inter blandimenta nutricum et joca arridentium, et lætitias alludentium*, como dice S. Agustin en sus Confesiones; sólo en la Grecia y en el Asia fué donde el latin apenas hizo progresos.

Observa Vossio que la lengua latina ha tenido diversas edades: que en su infancia, es decir, bajo los reyes de Roma, no se hacia mas que tartamudearla; que en su juventud, y bajo los cónsules, adquirió más aumento, gracia y robustez, y que en su edad viril, bajo los primeros Césares, llegó á su perfeccion; pero que, habiéndose corrompido después, perdió mucho de su elegancia y pureza. Y en verdad que en cuanto á las lenguas hay un tiempo en que sólo principian á formarse; otro en que, despues de muchos cuidados, aparecen con todo su esplendor, y otro, en fin, en que, desnaturalizándose, producen otras nuevas, las cuales no teniendo de su origen mas que oscuras etimologías y embarazosas raices, ponen en grandes apuros á los críticos y á los gramáticos.

La multitud de esclavos, la mezcla de las naciones extranjeras que de todas partes llegaban á Italia y la mala pronunciacion corrompieron poco á poco la lengua latina. Ya Ciceron se lamentaba de la pronunciacion de los italianos, y Bretewod atribuye á esta mala pronunciacion el origen de las lenguas imperfectas, que sucedieron al latin. Efectivamente, la pronunciacion es tan esencial á las lenguas, que las hace variar, al menos, á juzgar por el oido, desde el momento en que no se observa con exactitud.

Esta parte del lenguaje se acataba antiguamente hasta tal punto, que trataban de bárbaros á los que faltaban á ella. Por esto dice Estrabon (*Lib.* 14.): eran al principio llamados Bárbaros los que balbuceaban; pero que este nombre injurioso se extendió luego á los que infringian las reglas de la pronunciacion; de donde procede que los griegos, que eran los primeros hombres del mundo en ciencia y cultura, llamaran *Bárbaros* á los extranjeros que, al hablar el griego, no conservaban el verdadero acento.

Cuando los PP. de la Iglesia latina comenzaron á florecer, el latin habia ya principiado á corromperse. Porque, entre los PP. latinos, aquellos que merecen alguna consideracion por su lenguaje, comenzaron

á escribir á fines del siglo II, es decir, cuando la lengua latina declinaba con el Imperio. Hé aquí la causa de que no deba buscarse en aquellos PP. la bella latinidad: sin embargo, Lactancio imitó muy bien el estilo de Ciceron, y Severo Sulpicio el de Salustio. Sidonio Apolinar se propuso por modelos á Símaco y á Plinio el Jóven. Vall elogia á Boecio por haber hablado bien el latin, lo que hizo decir á Scalígero esta bella frase: *Valla docet Boëtium latiné loqui, at Vallam Boëtius bene sapere.* S. Isidoro de Sevilla es tambien latino, aunque sin elegancia, y no sin razon le estima Saumaise, y le coloca Godofredo al lado de Varron, de Festo y de algunos otros, en su Compilacion ó Catálogo de palabras latinas.

S. Paulino, S. Euquerio, Arzobispo de Lyon, y Salviano, presbítero de Marsella, dan bastante á conocer por su estilo que los galos habian heredado algo de la finura y elegancia de los romanos: Salviano, sin embargo, parece ser de opinion contraria. «Los escritores profanos, dice este Padre (*Præf. ad Salonn.*), afectan gran belleza de lenguaje, porque buscan más bien la gloria propia que la utilidad del público; pero los eclesiásticos, obrando con mejores principios, se despojan voluntariamente de los adornos de la elocuencia romana para revestirse de la caridad pura en Jesucristo; pues muy lejos de querer lisonjear el oido, se proponen tan sólo tocar los corazones: *In scriptiunculis nostris non lenocinia esse volumus, sed remedia.*» Sobre lo cual el doctísimo Balucio hace la reflexion de que Salviano no condenaba la elegancia del estilo, puesto que él mismo escribia en el llamado *escolástico*, es decir, muy erudito, sino que condenaba los talentos corrompidos que se sirven de la pureza de la lengua para la impureza de las costumbres, casi como Quintiliano condena al poeta Afranio, que escribia con mucha elegancia comedias sumamente torpes, y como nosotros á Petronio y á otros zurcidores de cuentos inmorales, cuya impudicicia es capaz de sacar colores al mismo papel.

Tambien tenemos algunos PP., entre otros S. Je-

rónimo, que escribieron muy bien en latin; sin embargo, la mayor parte siguieron la corriente de su siglo, y concedieron mucho á la licencia, sin imponerse el deber de servir á la lengua, sino que esta sirviese para la instruccion de los pueblos. Se ve con frecuencia que los PP. posponian las reglas de la gramática á las de la claridad, y no dudaban emplear palabras bárbaras y áun inventar otras nunca oidas, cuando no podian hacer comprender de otra manera la verdad de nuestros misterios.

Como la lengua latina no se habia sobrepuesto á la vulgar en las provincias del Imperio, no debe sorprender que el latin no fuese en ellas tan puro como en Roma, donde se hablaba sin mezcla alguna extraña, principalmente en tiempo de los primeros Césares. Los PP. que florecieron en las Gálias y en las demás provincias tenian algo de esta mezcla y del defecto de su nacion, á lo cual hay que añadir que, habiendose muchos de ellos emancipado, dejaron el estilo más natural para tomar otro de puro capricho. Tal vez consista en esto la diversidad del lenguaje africano; porque además de que el dialecto del país está muy recargado de grecismos, hay en él mucha imaginacion, efecto del clima, lo que no puede menos de producir aspereza y desigualdad. Un lector purista no debe ignorar esto, de consiguiente es preciso que conozca lo fuerte y lo débil de las lenguas; que estudie sus diversos caractéres y sus diferentes usos, y que penetre con el mayor cuidado en la barbárie de los más remotos siglos, por ser absolutamente imposible comprender las cosas sin entender bien las palabras.

El emperador Justiniano, que habia concebido muy bien la importancia de esta máxima en el uso de las leyes que deciden de la vida y de la fortuna de los hombres, insertó en sus Digestos un título expreso *de verborum significatione,* por el cual debiera tal vez dar principio el estudio del Derecho civil.

Nadie mejor que los jurisconsultos tuvieron mayor esmero en buscar la propiedad de las palabras, lo cual

hizo decir en favor suyo, que si la lengua latina se perdiera, se volveria á encontrar íntegra en sus escritos. No se contentaron con aclarar las leyes por medio de notas y comentarios, sino que descendieron á explicar las palabras y áun las abreviaturas, como han hecho Alciato, Rebuffo y otros, los cuales, sabiendo cuántas faltas habian cometido en esta parte los antiguos jurisconsultos, nos han legado muy ámplios vocabularios del Derecho romano. Julio César habia pensado en esta empresa, y Ciceron no la habia tampoco olvidado; pero sólo en estos últimos tiempos ha sido cuando Oldempordio, Hottomano, Bernabé Brisson y Juan Calvino, profesor de la Universidad de Heidelberg, han satisfecho en esta parte plenamente los deseos del público.

Los matemáticos, los médicos, los historiadores y los geógrafos tienen hoy sus diccionarios; los teólogos tambien los tienen; [1] para los PP. griegos hay el *Thesaurus Ecclesiasticum* de Gaspar Suiceto, y seria de desear se hiciera para los PP. latinos lo que este autor hizo para los griegos. Entre tanto se puede sacar provecho del *Lexicon Theologicum* de Alstedio y de lo que hay de Mr. de Cange en su *Glosario latino*, donde se encuentran infinidad de cosas que sirven para la inteligencia de los escritores eclesiásticos de la ínfima y media latinidad.

Seria sumamente ridículo no recurrir en nuestra ignorancia á esos libros que nos explican los enigmas de las lenguas. El famoso jurisconsulto Dionisio Godefroy decia que los que desdeñan este auxilio se exponen á ser el hazme reir del público, como aquellos ignorantes perezosos de que habla Marcelino, que, oyendo citar á algunos autores antiguos, los tomaron de muy buena fe por pescados raros ó por manjares muy exquisitos. No es vergonzoso al que ignora, procurar instruirse; pero sí es hasta un oprobio no que-

---

[1] El Editor de la presente *Biblioteca* ha dado á luz en nuestro idioma, segun dejamos dicho en la página 22, el famoso *Diccionario de Teología* del abate Bergier. *(N. del E.)*

rer aprender de otros lo que uno ignora. Los más eminentes Doctores no se desdeñaron consultar en los diccionarios las dificultades y las dudas. Focio habia leido todos los de su tiempo, y compuso uno muy voluminoso, como lo atestigua Mr. Colomiés en sus *Misceláneas históricas*. «He visto en Holanda, dice, un lexicon manuscrito muy voluminoso y odas de Focio en el colegio de Clermont, que jamás han sido impresas.»

Scalígero y Casaubon no dejaban escapar diccionario alguno sin leerlo y apuntar en él sus observaciones. Y efectivamente, ¿por qué han de despreciar los sábios y aprovecharse de las cosas que otros sábios se tomaron el trabajo de reunir y de coordinar? Este trabajo no es indigno de nadie, y mucho menos de un teólogo; puesto que, por muy sublime que sea la teologia, no consiste menos en los signos que en las cosas; y por los signos, es decir, por las palabras, se conocen las cosas. *Doctrina vel rerum est, vel signorum: sed res per signa discuntur*, dice S. Agustin (*De Doctr. christ.*).

CAPITULO VI.

Cuán interesante es saber las lenguas para leer en sus originales los escritos de los Padres.

Dígase cuanto se quiera en favor de las traducciones, lo cierto es que siempre falta algo, áun en las mejores y más acabadas. Con muy poca cosa se desfigura un original, y áun cuando no se falte en la esencia, bastaria faltar en la expresion para echarlo todo á perder. Y ¿cómo no faltar, visto que, segun dicen los inteligentes, la mayor parte de las cosas que se admiran en un idioma, son insoportables en otro, y lo que es agradable en griego, es pesado y monótono en latin?

Se ha observado hace ya mucho tiempo que cuando se cotejan los autores griegos con las traducciones latinas, lo que tenía fuerza y gracia en una parte, se encuentra debilitado y sin ella en la otra. De esto te-

nemos ejemplos bastante palpables en la mayor parte de las traducciones latinas de S. Basilio y de S. Crisóstomo; pues áun los mismos que sólo saben latin, cuando ven traducciones tan débiles, juzgan, ó que se ha enervado la elocuencia de estos PP. al traducirlos, ó que no son efectivamente tan elocuentes como se ha querido hacer creer (9). Es cosa sumamente rara el que haya una buena traduccion, no sabiéndose muchas veces en lo que esto consista; bien que, por otra parte, se exigen en un traductor tantas cualidades, que es casi imposible verlas reunidas en una sola persona. Es preciso que un traductor posea con perfeccion así la lengua del autor que traduce, como la que emplea en su traduccion ó á que lo traduce; que conozca las sutilezas, la fuerza y las bellezas de ambas, y finalmente, que se haya ejercitado por mucho tiempo en poner en práctica los conocimientos que tenga en la materia, traduciendo gracia por gracia, figura por figura, sin que haya nada de extravagante, exagerado ni falso en las expresiones.

Mucho se debe al sábio Joaquin Perionio (Bill. *Observat. sacr., lib.* 2, *cap.* 1.) por haber traducido elegantemente del griego al latin muchas obras de los antiguos PP.; pero aún le deberíamos más, si, teniendo mayor conocimiento de la lengua griega, hubiese sido más exacto y correcto en sus versiones; porque sucede con frecuencia, sea en el uso de términos que sufren diversas interpretaciones, sea en las frases griegas, que no tienen el giro de las latinas, apartarse del sentido del autor, ú ofuscarse al encontrar ciertas voces, en las cuales el aumento ó supresion de una letra produce un sentido enteramente opuesto al del original.

Ademas del conocimiento de las palabras, es necesario que el traductor posea á fondo la materia de que trata el autor, y que tambien esté versado en los demas conocimientos que le sirvieron para embellecer su obra. Músculo, que ha traducido á Eusebio del griego al latin (Vales. *Not. ad Euseb.*), sabía bastante teologia para salir bien con su empresa; pero

como no estaba suficientemente ejercitado en la crítica é ignoraba la antigüedad, se ha equivocado con frecuencia en la explicacion de los nombres de oficios y dignidades, y ha hablado de las costumbres antiguas con poca propiedad.

El doctísimo P. Lamy, en su tratado *sobre la Páscua*, cree que el nuevo traductor francés de las antigüedades judáicas, que tantos elogios se ha granjeado por un trabajo tan bello, vacila ordinariamente en los puntos de pura erudicion judáica, que no habia cultivado bastante. Por igual razon Ambrosio Camaldoli, que ha traducido con gran éxito el libro de la *Gerarquía*, atribuido á S. Dionisio Areopagita, no ha sido tan feliz en su version de Diógenes Laercio, que requiere un conocimiento especial de la doctrina de los antiguos filósofos, que probablemente aquel solitario no poseeria en el mismo grado que la ciencia mística.

A medida que se traducen los autores, es preciso recurrir á las fuentes en que bebieron su doctrina. Ribito, que ha traducido del griego al latin las Máximas de Antonio Melissa (Bill. *Observat. sacr., lib.* 2, *cap.* 5.), por haberse contentado con el ventajoso juicio que Gesner hace de este compilador, sin tomarse el trabajo de consultar los escritores sagrados y profanos de donde las sacó, pasa por un traductor inexactísimo. No basta, empero, hacer estas investigaciones, sino que es preciso además observar cuidadosamente los defectos que pueda tener el original, pues de lo contrario no se puede ir muy lejos sin tropezar. Herves, que reunia las mejores cualidades para traducir felizmente los autores antiguos, se engañó algunas veces al traducir los libros de Teodoreto contra los herejes (Bill. *Ibidem.*), por no haber puesto bastante cuidado en ver lo que faltaba al original.

Por lo demás, es necesario que un traductor sea juicioso y de penetracion, y que sepa identificarse de tal modo con el áutor, que no se vea, por decirlo así, mas que un alma en dos cuerpos. Pero ¿cómo se han de conseguir tantas cosas á la vez, y quién podrá

vencer todas las dificultades que se cruzan en tan espinoso camino? Cuando se quiere amenizar una version y darle claridad, se deja de ser fiel; y cuando se hacen esfuerzos para serlo, se cae en la oscuridad. Sin embargo, es menester serlo, sobre todo en la version de los autores eclesiásticos; porque, en lo que atañe á la religion, no es permitido á un intérprete tomarse ciertas licencias, que podrian degenerar en graves errores.

La mayor parte de los traductores son muy poco moderados, pues unos caen en el servilismo y otros se toman mucha más libertad que la que debieran. El antiguo traductor de las obras de San Irenéo desempeñó su trabajo con mucha fidelidad; pero su extremada exactitud le hizo incurrir en mil barbarismos, usando de expresiones que, siendo enteramente griegas, no convenian en manera alguna al estilo de los latinos. S. Jerónimo, por el contrario, tradujo la Crónica de Eusebio y algunas otras obras de los PP. con tal licencia, que dió márgen á Rufino para hacerle justos cargos; al paso que este, abandonándose al genio de los latinos, que suprimen atrevidamente en los originales lo que les place, todo lo confundió en Orígenes, de quien tradujo los principios más bien, á lo que parece, para salvar en ellos los errores, que para dar á conocer su doctrina. Repetidos ejemplos hay de esto, pero lo dicho basta para hacer comprender cuán importante es aplicarse al estudio de las lenguas sábias y emanciparse de la tutela de los traductores, que no siempre son guias fieles, siendo por tanto lo más seguro remontarse á las fuentes, principalmente cuando se trabaja para el público, á quien nuestros descuidos no satisfacen.

El Cardenal Baronio, á pesar de lo prudente y avisado que era, no puso gran cuidado en este punto, puesto que en lugar de consultar los originales, se contentó con seguir en sus Anales la version de Eusebio, hecha en latin por Cristofórsono, traductor bastante reprensible. Es peligroso fiarse en esto de todo el mundo, y muchos se han engañado por ha-

ber dado demasiado crédito al famoso Erasmo. El Abate de Billy observa que al traducir aquel crítico el tratado de S. Basilio sobre el *Espíritu Santo*, no expresa, ó mejor trunca completamente el sentido de este Padre griego, y que es tan poco exacto en la version de las ocho primeras homilías de S. Crisóstomo sobre la segunda á los Corintios, que se observan en ella más de cincuenta pasajes dignos de correccion. Así, pues, los que no comprenden ó no quieren tomarse el trabajo de leer los originales, hacen suyas, sin pensarlo, las faltas ajenas, y este vicio de un particular se convierte en un contagio y en una enfermedad poco menos que incurable. Sobre el particular es preciso oir las continuas quejas de los sábios, por el modo desapiadado con que los árabes destrozaron con sus arbitrarias versiones, durante quinientos ó seiscientos años, las mejores obras de la antigüedad. «¡Qué monstruosos errores, dicen, (Huet, *de Illustr. interpret.)* se han deslizado en las ciencias por las detestables interpretaciones de estos bárbaros! Sus raices son tan profundas, que sin un trabajo inmenso es imposible arrancarlas, áun recurriendo á la sinceridad de los originales, que han violado, tanto por ignorancia como por capricho.» Ávidos de gloria y deseosos de distinguirse con el infinito número de libros antiguos que se han atribuido, ó que han traducido á su manera, pensando recoger los despojos de las ciencias que perecieron con el imperio griego, las han conducido á un segundo naufragio, tanto más peligroso, cuanto más oculta y menos conocida es su causa á la mayor parte de los sábios.

Sin embargo, no debe confiarse en los originales hasta el extremo de no recurrir á las copias. Porque si un hábil traductor, á pesar de su cuidado por hacer una exacta y fiel version, no puede menos de engañarse, ¿cómo un lector, por lo general poco experto, podrá presumirse encontrar el verdadero sentido que se escapa al que tiene ojos de lince? ¿Y quién no temblará al oir á los críticos de hoy echar en cara

á Mr. Valois, traductor incomparable, el no haber traducido siempre fielmente la Historia de Eusebio, y haberse equivocado en el libro cuarto de este historiador, respecto á la sucesion de los Obispos? Como quiera que sea, las personas juiciosas, por bien que conozcan los idiomas, no deben despreciar las traducciones, ya para consultarlas en sus dudas, ya para asegurarse de la fidelidad de los originales con el testimonio de las copias. Este es el justo medio que debe seguirse por los que se entregan ciegamente á las versiones y por los que indistintamente las desechan; pues si por una parte no se leen absolutamente los originales, no dejará uno de extraviarse, y si por otra se excluyen las versiones, se privará uno de tan grande auxilio en los puntos más difíciles, lo cual equivaldrá á cerrar la puerta de las ciencias á los que, desconociendo los idiomas, no tienen otro camino que las versiones para entrar en ellas.

CAPÍTULO VII.

De la crítica y de su uso en la lectura de los PP. de la Iglesia.

Despues de haber dicho S. Agustin (*De Doctr. christ., lib.* 2.) en nombre de los demas PP. de la Iglesia: «No tememos la férula de los gramáticos, pues todo nuestro cuidado es llegar al conocimiento de la verdad,» parece inútil hablar aquí de la crítica, que es la parte principal de la gramática. Sin embargo, si se considera lo que el mismo P. dice en otra parte acerca de los errores, procedentes de lo poco que se reflexiona sobre las cosas, no parecerá mal digamos dos palabras sobre el método en criticar, tanto más necesario en la lectura de los PP. de la Iglesia, cuanto que si la crítica no se hace con la mayor circunspeccion, puede acarrear consecuencias sumamente deplorables.

Aunque la palabra *crítica* choque á muchos, no debe desagradar á nadie; considerada en sí misma, nada tiene de malo, puesto que no es mas que el jui-

cio exacto que á cada uno es lícito formar de las obras del entendimiento, conforme á las reglas establecidas por la experiencia y el buen sentido. Así, separando lo equívoco, y no haciendo recaer la crítica sobre el sentido del Espíritu Santo, que reina en los PP. de la Iglesia cuando dan testimonio de la tradicion, sino sobre las cosas puramente humanas, no hay peligro alguno en que un teólogo dé á sus obras el nombre de crítica, así como no lo hay en que un médico llame *críticos* los dias de crísis, por los cuales juzga del término de las enfermedades. Es verdad que el abuso de la crítica ha hecho su nombre casi tan odioso como el de tirano, que, siendo muy honorífico en un principio, se hizo detestable desde que los tiranos, como soberanos de la tierra, hicieron degenerar su autoridad en la mayor crueldad y violencia.

En opinion de las personas más ilustradas, el verdadero uso de la crítica, que es el último esfuerzo de la reflexion y del juicio, consiste en explicar á fondo los autores, observar las bellezas y los defectos de sus producciones, y distinguir entre estas las legítimas de las falsas y supuestas. Dice Quintiliano *(Instit., lib. I, cap. 4.)* que los antiguos críticos eran tan severos, que no contentos con subrayar (lo cual era una especie de infamia entre los sábios) lo que juzgaban digno de su censura, se enconaban contra los mismos autores y los degradaban hasta el extremo de excluirlos de la república literaria, como miembros indignos de pertenecer á ella.

En la lectura de los autores es menester pesarlo y examinarlo todo, pero con discrecion y prudencia; porque es peligroso en alto grado ser de aquellos quisquillosos á quienes todo detiene y nada puede contentar, ó de aquellos caprichosos extravagantes que, no buscando en los libros sino lo que tienen de oscuro, no quieren ver lo claro. El cardenal Perron tenía á estos caprichudos por unos verdaderos huraños, que huyen de la luz, *Lucifugæ Scripturarum*, y sólo buscan la oscuridad y las tinieblas (Tertul., *de Resurrect. carnis.*).

Hay tambien ciertos críticos cuyos excesos y visiones es necesario evitar, y á quienes los antiguos jurisconsultos designan con el terrible nombre de ἀκριβοδικαιοι (10) por el extremado rigor que afectan en sus juicios, contando nada menos que por miles las faltas que á todo trance quieren encontrar en los autores célebres á quienes se proponen destruir. Así es cómo Meziriaco cree ver cuatro mil faltas en la version de Plutarco por Amiot; cómo un monge benedictino pretendia haber encontrado otras dos mil en Baronio, y cómo otro crítico (11), llevando la exageracion más adelante, se ha vanagloriado de haber distinguido seis mil defectos considerables en este ilustre analista (12).

Hay crítica buena y crítica mala. Esta es una enfermedad contagiosa, cuyo virus, despues de haber corrompido el juicio de aquel en quien se inocula, se infiltra con terrible malignidad en las obras y en la persona de otro; y la primera es una luz benéfica que, perfeccionando el fondo de donde sale, da brillo á las personas y á las cosas sobre las cuales recae. No se debe hacer servir los libros para la crítica, sino la crítica para los libros; es decir, que no ha de criticarse tan sólo por criticar, lo cual es una pobreza de espíritu y efecto de mala intencion, sino para adelantar en las ciencias, disipar las nieblas y allanar el camino que conduce á aquellas.

Cuando se trata de penetrar en los misterios y en las oscuridades de un autor, no es preciso llevar tan lejos nuestras miras, que, abandonando el objeto principal, corramos, Dios sabe hasta donde, tras de nuestras ilusiones y quimeras. Los críticos deliran algunas veces de tal modo que, buscando, no lo que ha dicho un autor, sino lo que hubiera podido decir, se encuentran en terreno perdido, ó al menos muy extraño al mismo autor.

Saumaise, segun Dodwel, tenía este defecto, y era muy raro que pensase mucho y por largo tiempo en lo que es crítica. Este mónstruo de doctrina, *doctrinæ monstrum horribile* (Sorbiek, *carta al Pa-*

dre Mersen.), sostenido por una memoria feliz y por una imaginacion fecundísima, se dejaba arrastrar del primer movimiento que se apoderaba de él, sin prever todas las consecuencias que de esto pudieran surgir, unido á que, por una rara estravagancia, se complacia en defender las opiniones más abandonadas y menos sostenibles.

Tambien el capricho de decir cosas extraordinarias engaña con frecuencia á los más hábiles, como se echa de ver en Mr. Rigaut, quien, á fin de hacerse recomendable por el fausto de una rara erudicion, afectaba separar todo lo que se encontraba al paso y cuanto fuera contrario, siquiera en la apariencia, á las prácticas de la Iglesia romana, en la cual vivia, arriesgando la religion por amor á una vanidad, que ni áun merecia la aprobacion de los mismos á quienes parecia lisonjear.

Es igualmente muy peligroso querer sutilizar demasiado, y esto se ha notado mucho respecto al mismo Rigaut (*Observac. sobre la Biblioteca de Dupin, tomo I.*), cuyo crítico, al tratar de la carta décimaquinta de S. Cipriano, supone que sólo para que los cristianos se presentaran con más fervor al martirio, enseñaban los PP. de los primeros siglos que los confesores de la fe iban en el mismo instante de morir á gozar las recompensas de la gloria. Reflexi n sumamente injuriosa á los PP. de la Iglesia, quienes hubieran sido en esto más bien unos políticos que predicadores de la verdad. Por la misma obstinacion se atrevió el indicado autor á querer demostrar con un pasaje de Tertuliano, sacado de su *Exhortacion á la castidad*, que los legos tienen derecho de consagrar la Eucaristía en caso necesario, lo cual abrió el camino á una peligrosa controversia entre el partido católico romano y el de los pretendidos reformadores, sin que estos últimos estén aún de acuerdo entre sí mismos.

Muchas veces se echa á perder todo cuando todo se quiere corregir, y se hace perecer las cosas presentes por obstinarse en sostener las antiguas en toda su

fuerza y vigor. La moderacion siempre es buena, siendo muy justo, cuando las reglas se han torcido por el trascurso del tiempo, no enderezarlas con demasiada violencia, y conceder algo á la flaqueza humana.

Es un vicio tener el gusto demasiado delicado y no saber hasta dónde debe reprenderse á los demás. Tambien es una puerilidad insistir demasiado sobre faltas, que aunque groseras, basta hacerlas notar de paso. A propósito de esto refiere Suetonio que, arguyendo el gramático Pomponio Marcelo con Casio Severo, le reprendió con justicia por un solecismo que se le escapó en el calor del discurso; pero que aquel buen hombre metió con esto tanto ruido y repitió tanto su crítica, que dió motivo á su adversario para ridiculizarle á su vez, como un hombre que, queriendo desquitarse, olvidaba la cuestion principal para fijarse en una bagatela.

En fin, es ridículo reprender faltas que merecen excusa, y cometer otras enteramente inexcusables, habiendo sucedido esto mismo á Saumaise con Solin, segun observa el P. Petau, y á Casaubon en sus Observaciones contra Baronio; pero tambien es la mayor fatuidad intentar corregir lo que está muy correcto, y una ciega imprudencia condenar lo que no debe condenarse, ya porque la cosa sea efectivamente buena de por sí, ya porque deba ser aprobada por circunstancias particulares.

Así, cuando al leer los PP. se encuentren expresiones extraordinarias que hieran el oido porque parezcan nuevas, debe suspenderse el juicio hasta descubrir las razones que estos grandes hombres tuvieron para emplearlas. Si nos sorprendiera, por ejemplo, el ὁμοούσιον de que se sirvieron los PP. del Concilio de Nicéa para hacer concebir en el misterio de la Trinidad que el Hijo es *consustancial* á Dios su Padre, quisiéramos se consultase á la antigüedad, y se veria que esta voz no es invencion origininal de los Padres de Nicéa, sino que Eusebio de Nicomedia, partidario de los arrianos, fué quien, empleándola por

capricho (13) en la carta que dirigió á este Concilio, dió márgen á que los PP. que lo constituian la emplearan en contra del mismo que la habia inventado. *Ut tanquàm evaginato ab ipsis gladio, ipsum nefandæ caput hæresis amputarent.* (Ambros., *de Fide, lib.* 3, *cap. últ.)* Por otra parte es indiferente que las palabras sean nuevas, con tal que expresen enérgicamente la antigua y verdadera doctrina. El mismo Calvino confiesa que era injusto acusasen los arrianos á la Iglesia de haber abandonado la antigua fe, porque usaba voces nuevas para explicar el dogma de la Trinidad (*Inst.*, 1, *cap.* 3.): *Quando temerè non inventa sunt nomina, cavendum est ne ea repudiando, superbæ temeritatis arguamur.* Así, respecto al misterio de la Eucaristia, es una temeridad para los protestantes el rechazar la palabra *transustanciacion*, porque aunque esta no sea quizá del todo antigua, la fe del misterio que expresa lo es tanto como la misma Iglesia.

Dice S. Jerónimo que los que estando acostumbrados á leer los autores profanos nos acusan de innovadores y se mofan de lo poco elegante de nuestras expresiones, deben saber que Ciceron en sus *Cuestiones académicas* se vió precisado, por la disposicion de su obra y para hacer comprensible lo que traducia del griego al latin, á servirse de palabras nuevas no conocidas de los romanos. El que no tenga en cuenta estas cosas al leer los PP., se verá envuelto en mil dificultades y no sacará fruto alguno de sus tareas. «La gramática, dice elegantemente un grande Obispo, (God., *Histor. de la Iglesia.*) debe contenerse en sus límites y no penetrar en el santuario de las sagradas Escrituras y de los autores eclesiásticos para ejercer allí una dictadura suprema, para quitar y poner á su antojo y para presentar sus conjeturas, y á veces sus desvarios, como oráculos que todos deben seguir.»

Una de las astucias de los novatores, cuando se les opone la autoridad de los PP., es recurrir á la mala crítica, como á una divinidad de teatro, para

sustraerse con sutileza y artificio del aprieto en que se encuentran. En efecto, han mezclado tan perfectamente en sus controversias los intereses de la gramática con los de la religion, que sin un decidido y continuado estudio es muy difícil distinguir la verdad del error en este aparato de escuela. Los calvinistas han puesto todos los medios posibles para lograr que se interpreten á su modo las palabras de la Eucaristía, y los socinianos discurren sin cesar para distinguir la referencia de los pronombres relativos en el sagrado texto. (Vic. Jos. Plac., *Disput. advers. socin.*)

Hay dos caminos para criticar los autores: la autoridad y la conjetura. El primero es el más seguro; el segundo es un paso peligroso y resbaladizo, del cual hay muchísimo que desconfiar. «En estos tiempos difíciles para la república de las letras, dice jocosamente el sábio Justo Lipsio *(Saty. Mœnip.)*, los críticos son necesarios y están en boga; pero es preciso que no sean cualquier cosa, ignorantes y personas desconocidas, sino sábios que puedan esclarecer con sus luces lo que haya de más oscuro é ininteligible en los antiguos autores.» Hé aquí por qué sería del caso observar la Ley *Annaria* [1], y prohibir con severas penas á todos los meñores de veinticinco años solicitar ni desempeñar el cargo de corrector, mandando que el que se inmiscuara en él antes de la edad competente fuese considerado como intruso, y que sus correcciones no se consignaran en los registros públicos. Deberia someterse tambien á la misma ley á los ancianos de más de sesenta años y establecer censores muy probos, que juzgasen de las costumbres y erudicion de los críticos, disponiendo que lo que se corrigiera por buenos y fieles ejemplares, pasase por bien y debidamente corregido; pero que lo que no se sostuviera sino por conjeturas

[1] Prohibia esta ley á los magistrados romanos ejercer más de un año sus cargos *(N. del E.)*

se reputase caducado, á menos que estas fuesen completamente claras ó muy probables.

En fin, para poner límites á la licencia y al descaro sería necesario proclamar á son de trompeta que los críticos que se metiesen á adivinos quedaban sujetos á las penas de los antiguos edictos contra los augures; que los disputadores sempiternos quedaban condenados á despedazarse unos á otros en las escuelas como encarnizados gladiadores, y que el que se empeñara en criticar bien ó mal, tomase el eléboro [1], si daba esperanzas de cura; que los incurables fuesen trasladados á sitios donde no vieran jamás ni libros ni luz, y que aquellos cuya salud pareciera dudosa fuesen desterrados á islas lejanas, donde ni las visiones ni los sueños pudieran llegar (14).

CAPÍTULO VIII.

La lectura de los libros de los gentiles es necesaria para la inteligencia de los PP. de la Iglesia.

No puede negarse que desde un principio la Iglesia se pronunció contra los libros de los gentiles, porque cuando el paganismo estaba en su vigor y la mayor parte de los cristianos acababan de salir del abismo, no era prudente dejar en sus manos unos libros que sólo podian servirles para hacerles prevaricar ó para escandalizarlos. Sin embargo, en los siglos segundo y tercero S. Justino Mártir y los demas PP. que trataron de defender la Iglesia, se presentaron en la palestra con armas muy extrañas. Orígenes siguió su ejemplo; pero habiendo llegado hasta el extremo de enseñar las ciencias profanas en las escuelas cristianas, se vió obligado á justificarse de esto ante los que pensaban que semejante conducta estaba en oposicion con el cristianismo. Hé aquí por qué aparece á primera vista cierta diversidad de opiniones en este antiguo Padre, que tan pronto aprueba los libros de

[1] Esta yerba es de dos clases: blanca y negra; la primera es estornutatoria, y la raíz de la segunda es fétida, acre, algo amarga y muy purgante (*N. del E.*).

los gentiles como los condena, principalmente en su homilía cuarta sobre el Éxodo, en la que compara esta especie de erudicion á la tercera plaga de Egipto.

Lo que puede decirse sobre este punto es que los Padres pudieron emplear los libros paganos contra los mismos paganos, siendo muy justo lograr de los enemigos nuestra salvacion, combatiéndolos con sus propias armas; además de que no se opone á las costumbres del cristianismo el estudio de las ciencias profanas, con tal que este sea moderado y tenga un fin bueno. Segun Orígenes, no debe tomarse de los gentiles sino lo necesario para conducir el alma al conocimiento de la verdad; y S. Agustin opina que no es preciso hacer uso alguno profano de estos despojos del Egipto, que deben consagrarse enteramente al servicio y ornato del santuario.

Objétase que aniquilado como está el paganismo, es inútil recurrir ahora á sus libros para combatir este fantasma. Es verdad; pero los libros de los Padres subsisten, y si no se tiene conocimiento de la doctrina y usos de los paganos, se irá á ciegas en aquellos monumentos de la antigüedad eclesiástica, siendo casi imposible, sin tal auxilio, leer con perfecta inteligencia los PP. de los primeros siglos, y sobre todo los antiguos apologistas.

No es necesario señalar aquí los libros que conducen á este fin; bastante conocidos son de los que tienen algun fondo de buenos estudios. Observaremos únicamente que Platon es, entre los filósofos más importantes, el que tiene mayor conexion con los PP. de la Iglesia.

Los primeros cristianos eran platónicos, siguiendo entonces bajo las banderas de Platon, como siguieron despues las de Aristóteles, tanto porque el primero era el más sábio de los filósofos, como porque sus principios no estaban en contraposicion con los del cristianismo, del cual tenía, por decirlo así, un conocimiento anticipado; además de que, siendo en parte la filosofía platónica la de los judíos, los cristianos que salian de la sinagoga, la recibian con

menos repugnancia. La mayor parte de ellos estaba persuadida que Platon habia leido los libros de Moisés, ó que por lo menos habia estado en relaciones con los sacerdotes y sábios de Babilonia y Egipto, los cuales se hallaban bien impuestos en la teologia de los hebreos.

San Justino Mártir, S. Clemente de Alejandría y Eusebio de Cesaréa opinan que lo que Platon dijo sobre las ideas lo tomó de las sagradas Escrituras. (Huet. *Demonstr. evang., Prop.* 4.) Un sábio moderno asegura que seria cosa interminable el indicar todas las relaciones que se encuentran entre Moisés y aquel filósofo. Lo mismo opina Marsilio Ficino, quien eleva hasta las nubes la doctrina de la inteligencia y de las ideas de Platon; y como aquel italiano halla muchas veces misterios en donde no los hay, ha creido ver á todo un S. Pablo en la persona del filósofo griego, siendo casi tan extremadas sus afecciones hácia este gentil como las de Justo Lipsio por Séneca, es decir, algo visionarias.

Se encuentran personas tan acérrimas por Platon, que se han atrevido á decir que estuvo en correspondencia con el profeta Jeremías, lo cual es un anacronismo (15) de que S. Agustin se burla. Pero otras, más extravagantes aún, se han persuadido que Jesucristo habia leido á Platon y que habia enriquecido el Evangelio con sus mejores máximas; pero Orígenes reprende á Celso por este loco pensamiento. Muy bueno es en verdad cortar los vuelos á semejantes ilusos, que todo lo encuentran en Platon, hasta el mismo Apocalipsis.

Algunos exaltados protestantes han querido hacer creer que participábamos de aquellas ilusiones, suponiendo sin rubor que la mayor parte de nuestras tradiciones proceden de los griegos, ó sea de los gentiles. Pero, como dice un autor moderno (Pelliss. 3, *Véase Reflexiones sobre la diferencia de religiones.*): «Si se examinan á fondo los puntos de nuestras tradiciones y todos los de la recibida entre los judíos, se conocerá fácilmente que las nuestras proceden de

la de estos y no de las opiniones paganas. Así, por ejemplo, reconociendo los judíos el Purgatorio como efectivamente lo reconocen, es un grandísimo absurdo lo que Jurien y algunos otros protestantes aseguran de que Platon fué su inventor, porque tambien podria decirse lo mismo respecto á nuestro Paraíso y á nuestro Infierno, de que habla claramente.»

Es preciso hacer á Platon la justicia de que fué un filósofo tan ilustrado como podia serlo un gentil. Habla perfectamente de la Divinidad, y da á lo que escribe un aire de elevacion y espiritualismo que sorprende. Su modo de decir las cosas por medio de diálogos, unido á la belleza del lenguaje y á un cierto carácter de hombre honrado, que nada participa de las sutilezas de escuela, contribuye mucho á hacerle grato. Lo único que contra él puede decirse es que, no teniendo por guia y por regla las luces de la fe, su manera de dogmatizar, enteramente metafísica, conduce fácilmente al error y á la ilusion; que de su filosofía, con la cual pervirtió los ánimos, nacieron como de una prostituta los Simones, los Valentinos, los Marcios y los Manes; que caminando por este escarpado sendero, cayó Orígenes de abismo en abismo, y que de este cenagoso manantial salieron las extravagancias de los cabalistas y las visionarias paradojas de los creadores de nuevos sistemas.

Otra de las cosas que pueden disgustar en Platon es que su falta de método embaraza mucho cuando se quiere reasumir su doctrina y sujetarla á ciertos principios. Sin embargo, un filósofo moderno ha demostrado en una obra, de la que no tenemos sino un fragmento, que toda la filosofía de Platon puede reducirse á seis tratados generales, segun los seis órdenes de cosas de que se compone el universo, que son: el divino, el intelectual, el del alma, el natural, el corpóreo y el humano. Antes que Mr. la Chambre trazara este plan, le ocurrió á Juan de Serres, tan conocido por su Historia de Francia, al publicar una nueva version de las obras de Platon, acomodar su filosofía al método de los escolásticos; es decir, como

observa juiciosamente el Abate Fleury (*Tratado de los estudios*), ejecutar lo que el mismo Platon habia evitado, por hacerse más agradable. Así, el camino más corto es tomar á este filósofo tal cual es, sin cuidarse de metodizar lo que no está ni puede estar metodizado.

Respecto á la doctrina de los demas filósofos, el que quiera la encontrará en Diógenes Laercio respecto á los antiguos, en Eunapio con relacion á los modernos, y de unos y otros en el Compendio de Nesiquio. Basta casi con esto para comprender á los Padres de la Iglesia en los pasajes que tienen algo de la filosofia pagana. Seria una ventaja poseer la historia de los antiguos filósofos de Oriente, á quienes los griegos son deudores de lo que supieron, pero nada nos queda de ella que sea realmente positivo.

Es una lástima que la mayor parte de las obras de Varron, indudablemente el más sábio de los romanos, se hayan perdido, pues él nos suministraria infinitas luces para la inteligencia de S. Agustin y de los demas PP., que trataron de la religion de los gentiles; pero en su defecto pueden leerse los libros de Ciceron *De natura Deorum*, los Fastos de Ovidio, que encierran más erudicion pagana que ningun otro libro, y finalmente, para la antigüedad profana, se puede recurrir á las Mitologías, que explican estas materias. De mucho puede servir la lectura de Plutarco, de Diodoro de Sicilia, Herodoto y Tito Livio, porque estos antiguos escritores mezclaron con sumo cuidado en sus obras la teología con la política, y la religion con la historia. Pueden añadirse á estos autores algunos poetas griegos, como Hesiodo y Homero, que son una especie de teólogos del paganismo, desechando la mayor parte de los demás por las obscenidades con que manchan sus fábulas. S. Paulino quiere que huyamos de ellos como de un peligro próximo de naufragio, y por esto los eclesiásticos de Constantinopla pidieron y obtuvieron en otro tiempo permiso de los Emperadores cristianos para entregar á las llamas los poetas líricos griegos (Tetr. Alcyon.

lib. de Exil.), y sustituirlos con las poesías de San Gregorio Nacianceno, aunque no sean modelos de elegancia, mostrando en esto más celo por la pureza de las costumbres, que respeto á las bellas letras.

En cuanto á los escritores del paganismo, cuya erudicion sólo versa sobre los elementos de las ciencias humanas, S. Gregorio Nacianceno, que aconseja su lectura, dice categóricamente que es una necedad el querer prohibirla, porque aquellos no vean las cosas de que no han adquirido conocimiento, sino bajo cierto punto de vista.

Orígenes, en la *Filocalia*, aconseja á su amigo Gregorio recopile de la filosofía de los griegos los conocimientos que deban servir de preludio á la doctrina cristiana, asegurando que el conocimiento de las artes liberales es necesario á los que pretenden adquirir la inteligencia de las sagradas letras, por cuanto por este medio se pueden esclarecer las oscuridades de los textos, descifrar lo equívoco de las palabras, rectificar la puntuacion y restablecer el verdadero sentido de cuanto parezca se desvía de él.

S. Juan Damasceno trata de herejes á los gnosímacos, es decir, á los fanáticos de su epoca, que condenaban las ciencias. Es verdad que S. Agustin ha negado deban llamarse liberales las letras profanas, por las miras piadosas de que habla en sus Epístolas; sin embargo, confiesa en sus libros de la *Doctrina cristiana* (*Epist.* 131 *de las ediciones antiguas.*) que las ciencias profanas son un grande auxilio para explicar las divinas Escrituras. Hay, en efecto, muchas cosas en el sagrado Texto, y sobre todo en los Profetas, que no podrian entenderse sin recurrir á la historia profana, á las fábulas y á las costumbres de los antiguos [1]. Nuestros mejores intérpretes han aclarado una infinidad de pasajes de la Escritura por el conocimiento que tenian de la antigüedad

[1] Véase la famosa obra publicada en 1731 por el jesuita Hartzheim bajo el título de *Explicatio gentilium fabularum et superstitionum, quarum in sacris Scripturis fit mentio.* (*N. del E.*)

pagana. *Tammuz*, que es el nombre de un ídolo en Ezequiel, está traducido por el de *Adonis* en la version de S. Jerónimo, y Teodoreto opina debe interpretarse así, por las razones que se desprenden de la fábula (16).

S. Cirilo (*Lib. 2, tomo 3, Is. 18.*) explica el pasaje de Isaías *qui mittit in mare legatos, et in vassis papyri super aquas*, por la historia de Adonis, cuya fiesta celebraban todavía en su tiempo los de Alejandría (17). «Aquellos pueblos, dice, escribian una carta á las mujeres de Biblos, como si Adonis hubiese sido hallado, y la metian en una vasija de barro que sellaban y abandonaban á las olas del mar, en la creencia de que iria por sí sola á Biblos en ciertos dias del año, en donde las mujeres devotas de Venus la recibirian y cesarian de llorar despues de haber abierto la carta, como si Venus hubiese recuperado su Adonis.»

CAPITULO IX.

Del servicio que puede prestar la teología escolástica á la lectura de los PP. de la Iglesia.

No se entiende aquí por *escolástica* cierta sutileza en argüir sobre todas las materias, tan odiosa como seca y estéril, sino una teología verdadera y sincera, apoyada en la fuerza del raciocinio y colocada en un órden tan adecuado á la verdad como los mismos principios en que está fundada. [1] No es, como objetan los hereges, un sutil acomodamiento de las verdades del cristianismo á los sofismas de Aristóteles, sino un íntimo enlace de todas las verdades cristianas reunidas, que, estando conformes con la razon, pueden muy bien demostrarse por Aristóteles,

---

1 Tenemos una preciosa obra en seis tomos en 4.°, impresa en Segovia el año 1796, escrita por el P. Fr. José de S. Pedro de Alcántara Castro, franciscano, bajo el título de *Apología de la teología escolástica*, digna de ser consultada, que sentimos no poder insertar aquí en extracto por no alargar el tomo, en la cual trata esta materia con tal erudicion, que nada deja que desear. *(N. del E.)*

cuyo método nada tiene de contrario á este principio. Porque nunca ha sido la intencion de los escolásticos introducir en las escuelas cristianas á Aristóteles por ser Aristóteles (18), sino por amor á la verdad, sin la cual, si este filósofo no hubiera sido razonable, habria merecido el desprecio de todo el mundo. Tampoco ha sido porque aparezca sutileza en su modo de raciocinar; pues los que no buscan sino la verdad en toda su pureza, no necesitan sutilezas, á menos que quiera darse este nombre á la razon viva y delicada de un espíritu penetrante que, marchando derecho á su fin, evita con habilidad los lazos de los cabilosos y de los sofistas.

Hay falsos escolásticos, lo confesamos; pero tambien los hay verdaderos y de tal mérito, que no pueden ser desacreditados, sin desacreditar á la misma razon, lo cual se prueba fácilmente tomando las cosas desde su orígen.

En todos tiempos ha tenido la Iglesia escuelas para la enseñanza de las sagradas letras, y de aquí viene el epiteto de *escolástico*, introducido entre nosotros y con el que se ha honrado á nuestros antiguos teólogos hasta dárselo en grado superlativo. Por esto Fortunato es llamado *Latinorum scholasticissimus* en el libro tercero de los milagros de San Dionisio, y Sedulio *vir scolaticissimus* en una antigua crónica citada por Mr. du Cange. Luego aunque los escolásticos de la primera época parezcan más inclinados á Platon que á Aristóteles, no por esto debe creerse dejaran de racionar con precision y segun las reglas, sobre todo cuando se vieran en la necesidad de luchar con los hereges.

Hay en los antiguos PP. una escolástica, ó por mejor decir un método de raciocinar, que no se opone á la escolástica ó modo de raciocinar de los modernos. Sus rasgos están bien marcados en S. Atanasio, S. Basilio y en los dos SS. Gregorios Nacianzeno y de Nicéa. S. Agustin compuso unos rudimentos de lógica, y no puede negarse que la mayor parte de los Padres, desde el tercer siglo, fueron dialécticos, pero

dialécticos prudentes y sinceros, que desechaban constantemente toda cavilacion y falsa sutileza. Sin embargo, sea porque agrade producir cosas nuevas, ó porque se encuentre satisfaccion en aumentar las ya inventadas, los escolásticos de la segunda época, reconociendo que habia confusion en los escritos de los Padres, trataron, para desenmarañar aquel cáos, de reducir la teología de los antiguos á ciertos capítulos principales y de ordenarla por artículos, bajo diferentes títulos, con el fin de que tantas riquezas inútiles para la mayor parte, á causa de la confusion en que se hallaban, fueran útiles á todo el mundo, poniéndolas en órden, que es el principio de todos los conocimientos y de todas las ciencias.

Tajon, obispo de Zaragoza, compuso en el siglo VII una Suma de teología, recopilada de las obras del papa S. Gregorio y de S. Agustin. En el siglo siguiente S. Juan Damasceno, que tenia mucho más talento y habia tambien leido más, escribió en un tomo otra obra algo mejor entendida y más docta, bajo el título *De Fide orthodoxa*, dividida en cuatro libros, de los cuales el primero trata *de Dios, de su esencia y de sus atributos;* el segundo, *de la Creacion del mundo y de la Predestinacion*, y el tercero y cuarto de los misterios *de la Trinidad y de la Encarnacion*, y sucintamente *de la Resurreccion de la carne*. Esta invencion abrió el camino al moderno escolasticismo, que, sin embargo, no empezó á difundirse en el Occidente hasta fines del siglo XI por medio de S. Anselmo, quien escribió sobre los dogmas de la fe, pues no hay fundamento para atribuirlo á Lanfranc, maestro de S. Anselmo, como algunos pretenden, á lo menos si ha de juzgarse por las obras de este escritor. Pero los libros de S. Anselmo, segun los ha ordenado el P. Gerberon, de la Congregacion de S. Mauro, forman un gran cuerpo de teología, que hoy sirve áun de fundamento á algunos de nuestros más sábios escolásticos.

En el siglo siguiente, Pedro Lombardo, obispo de París, que era al mismo tiempo el pastor y teólogo de

su Iglesia, como debiera ser si se observasen las costumbres de los antiguos, escribió, siguiendo el método de Pedro Abelardo, un tratado de teología, dividido en cuatro libros, sacado de la Escritura y de los PP., principalmente de S. Agustin, lo cual le valió, además de mucha gloria, el renombre de *Maestro de las Sentencias*. No fué su designio desterrar la antigua escolástica, pues servia de apoyo á su empresa, ni tampoco introducir otra distinta de aquella, pero sí se propuso dar mejor forma á la antigua teología, como lo ejecutó, sujetando los ánimos á un método, que les impidiera extraviarse entre la confusion en que la ciencia de los dogmas se encuentra en los antiguos Padres.

Igual empresa habia acometido Hugo de San Víctor poco antes que Pedro Lombardo; pero este, más hábil ó más dichoso que el primero y que Abelardo, superó á ambos, preciándose de seguirle la mayor parte de los escolásticos y de escribir sobre sus sentencias; si bien no habrá tal vez otro libro, fuera de la Biblia, que haya sido ilustrado con mayor número de comentarios. Así la escolástica, que no consistia en un principio mas que en la coordinacion de cierto número de sentencias escogidas de la Escritura y de las obras de los PP., se aumentó en poco tiempo con las reflexiones de los teólogos, y cambió de forma, uniéndose á la dialéctica y á la metafísica de Aristóteles. Santo Tomás, discípulo de Alberto el Grande, consumó la obra y acabó con mano atrevida lo que los otros no habian hecho sino bosquejar con miedo. Despues de muchas controversias, reflexiones y escritos, este hábil escolástico emprendió su *Suma*, que es el compendio de sus demas libros, su obra maestra y el mayor esfuerzo de talento que ha podido aparecer en las escuelas desde que Aristóteles comenzó á introducirse en ellas.

Pero por una desgracia inherente á todas las cosas de este mundo, que apenas han llegado á su perfeccion, cuando se apartan de ella, la escolástica, tan laudable en sus primeros pasos, degeneró en bajas cabilacio-

nes y sutilezas, indignas de la gravedad de las escuelas cristianas. Esto ha hecho decir á un sábio Obispo francés (God., *Hist. de la Iglesia.*) «que los escolásticos modernos, más sutiles que sólidos, queriendo sobrepujar á Santo Tomás, han embrollado las verdades que intentaban esclarecer, destruido el estudio de la sagrada Escritura, de los PP. y de los Concilios, pervertido los ánimos y extinguido paulatinamente en las almas el espíritu de piedad con sus maneras secas de explicar aquellas verdades (19).» Melchor Cano, en sus *Lugares teológicos*, deplora extraordinariamente semejante desgracia, y no vacila en decir que ha sido un artificio del diablo el que los escolásticos, abandonando la Escritura sagrada y los PP. por vanas sutilezas á que ha dado orígen el prurito de disputar, no han llevado al combate contra los hereges sino cañas, que son las armas de los niños, en lugar de presentarse con la espada de dos filos, recomendada por S. Pablo. Bueno es, añade, prestar á la teología el apoyo de la filosofía; pero no debe introducirse en las escuelas una teología enteramente peripatética, apoyada sólo en las fuerzas del raciocinio humano.

Empero como los abusos que se introducen en un Estado no deben servir de motivo para que sus leyes fundamentales se desprecien, tampoco las sutilezas de escuela deben serlo para rechazar el escolasticismo, del cual puede decirse lo que Ciceron dijo del Derecho civil: «que no es la ciencia sino la ignorancia la que suscita las cuestiones.» Y á la verdad el escolasticismo, en sí mismo considerado, nada tiene que no sea muy loable, sobre todo bajo la forma con que se halla dispuesto en Santo Tomás; y hé aquí por qué el haber leido su *Suma* no puede perjudicar al que quiera hacer un profundo estudio de los PP.; pues aunque muchas veces sea preciso tomar otras ideas diferentes de las del escolasticismo para comprender aquellos antiguos doctores, el método de aquel angélico Doctor puede muy bien servir para dar un buen órden á multitud de cuestiones, que no lo tienen en

aquellas antiguas fuentes. Porque sabiendo perfectamente este Angel de las escuelas que en la doctrina de los PP. hay un órden, aunque oculto, impreso por Dios, no ha cesado de buscarlo á fuerza de reflexiones, hasta que al fin lo encontró y puso en claro. Añadiremos aquí por deferencia á los que quieren unir el escolasticismo al positivismo, que hay dos maneras de leer á Santo Tomás: la una consiste en leer su *Suma* como se leén todos los escritos de colegio, es decir, muy mal. Toma uno el título de una cuestion; recorre los artículos, y saca de ellos lo que puede, como de una deuda perdida; y si por casualidad se penetra una dificultad lógica, que se presta á un *distinguo* ó á un silogismo en forma, ya se grita victoria, y se se cree ser un consumado teólogo. La otra manera es más rara y tambien más difícil: requiere mucho criterio, penetracion y aplicacion: su objeto es atenerse al fondo de la doctrina de Santo Tomás, buscar los principios y el orígen de ella en la Escritura y en los PP., y ver qué giros les ha dado para comunicar á su sistema toda la fuerza de que es capaz. Inquiere la razon que tuvo aquel gran teólogo para tomar á Aristóteles por auxiliar en los combates que se traban en las escuelas y, en una palabra, examina si Santo Tomás razonó siempre con precision y consecuente con sus principios.

Mr. Verjus, doctor de Sorbona, decia que queriendo Santo Tomás ser incontestable en todos sus razonamientos, algunas veces se hacia tan metafísico que se perdia de vista, y que por sus diferentes rodeos rara vez se le hallaba en el punto de partida. Sea lo que fuere, si se estudiara á Santo Tomás como acabamos de insinuar, tal vez nos evitaríamos una infinidad de dificultades que fatigan sin provecho, y acaso cesarian los partidos, concluirian los comentarios inútiles y se apaciguarian mil cuestiones, en las cuales, aquel angélico Doctor no tiene mucha más parte que la que tiene el sol en las contiendas de los filósofos cuando disputan sobre ciertos efectos que no produce.

Cuando las grandes imaginaciones se exaltan, muchas veces despiden chispas, que los talentos medianos toman por luces extraordinarias; y como por otra parte estas imaginaciones, despues de haberse excedido á sí mismas, se ven obligadas á retroceder y á rebajarse á nuestro lenguaje comun ó á inventar otro nuevo, la poca ó ninguna relacion que hay entre sus ideas y sus expresiones forma una especie de oscuridad, que aunque nada es en sí, se convierte, sin embargo, en un manantial inagotable de dificultades y de disputas. Hé aquí por qué Galieno tenía razon en desear pudieran enseñarse las ciencias sin el auxilio de las palabras; pues no siendo estas mas que débiles y oscuras imágenes de nuestros pensamientos, los ignorantes é inconsiderados disputarán siempre sobre las palabras, y nunca sobre las cosas.

CAPITULO X.

Cuán necesaria sea la lectura de la Escritura sagrada para la inteligencia de los PP. de la Iglesia.

El que quiera ser un fiel discípulo de los PP. de la Iglesia debe leer sin descanso y con atencion profunda el texto de las divinas Escrituras. Adquirido este hábito, será menos duro el trabajo y más fácil su inteligencia, y en fin, le servirá de suma satisfaccion, cuando encuentre citados sus pasajes en los Padres, el ver instantáneamente y casi sin esfuerzo alguno cuál es el verdadero sentido de ellos.

Para no engañarse es necesario ante todo estar seguro de qué libro de la Escritura fué sacado el pasaje que se nos presenta á la vista, y si este libro ó la parte de él, de que se trata, se encuentra en el cánon de los judíos ó en el de los cristianos. Porque hay mucha diferencia entre la autoridad de un libro canónico, de uno apócrifo y de otro eclesiástico, que sin embargo de no estar declarado canónico, se leia en otro tiempo en las Iglesias, por las lecciones de piedad y por otras ventajas que de él podian sacarse para el bien y edificacion de los pueblos. Tocante á los libros apócrifos,

desechados por la Iglesia como heréticos ó escandalosos, ninguna autoridad tenian en sí mismos, sin que por esto hayan dejado los PP. de citarlos alguna vez, pero sólo por lo bueno que encerraban, y ordinariamente para refutar á los hereges con sus propias obras. En segundo lugar es necesario considerar quién es el autor ó escritor del libro que se examina, é indagar por quién, cómo, cuándo y á quién habla; pues si no se saben los motivos que impulsaron á los escritores sagrados á escribir, si no se conoce su carácter y sus maneras de expresarse, nos separaremos de su sentido cuanto más creamos aproximarnos á él. En tercer lugar ha de observarse la situacion del pasaje que se alega, ver lo que le precede y qué es lo que le sigue. Se examinará si se encuentra en más de un lugar de la Escritura, y si siempre está tomado en el mismo sentido; si atañe á las costumbres ó al dogma; si se cita entero y literalmente; si está mutilado, truncado, ó no traducido en sus propios términos, sino en otros equivalentes, lo cual es bastante comun en los PP., quienes hacian de memoria las citas, cuidándose muy poco de las palabras, con tal que conservaran el sentido de las cosas.

S. Basilio en sus *Ascéticos*, que compuso sin auxilio de libro alguno, cita la Escritura con la libertad de un hombre que se ve obligado á fiarse de su memoria. S. Justino Mártir, S. Cipriano (20) y otros Padres de aquel tiempo refieren los pasajes de la Escritura como les venian á la imaginacion, y algunas veces de una manera distinta de como se encuentran en la version de los Setenta. Estas variantes pueden tambien provenir de los diferentes ejemplares que usaban, del atrevimiento de los copistas en insertar en el texto las glosas y postilas marginales, ó en fin, de los mismos PP., que, sin fijarse en las versiones más usadas en las Iglesias, traducian del griego los lugares de la Escritura que citaban. Todo esto podia suceder; sin embargo es muy probable, como se ha observado, que los PP. hicieran por costumbre y de memoria sus citas, sin cuidarse de nada más.

En cuarto lugar se examinará si el texto en que uno se funda está corrompido, lo cual no es imposible que así sea en los ejemplares que por espacio de tantos siglos han pasado por tan distintas manos; pues segun el Cardenal Francisco Luca, teólogo y decano de S. Omer,[1] hay en las últimas ediciones de la Vulgata, á pesar de todos los cuidados de dos grandes Papas, más de cuatro mil lugares que merecen retocarse, lo cual no se han atrevido á negar Belarmino y Juan Bautista Bandini, que examinaron la edicion de Clemente VIII. Por último, se considerará de qué edicion está tomado el pasaje que se tenga á la vista: si es del texto hebreo, del griego de los Setenta, de la Vulgata ó de alguna otra. A propósito de lo cual se observará que de todas las antiguas ediciones, la más generalmente seguida por los PP. ha sido la de los Setenta, ya porque Jesucristo (21) y los Apóstoles la citaron, ya porque la Iglesia la tenía por auténtica: se leia comunmente en las asambleas de los fieles, y los judíos la recibian por legítima, aunque estuvieran persuadidos de que contenia algo censurable. Por esta razon Orígenes, que se servia de la version de los Setenta en las instrucciones que dirigia á los fieles, empleaba las ediciones de Aquila, de Símaco y de Teodocion en sus disputas contra los judíos, para que estos no pudieran objetarle que la version de los Setenta disentia en muchos lugares del texto original, es decir, del hebreo (22).

Los PP. tenian tambien otra razon para seguir á los Setenta, y era el estar persuadidos de que el texto hebreo habia sido corrompido (23), y que la version de éstos era la única que estaba conforme con el antiguo original, excepto en algunas pocas cosas que se habian añadido, quitado ó expresado con oscuridad para no escandalizar á Ptolomeo y á los demás paganos, en obsequio de los cuales habian hecho los Setenta esta version. Creian en efecto los PP. que los

1 En su muy rara obra titulada *Romanæ correctionis in latinis Bibliis editionis Vulgatæ, jussu Sixti V Pontif. Max. recognitis, Loca insigniora.* Antuerpiæ, 1608. *(N. del E.)*

Setenta habian sido inspirados por Dios, y que por consiguiente no era posible se hubieran engañado. Conforme á este principio dijo Rufino *(Advers. Hier.)* que los Apóstoles dejaron á las Iglesias la version de los Setenta, como la regla de su fe. S. Jerónimo *(Præf. in 2 Paralip.)* achaca á ignorancia ó á negligencia de los copistas las faltas que se notan en esta version, y el mismo Padre está persuadido como igualmente San Agustin, *(De Civit. Dei, lib. 18, cap. 43.)* de que lo añadido por los Setenta al texto, les fué inspirado por el Espíritu Santo.

Por otra parte, cuando se trataba con los gentiles que no entendian el hebreo, era muy ventajoso hacer uso de la version de los Setenta; porque además de que estando familiarizados con el griego, escuchaban con mayor gusto la palabra de Dios, puede decirse que esta version les pertenecia especialmente, por haber sido hecha para ellos. Si bien San Crisóstomo no temió decir que era designio de Dios el que los gentiles conociesen á su Hijo por la version de los Setenta, que es como la puerta que da entrada á su reino. Además los PP. se veian obligados á servirse de esta version con motivo de las frecuentes ocasiones que tenian de luchar con los arrianos, los macedonianos y los nestorianos, quienes la seguian con preferencia á cualquiera otra.

Sin embargo, es notable que aunque los PP. se sirvieran comunmente de la version de los Setenta, que miraban como santa, divina y canónica, no dejasen de recurrir al texto original cuando juzgaban que esto podia servir para esclarecimiento de la verdad, siguiendo la práctica de los escritores del nuevo Testamento, los cuales dejaban con frecuencia los Setenta por el hebreo, cuando este texto expresa con más energía la mente del Espíritu Santo. Aunque S. Agustin deseaba se prefiriera la edicion de los Setenta á todas las demás *(De civitate Dei, lib. 18, cap. 43.)*, queria fuese sin perjuicio de lo que se debe al texto hebreo, puesto que los antiguos PP. no juzgaban aquella como la única auténtica.

Habia otras ediciones de la Escritura que los Padres empleaban con utilidad, á saber: las de Hesiquio, de Luciano mártir y de Orígenes, las cuales eran, más bien que nuevas ediciones, verdaderas correcciones, hechas por estos antiguos críticos para el uso de sus Iglesias.

Al ver los judíos el fuerte apoyo que los cristianos tenian en la version de los Setenta, emprendieron nuevas ediciones de la *Biblia*, que estuviesen más conformes con el texto hebreo de aquel tiempo (24), y que por consiguiente favorecieran menos al cristianismo. Aquila, Teodocion y Simaco publicaron las suyas; el primero se sujetó servilmente á las palabras; el segundo se condujo con alguna más independencia y se aproximó bastante á la version de los Setenta, y el último, haciendo una traduccion libre, se contentó con verter el sentido de la Escritura, sin sujetarse á las palabras. En aquel mismo siglo, imperando Caracalla, apareció una nueva version griega; luego se publicó otra en Nicópolis (25), en tiempo de Alejandro Severo, hijo de Mammea, y más tarde vió la luz una sétima, pero sólo de los Salmos de David. En fin, habiendo los copistas hecho algunas alteraciones en la version de los Setenta, Orígenes se dedicó á restablecerla, sirviéndose al efecto de los mejores ejemplares que con suma diligencia pudo procurarse; pero tuvo la conciencia de no añadir cosa alguna y de marcar con *asteriscos* lo que añadió tomado de Teodocion, para distinguirlo del resto de la obra.

En el exámen de los pasajes de la Escritura citados por los antiguos PP., debe tenerse presente lo que acabamos de decir; mas para formar sobre ellos un recto y acertado juicio es indispensable tomarse algun tiempo, á fin de profundizar las diversas lecciones del texto sagrado, lo cual debe hacerse con la mayor vigilancia y atencion, porque si no se está muy sobre sí, es poco menos que imposible dejar de imaginarse que hay discrepancias donde en realidad existe el mayor acuerdo. Respecto á esto sería útil consultar á

Luis Capelle, el cual, en la compilacion que hizo de las diversas lecciones de la Escritura, demuestra, segun observa un crítico moderno, que entre más de mil lecciones que hay en casi mil y cien versículos del Evangelio de S. Mateo, apenas hay cincuenta que varíen en el sentido, y que áun esta variacion es sólo en cosas de muy poca importancia para la religion y la piedad.

La divergencia en las lecciones de los PP. procede indudablemente de la diversidad de versiones de la Escritura; mas pudiera tambien emanar de que estos se atuvieran á las correcciones de algunos autores que no conocemos, ó de que siguiesen ellos mismos las suyas propias; tomándose cada uno en aquella época la libertad de corregir los ejemplares de la *Biblia*, ya por observar en ella algunas faltas de los copistas, ya porque, prestándose la riqueza de la lengua á dar á las frases una infinidad de giros, diera esto pié á diferentes interpretaciones que no estuviesen siempre de acuerdo las unas con las otras.

Así como los PP. griegos se sirvieron de la edicion griega de los Setenta, los latinos siguieron la antigua Vulgata, que sólo es una version latina de aquella; pero hubo además otra infinidad de versiones, lo cual obligó á decir á S. Jerónimo *(Præf. in Jos. et in Evang.)* y á S. Agustin *(De Doctr. Christ., lib. 2, cap. 11)*, que su número era tan excesivo que hacia imposible contarlas, pues todos se esforzaban en hacer nuevas versiones, por poco que supieran el griego y el latin.

Es muy probable que la edicion *itálica* de que se sirvió S. Agustin, fuese la llamada despues *Vulgata;* pero S. Jerónimo, que no se contentaba con el trabajo de los antiguos, no sólo emprendió la correccion de la antigua version latina de los Setenta, sino que llegó á hacer otra nueva, tambien latina, del texto hebreo; mas esto dió tanto que hablar en la Iglesia, que no la reconoció hasta el tiempo de San Gregorio Papa (26), quien, en el *Prefacio sobre Job*,

dice de una manera muy explícita, que la Silla apostólica se servia de ambas versiones, y que él usaba indistintamente de la antigua y de la nueva Vulgata. Sin embargo, no se concibe cómo á pesar de haber adquirido esta última tanta preponderancia, la antigua no se hallara mas que por fragmentos en los Padres latinos, de los cuales Novilio Flaminio la reunió lo mejor que pudo, supliendo por sí con bastante acierto lo que le faltaba; y si bien no puede decirse que tal edicion, restablecida de este modo, sea lo que antes de S. Jerónimo, es suficiente para dar á conocer lo que fué en otra época, no siendo por tanto inútil á los que leen los PP. latinos con alguna aplicacion.

En el año 1587 el papa Sixto V hizo imprimir en Roma la de los Setenta en su lengua original por un manuscrito muy antiguo y casi entero, sacado de la biblioteca del Vaticano; pero habiendo en 1628 emprendido una nueva edicion de los Setenta el Padre Morin, del Oratorio, juntó los textos griego y latino, los enriqueció con los escolios de Flaminio y separó los versículos, como lo están en la Vulgata.

CAPITULO XI.

Necesidad de conocer la Historia para la inteligencia de los Padres de la Iglesia.

Así como no se puede saber á fondo la historia eclesiástica sin que se consulte á los PP., tampoco pueden entenderse bien las obras de estos si no se recurre á la historia de la Iglesia. ¿Cómo podrá, por ejemplo, estar bien impuesto en la historia de los arrianos, de los pelagianos y de los donatistas quien no haya leido lo que S. Atanasio, S. Agustin y San Optato escribieron contra estos herejes? Y por otra parte, ¿cómo podrá comprender la doctrina de estos Padres quien ignore lo que dice la historia de aquellos mismos herejes á quienes combatieron?

Esta consideracion es bastante poderosa para obligar á todo el que tenga un buen criterio y quiera

adelantar en la lectura de los PP., á aplicarse al estudio de la historia de la Iglesia, sin recelo de que éste, unido á aquella, distraiga su imaginacion; porque ademas de la íntima relacion que ambas cosas tienen entre sí, es indudable que la imaginacion del hombre abraza mayor extension de lo que parece; que puede aplicarse fácilmente á diferentes objetos, y que esta diversidad, lejos de fatigarla, la descansa y recrea; pues es mucho más incómodo y difícil ocuparse siempre de una misma cosa, que alternarla con otras. Al espíritu del hombre le sucede con corta diferencia lo mismo que al cuerpo: á este es mucho más saludable alimentarle moderadamente con diferentes clases de viandas, que repletarle con exceso de una sola, que le cause una peligrosa indigestion (Lud. Nonn., *De re cibar., lib.* 1, *cap.* 2; Arist., *lib.* 8, *Historia animal., cap.* 21.), de lo cual nos dan un ejemplo las abejas, que no sacan su miel de una sola especie de flores, sino de infinidad de ellas de diferentes clases y de calidades enteramente diversas.

La historia no tiene en sí misma nada que no sea útil y agradable, y puede decirse en favor suyo que no es de aquellas ciencias desdeñosas que hacen una delicada eleccion de personas, sino que es la ciencia de los reyes y de los pueblos y el ejercicio de los talentos más limitados y de los génios más sobresalientes.

En apoyo de esta verdad, dice Ciceron, en el libro segundo del Orador: «que uno de los principales deberes de los Pontífices máximos de la antigua Roma era el escribir lo que se llamaba *grandes anales* y ponerlos de manifiesto en su casa, para que todo el mundo tuviese la libertad de tomar lo que quisiera de aquel tesoro de la república.» Los orientales tenian escribas, cuyo empleo consistia en recopilar todos los hechos que pudieran servir para la historia de su nacion; los egipcios los tenian tambien, y los escribas de los hebreos anotaban en los registros públicos lo que ocurria bajo los jueces y bajo los reyes (27). Cuando Jo-

sué hubo derrotado á los amalecitas, Dios ordenó á Moisés escribiese aquella victoria en los registros públicos, para que la posteridad la recordara. El autor de la Crónica de Alejandría pretende que los libros del *Paralipomenon* [1] son una coleccion de los registros y de las cartas de los reyes; pero á lo menos puede decirse que despues del cautiverio, los judíos recogieron cuanto hallaron en los anales públicos y lo conservaron en sus archivos con el mayor cuidado.

Esto prueba el aprecio que siempre se ha hecho de la historia, que es el más universal de todos los conocimientos, pues no hay ciencia alguna que no esté más ó menos ligada á ella. Por la historia conocemos la religion; la tradicion, en la cual nos fundamos, es tambien una parte de la historia eclesiástica; casi todas las profecías del antiguo Testamento se explican únicamente por la historia, y *el Apocalipsis* (Mr. de Meaux, *Explic. de l'Apocalyp.)* á pesar de ser un libro enteramente místico y una vision puramente celestial, no puede comprenderse sin recurrir á la historia, es decir, á los acontecimientos ocurridos en la Iglesia y en el Imperio inmediatamente despues de aquella revelacion. En una palabra, tanto la sagrada Escritura como toda la Teología, no son más que la historia de lo que reveló Dios á los hombres y ha creido siempre la Iglesia. (Lamy, *Entretenimientos sobre las ciencias.)*

Cuando Baronio se propuso escribir los Anales eclesiásticos, no tuvo otro objeto que enseñar la Teología más bien con hechos que con razonamientos, y oponer la Teología de la Iglesia católica á la de los hereges, así como Moisés opuso la Teología de los hebreos á la de los egipcios y de los caldeos, que se vanagloriaban de una antigüedad quimérica y fabulosa. Guillermo Candeno *(Hist. angl.)*, á pesar de ser protestante, dice que la historia de la Iglesia debe considerarse como el monumento más ilustre y más

[1] Véase esta palabra derivada del griego, que significa *cosas omitidas* en el *Diccionario de Teología del abate Bergier.* (*N. del E.*)

sincero de la religion cristiana; Enrique Valesio, en sus notas sobre Eusebio, asegura que esta ciencia es muy á propósito para convencer á los hereges que no quieren someterse á las razones de sus adversarios, por hacerse esto demasiado duro á su orgullo, porque su testimonio les persuade secretamente, poniéndoles de manifiesto su propia condenacion al hacerles conocer la de los antiguos hereges que les precedieron. Mr. de Flavigni, doctor de Sorbona, aseguraba haber oido decir á Casaubon que cuando leia á Belarmino, dudaba de todo, pero que cuando leia á Baronio, quedaba persuadido de las verdades de la religion cristiana. Gaspar Scioppio, tan conocido en la república literaria por la severidad de su crítica, se separó de la comunion de Lutero para abrazar la fe católica, por las luces que adquiriera con la lectura de los Anales de la Iglesia. Melchor Cano dice *(Loc. theol.)* ser opinion de todas las personas ilustradas que el teólogo que no conoce la historia eclesiástica se hace sumamente despreciable, por hallarse desprovisto de una ciencia, sin la cual está como desnudo, por más que tenga otros muchos conocimientos; y en efecto es así, porque los que no saben la historia están expuestos á cometer á cada paso faltas enormes, atribuyéndose á esto, y no sin razon, las muchas que se observan en algunos de nuestros escritores eclesiásticos, que descuidaron estudio tan importante (28).

La ignorancia, pues, de los acontecimientos de la antigüedad es una mancha hasta bochornosa para los canonistas modernos; así es que por muy recomendable y digno de estimacion que sea Ivo de Chartres, tendria mucho más crédito si se manifestase mejor impuesto en la historia; y el incomparable Cujas, cuya erudicion no se limitó al derecho canónico, sino que se extendió tambien al derecho civil, conociendo lo importante que es á un canonista el estar perfectamente impuesto en la historia, puso de su parte cuanto esmero le fué posible para poseerla en toda su extension. Mr. Godeau dice: «que muchos escolásticos por ignorar la historia de la doctrina cometieron fal-

tas, que dieron pié á sus adversarios para acusarlos de ignorantes ó de mala fe; porque ocupados sólo de las cosas presentes y no distinguiendo el fondo de los dogmas, que siempre ha sido el mismo, de los cambios ocurridos posteriormente, han querido en su explicacion ó en sus resoluciones acomodarse á las reglas de la escuela moderna, las cuales son sumamente distintas, considerado el órden de los tiempos.»

Causa verdaderamente sorpresa el ver tanta tibieza é indiferencia sobre unos conocimientos tan útiles, como tambien la poca exactitud y meditacion de que son objeto; porque de nada sirve el tener la memoria atestada de una série de años, siglos, olimpiadas, lustros, épocas y de una infinidad de catálogos de nombres de emperadores, reyes, papas, concilios, heresiarcas, de heregías y de cismas, si, contentándose con estas exterioridades de la historia, no se penetra en lo interior de ella, y si por medio de reflexiones sólidas y juiciosas no se saben descubrir los resortes que impulsan al hombre á representar tan diferentes papeles en el teatro del universo. Es preciso, pues, poner la más profunda atencion en penetrar en lo interior de los príncipes y de los pueblos, en saber sacar la verdad de entre la mentira y lo verosímil de entre lo que no lo es, y en tener la habilidad suficiente para distinguir lo que es efecto de la casualidad, del antojo y de la pasion, de lo que es procedente de una prudente conducta ó de un principio de religion ó de piedad. En una palabra, es menester saber distinguir lo fuerte de lo débil, lo práctico de lo especulativo, lo que se dice por deduccion y por conjetura de lo que se refiere con autoridad, apoyado en memorias fieles y auténticas.

CAPÍTULO XII.

Digresion sobre la historia eclesiástica en lo concerniente á los Padres de la Iglesia.

No es nuestro ánimo dar aquí reglas para la lectura de la Historia eclesiástica, pero sí diremos de

paso que esta puede en cierto modo compararse á aquellos viajeros que estudian en pequeño sobre el mapa los paises que se proponen visitar, y que, echando á su regreso una mirada sobre el mismo mapa, vuelven á recorrer en pocos minutos las mismas comarcas y mares que tantos trabajos y fatigas les costó el atravesar. Para conducirse, pues, con prudencia es preciso escoger primero un buen compendio de la Historia sagrada, como, por ejemplo, el de Esponde; leerlo con atencion, no una sino repetidas veces, si es menester, antes de llegarse á los historiadores originales, que suministran el material á los compiladores (29); y cuando se haya adquirido una ligera nocion histórica y se tenga sobre las cosas una idea suficiente para conducirse con seguridad, se podrá leer, siguiendo el órden de los tiempos, á Eusebio, Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Teodoro el Lector, Filostosgio, Evagro, Teófanes y los autores de la Bizantina, respecto á los griegos; y en cuanto á los latinos, á Gregorio de Tours, Beda, los Anales de S. Bertin, S. Eulogio de Córdoba, Flodoardo, Ditmar, Lamberto de Scafnabourg, Hugo de Flavigni, Sigeberto, Odesico, Vital, Guillermo de Malbesbury, Mateo de París, etc.

Despues de esta lectura se puede manejar á Baronio y á sus continuadores, cuyos anales encierran toda la doctrina de la Historia eclesiástica; y caminando de este modo por terreno conocido, se fatigará menos y se hallará siempre dispuesto, teniendo las autoridades en la mano, para fallar de un modo seguro sobre una infinidad de dificultades inherentes á empresa tan grande. Mas como no sea posible que los analistas hayan dejado de tropezar muchas veces respecto á los hechos, por efecto de sus preocupaciones, es indispensable leer tambien las obras de los sábios críticos, que se han tomado el cuidado de rectificarlos. Hecho esto, será fácil volver, si se quiere, á los compendios, á fin de empaparse bien en la idea de las cosas más extensas y más complicadas, con presencia de las más simples y breves.

Cuando se lea los historiadores originales, debe indagarse el espíritu, la capacidad, la religion, la conducta y los intereses de cada uno de ellos en particular; se procurará averiguar qué parte tuvo en los negocios de la Iglesia, en qué siglo, por qué motivo y con qué fin escribió; si fué contemporáneo de los personajes y de los hechos de que habla; si fué un mero teórico, ó si un hombre de Estado, que estuvo al frente de los negocios públicos; si es autor, plagiario, ó compilador de otros; si emite opiniones propias, ó se fija tan sólo en las de los demás; si goza de buena reputacion, y si está aprobado ó condenado por la Iglesia. Quien no sepa, por ejemplo, que Eusebio de Cesaréa fué gran partidario de Orígenes, que vivió en un siglo casi todo arriano, y que se sospechó lo fuese tambien él; que era sumamente sutil, astuto y simpático, pero ambicioso y capaz de emprenderlo todo para lograr su objeto; quien, repetimos, ignore esto, jamás podrá desenredarse de los lazos que este autor tendió á la posteridad con su manera de escribir, tanto más á propósito para engañar, cuanto es sumamente sencillo y sabe sostener esta sencillez por el profundo conocimiento que tenía de la antigüedad y de los negocios eclesiásticos. El que ignore asimismo los compromisos que Teodoreto tuvo con Nestorio, no desconfiará quizá de lo que dice á favor de Teodoro de Mopsuesta y en contra de S. Cirilo, y el que no esté informado de los errores de Sócrates y de Sozomeno, condenará tal vez con ellos á Obispos muy católicos, y canonizará, por el contrario, á Pastores de una fe alterada y corrompida.

En efecto: Sócrates no sólo alaba y elogia á los novacianos, cuyo partido abrazó, sino que hasta afecta convertir en favor suyo cuentos los más lisonjeros, y atribuirles milagros, que no se apoyan en prueba alguna sólida *(Lib.* 3, *cap.* 9; *lib.* 7, *cap.* 17, *y lib.* 4, *cap.* 23.*)*. Supone sin el menor rubor que los católicos no declararon la guerra á Novato mas que para romper el dique opuesto por este excelente

hombre á sus desbordamientos; calumnia, deshonra y ultraja á S. Juan Crisóstomo, porque este santo Prelado habia expulsado de algunas Iglesias á los novacianos; le trata de impertinente, de pródigo y de orgulloso, y añade que Dios permitió fuese arrojado de su silla en justo castigo de sus violencias y atropellos, y se deja llevar de todo el exceso de su ira contra los soberanos pontífices Inocencio, Zózimo y contra S. Cirilo de Alejandría, afectando ensalzar hasta las nubes á Atico, sucesor de S. Juan Crisóstomo, á fin de rebajar más á este comparándole con aquel, que favorecia á los novacianos.

Es menester, pues, estar muy alerta sobre los antiguos historiadores de la Iglesia que fueron hereges ó sospechosos de tales. Tampoco debe fiarse ciegamente en los más católicos, sobre todo cuando parezca que no reflexionaron bastante en lo que digeron; pues S. Juan Damasceno fué demasiado fácil en creer historias, y S. Jerónimo no fué siempre exacto en el modo de narrarlas. En una palabra, el lector que no conozca el carácter de los griegos y su facilidad y propension á mentir, tomará frecuentemente muchas fábulas por verdades innegables; creerá que escritores, que no refieren los hechos cual realmente sucedieron, sino como ellos los imaginaron, son historiadores sinceros y fieles; y el que ignore hasta qué punto se dejaron llevar los latinos de la credulidad, se extraviará fácilmente como muchos que han atestado las historias de rumores populares y de narraciones frívolas é insustanciales.

Sin embargo, aunque deban ser preferidos los historiadores más graves á los de menos autoridad, no por eso ha de posponerse siempre á estos, que, en casos dados, pueden muy bien ir á la par con los más autorizados; pues la grande habilidad no consiste sólo en saber conocer los mejores autores, sino que es menester discernir en los de segundo órden lo que tengan de bueno, y sacar de ellos cuanto pueda contribuir al esclarecimiento de la verdad, llevándose siempre la máxima, respecto á historia, «de que

aunque no debe creerse todo, es preciso leerlo todo, por grosero é indigesto que sea.»

El desaliño del estilo no debe ser un óbice para tomar de un escritor lo bueno que tenga, porque hay algunos que escriben muy mal y dicen cosas excelentes, las cuales se perderian si se desdeñasen por la falta de pureza en el lenguaje. ¿Qué seria de S. Gregorio Turonense y de la mayor parte de los escritores de la edad media, si se quisiera exigir de ellos la pura latinidad y la elegancia de los antiguos? Tampoco es justo rechazar á un historiador porque sea demasiado conciso ó porque se extienda mucho en narraciones frívolas ó supérfluas; pues pudiera muy bien acontecer que lo que parece hoy demasiado limitado, se desarrolle en el dia de mañana, ó sirva para aclarar los puntos históricos que estén algo confusos en los mejores escritores; en fin, nada hay en la historia, ni áun las mismas repeticiones, que no sea, en casos dados, de suma utilidad.

Los copistas, los extractadores y los compiladores tienen tambien su mérito, porque puede muy bien suceder que un copista haya corregido ó aclarado el original, ó que un compilador haya puesto de acuerdo en ciertos hechos á los autores que compiló, ó que un extracto sea más fácilmente comprendido que el original mismo, si este ha sido mutilado ó corrompido en alguna de sus partes, como sucede en Eusebio de Cesaréa, que pasa por original respecto á los autores más antiguos que compiló, y cuyos fragmentos salvó insertándolos en su Historia eclesiástica.

Tambien se pecaria de exceso si se condenase á un historiador porque dijo cosas que sus contemporáneos no refirieron, porque no opinó como los demás, ó porque, en fin, se haya notado en él alguna falta; pues por muy hábil que un hombre sea, puede algunas veces equivocarse en sus conjeturas. Estas equivocaciones no siempre provienen de un capricho, sino que pueden proceder de más ó de menos penetracion, de más ó menos juicio ó exactitud, ó de que tuvo otras razones particulares para proceder así. Si

Josefo, por ejemplo, no dijo lo que otros historiadores, pudo ser muy bien por una atencion para con los paganos, ó porque tuviera otros datos diferentes de los conocidos por los demás. Por último, tampoco debe desconfiarse completamente de los autores especulativos que se meten á adivinos, pues podria suceder muy bien que adivinaran de veras; ni formar siempre mal juicio de los escritores cortesanos, porque pueden ser hombres sinceros y de buena fe, como lo fueron Villehardoüin y Joinville, cuyas memorias sirven para esclarecer los acontecimientos de las guerras santas de su tiempo; y hasta es mucho más seguro apoyarse en aquellos escritores que, habiendo tomado parte en los asuntos de que hablan, tienen, por lo comun, luces que faltan á los que no se hallan en este caso.

CAPÍTULO XIII.

Auxilios que la Historia profana puede suministrar para la inteligencia de los PP. de la Iglesia.

Es sumamente difícil hacer adelantos en la Historia eclesiástica sin el auxilio de la profana, por aclararse la una con la otra; pues quien no se halle impuesto en esta, es imposible pueda resolver la mayor parte de las dificultades de aquella; porque si bien la Iglesia triunfante no necesita del testimonio de los hombres, la militante necesita, no sólo del testimonio de estos en general, sino hasta de sus más encarnizados enemigos. Además, la historia profana da muchas veces mayor fuerza á las de la Biblia, y con ella se ha demostrado poco hace que la de Judit (Montfaucon, *Hist. de Jud.*), que algunos críticos quisieron hacer pasar por una parábola ó por una ficcion, es una historia verdadera, porque no sólo está de acuerdo con los demas historiadores del texto sagrado, sino tambien porque conviene perfectamente con lo que los mejores escritores refieren de los asirios y de los medos. El testimonio de los PP. de la Iglesia se ve con frecuencia confirmado por la autoridad de la historia profana. S. Gregorio Nanciaceno, que al hacer

el retrato de Juliano el Apóstata, pintó á este príncipe como un inconstante y una cabeza ligera, está apoyado por Amiano Marcelino, quien asegura lo mismo; pues aunque antes se leia en este historiador *lenitatem* en vez de *levitatem*, que cambia enteramente el sentido, el sábio Abad de Billy repuso muy juiciosamente este pasaje en sus *Observaciones sagradas*.

Es inútil advertir que la cronología y la geografía son los ojos de la historia, sin los cuales se va á ciegas, tanto en los escritores antiguos como en los modernos. S. Agustin observa que eran muchos los que se extraviaban por falta de conocimientos en la cronología. Melchor Cano es del mismo parecer, y la experiencia atestigua que, habiéndose equivocado los antiguos en la suputacion del tiempo ,introdujeron en todo la confusion y el desórden. Antes del establecimiento de las olimpíadas no tenian los griegos nada fijo respecto al tiempo (José Scalig. *De emendat. temp., lib.* 1.); y los romanos, que no se aplicaron á este estudio sino mucho más tarde, no refieren mas que fábulas hasta el consulado de Bruto, cuyo año no se sabe con certeza, por más que Varron se tomara el mayor trabajo en indagarlo; así es que no sabiendo sus historiadores qué decir, se atrevieron á dividir el tiempo que precedió á Augusto, en tres épocas, á saber: tiempo *oscuro*, sobre el cual no hay mas que ignorancia y profundas tinieblas; *fabuloso*, en que todo está sumido en la ficcion y en la alegoría, y tiempo *histórico*, que se va desenredando poco á poco por medio de los hechos relativos á ciertas épocas.

Josefo acusa á los griegos de no haber leido siquiera las sagradas Escrituras y de no saber mas que á medias la historia del mundo; lo cual afirma tambien Orosio, diciendo además que aquellos pueblos ignoraban cuanto habia acontecido en el universo por espacio de más de tres mil años; lo que en efecto era así, pues en toda la antigüedad no hallamos mas que los libros sagrados que puedan suministrarnos verda-

deros principios de cronología, y áun el conocimiento que por este medio podemos adquirir es dudoso, por cuanto carece de épocas fijas, que puedan reglar nuestros cálculos y poner fin á las disputas; pues la Escritura omite algunas veces en estas narraciones una fraccion de año, y otras cuenta por años enteros una parte de ellos. Pero sobre todo, lo que aún causa mayor embarazo es que, contando por año entero la fraccion del en que murieron los Soberanos, vuelve á contar como año completo lo restante del mismo, en que comenzaron á reinar sus sucesores.

El texto hebreo y la version de los Setenta no están de acuerdo respecto á la suputacion de los años del mundo desde su creacion hasta Jesucristo, y da miedo el considerar que entre nuestros autores encontramos más de cincuenta de estos cómputos enteramente discordes entre sí.

Baronio dice que en todas épocas ha habido en la Iglesia grandes disputas y opiniones muy encontradas sobre el particular; y tan grande incertidumbre en asunto de tanta importancia produjo tal confusion en el ánimo de los que desde el principio de la Iglesia leen las obras de los PP., que Julio Hilarion se vió precisado, para calmar la agitacion de sus hermanos, á redactarles una especie de crónica, que ha servido de fundamento á cuanto despues de él se ha escrito en esta materia. Los cronologistas modernos no están mejor instruidos que los antiguos, y entre tantos apenas se hallan dos que estén de acuerdo; así es que se han suscitado muchas y muy acaloradas disputas respecto á la mayor parte de las grandes épocas de la historia sagrada y profana, y á pesar de ellas no hemos podido saber aún nada de fijo sobre la verdadera época de la salida de los israelitas de Egipto, sobre las semanas de Daniel, ni sobre el año, mes y dia de la muerte de Jesucristo. Dionisio el Pequeño,[1] que en el siglo VI introdujo el uso de contar los años desde la época de la Encarnacion de Jesucristo, fijó el nacimiento del Salvador en el año 45 despues

[1] Llamado así por su corta talla.

de la reforma del Calendario por Julio César; pero nuestros más sábios cronologistas no están conformes con él, sin que por eso estén de acuerdo entre sí, pues Onofre anticipa un año el nacimiento de Cristo, Baronio y Scalígero lo adelantan dos, y Kepler cinco.[1] Todo hombre estudioso debe tener á la vista tablas de cronología, y hasta es conveniente que cada uno las forme para su gobierno generales y aun particulares sobre los autores cuya historia quiera examinar. Así lo han hecho hombres muy hábiles, y así se observa en S. Cipriano, edicion de Oxfort (*Annal. Cipriani.*), en la que hay una cronología muy cómoda para la inteligencia de este Padre de la Iglesia. Este invento es una especie de memoria artificial, que sirve de mucho para afirmarnos en los conocimientos, enlazándolos con un órden fijo y cierto, sin el cual todas las cosas se confunden.

La Geografía produce casi el mismo efecto en la imaginacion y en la memoria. Estrabon dice en apoyo de este aserto, que los sábios de la antigüedad se aplicaban á las investigaciones geográficas como á un estudio sumamente importante. Moisés, el más antiguo de todos los historiadores conocidos, se sujetó á ella con la mayor exactitud posible en todas sus descripciones. Lactancio y S. Agustin, que ignoraban los rudimentos de esta ciencia, cayeron, como habian ya caido Heráclito y Leusipio, en el error de creer que no habia antípodas, como creen en el dia la mayor parte de los chinos, quienes se imaginan que la tierra es llana como una tabla. Bonifacio, arzobispo de Mayenza, declaró herege á Vigilio, obispo de Salsbourg, por sostener que los habia; y el papa Zacarías confirmó la sentencia, fundado en la falsa hipótesis de las cosmografías de aquella época, en la cual la zona tórrida se tenía por impenetrable; de lo cual se seguia, que caso de haber hombres en la otra parte de ella, era preciso que fuesen hijos de la tierra

[1] Consúltese sobre las épocas del nacimiento y muerte de Jesucristo al P. Honorato de Santa María, en sus *Reflexiones sobre las reglas y uso de la crítica*, tomo 3, lib. 5, disert. I. *(N. del E.)*

y no de Adan; consecuencia que tanto Bonifacio como Zacarías calificaron de manifiesta heregía.

¿Cuántas personas vemos diariamente que, por ser profanos en la Geografía, trastornan el mundo entero con su ignorancia? ¿Y cuántos hay, áun entre los más versados en ella, que engañándose en sus conjeturas, confunden los reinos, las provincias y las ciudades; toman las montañas por rios; cambian la situacion de los lugares, y suponen otros que jamás existieron? ¡Cuánto no deben, pues, temer los que descuidan enteramente la Geografía, ó no tienen mas que una idea muy superficial de ella! Una sola obscuridad en esta parte, puede producir debates interminables.

Habiendo Rufino añadido en su Historia eclesiástica las palabras *regiones suburbicarias* al sexto cánon de Nicéa, para explicar sobre qué Iglesias se extendia la jurisdiccion del Obispo de Roma respecto al Obispo de Alejandría, encendió, sin pensarlo, una hoguera, que aún hoy subsiste, entre los sábios de una y otra comunion, respecto á la division de las provincias seculares y eclesiásticas, porque los católicos romanos tienen sobre el particular opiniones muy diversas; los protestantes tienen tambien las suyas, que no lo son menos, y esto suministró á Jacobo Userio, arzobispo de Armach, motivo suficiente para sostener (*De Eccles. Brit. privileg.*) que la Iglesia anglicana no dependia del patriarcado de Roma, porque en lo antiguo fué una diócesis diferente, atendido á que, segun este autor, no era una provincia *suburbicaria*.

Estos ejemplos demuestran cuán importante sea el imponerse bien en la Geografía antigua y moderna, si se quieren allanar, lo mismo en los autores sagrados que en los profanos, una infinidad de dificultades, insuperables á los medianamente instruidos en esta ciencia.

Para la Geografía antigua tenemos á Estrabon, Mela, Plinio, Tolomeo, Dionisio el Africano, y Estéban de Bizancio; y para la moderna á Ortelio, que

ha restablecido esta ciencia; á Mercator y Cluvier, que la han reducido á una especie de método; á Ferrario, Samson, Duval, Robe, Bandran, Lubin y otros muchos, que la han elevado al grado de perfeccion en que hoy se encuentra (30). Las luces que sobre ella tenemos pueden aumentarse todavía con el conocimiento de la historia; pues si la Geografía sirve para entender esta, tambien la historia presta un grande apoyo á la Geografía; siendo indudable que quien yerre en la una, no tardará en errar en la otra. Así fué que por no haber S. Jerónimo consultado suficientemente la historia, como observan algunos críticos, al traducir la palabra *No-Ammon* en Ezequiel (*Cap* 10), por *Alejandría*, en lugar de *Tébas* ó *Diópoli*, como hicieron los Setenta, cometió un grandísimo error, puesto que Alejandria no fué edificada hasta más de cuatrocientos años despues de haberse cumplido aquella profecía (31).

Las noticias del imperio romano con las observaciones de Pancirolo y otras noticias civiles y eclesiásticas son de un grande auxilio en esta materia; por lo cual dice Hadriano Valesio, tratando de *Notitia imperii:* «Los jóvenes que deseen hacer algun adelanto en los estudios superiores, deben manejar contínuamente este libro, sin cuyo auxilio es en sumo grado difícil entender los autores, pues nadie podrá explicarlos sin haber leido repetidas veces la forma de gobierno del imperio romano, los nombres de los diferentes cargos de la magistratura, el número y la division de las provincias que constituyen aquel imperio, y otras mil cosas, que detendrian á cada página de los historiadores romanos y de cuanto á ellos se refiera.»

CAPÍTULO XIV.

Cuán importante sea el conocimiento de los escritores eclesiásticos antes de leer sus obras.

Aunque el conocimiento de los escritores eclesiásticos se halle comprendido en la historia general de la Iglesia, es de la mayor importancia hacer de

ellos un estudio particular; pues el que no lo haga, nunca merecerá ocupar un lugar entre los verdaderos sábios. (Mares., *Epist. philolog.*) *Optime novi eum certe doctum appellari non posse, qui postquam græcis et latinis litteris imbutus fuerit, in cognoscendis autoribus et in evolvenda antiquitate, non multùm versatus sit.*

Los que ignoran esto toman con frecuencia unos autores por otros, los antiguos por los modernos, estos por aquellos, hereges por católicos y católicos por hereges. Así fué que los libros de S. Dionisio Areopagita, citados á cada paso por los severianos, pasaron por mucho tiempo como obra de un autor heterodoxo. El libro *Del cuerpo y de la sangre de Jesucristo*, compuesto por Ratramno, religioso de Corbeya, é impreso por los protestantes de Alemania, como obra que les era favorable, fué rechazado por la mayor parte de los católicos como herético, á causa de su falta de crítica y de sano juicio. Por esto se ha tenido siempre un empeño en hacer conocer las personas y las obras de los autores célebres. Diógenes Laercio, en su excelente libro titulado *Historia de los ingenios (Menajian.)*, refiere la vida de los filósofos griegos, y da cuenta exacta del número y de la calidad de sus obras. Plutarco formó un catálogo de los Retores ilustres é hizo el retrato de ellos. Dion Crisóstomo habla de los poetas griegos y de sus producciones con alguna extension, y finalmente Suidas, Atenéo y Estobéo dan una lista de la mayor parte de los autores griegos y latinos y de las obras que compusieron. Entre los latinos, Ciceron escribió sobre los más célebres oradores; Varron habló de los poetas, Suetonio de los gramáticos y de los retóricos, y S. Jerónimo hace mencion de Santra, de Nepote y de Higino, que habian merecido la aceptacion pública. Así es que hoy poseemos ya una infinidad de catálogos, de nomenclaturas y de bibliotecas públicas y particulares para toda clase de artes y de ciencias, y hasta podemos decir que respecto á Teología no falta ya casi nada que sea de grande importancia.

Aunque Eusebio de Cesaréa, cuyo criterio en el discernimiento de los autores es bastante apreciado, habla de los escritores eclesiásticos en su Historia, S. Jerónimo fué el primero que acometió la empresa de hacer en este género una obra completa, siguiendo en ella el método de los griegos y de los latinos; pero como cada dia nacen nuevos autores y salen á luz nuevos libros, la obra de S. Jerónimo, que no pasa del siglo IV, en el cual floreció, se ha ido aumentando con el tiempo por las investigaciones de S. Isidoro de Sevilla, S. Ildefonso de Toledo, Honorio de Autun y otra infinidad de bibliotecarios eclesiásticos, que el sábio y laborioso Auberto le Mire reunió en un solo cuerpo, ilustrándolo con notas y nuevas observaciones, que llegan hasta el siglo XVII.

Cuando los bibliotecarios unen á sus catálogos buenas y juiciosas reflexiones, nada debe desperdiciarse de ellos; pero si despues de haberlos leido todos, ó al menos una gran parte, se quiere elegir algunos para que sirvan de guias fieles, los particulares sobre cada ciencia son preferibles á los generales, que queriéndolo decir todo, no tocan las cosas sino á medias. Tambien los bibliotecarios modernos son preferibles á los antiguos, y los que leyeron los autores originales, á los que hablan de ellos sólo de oidas y bajo la fe de otros, por la sencilla razon de que los catálogos de los modernos son mucho más completos que los de los antiguos, y tambien porque es más seguro fiarse de unos hombres que pasaron años enteros en leer los libros, que de los que se han contentado con copiar solamente sus títulos.

El tratado de Belarmino sobre los escritores eclesiásticos es muy digno de ser tomado en consideracion, y tanto más, cuanto segun él mismo confiesa, su obra fué el fruto de cuarenta años de lectura, reuniendo además la ventaja de haber sabido hallar el estilo y la manera breve y adecuada al asunto de que trata. Por otra parte es sincero, nada obstinado y tan poco orgulloso, que cuando no puede descubrir la verdad, no se desdeña de pronunciar aquel *nescio*,

que tanto cuesta á muchos, y al que un antiguo llamaba *Verbum ingenui pudoris;* frase que expresa perfectamente la vergüenza que causa á las personas honradas el vanagloriarse de cosas que ignoran. Es verdad que despues de Belarmino se han hecho grandes descubrimientos y que cada dia se están haciendo; pero es muy fácil reunir los últimos conocimientos á los primeros, como lo ha hecho el P. Labbe con un gran número de excelentes adiciones, tomadas, segun se cree, de la rica sucesion de los PP. Sirmondo y Petau, cuyo *abintestato* recogió; pero esto en nada disminuye el mérito y el valor de su obra (32).

CAPITULO XV.

Del fruto que puede sacarse de los bibliotecarios, respecto á los Padres de la Iglesia.

Mucho debe agradecerse á los bibliotecarios que se toman el trabajo de dar á conocer los autores y los libros, porque sin su ausilio las diversas y casi infinitas producciones del entendimiento, que jamás se cansa de producir, no tendrian órden alguno en nuestra memoria, y sería preciso pasar la mayor parte del tiempo en buscar lo que ahora encontramos al momento por medio de los catálogos. Sin su auxilio todo estaria confundido, y sólo á fuerza de trabajo se podrian distinguir en los autores eclesiásticos las obras legítimas de las falsas y de las supuestas, que no son pocas.

El autor de las Constituciones, tenidas por mucho tiempo como de S. Clemente papa, se lamenta de que desde un principio parecieran en la Iglesia libros peligrosos y contrarios á la verdad, atribuidos á Moisés, á Enoch y á otros Patriarcas del antiguo Testamento. S. Epifanio menciona ciertos hereges de su tiempo, que se hacian famosos con supercherías semejantes; y S. Jerónimo, *Contra Vigilancio*, como tambien S. Agustin en la *Ciudad de Dios*, se quejan amargamente de tan falsas como criminales suplantaciones.

Mr. Simon observa (*Crit. del nuevo Test., cap.* 1.) que en los primeros tiempos de la Iglesia, ya fuese por piedad, ya por cualquiera otra razon, los escritores eclesiásticos solian poner á la cabeza de sus obras el nombre de los Apóstoles en general, ó de alguno de ellos en particular, y que esto sirvió de pretexto á los hereges, y sobre todo á Basílides y á Valentino, que se titulaban discípulos de los Apóstoles, para que publicasen actas falsas y supuestas. Lo propio aconteció á los PP. de la Iglesia, pues apenas hay uno entre los más ilustres, bajo cuyo nombre no haya algun herege oculto. En el siglo IV se atribuian á S. Cipriano los escritos de Novato, y en los siglos posteriores se imputaron á S. Atanasio muchos sermones del nestoriano Euterio, á S. Crisóstomo uno del mismo Nestorio, y á S. Jerónimo los Comentarios de Pelagio sobre S. Pablo.

Aunque el mal continuó siempre, nunca se dejó sentir con más fuerza que en los últimos siglos, en los cuales, cubriéndose los hereges con la piel de oveja, y no contentos con haber cercenado en nuestros mejores escritores cuanto les perjudicaba, quisieron hacer pasar producciones suyas por obras de los PP. y de los autores más católicos; y en prueba de ello Sixto Senense dice que los novatores hicieron circular libros de Calvino bajo el nombre del célebre Alcuino; el libro de Bulinger *contra la Iglesia visible*, bajo el de S. Atanasio, y el de Bucer *contra los méritos de las buenas obras*, bajo el del piadoso cardenal Juan Ficher. Socino tuvo tambien el atrevimiento de hacer pasar su tratado *de la Autoridad de la sagrada Escritura* por una produccion del jesuita Domingo Lopez, que Alegambes coloca entre los escritores ilustres de la Compañía.

No deben, sin embargo, achacarse únicamente á los hereges todas las suplantaciones observadas en las obras de los PP., pues las hay procedentes de los católicos, ya de buena fe, ya por debilidad ó ya por algun impulso de orgullo, como sucedió en otra época á Teodisco, obispo de Sevilla y primado de España

(Genebr. al año 655.), que buscando su propia gloria, atribuyó algunos de sus escritos á S. Isidoro, arzobispo de la misma ciudad, en una version que habia hecho en árabe de las obras de este santo Prelado. Pero tamaña falta de sinceridad no quedó impune: porque reunidos en Sínodo los obispos de la provincia, despojaron de la Iglesia á Teodisco, y para eterno baldon trasladaron la Silla metropolitana de Sevilla á Toledo, donde subsiste aún; rigor de los obispos de España, que se tendria por exagerado si no supiéramos que la Iglesia no sufre el fraude y que S. Juan Evangelista, impulsado por el mismo espíritu, depuso á un sacerdote de Asia, por haber tenido la impudencia de atribuir escritos falsos al apóstol S. Pablo. (Hier., *Viris illustr., cap.* 17.)

Tambien algunas veces se han atribuido, por sorpresa, á los Padres obras que no les pertenecen; pero generalmente ha sido por precipitacion ó falta de exámen, porque á la invencion de la imprenta todo el mundo creia que sus ejemplares eran los mejores, y se apresuraba á darlos á luz, sin consultar más juez que la pasion y el deseo de adquirir celebridad; de lo que se originaron mil errores, que harán sudar por mucho tiempo á las prensas y á los críticos. Cada dia se adquieren mayores desengaños sobre estos errores, porque no siendo ya el mundo tan crédulo como en los siglos pasados, en que era suficiente que una cosa estuviera escrita para pasar por constante y verídica, la experiencia ha demostrado no ser el título ni los demas signos exteriores de los libros los que hacen conocer la legitimidad ó la suposicion de las obras, sino el estudio exacto de la edad, de la doctrina, del estilo y del carácter de cada autor en particular. Se puede juzgar fácilmente de la suposicion de una obra por el tiempo en que se compuso, y de éste por las personas ilustres que en ella figuran: así que no puede uno engañarse, si por ejemplo, asegura que el tratado *de la revelacion de la cabeza de S. Juan*, atribuido á S. Cipriano, no es de este obispo, atendido á que se habla en él de Teodo-

sio, de Marcelino y de Pepino, príncipes muy posteriores á aquel Padre de la Iglesia. Tambien hay motivos para creer que un libro es supuesto cuando se citan en él autores no nacidos aún cuando se escribió. Guiado por este principio Sixto Senense, califica de supuestos ciertos tratados, que, atribuidos á S. Ambrosio, á S. Jerónimo y á S. Euquerio de Lion, contienen fragmentos sacados de los *Morales* de San Gregorio papa, quien no floreció hasta un siglo después.

Debe tambien creerse que un libro es supuesto cuando se distingue por costumbres, ceremonias y ritos desconocidos en el siglo del autor cuyo nombre lleva; y por lo tanto es evidente que el libro de la *Gerarquía eclesiástica*, atribuido á S. Dionisio Areopagita, no puede ser suyo, porque se observan en él ciertas prácticas que sólo se introdujeron en los siglos posteriores á este gran Santo, que floreció en el siglo I de la Iglesia.

Se ve claramente que una obra no es genuina cuando se debaten en ella cuestiones más modernas que el autor á quien se atribuye, y que estas se explican en términos no usados hasta despues de él; por cuya regla se puede asegurar que *las Respuestas á las preguntas de los ortodoxos*, atribuidas á S. Justino, no son suyas; pues ademas de que las cuestiones agitadas en ellas no parecen ser del tiempo de este Padre, en el cual no se entretenian en la investigacion de semejantes curiosidades, el autor habla en ellas de la Trinidad y de la Encarnacion en términos y con precauciones desconocidas antes de Arrio, Nestorio y Eutiquio, que atacaron la fe de estos misterios.

Es tambien evidente que el libro no pertenece á un autor cuando en él se proponen dogmas contrarios á los enseñados por éste; y por lo tanto los tratados *sobre el Levítico*, atribuidos á S. Cirilo de Alejandría, no pueden ser en manera alguna de este Padre, por observarse en él errores de Orígenes, como son la existencia de las almas antes de la creacion;

el haber sido encerradas en los cuerpos en castigo de los pecados que cometieron en el cielo; la salvacion de los demonios, y varios disparates análogos, refutados por el Santo en otros lugares.

Tambien por el modo de escribir pueden distinguirse las obras verdaderas de las supuestas, por ser muy difícil que plumas diferentes tengan relaciones tan exactas, que no se observe diferencia alguna; pero, sin embargo, esta regla no es infalible, porque puede haber escritores tan hábiles que no sólo sepan disfrazar su estilo, sino hasta imitar el de otros. San Agustin reconoció que las cartas de S. Cipriano, respecto al bautismo de los hereges, eran verdaderamente de este grande Obispo, por estar su estilo tan marcado, que no podia dejarse de conocer; y S. Jerónimo, al contrario, sirviéndose de la misma piedra de toque, se apercibió de que muchísimas obras atribuidas á diferentes PP. antiguos no podian en manera alguna pertenecerles.

El medio más sencillo para distinguir los tratados legítimos de los PP. de los que no lo son, es recurrir á los catálogos de sus obras formados por ellos mismos, ó por lo menos á los hechos por críticos hábiles, y sobre todo por sus contemporáneos; por cuyo medio se ha juzgado que las cinco cartas griegas comprendidas entre las de S. Ignacio, obispo de Antioquía (33), pero que no figuran en los catálogos de Eusebio ni de S. Jerónimo, no pertenecen á aquel Padre; pues si él las hubiese realmente escrito, San Jerónimo y Eusebio habrian tenido indudablemente conocimiento de ellas. Todo lo contrario sucede con la epístola de S. Policarpo, obispo de Esmirna, á los filipenses, pues si bien se alega que Nicéforo la rechazó, esto nada arguye, atendido á que sobre ser este autor demasiado moderno, tiene una fama harto mediana para ser comparado con S. Jerónimo, con Eusebio ni con Focio, que aseguran ser genuina de aquel Santo. Un libro pertenece indudablemente á un autor cuando él mismo lo declara, pero no es seguro que deje de serlo porque él no lo diga. En

efecto, está fuera de duda que los libros que San Agustin se atribuye en sus Retractaciones, le pertenecen, pero no es cierto que otros, de que él no hace mencion, sean fruto de sus vigilias. La misma regla debe aplicarse al catálogo de las obras de este Padre, publicado por su discípulo Posidio, porque puede muy bien servirse del testimonio de este discípulo para probar que tales ó cuales libros son de San Agustin, pero no se puede decir que los otros tratados de que Posidio no hace mencion, no sean verdaderas producciones de aquel Doctor de la Iglesia, sobre todo si se hallan en otras partes pruebas ciertas de que le pertenecen.

Otro medio infalible para reconocer las obras legítimas de los PP. y distinguirlas de las que se les supone, es ver si los autores antiguos nuevamente descubiertos dan testimonio de ello, como ha sucedido con el descubrimiento de Mário Mercator, hecho hace algunos años (en 1666), por el cual se ha sabido que algunos tratados, atribuidos á ciertos PP., pertenecen á otros, de quienes ni siquiera se sospechaba. A este mismo autor se debe tambien la noticia de que el sermon sobre el texto del Evangelio *Si filius Dei es, mitte te deorsum*, atribuido á S. Crisóstomo, es de Nestorio; que los comentarios sobre San Pablo, atribuidos tambien á S. Jerónimo, son de Pelagio, y que los sermones *In varias hæreses* son del nestoriano Euterio.

En una palabra, leyendo mucho los autores y estudiando sus caractéres, se podrán hacer distinciones que piden más atencion y equidad que sutileza; porque la práctica sirve de mucho, sobre todo si va acompañada del dictámen de críticos sábios, y se investigan los ejemplares más antiguos y de mejor nota, á los cuales es más justo atenerse, que á las conjeturas infundadas; así es que se ha juzgado, y con mucha razon, que el catálogo de las heregías, inserto en algunas ediciones de Tertuliano al final de su tratado *de las Prescripciones*, no puede pertenecerle, porque ni se halla en el antiguo manuscrito

de Abogardo, que es el mejor de las obras de Tertuliano, ni en otro muy auténtico tambien, del cual se sirvió Renano en la primera edicion de este antiguo autor.

CAPITULO XVI.

De las ediciones de los PP., y primero de los manuscritos.

Es una máxima incontestable que para facilitar la inteligencia de los libros se debe proporcionar su lectura; es decir, que, en cuanto sea posible, es preciso escogerlos tan bien escritos ó impresos, que al leerlos, la imaginacion no se distraiga del objeto principal con el trabajo de los ojos, y mucho más cuando sean obras como las de los PP. de la Iglesia, que reclaman la mayor atencion.

Todo el mundo sabe que los escritos son mucho más antiguos que las ediciones, y que algunas veces es preciso recurrir á ellos para juzgar con acierto sobre los libros impresos; sin embargo, no debe tenerse en todos igual confianza, porque así como los hay muy auténticos, los hay tambien que ni áun merecen la pena de ser mirados. Galiano dice que, empeñados los reyes de Egipto en acumular un número infinito de manuscritos, dieron lugar á que muchos hombres de mala fe les vendieran á precios exorbitantes cópias detestables por buenos originales, y obras indignas de ser leidas, por producciones de los mejores autores.

En todo manuscrito deben considerarse tres cosas: primera, que sea antiguo, y que, si no es el mismo original, sea muy aproximado al siglo y al año de este; porque la autoridad de un manuscrito depende ordinariamente de la antigüedad, y esta se conoce por la forma y figura de los caractéres y por las abreviaturas. En segundo lugar, debe tener buena letra y ser correcto, sin cuyos requisitos nada ó muy poco vale, como contestó oportunamente un Cardenal Arzobispo de Toledo al docto y curioso Fulvio Ursino,

que ensalzaba hasta las nubes un viejo Terencio lleno de faltas: «Preferiria, dijo el Cardenal (*Pref. in Job.*), un volúmen impreso correctamente, á veinte viejos manuscritos atestados de faltas, aunque los hubiesen escrito las mismas Sibilas.» Lo propio decia S. Jerónimo, burlándose de los que buscan en los manuscritos los adornos más bien que la fidelidad y la exactitud: *Habeant qui volunt veteres libros, vel in membranis purpureis auro argentoque descriptos, vel uncialibus, ut vulgò ajunt, litteris onera magis exarata, quàm codice, dummodo mihi, meisque permittant pauperes habere schedulas, et non tam pulchros codices, quam emendatos.*

Tritemio dice que en los monasterios en que se cultivaba el arte de escribir, se observaba la mayor circunspeccion; que los Superiores distribuian el trabajo á cada uno segun su capacidad; que las obras más importantes se confiaban á los teólogos y á los más doctos; que los tratados de menos consideracion se daban á los que no eran tan instruidos, y que habia peritos encargados de revisar todos los manuscritos, por la obligacion que hay de no engañar al público y de respetar la buena fe con que recibe lo que se le da; porque asi como el dar con la pluma un testimonio de la verdad tiene un mérito extraordinario, el darlo falso, copiando mal lo que está bien escrito, es digno de la mayor censura. La cosa más insignificante puede producir en esta parte graves desórdenes y confusiones, y si nó léase el pequeño tratado de Enrique Estéban. *De Origine Mendorum* (*Castitigat. in M. T. Cic., locos quàm plurimos. Pseudocicer.*) ó alguna de las demas obras de igual género del mismo autor, y se verá de cuántas maneras puede un texto ser alterado por el abandono, la ignorancia ó la poca atencion de los copistas. Esto puede proceder de que se olvidaba una letra al principio de una palabra, escribiendo, por ejemplo, *error* por *terror*, *ratio* por *oratio*; de añadir algunas letras despues de la primera silaba ó de olvidar otras en el cuerpo de la palabra, escribiendo *notatio* por

notio, *includere* por *intercludere;* de poner una sola letra donde debia haber dos, como *ingratis* por *ingratiis;* de haber añadido alguna letra al principio de palabra, como *placatissima* por *pacatissima;* de habe r puesto una sílaba entera en medio de la palabra, como *æquabiliter* por *æqualiter;* de haber añadido alguna letra al final, como *civitates* por *civitate,* ó finalmente, de haber equivocado una palabra entera, poniendo, por ejemplo, *ædes* por *sedes*, etc.

Como las vocales se confunden con gran facilidad, muchos copistas tomaron la *i* por *e*, *dimitere* por *demittere*, *diligere* por *delegere;* la *e* por *i*, *affectum* por *effictum;* la *u* por *a*, *trahuntur* por *trahantur;* la *u* por *i*, como *duxit* por *dixit;* la *a* por *o*, *etesias* por *etesios*, la *o* por *a*, *multos* por *multas* y la *i* por *o*, como *primo* por *promo*.

Tambien contribuye mucho á la confusion el alterar la colocacion de las letras, escribiendo, por ejemplo, *suscipere* por *suspicere; examinare* por *exanimare;* el separar palabras que debieran estar unidas, y unir otras que debieran estar separadas, como *re probavit* por *reprobavit*, *etiam* por *et jam*; y finalmente, un gran número de las faltas que se notan en las copias proceden las unas de que los que dictaban no articulaban bien las palabras, y otras de que los amanuenses no prestaban suficiente atencion á lo que se les dictaba; asi es que muchas veces se escribia con suma ligereza *antiquam* por *anticam*, *sed diis* por *sed iis*, *me ore* por *more*, *etc.* Hay más todavía: algunos copistas omitian exprofeso las letras mayúsculas, con objeto de hacerlas luego más despacio y muy floreadas, lo que no realizaron ó por olvido ó por falta de tiempo; y como algunos ignorantes se hayan entrometido más tarde en quererlas poner á su antojo, dibujaron unas por otras y resultó una algarabía dificil de comprender, como observa Eusebio en la vida de Constantino el Grande. (Vales., *Not. in lib. 4 de vita imp. Constant., cap.* 22.)

¿Y qué diremos de aquellos que al copiar los libros omitian, cambiaban, añadian ó alteraban frases y

periodos enteros, ó que no distinguian nada ni observaban la menor puntuacion, ó si la observaban era puramente antojadiza? Porque si bien un punto es muy poca cosa, y rigurosamente hablando, puede prescindirse de él, pues que en la más remota antigüedad esta nota ortográfica era desconocida, de su omision pueden sacarse falsas consecuencias, y si se coloca mal, puede hacer cambiar el sentido de la frase. Así nos lo han hecho conocer mil veces los hereges, y de esto se sirvieron los socinianos y los modernos preadamitas para pretender salvar las extravagancias de sus sistemas en la explicacion de algunos pasajes de San Juan y de S. Pablo, que estarian muy lejos de favorecerles si se colocaran en el verdadero lugar.

¿Y qué diremos de las diferentes lecciones que los copistas intentaron dar, de sus correcciones indiscretas, de haber, por un efecto de temeridad, intercalado en el texto notas que figuraban al márgen de él? Que de esto procede la gran desconfianza con que se les ha mirado desde la más remota antigüedad, y que esto obligó á Pisistrato á recurrir á Aristarco, uno de los críticos más sábios y más juiciosos de la Grecia, para obtener una copia exacta de las poesías de Homero.

La antigüedad se lamentó siempre de los malos copistas. S. Anastasio Sinaita les echa en cara el haber llenado de blasfemias todas las obras de los Padres; S. Gaudencio clama justicia al público contra tales corruptores; S. Irenéo los conjura por las entrañas de Jesucristo á que respeten los libros; y S. Jerónimo, aunque poco acostumbrado á pedir favores á sus adversarios, les ruega con las más vivas instancias que no maltraten la version de la Crónica de Eusebio.

Hé aquí por qué los antiguos ponian al final de sus libros una especie de imprecacion para reprimir la temeridad de los copistas. Aristeo refiere que despues de concluida la version de los Setenta, Demetrio persuadió á los judíos á añadir una imprecacion contra los que tuvieran la impiedad de cambiar, mutilar ó añadir algo á aquella obra divina; sobre lo cual hace Grocio la reflexion de que la malicia de

Marcion y de algunos otros hereges, que corrompian los ejemplares del nuevo Testamento, demuestra bien que estas imprecaciones no se hacian sin fundamento. Hay de ellas un ejemplo auténtico en el Apocalipsis de S. Juan; y aunque Lively pretende que sólo es una protesta del copista, como la que se halla en algunos ejemplares de S. Irenéo (lo cual no le concedemos), esto basta para demostrar cuán cuidadosos fueron los antiguos de conservar en las copias la integridad y pureza de sus originales.

CAPÍTULO XVII.

De los conocimientos indispensables para juzgar con acierto sobre los antiguos manuscritos.

Si es indispensable que los copistas sean hábiles y fieles, tambien los lectores han de ser sábios é ilustrados; por lo tanto es absolutamente necesario estudiar las diversas formas de la escritura antigua. Smetio dice que antes de los Césares los romanos usaban unas letras sumamente sencillas y casi uniformes; que desde Augusto hasta el siglo de los Antoninos, se sirvieron de caractéres cuadrados y de una exactitud admirable; pero que habiendo declinado todo con el Imperio, los caractéres romanos perdieron aquella forma elegante; que primero se hicieron oblícuos, luego se fueron prolongando, y que al fin llegáron por lo groseros á igualarse casi á los góticos. En un principio no se usaron mas que letras mayúsculas, como se ve en las antiguas inscripciones, pues las minúsculas no fueron inventadas hasta mucho tiempo después para la comodidad de los copistas. Hennio, autor moderno, pretende que el uso de escribir el griego en caractéres pequeños viene de los monges de Egipto, quienes los habian tomado de los coptos; que las minúsculas latinas fueron inventadas por los lombardos, y empezadas á usar por los monges de Occidente, los cuales las hallaron muy á propósito para adelantar mucho en poco tiempo, y que Rabano Mauro, Abad de Fulda y despues obispo de

Mayenza, fué quien en la época de Carlo Magno dió á los alemanes los caractéres de que se sirven para la escritura, muy diferentes de los de la imprenta.

Sócrates en su *Historia eclesiástica* (*Lib.* 4, *cap.* 27.) atribuye la invencion de los caractéres góticos á Olfilas, obispo godo, que floreció en el siglo IV. Ademas de estos caractéres hay otros sumamente antiguos y muy conocidos de los sábios, bajo el nombre de *Cyrilliani et Hieronymiani caracteres*, atribuyendo estos últimos, que se aproximan á los griegos, á S. Jerónimo, quien los dió á los dalmacios en una version de la Biblia hecha en su idioma, y los otros, inventados por S. Cirilo, estuvieron en uso mucho tiempo en la Iliria.

Los que deseen conocer más particularmente los distintos caractéres de que se sirvieron las diferentes naciones del mundo, pueden consultar á Postel *De duodecim linguis;* Duret *De linguis et characteribus omnium linguarum;* las Tablas alfabéticas *variorum characterum*, impresas en Francfort el 1596, y los 70 alfabetos de Roma el 1616. Pero concretándose á lo más comun, en Sigonio; en Justo Lipsio, en Vigenario, en los continuadores de Bolando y en el P. Mabillon hallarán con qué contentarse en materia tan útil y curiosa. Este último, sobre todo, es muy respetado por su profunda erudicion y su larga experiencia; y aunque, como él mismo confiesa, haya una notable diferencia entre la escritura de los diplomas, de que tan largamente trata, y la de los autotores manuscritos, no por eso deja de sacarse de los unos muchísimas luces, que sirven para juzgar con acierto de los otros. Tambien será bueno, dice Lancelot (*Meth.*), aplicarse á conocer la naturaleza de las letras y la relacion que estas guardan entre sí, por ser un medio sumamente ventajoso para razonar sobre la analogía y la etimología de las palabras, que no pocas veces conduce al conocimiento de los lugares más alterados de los antiguos y nos demuestra la manera de restablecerlos á su verdadero sentido.

El autor de este consejo formuló tablas ortográfi-

cas para descifrar los escritos antiguos; pero en esto es más lato Casiodoro, quien habiéndose propuesto conservar intactos los ejemplares de la Biblia, hizo al efecto una coleccion de los autores antiguos que trataron de Ortografía. Dausquio, Voscio Esciopio y el P. Sismondo *De Columna Rostrata* aclararon bastante esta materia. El emperador Augusto, que fué al mismo tiempo el padre de la patria y de las bellas letras, se fijaba muy particularmente en esta parte de la gramática, y procuraba escribir segun hablaba; es decir, que no cortaba las palabras poniendo la mitad al final de una línea y lo restante en la otra.[1] Los jurisconsultos, á pesar de toda su gravedad, no se avergonzaban tampoco de aplicarse al estudio de la Ortografía, y otros sábios, que no querian rebajarse á pequeñeces, tampoco juzgaron este estudio indigno de ellos.

Por esta misma razon se debe aprender á conocer las *notas*; es decir, las abreviaturas ó *notas vulgares*, como las llama S. Isidoro, que atribuye su origen á Enio. Las obras de jurisprudencia están atestadas de aquellas. Pedro el Diácono hizo una recopilacion que dedicó al emperador Conrado, y Justo Lipsio y Vigenario explicaron la mayor parte de las de los antiguos; pero lo más útil sobre las abreviaturas de los romanos son los Comentarios de Sertorio Ursato, jurisconsulto de Pádua, impresos en la misma ciudad cerca de veinticinco años há.[2]

En el Suplemento al Tesoro de Gruter hay, entre las notas atribuidas á Tiron, liberto de Ciceron[3] y á Séneca, algunas eclesiásticas, que Tritemio quiere pertenezcan á S. Cipriano; pero lo más probable es que este Santo no hiciera sino aumentar su número, añadiendo las que en su tiempo estaban en

---

[1] Los franceses no dividen generalmente las palabras en la escritura, pero sí en la impresion. *(N. del E.)*

[2] Téngase presente que la obra que traducimos fué impresa en 1688. *(N. del E.)*

[3] Las publicó el P. Carpentier el año 1747 en un tomo en gran fólio, bajo el título de *Alphabetum Tironianum*. *(N. del E.)*

uso entre los cristianos. Este arte de abreviar la escritura, que S. Jerónimo llama *Verborum furtum*, se puso primero en práctica en el foro por los notarios que extendian las sentencias pronunciadas por los jueces. Los retores, á ejemplo de Ciceron, aplicaron sus libertos á este ejercicio, siendo muy probable que Téstulo, mencionado muchas veces por San Cipriano, fuese uno de aquellos á quienes el santo Obispo dedicó á escribir las *Actas de los Mártires*. [1]

Habia tambien otras notas llamadas *notæ arcanæ*, de las cuales se servian los cristianos para comunicarse con más confianza y seguridad. Con estas notas se distinguian las cartas canónicas, tan conocidas en la Iglesia, y á ellas se añadian ciertas contraseñas, que daban fe de la calidad y de la religion de las personas; de modo que el que pasaba de una Iglesia á otra, con esta marca de distincion, era admitido á alojarse en las casas de aquellos á cuya hospitalidad tenía derecho. Paciquelio, en su tratado *De jure hospitalitatis universo* (*Lib.* 1, *cap.* 4.), habla doctamente de estas contraseñas, llamadas *Tesseræ hospitalitatis*, de donde proceden aquellas palabras tan comunes en los autores latinos, *Tesseram hospitalitatis confringere*, romper los derechos de hospitalidad que se tenian con alguna familia.

El conocimiento de los autores antiguos, de las medallas y de las monedas puede tambien contribuir al de los diferentes caractéres de la antigüedad y al descubrimiento de la cronología y de la historia, de las acciones memorables de los grandes príncipes, como tambien las épocas de las ciudades y de las repúblicas, por hallarse ordinariamente grabadas en el reverso de las medallas, como se ve en las recopilaciones del P. Noris, de Mr. Vaillant, de Gaudencio Roberto y de otros estudiosos anticuarios.

[1] El monge benedictino *D. Teodorico Ruinart* dió á luz en latin una coleccion de las *Actas sinceras y selectas de los Mártires*, que el editor de la presente BIBLIOTECA publicó en castellano en 1844, y de las cuales está haciendo una nueva edicion muy aumentada, aprovechándose de los importantes trabajos hechos últimamente por los benedictinos de Francia, por Assemani y por otros juiciosos críticos. *(N. del E.)*

Finalmente, el conocimiento de las antiguas inscripciones, que son por decirlo así como el manantial de la historia antigua, puede suministrar tambien muchas luces. (Prideaux, *ad marmor. Oxon.*) Dionisio de Alicarnaso confiesa que la mayor parte de su Historia la debe á las inscripciones antiguas; Pausánias sacó de ellas todo cuanto dice de los primeros tiempos de los griegos; Tito Livio se sirvió de lo mismo para componer su Historia romana, y por estos monumentos de la antigüedad compiló Maneto la de los reyes de Egipto, que antiguamente se esculpia en mármoles, por cuya razon Sanchoniaton encontró en tres columnas antiquísimas la historia de los fenicios. Set, Jacob y Absalon grabaron tambien en piedra sus acciones memorables, y hoy dia se ven aún esculpidas en mármoles muy antiguos las leyes, los decretos y los tratados de los príncipes y de los pueblos de la Grecia.

No aconsejaremos á los teólogos se lancen sin reflexion á investigar estas cosas, porque el exceso pudiera muy bien echar á perder los talentos más privilegiados; basta tomarles el gusto de paso y más bien como distraccion despues de un trabajo sério, sin fatigarse con otro nuevo; los que tengan mucha aficion á estas curiosidades hallarán muy buenas observaciones en Reinesio, en Gruter, en Lipsio, en Scalígero, en Sélden y en algunos otros autores, que ilustraron esta clase de colecciones con notas sumamente preciosas.

CAPÍTULO XVIII.

Sobre las ediciones modernas de los PP. de la Iglesia.

Respecto á las ediciones de los PP., hechas despues de la invencion de la imprenta, es preciso tener presente que en Alemania y en Francia los primeros libros se imprimieron en caractéres góticos (*año* 1491), y que en Italia se sirvieron de la letra redonda ó *tórtis*.

Conrado Suveynheim y Arnaud Pannar, ambos alemanes, imprimieron en Roma, en casa de Pedro *de Maximis*, la *Ciudad de Dios*, por S. Agustín, en caractéres tórtis, y poco tiempo después emplearon éstos mismos en su edicion de las Epístolas de S. Jerónimo, caractéres que Jodoco Badio llevó á París en 1500, estableciendo allí su imprenta, tan conocida bajo el nombre de *Prælium Ascensianum*. La vista por sí sola es más que suficiente para juzgar de la diferencia de los caractéres; pero se necesita algo más para distinguir las buenas ediciones de las medianas y de las malas. Lo que principalmente debe buscarse en las ediciones de los PP. es que hayan sido hechas por personas instruidas, juiciosas, exactas y de ningun modo sospechosas á la Iglesia; pues cuando los hereges se dedican á esta clase de empresas es menester desconfiar mucho de ellos. Sin embargo, ha habido algunos que como Savilio en su edicion de S. Crisóstomo, y Hesquelio en las de muchos PP. griegos, se condujeron con gran esmero y fidelidad.

Es preciso tomar tambien en cuenta de qué imprenta salió la edicion, porque aun cuando los impresores no tengan por lo regular parte alguna en las ediciones de los libros, pueden, sin embargo, segun tengan más ó menos capacidad, sinceridad y religion, trabajar con mayor ó menor utilidad para el público. Genebrardo, en el prefacio de la edicion latina de Orígenes, dice que en su época los impresores de Génova se dejaban corromper hasta el extremo de echar á perder todos los libros, lo mismo los de su religion que los de la nuestra, prescindiendo de toda virtud y buena fe. Possevino, Estapleton, Medina y algunos otros críticos trabajaron con buen resultado en descubrir las infamias que en esta parte se cometian, y algunas universidades célebres y comunidades religiosas se dedicaron, y aún se dedican, con mucha gloria y buenos resultados, á restituir á los Padres su primitiva pureza, violada en la mayor parte de las primeras ediciones.

Apenas en el siglo pasado (XVI) se empezó á apercibir el mal, cuando se trató de ponerle pronto y eficaz remedio. Buscáronse los impresores más hábiles; se hizo fundir excelentes caractéres, y nada se perdonó para que la empresa tuviera buen resultado. Pio IV, como jefe de la Iglesia, tomó parte en ello, é hizo montar en el Vaticano una imprenta, cuya direccion confió á Pablo Manucio, hijo de Aldo Manucio, ambos altamente recomendables por su singular erudicion. Los antiguos impresores estaban versados en las lenguas sábias y en toda clase de literatura; corregian por sí mismos las pruebas, ó las daban á corregir á personas muy inteligentes, que se prestaban á hacer este favor al público. Así que Campano en la imprenta de Uldarico; Juan Andrés, obispo de Aleria, en las de Suveynheim y de Pannar en Roma; Federico Silburgo, en las de Crestien, y de Andrés Wechels; Luis Saurio, en la de Frelons, en Lion, y Segismundo Gelenio en la de Frobens, en Alemania, no se desdeñaron de desempeñar el oficio de correctores, tan poco apreciado en el dia. Entonces los impresores no eran gente vulgar. Daniel Bombergue, que publicó la Poliglota de Venecia, llamada por algunos *Editio rabinica*, sabia el hebreo y lo enseñaba con mucha nombradía, y Jodoco Badio enseñaba en París el griego, que habia aprendido en las escuelas de Ferrara, bajo la direccion de Bautista Guarini. Este impresor dió pruebas de reunir todas las cualidades de un excelente gramático, que es lo principal para los de esta profesion; y Morel, Turnebe, Estéban y algunos otros sobresalieron, tanto en el arte de componer como en corregir los libros y en imprimirlos con hermosos caractéres.

Los libreros tomaban tambien antiguamente el título de *clérigos*, que, segun Nicod, equivalía á decir eran personas que nada ignoraban en materia de disciplina. Veinticuatro de ellos eran recibidos por el rector de la universidad de Paris, ante quien juraban (y por esto se llamaron *libreros jurados*) guardar y observar los reglamentos relativos á la venta de

libros, que debian dar bien acondicionados y á precios equitativos. Pero este lustre no tardó en empañarse (*Bibliot. univer.*); así fué que Conrado Gesner, á mediados del último siglo, comenzó á quejarse de la relajacion y de la falta de buenos impresores; y Enrique Esteban (Quærim, *Art. typog.*) manifestó casi al mismo tiempo su gran sentimiento en una sátira en prosa, en la cual introdujo la Tipografía afligida y contristada, que, elevando sus quejas hasta el cielo, pedia justicia de la injuria y de lo mal que la trataban los impresores ignorantes. ¿Qué lamentos no exhalaría en nuestros tiempos este hombre tan celoso de la belleza y perfeccion de su arte, si viera que despues de haber perdido su antigua nobleza, una gran parte de los libreros de hoy, profanos á las bellas letras, desconceptúan las obras con el tráfico y la especulacion? Semejante degradacion es mil veces más perjudicial al servicio de las musas que los correctores mercenarios é improvisados, los cuales no tienen ni pueden tener igual interés que el impresor mismo, quien mira como producciones propias las obras salidas de sus prensas, y cuya reputacion y áun intereses materiales están ligados con los del autor. Si los correctores no son ignorantes ni caprichosos, pueden prestar alguna utilidad al público; pero cuando son necios y atolondrados, que trinchan y cortan, añaden, trasponen y lo truncan todo á su antojo, esta polilla es el terror y la abominacion de los autores. *¡Oh fas, oh fides! ¿Hæc fieri bonis, bono semine natis?* (Justo Lipsio, *Satyra Mœnip.*)

Leon Alacio en su segunda disertacion sobre los rituales de los griegos habla con igual indignacion contra los malos correctores, y Enrique Estéban, despues de tratarlos con corta diferencia del mismo modo en la descripcion que hace de su bella y rica imprenta, deplora la suerte de los autores antiguos que tienen la desgracia de caer en manos tan desapiadadas. Por esto el ilustrado Golcio, que temblaba á la vista de tan peligroso escollo, estableció á expensas suyas una imprenta en su propia casa, á fin de poder corregir

por sí mismo con toda la exactitud y cuidado de un padre afectuoso, que no sufre imperfeccion alguna en sus hijos; las pruebas de la coleccion que hizo de las medallas de todos los Emperadores, desde Julio César hasta Cárlos V, en cuyo reinado floreció.

Ademas de ser de la mayor importancia el mirar de qué prensas han salido las ediciones de las obras de los PP., debe atenderse tambien á los ejemplares de que el impresor se sirviera para revisarlas y corregirlas. Roma tuvo fama en otra época de poseer manuscritos muy auténticos; así es que desde el siglo IV, S. Atanasio y los obispos de Oriente suplicaron al Papa les facilitase una copia exacta de los cánones de Nicéa (34), que no se hallaban enteros en parte alguna; mas habiendo el papa Gregorio enviado en el siglo VI á San Anastasio de Antioquía un ejemplar muy correcto de los de Éfeso, se vió que la mayor parte de ellos habian sido alterados ó corrompidos por los hereges (35).

Si hubiéramos de atenernos á una inscripcion que hay en la biblioteca del Vaticano, creeríamos encontrar en ella manuscritos antiquísimos, pues dice que los libros que componen aquella prodigiosa coleccion fueron recogidos desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta nuestros dias; pero Launay dice (*Eloy.*) que, hallándose él en Roma, el famoso bibliotecario mayor Holstein le aseguró no habia en aquella nada que fuese muy antiguo. *Romæ tunc fuisse antiqua nulla, media dubia, nova tota.* Sin embargo, esto no parece creible, puesto se trata de una biblioteca que se ha ido aumentando desde los primeros tiempos con los textos de las mejores bibliotecas de Europa y con una infinidad de manuscritos sacados de todas partes. Sea, empero, lo que fuere, es lo cierto que Anastasio el Bibliotecario asegura haber hecho el papa Hilario dos bibliotecas en el baptisterio de S. Juan de Letran, como se acostumbraba en las grandes iglesias que tenian bibliotecas, en las cuales se guardaban las actas de los concilios con los libros santos. *Ecclesiarum bibliothecis fruere,*

dice S. Jerónimo. De aquí procede el llamar *sagradas* á estas bibliotecas en las actas del segundo concilio de Nicéa, enviadas por el emperador de Oriente Constantino VI y por la emperatriz Irene, su madre, al papa Adriano.

Despues de haber sido trasladados al Vaticano los libros que la Iglesia de Roma conservaba en S. Juan de Letran, su número se aumentó prodigiosamente por los cuidados y por la liberalidad de los papas Nicolas V y Sixto IV. En el siglo siguiente Sixto V edificó y consagró el local de aquella gran biblioteca, y la dotó de una buena imprenta, á fin de tener ediciones nuevas y exactas de la sagrada Escritura y de los PP. de la Iglesia; empero toda esta magnificencia estuvo muy lejos de dar los resultados apetecidos, por cuanto las ediciones de Roma no son ni las más bellas ni las más correctas. Hablando Mr. Le Febre en su carta á Fronton de Duc acerca de la edicion de S. Ambrosio hecha en Roma, dice, que si hubiera de anotar todos sus defectos, seria más bien desacreditarla que enriquecerla; y por esto añade, *stilum compressi*, es decir, que perdonó mucho en ella.

Es tambien preciso ser muy prudentes en la eleccion de las ediciones de los PP., y fijarse en aquellas que, ademas de ser muy correctas, estén ilustradas con sábias y juiciosas notas; porque sobre hacer estas que desaparezcan muchas dificultades muy á propósito para detener á un lector nuevo y poco experimentado, le alientan á aplicarse con mucho más gusto á un estudio tan espinoso, y le suministran una abundante cosecha de conocimientos de todas clases. Sin embargo, es menester, repetimos, ser muy circunspectos en la eleccion de los anotadores, y no decidirse hasta despues de un maduro exámen; pues hoy dia ni áun se cree que aquellos que mayor talento y erudicion tienen, sean los mejor dispuestos ni más á propósito para desvanecer las dificultades, porque comunmente rebasan el punto en que el juicio más sólido debe detenerse y fijarse. Por esto conviene confiar ge-

neralmente hablando, sólo en los anotadores de un mérito universalmente reconocido, tales como Bily, Sirmondo, Petavio, Garnier, Menardo de Acheri, Mabillon, Balucio, Quesnel, Gussanville, etc., que trabajaron con mucha felicidad en la exposicion de los PP. de la Iglesia.

Tambien los protestantes, salvo sus errores y falsas preocupaciones, tienen buenas notas sobre los Padres griegos y latinos, pero las personas sábias y religiosas podrán aprovecharse de ellas para la investigacion de la verdad, que, como es sabido, no la hacen brillar únicamente los que la apoyan y la defienden, si que tambien los que la persiguen, pues Dios lo permite así, para que el daño que causan por un lado, sea en algun modo reparado por otro, y para que, en fin, la verdad quede siempre victoriosa.

El tiempo y la experiencia enseñan á juzgar de las cosas; pero ambos pueden muy bien prevenirse leyendo la historia de la literatura, frecuentando las bibliotecas más ricas y consultando á los bibliotecarios eruditos, que son, por decirlo así, el alma de las bibliotecas, en las cuales deben estar siempre dispuestos á dar cuenta al público; pues no es suficiente que estos señores posean las lenguas sábias, que estén ejercitados en todo género de literatura y que con sus vigilias hayan adquirido el conocimiento de una infinidad de libros y de autores, si no derraman liberalmente, como verdaderas fuentes públicas, la erudicion adquirida en los antiguos manantiales.

El Código teodosiano (*Ley.* 2, *de Stud. liberal. urb. Romæ.*), que tan bien marca los deberes de los bibliotecarios, cuenta como uno de los principales el de familiarizarse con las personas estudiosas y comunicarles sus luces. Háse alabado mucho en esta parte á Mr. du Puy, bibliotecario de la biblioteca real, y uno de los más grandes hombres de este siglo, porque su gabinete era el asilo de todos los aficionados á las bellas letras (Henr. Vales., *Elog. Petr. Put.*), negando sólo la entrada en él á aquellos, cuyo carácter pueril y corrupcion de costumbres no cor-

respondian á la dignidad de las ciencias; lo que era muy justo, pues debe procurarse que las buenas costumbres y la religion marchen siempre á la par con las musas.

El empleo de bibliotecario ha sido desempeñado en todas épocas y en todas las naciones civilizadas por personas las más religiosas y más honradas (Dan. Georg., *Morhof. Polytrist.*). Entre los hebreos eran los sacerdotes los que tenian este cargo. El célebre Demetrio Faléreo era bibliotecario de Alejandría en tiempo de los Setenta. Cuando en Roma no se conocian todavía las bibliotecas, los Ediles eran los encargados de cuidar de los archivos, y Julio César ordenó á Varron, que era entonces el romano más sábio y religioso, reuniera los manuscritos, los cuales fueron la base de las numerosas bibliotecas del Imperio.

El jefe de la biblioteca del Vaticano tenia antes el título de Canciller; las grandes iglesias confiaban este cargo á las principales dignidades de sus Capítulos, y en la iglesia de Paris estaban á cargo del Canciller los libros y las escuelas (Hemœr. *De Acad. Paris., cap.* 6.), por ser muy justo y natural que dos cosas tan afines se hallaran reunidas en un mismo local y bajo el cuidado y direccion de una misma persona. Los bibliotecarios fueron en realidad los que en un principio fundaron las escuelas y las academias, porque reuniéndose en las librerías para estudiar, se empezó á conferenciar en ellas acerca de las dificultades que se presentaban, y á dar los unos lecciones y reglas á los otros; mas como el número de los concurrentes fuese cada dia en aumento, se hizo indispensable crear las escuelas, que eran, por decirlo así, el desahogo de las bibliotecas. Los reyes de Egipto destinaban á las suyas algunos académicos, ó tenian en ellas sábios que sirvieran de padres á la juventud y fuesen la antorcha del Imperio; y hoy dia, que hay en Francia (y en la Europa entera) academias para todas las ciencias y artes liberales, seria de desear que cada una de aquellas tuviese su biblioteca compuesta de libros propios de su instituto;

pues, pretender reunir en un solo local los libros de todas las ciencias, ademas de ser una empresa demasiado vasta, seria siempre imperfecta, porque los libros permanecerian en perpétuo desórden, no siendo fácil hallar bibliotecarios que conozcan suficientemente los autores para clasificarlos cual corresponde y colocar sus obras de modo que pueda utilizarlas el público cuando las necesite.

TERCERA PARTE.

DEL MÉTODO QUE DEBE SEGUIRSE PARA LEER CON FRUTO LOS PADRES DE LA IGLESIA.

CAPITULO I.

Orden que se ha de guardar en la lectura de los Padres.

La causa principal de los pocos progresos que se hacen en la lectura de los PP. es el leer sus obras conforme vienen á la mano, sin guardar órden ni distincion alguna; pues para muchos, el que un Padre hable como teólogo ó como filósofo: que explique un punto de Disciplina, ó interprete la Escritura: que sea maestro ó discípulo: que ataque ó que defienda: que instruya catecúmenos ó exhorte á los herejes: que haya florecido en un tiempo ó en otro, es del todo igual, porque al fin, dicen, es un Padre el que habla. Aunque se ve claramente cuán reprensible es tal indiferencia, hay, sin embargo, muchos que se abandonan á ella, y pasan toda su vida sin saber á dónde van, de dónde vienen, ni hácia donde los impele el viento; asi es que sólo despues de haber andado errantes mucho tiempo podrán, los que obran de este modo, llegar á adquirir un buen método; pero esta adquisicion es sumamente difícil, porque no puede hacerse sino en una edad, en la cual el cambio es muy duro, tanto porque las malas costumbres están arraigadas ya, cuanto porque la ilusion de una erudicion imaginaria corrompe ordinariamente el discernimiento de los ancianos y no los deja arrepentirse de sus desaciertos.

Esto demuestra cuán importante es el sujetarse

desde un principio á guardar en los estudios un órden, sin el cual difícilmente se llega á penetrar las cosas. «Creedme; dice S. Agustin (*De Ord., libr.* 2, *cap.* 5.) si un hombre se lanza inconsideradamente al estudio de las letras, sin guardar en él órden alguno, podrá parecer instruido, pero jamás será sábio: será crédulo, y no profundizará las cosas; andará flotando, más nunca tendrá solidez alguna de espíritu» *Illud á me accipiatis volo. Si quis temerè ac sine ordine disciplinarum in rerum cognitionem audet irruere, pro studioso illum curiosum, pro docto credulum, pro cauto incredulum fieri.*

Cuando se han adquirido muchos conocimientos sin órden ni método, resultará que al querer hablar, las ideas se presentarán á veces en tropel, y tratando de salir todas á la vez, sofocarán las unas á las otras, ó abriéndose paso, como un torrente, pondrán tanto más en ridículo al que habla, en cuanto demostrará evidentemente que no posee lo que sabe. Es mil veces preferible saber poco, pero arreglado, de modo que se nos venga á la mano en caso necesario, que muchas cosas, pero colocadas en nuestra imaginacion como un populacho amotinado y sin sujecion, y sin jefe. S. Agustin dice tambien que las cosas son tanto mejores, cuanto mejor colocadas están. *Omnia cuanto magis moderata, et speciosa ordinata sunt, tantò magis utiquè bona sunt*; por lo cual no hacia este Padre consistir la excelencia de las cosas en el número, sino en el órden y en el arreglo con que estaban dispuestas.

Si la mayor parte de los PP. de la Iglesia no guardaron órden alguno en la exposicion de su doctrina, fué porque escribieron las cosas conforme les iban ocurriendo; y en el dia se ve aún que los griegos, más constantes que nosotros en conservar las costumbres de los antiguos, están sumamente embrollados en su Teología, por no poner en la eleccion de las palabras ni en la exactitud del razonamiento el cuidado que suele ponerse en las escuelas. S. Clemente de Alejandría no guarda órden alguno en sus

libros de las Estrómatas; pero no puede negarse que Orígenes intenta en su Periarcon reducir la Teología á ciertos principios, y que en las Prescripciones de Tertuliano hay bastante órden; mas, por lo comun, los PP. se dejaban ir como un rio que no tiene cauce fijo y que se desborda al menor desnivel que halla en su curso. S. Agustin (Pasc. *Pens.*), aunque más metódico que los demás, no marcha tampoco siempre á pasos contados; y esto dió pié á un célebre escritor para decir que este Padre siguió mas bien el órden del corazon, que es el de la caridad, que el del espíritu, porque su objeto principal no fué instruir, sino entusiasmar, lo que comunmente lograba haciendo largas digresiones sobre cada uno de los puntos relacionados con el fin que se proponia. Por otra parte, las obras de los PP. son tan numerosas, que es imposible adelantar en ellas sin sobrecargarse demasiado de lectura, siendo por lo tanto indispensable guardar un órden, porque, segun el parecer unánime de todas las personas sábias y juiciosas, el órden es el camino más corto para leer. *Omnia enim breviora reddit ordo, et ratio et modus*, como dice Quintiliano en sus Instituciones.

Este órden es de dos maneras, *general* y *particular*. El primero consiste en leer los autores segun su época y su dignidad; y el segundo en leer los diferentes tratados de cada uno de ellos, siguiendo la distincion de las materias; porque muchas veces hay tanta ó más divergencia en un mismo Padre como entre muchos; y no deben tampoco leerse cinco ó seis gruesos volúmenes, el uno inmediatamente despues del otro, por ser de un mismo autor, porque muchas veces trata de veinte cosas diferentes. Por cualquier parte que se mire á S. Agustin, se le encontrará siempre el mismo; y sin embargo, como este Padre se vió obligado á trasformarse, digámoslo así, de tantos modos cuantas fueron las personas con quienes tuvo precision de hablar, y tan pronto es teólogo, como filósofo; orador, como gramático; intérprete, como catequista ó controversista, seria irrisorio empeñarse en leer

sus obras sin más division que la que tenian antes de ser ordenadas por los PP. Benedictinos, quienes, viendo que la marcha ordinaria era leer los autores desde el principio al fin, allanaron en su edicion de S. Agustin este camino sumamente penoso, por cuanto, por decirlo asi, se cruza en muchas partes. En esto no hicieron mas que seguir la intencion del mismo Padre, que, como observa Sixto Senense (*Bibliot., lib.* 4.), queria que en la lectura de sus obras se tomaran en consideracion la variedad de las materias y órden de los tiempos en que las escribió. *Neque illud hoc loco prætermittendum arbitror, quod ipse Augustinus in lectione opusculorum suorum voluit à lectoribus observari, nempe varietatem, et ordinem quadruplicem temporum quibus ea scribi contigit.* Habria sido muy bueno que los escritores célebres hubiesen establecido ellos mismos el método de leer sus obras, ó que críticos hábiles hubieran por lo menos suplido aquella falta, como hizo Galeno con sus obras (Galen., *De prop. liber;* Id., *De ord. libror. suorum ad Eugenianum.*), ó como hacen los jurisconsultos respecto al Código y al Digesto, por medio de resúmenes que ayudan á la lectura é imprimen en el alma el órden y la conexion de las cosas.

Los antiguos tenian tambien la costumbre de hacer anotaciones en el principio ó al final de sus obras, (David Hœschel, *ad hist Bizant.*), marcando su calidad y su número, lo cual es muy cómodo para un lector que busque el órden en las cosas. *Est enim hæc quoque studiosis non injucunda cognitio,* dice Plinio el Jóven en una carta en que da á un amigo cuenta de los libros de Plinio, su tio. Constantino Porfirogenetes, que habia reunido una infinidad de libros, se tomó el trabajo de distribuir los autores por clases, para que con este auxilio se empezase, como de lejos, á penetrar en la inteligencia de las cosas por la buena disposicion de ellas.

CAPITULO II.

Propónense diversos métodos para leer los PP. de la Iglesia.

Hay imaginaciones tan privilegiadas, que prescinden fácilmente de cuanto se ha inventado para ilustrar la razon con la ciencia, ó para fortificarla con el estudio (Pet., *De fur Poet.*). Platon llama á esta clase de ingenio ingenio feliz con mezcla de furor, que concibe y produce cosas maravillosas, pero sin arte y sin reflexion; y podria casi decirse que semejantes hombres vinieron instruidos al mundo, sabiéndolo todo, sin haber aprendido jamás cosa alguna ni tenido que recurrir á los oráculos, es decir, á los maestros, para hacerse sábios. Galeno, que era uno de ellos, asegura haber hecho todos sus descubrimientos por sí mismo, sin ayuda de otro, lo cual no es imposible, si es cierto, como pretenden algunos filósofos, que todos nuestros conocimientos son tan sólo recuerdos, y que las artes y las ciencias tampoco son mas que imágenes ó figuras de lo que las inteligencias engendraron en su memoria, las cuales representan al vivo los asuntos que los hombres quieren aprender, y efectivamente aprenden cuando reflexionan con atencion sobre ellos. Pero Aristóteles no piensa así, antes, por el contrario, opina que las ciencias no nacieron en manera alguna con el hombre, y que si algo sabemos, es sólo á fuerza de estudio, cosa innegable, generalmente hablando; porque para conocer la verdad, no siempre basta consultar en el silencio de las pasiones con la razon universal, á la que todas las inteligencias están unidas y por la cual son razonables.

Un buen teólogo no se forma tan sólo con la meditacion, si bien esta contribuye poderosamente á ello, sino que es preciso tener una imaginacion sublime y un temple á propósito para elevarse á la consideracion de la Divinidad; y esto hizo decir á Platon que se necesita mucho más talento para tratar de las ciencias divinas que de las profanas, por la necesidad que

en aquellas hay de excederse á si mismo. En la Teología cristiana es de absoluta necesidad que la meditacion de la palabra de Dios vaya siempre acompañada de la lectura de los PP. de la Iglesia, los cuales, siendo nuestros maestros, ó como dice S. Agustin, *los fieles monitores de la Sabiduría eterna*, aclararon los principios de la religion y explicaron las consecuencias de ellos á medida que las dudas se iban presentando, y los herejes pugnaban por hacerlas prevalecer; pero, hablando con toda franqueza, las luces suministradas por aquellos antiguos Doctores serán de muy poca utilidad, si no se sabe dar á su doctrina un órden cómodo al entendimiento, y menos aún si es preciso entrar en grandes detalles sobre ciertas materias. La dificultad, pues, no consiste en saber que debe guardarse un órden en la lectura, sino en saber cuál sea este y en qué consista.

Algunos pretenden que los PP. deben leerse consecutivamente, siguiendo los siglos y los años en que florecieron; porque, segun ellos, este método es muy á propósito para reasumir con exactitud y á un mismo tiempo las tradiciones de la Iglesia. Otros creen que, sin detenerse en la cronología, conviene leer primero los griegos y luego los latinos, y se fundan en que los encantos de la lengua y la elocuencia de los primeros disponen insensiblemente á la lectura de los segundos, más ricos en doctrina, aunque con menos ornato; y no falta tampoco quien sostenga ser mucho más ventajoso principiar por los latinos y concluir por los griegos, por haber acreditado la experiencia que una persona familiarizada con la elegancia de los últimos, no sabe retroceder á la sencillez de los primeros, de los cuales sacaria, sin embargo, muchísima más utilidad.

Esto ha hecho creer á algunos que lo más acertado sería dividir diariamente la lectura entre los griegos y los latinos, á fin de conservar igualmente el gusto á los unos y á los otros, y de ejercitarse simultáneamente en ambos idiomas. Los que así opinan dicen que no por esto es preciso leer todos los Pa-

dres griegos y latinos, sino que basta escoger algunos de los más notables de ambas Iglesias (Mabillon, *Estudios monásticos.*), y atenerse á ellos, sin perjuicio de recurrir á los demás en caso necesario; y siendo este partido el más numeroso, es muy justo tambien que antes de proponer otro en mayor escala indiquemos lo que debe hacerse para sacar de este método las mayores ventajas posibles.

En primer lugar debe saberse que con corta diferencia sucede con los libros lo que con los amigos, en cuya eleccion es preciso reflexionar mucho, si no queremos arrepentirnos cuando ya no sea tiempo; porque si alguien se apasiona por un libro, sólo por capricho y sin reflexion alguna, sucederá infaliblemente que la primer dificultad que se atraviese producirá un disgusto, que será tanto más enojoso, en cuanto nos avergonzaremos de habernos equivocado en nuestras conjeturas. En efecto, hay muchos que, habiéndose aficionado con calor y sin exámen á la lectura de PP. que no estaban á su alcance, los han abandonado luego con la misma ligereza con que los habian cogido, yendo después á buscar en otros escritores de menor cuantía algo que contentara su extraviada imaginacion. En segundo lugar, no debiéndose emprender jamás la lectura de libros superiores á nuestras luces, porque no tardaríamos en sufrir por ello el merecido castigo, no debemos dejarnos deslumbrar por lecturas brillantes, que no llenan suficientemente toda la extension de nuestra inteligencia. S. Agustin critica esto mucho, y compara muy justamente los aficionados á leer libros pomposos y de grande aparato, á aquellos necios que hacen alarde de no saludar mas que á las personas vestidas con elegancia y seguidas de un grande acompañamiento *Non valdè curo*, dice este Padre, *superborum imperitorumque judicia, qui similiter in legendos libros, atque in salutandos homines irrunt: non enim cogitant quales ipsi, sed qualibus induti vestibus sint, et quanta pompa rerum, fortunæque præfulgeant.*

Por esto es de la mayor importancia el distinguir en la eleccion de los PP. los suficientemente profundos y extensos, susceptibles de grandes y sérios estudios, de los que, por carecer de estas ventajas, no pueden prestar el mismo servicio. Los de los tres primeros siglos de la Iglesia deben ser tenidos en la mayor estima; y sin embargo, en tan largo periodo de años no floreció uno siquiera, cuyas obras puedan servir de única ocupacion á un hombre algo laborioso; porque, ni S. Clemente, S. Ignacio, S. Policarpo, S. Justino, S. Irenéo, S. Clemente de Alejandría, ni Orígenes, tal cual es en el dia (1), ni Tertuliano, ni S. Cipriano bastan cada uno en particular para entretener por mucho tiempo á un hombre muy aplicado. Se pueden leer, si se quiere, ó por mejor decir, es menester haberlos leido todos; pero en el fondo, estos PP. son más á propósito para juntarlos á otros de mayor nombradía aunque posteriores, que para servir de clave y de guia en el camino que nos proponemos.

Hay muchos que se consagran á Tertuliano y á S. Cipriano, y que, de seguro, la mayor parte de ellos se incomodarian si quisiéramos quitárselos de las manos; pero nos guardaremos muy bien de hacerlo, porque cada uno es libre de obrar en esto como le plazca. Sin embargo, les diremos que, reduciéndose á tan estrechos límites, harán poquísimos progresos en la doctrina de los PP., á pesar de ser tan erudita y tan extensa. Tertuliano tiene mucha doctrina, y hasta abunda en máximas de moral y de jurisprudencia, de las cuales un hombre hábil puede sacar muchísimo partido; y S. Cipriano, sobre ser muy elocuente, tiene mucha imaginacion en cuanto dice: pero habiéndose inclinado ambos PP., lo mismo que todos los de los tres primeros siglos, más bien á la disciplina eclesiástica que á la Teología profunda, en aquella, y no en otra parte, es donde debe buscárseles.

En efecto, hasta el siglo IV apenas se empiezan á encontrar, por decirlo así, aquellas abundantes fuentes de Teología, en donde los doctores de los úl-

timos tiempos bebieron sus luces y su erudicion. San Atanasio debe ser considerado como el primero que, habiendo tratado de la Teología sublime magistralmente y con la mayor exactitud, sirvió de modelo á cuantos después de él se dedicaron á explicar, en lo posible, el sublime misterio de la inefable Trinidad; y S. Basilio, S. Gregorio de Niza y S. Gregorio Nacianceno sobrepujaron en aquel mismo siglo á todos los demás. La doctrina de S. Basilio es profunda y enteramente divina; S. Gregorio de Niza es á la vez orador, teólogo y filósofo, y S. Gregorio Nacianceno tiene elevacion é ingenio, y sabe hermanar muy bien lo bello y lo agradable con lo sólido y lo sublime al explicar los misterios de la fe. A fines del mismo siglo S. Crisóstomo excedió á todos en la moral; y aunque no removió mucho las grandes cuestiones teológicas, cuando se presentaba la ocasion, hablaba de ellas como maestro, tendiendo más á cortar las dificultades que á esclarecerlas. En el mismo siglo floreció S. Cirilo de Alejandría, que siendo tan buen teólogo como excelente metafísico, sabia emplear la sutile a con aquellos que querian ser sutiles con él. Teodoreto, en fin, es el que más en uso está, ya porque su erudicion se extiende sobre otras muchas materias, ya porque se expresa con mayor pureza, guardando al propio tiempo grande órden y método en cuanto escribió.

Respecto á los PP. latinos, mencionando solamente las notabilidades, S. Jerónimo fué en todo un hombre grande, tanto sosteniendo la tradicion de la Iglesia, como explicando la sagrada Escritura, que son los dos principales apoyos de la doctrina cristiana. San Ambrosio, que floreció en el mismo siglo, abunda en sentencias vivas y concretas; habla á medias palabras como los Profetas, y establece la mayor parte de los grandes principios explicados en S. Agustin. Este, que le siguió de cerca, es muy extenso y tiene una maravillosa penetracion. Su facundia es inagotable, abunda en razonamientos fuertes, es invencible en la disputa, sábio en los fundamentos de la religion

cristiana, y está lleno de uncion en todo cuanto trata. En una palabra, S. Agustin fué el padre y el maestro de los teólogos de Occidente y el apoyo y la gloria de cuantos le han seguido y le siguen.

En el siglo VI apareció S. Gregorio, papa, como un sábio pastor, que habiéndose aprovechado de la doctrina de sus antecesores, la presenta á su ovejas de una manera clara y evidente. Su ciencia es piadosa, sin ser sublime, teniendo, respecto á su moral, un derecho incontestable de ser preferido á la mayor parte de los demas Doctores de la Iglesia.

Luego que se hayan visto estos principales teólogos, y examinadas las relaciones de talento, de erudicion y de imaginativa que, aunque remotas, puedan existir entre tan grandes hombres, se procederá á la eleccion, fijándose en uno, en dos ó en más de ellos, segun la mayor ó menor inclinacion de cada uno al estudio y al trabajo.

Los escritores que más servicios han prestado á la Iglesia se han concretado á S. Crisóstomo, entre los griegos, y á S. Agustin, entre los latinos. Ambos Padres tienen muchos puntos de semejanza entre sí, si no en la doctrina, al menos en la estimacion pública, y por esto el primero ha pasado siempre por el S. Agustin de los griegos, y este por el Crisóstomo de los latinos. «Dios, como dice muy bien un historiador moderno (Herm., *Vida de S. Cris.*), suscitó, casi al mismo tiempo, á S. Crisóstomo y á San Agustin, las dos más brillantes antorchas que desde los Apóstoles iluminaron el Oriente y el Occidente. Es cierto que antes habia ya suscitado en Oriente á S. Atanasio, S. Basilio y S. Gregorio Nacianceno, y y en Occidente á S. Cipriano, S. Hilario y S. Ambrosio; pero el brillo de estos últimos fué limitado, tanto por su reputacion como por sus pocos escritos, y por el corto número de secuaces que tuvieron; al paso que, puede decirse, quiso que Dios todos los tesoros de la Teología griega, la interpretacion más clara y sólida de las sagradas Escrituras y las exhortaciones morales más vivas, patéticas y elocuentes pa-

ra la pureza de la disciplina, como tambien la reforma de las costumbres, se hallarán consignadas en los vastos volúmenes de S. Crisóstomo; y que todas la riquezas de la Teología apostólica y de la elocuencia romana y eclesiástica estuviesen comprendidas en la multitud y admirable sublimidad de los libros de S. Agustin. Para probar que tal fué el designio del Señor con una razon más fuerte aún que la apoyada en el número y en la excelencia de las obras de San Agustin, es preciso añadir que de tal modo difundió Dios la admiracion por medio de estos dos incomparables hombres, que todos los PP. griegos que siguieron despues de S. Crisóstomo, como S. Isidoro Pelusiota, S. Nilo, Teofilacto, Teodoreto y S. Juan Damasceno fueron sus admiradores y sus discípulos, y que los PP. latinos y los más grandes Papas cifraron su gloria en serlo igualmente de S. Agustin.

Es preciso, sin embargo, reconocer con el autor de este paralelo que S. Agustin tiene más principios y más trabazon en sus razonamientos que S. Juan Crisóstomo; pero en cambio, éste tiene algo más que el primero en la explicacion de la moral y de las verdades cristianas: y si á la doctrina de estos PP. se agregase la de S. Jerónimo, tal vez habria materiales suficientes para formar un excelente teólogo. Así al menos lo creyeron los antiguos.

CAPITULO III.

Todos los tratados de los PP. pueden reducirse á cuatro puntos: á la sagrada Escritura, á los Dogmas de la Fe, á la Moral cristiana y á la Disciplina de la Iglesia.

Es ciertamente muy digna de elogio la sobriedad de aquellos que se atienen á un corto número de PP. porque no puede suponerse lo hagan por disgusto, sino para conservarse en su vigor de ánimo, tanto más firme y constante, cuanto este se halla encerrado en límites más reducidos, y por consiguiente más proporcionados á lo limitado de su talento; pero en cambio, de un *hombre de un solo libro*, como

suele decirse, es menester temerlo todo; porque, aunque sea preciso confesar que siendo tan limitado el entendimiento humano es más capaz de reflexionar sobre las cosas, y más susceptible de entenderlas cuando se le reduce á ciertos límites, que cuando se le deja correr por los espacios imaginarios. Por muchas ventajas que tenga el concretarse á un solo autor, es imposible que si este es, por ejemplo, como S. Agustin, pueda comprenderlo perfectamente en todas sus partes sin prévio conocimiento de los PP. que le siguieron y hasta de los que florecieron antes de él; pues sólo comparando la doctrina de estos con la de aquel en los puntos culminantes de la Teología, podrá conocerse la copia de gracia de que plugo al Señor dotarle para tratar á fondo las materias más sublimes y espinosas.

Lo que acabamos de decir de la doctrina cristiana de S. Agustin debe con mayor razon entenderse de toda la ciencia eclesiástica en general, porque extendiendo esta sus ramas á una infinidad de autores, obliga á consultarlos todos, ó al menos una gran parte de ellos, atendido á que apenas habrá uno en el cual no se halle alguna cosa que no haya sido ya dicha por otros, ó de distinto modo, y no pueda ayudar á la aclaracion de lo que los demás dijeron.

Tambien hay PP. cuya inteligencia pende, hasta cierto punto, del conocimiento de sus predecesores; así que, es indispensable haber leido á Tertuliano para poder comprender á S. Cipriano, que viene á ser un Tertuliano reformado, guardando la misma regla con los que ostensiblemente se han aprovechado de la doctrina de sus antecesores. S. Crisóstomo y S. Jerónimo debieron mucho á Orígenes, así como S. Isidoro, S. Nilo y Teodoreto son deudores á S. Crisóstomo; y S. Agustin debe mucho á Tertuliano, á S. Cipriano, á S. Jerónimo, á S. Ambrosio etc., al paso que S. Gregorio papa, S. Próspero, S. Fulgencio, S. Anselmo y S. Bernardo deben igualmente mucho á S. Agustin.

Mas para no embarazarse con la multitud de PP.

que escribieron sobre materias tan diversas, es preciso dar á sus obras una especie de unidad, considerándolas en globo, y como constituyendo un solo cuerpo, compuesto de diferentes partes, ó más bien como una sola obra, cuyos diversos tratados pueden reducirse á solos cuatro puntos, que son: la Interpretacion de la Escritura, los Dogmas de la Fe, la Moral cristiana y la Disciplina de la Iglesia. Este órden tiene la ventaja de que lo mismo se puede guardar en la lectura de un solo Padre que en la de muchos; pues apenas hay uno, al menos de los principales, que no tenga en todos los puntos indicados suficiente materia para reflexionar por mucho tiempo. Se objetará quizá ser muy difícil clasificar cosas tan mezcladas en los PP.; pero á ello contestaremos que no es nuestro ánimo llevar estos detalles al extremo de ir á buscar hasta los lugares más insignificantes de los PP. sobre cada una de las materias, y si sólo aconsejar se recurra por órden á los tratados más notables en los puntos de alguna consecuencia, dejando á cargo del lector el observar lo que halle digno de atencion, á medida que vaya leyendo los que sirvan de base á sus estudios, segun sucede con frecuencia leyendo libros de física, de moral ó de historia, que aunque en ellos se hallen cosas pertenecientes á otras ciencias, no se las va á buscar inmediatamente, sino que se recogen de paso, como hace un viajero curioso y observador, que cuando ve algo digno de notarse á derecha ó á izquierda del camino, fija en ello la atencion, sin desviarse por esto de la ruta que sigue y debe conducirle al término de su jornada.

Este método parecerá quizá embarazoso, porque no fija categóricamente por cuál de los cuatro puntos indicados debe principiarse la lectura de los PP.; pero corresponde á cada uno el considerar cuál es su capacidad, y cuáles son sus necesidades. Sin embargo, nada se perderá en seguir el órden acabado de indicar, sin que por esto sea nuestro ánimo establecerlo como una regla, á la cual deban todos sujetarse.

Es muy natural leer primero los PP., en lo que se refiere á la sagrada Escritura, puesto que sobre ella giran todos los estudios eclesiásticos, y de esto pasar á los dogmas que se apoyan en la Escritura y en las tradiciones atestiguadas por los PP. Respecto á la Moral, no hay lugar determinado, porque siempre es tiempo de leerla, aunque estaria muy bien colocada inmediatamente despues de los dogmas, de que forma parte; y en cuanto á la Disciplina de la Iglesia es justísimo aplazar su exámen para despues de los demas estudios, cuando se haya llegado ya á un grado de instruccion tal, que con sus propias fuerzas puedan vencerse las infinitas dificultades de que esta clase de erudicion está erizada.

CAPÍTULO IV.

De la lectura de los PP. de la Iglesia, con relacion á las sagradas Escrituras.

Cuando se tiene demasiada confianza en las ideas propias, sobre todo en la interpretacion de la sagrada Escritura, es casi imposible, segun la opinion de los Padres, dejar de sucumbir á la ilusion. «Recuerdo muy bien, dice el abad José, en Casiano, que cuando mi juventud no me permitia aún salir del monasterio, pensaba algunas veces en la Escritura, y sus verdades me parecian tan evidentes, que no podia absolutamente dudar de ellas; mas cuando luego conferenciaba con los hermanos, sucedia á veces que, examinándola juntos, alguno empezaba por encontrar algo falso y peligroso en tan sagrado libro, y todos en seguida lo condenaban como un error pernicioso.»

Esto demuestra que jamás debe uno presumir de sí hasta el grado de creer que no tiene necesidad de consultar á otros. Y en efecto: ¿quién, sin perderse infaliblemente, podrá atribuirse una absoluta independencia, cuando el mismo S. Pablo, este vaso de eleccion, este Apóstol, por cuya boca hablaba el mismo Jesucristo, como él lo asegura, confiesa no

haber ido á Jerusalem sino para conferenciar particularmente con los demas Apóstoles sobre el Evangelio que predicaba á los gentiles, y que habia aprendido del mismo Dios en sus revelaciones?

El papa S. Clemente dice tambien que, en lo que respecta á la interpretacion de la sagrada Escritura, es preciso seguir el dictámen de los PP. de la Iglesia. S. Irenéo declara que los santos libros deben estudiarse en los Obispos y en los sacerdotes instruidos por los Apóstoles. Tertuliano, en el libro de *Scorpiaque* dice, que en la escuela de Jesucristo y en la de sus discípulos es donde debe aprenderse el verdadero sentido de las sagradas Escrituras; y S. Agustin afirma (*Serm. de verb. Dom.*) que las Escrituras se han de entender como los PP. las entendieron. Rufino atestigua que S. Basilio y S. Gregorio Nacianceno buscaban la inteligencia de las sagradas Letras, no en las luces de su propia inteligencia, sino en la tradicion de los antiguos. El papa S. Dámaso no se ruborizaba de preguntar á S. Jerónimo sobre las dificultades que le detenian en la explicacion de la Escritura, y este santo Padre, que no se fiaba de sí mismo, remitia á aquel pontífice á los Comentarios de los antiguos Doctores. S. Paulino recurrió á San Agustin; y S. Bernardo, aunque atenido siempre al texto de la Escritura, no dejaba, sin embargo, de consultar á los PP. de la Iglesia.

En esto manifiestan los herejes muy particularmente cuánto se engañan erigiéndose ellos mismos en intérpretes de la palabra de Dios contra el dictámen aprobado por la Iglesia, y reemplazando los Padres, reverenciados en todos los siglos, con mujeres, niños y hasta con gente de la hez del pueblo, cuya capacidad toda consiste en el entusiasmo ó en la ostinacion; pues por más que quiera decirse que la Escritura se explica por ella misma, siendo muy fácil descifrar lo que tiene de oscuro en una parte con lo que está muy claro en otra, el pueblo es incapaz de hacer estas distinciones de claro y oscuro, y por consisiguiente si se le abandona á sí mismo, fluctuará

siempre en la duda y en la incertidumbre, porque es imposible tenga firmeza si no cuenta con un punto de apoyo ó algun consejo que se la procure.

Vemos, pues, que los sectarios no convienen absolutamente entre ellos en los medios de interpretar la Escritura; los unos quieren remontarse al orígen hebreo y griego, y otros dicen que no se necesitan para ello mas que ojos y sentido comun. Los unos pretenden que no hay necesidad de atenerse sino á lo que está claro, y otros enseñan que en las dificultades de la Escritura es preciso recurrir á la filosofía y á la razon; los hay que sostienen que en la *in*terpretacion de los sagrados textos se debe seguir el mismo método que en la explicacion de las cosas de la naturaleza. Tambien los hay que sostienen no se debe escuchar otra voz que la de nuestro corazon, verdadero é interior intérprete de la palabra de Dios, y de ningun modo la de la Escritura, que no es por sí sola sino una letra muerta, escrita para los niños y no para los hombres perfectos. Pero los católicos romanos, que instruidos en la verdad, toman un camino opuesto á tales invenciones del espíritu de presuncion y de orgullo, para la interpretacion de las sagradas Letras han recurrido siempre á la tradicion y al asentimiento de los Padres de la Iglesia; así es que, no admitiendo ni rechazando nada que no haya sido admitido ó rechazado por la Iglesia y por los PP., es imposible puedan extraviarse, á menos de decir, lo que es de todo punto falso, que en la religion cristiana no hay camino alguno seguro ni principio fijo en materia de fe.

Al decir *el asentimiento de los PP.*, se entiende un asentimiento unánime; porque cuando esta unanimidad no existe, los PP. no tienen el carácter suficiente para ser tenidos por infalibles en lo que enseñan (2). Hay ocasiones en que todos estos antiguos Doctores, ó á lo menos la mayor parte de ellos, hablan de una manera enteramente igual, y entonces seria un orgullo el no someterse á su parecer; mas en otras lo hacen como de cuenta propia y segun

las preocupaciones de cada uno, á las cuales no hay obligacion de asentir. Hay tambien ocasiones en que no seria prudente seguirlos, ya porque hubiesen errado por debilidad y como hombres, ya porque sus escritos hayan sido corrompidos por los herejes, de lo cual se conduelen el mártir Pamfilo, Didimo y Rufino, respecto á las obras de Orígenes y de S. Clemente de Alejandría.

Por esto, antes de engolfarse en la lectura de los Padres, en lo relativo á la sagrada Escritura, es preciso leer algun autor que haya tratado de esta materia, como, por ejemplo, el quinto y el sexto libro de la Biblioteca de Sixto Sienense, en donde hay censuras muy juiciosas sobre muchas interpretaciones falsas ó mal entendidas en los comentarios y en los escolios de los PP. sobre la Biblia. Mas este hábil crítico no lo verificó para deprimir ni hacer sospechosos á aquellos antiguos intérpretes, sino con el objeto de dar la mano á los que por falta de capacidad y de luces pudieran tropezar al leer tales cosas, ó hacer tropezar á otros, refiriéndolas de buena fe y sin precaucion.

CAPÍTULO V.

Del método seguido por los PP. de la Iglesia en la interpretacion de las santas Escrituras.

De dos modos explican los PP. la sagrada Escritura, el uno *histórico* y el otro *místico*. El primero se circunscribe á dar á conocer la letra del texto sagrado, y con el segundo desenvuelven el sentido espiritual, que dividen en *alegórico*, *tropológico* y *anagógico*, referentes á las tres clases de tiempos, pasado, presente y futuro; porque la alegoría considera las figuras del antiguo Testamento; la tropología aplica la historia y las palabras de la Escritura á la institucion presente de las costumbres, y la anagogía eleva el espíritu á las cosas de la bienaventuranza eterna, que esperamos despues de esta vida.

El estilo alegórico ha sido muy estimado en todos

tiempos, y en el dia obtiene aún la preferencia entre los orientales. En la época de los Setenta y en los siglos sucesivos todo el estudio de los judíos consistia en la investigacion de la ley ceremonial, de las tradiciones y de las alegorías. Filon, que era judío, y fué un intérprete puramente alegórico, pretende que los de Eséo fueron los primeros en servirse de la alegoría en las sagradas Letras; Porfiro quiere fuese Orígenes, y los cristianos sostienen que fué Jesucristo, y despues de él S. Pablo. Los últimos alegan muchos ejemplos sacados del nuevo Testamento, entre otros aquel en que, hablando el Salvador del mundo de S. Juan Bautista, dice, para indicar á este santo Precursor, que Elías debia venir y que vino ya; y este otro del Apóstol, que en su epístola á los Gálatas, aplica al antiguo y al nuevo Testamento lo que el Génesis dice de los dos hijos de Abraham.

Respecto al sentido tropológico, dicen que Jesucristo se sirvió de la historia de los Ninivitas y del ejemplo de la reina de Saba para corregir las costumbres de los judíos y confundir su incredulidad, lo mismo que S. Pablo se sirvió de los ejemplos de los hebreos, que perecieron en el desierto, para corregir las costumbres de los de Corintio.

Finalmente, demuestran los cristianos que el sentido anagógico está apoyado por la autoridad de Jesucristo en diversos lugares del Evangelio, y por la de S. Pablo, que en su epístola á los hebreos aplica lo que se dice de la tierra de promision á la patria futura y celestial, deseada y esperada por los Patriarcas como su verdadera mansion y el lugar de su eterno descanso.

Por otra parte, no hay un solo lugar de la Escritura que no pueda explicarse al pié de la letra, tropológica, alegórica ó anagógicamente; algunos admiten dos ó tres sentidos, y los hay que se prestan á los cuatro: como por ejemplo, las aguas de que habla el sagrado Texto (*Gén.*, 10), que, como observa San Euquerio, pueden tomarse literalmente por las aguas naturales; tropológicamente (*Ezeq.*, 36), por las

aguas de la tribulacion; alegóricamente (*Jer.*, 2), por las aguas del bautismo, y anagógicamente, por los ángeles y por los bienaventurados. [1] S. Agustin parece no se halla en esto enteramente de acuerdo con S. Euquerio, y casi pudiera decirse que S. Jerómo se opone á ambos; pero en el fondo todos están perfectamente de acuerdo, difiriendo sólo en la distribucion de las partes de un método, que siendo comun á todos, S. Euquerio divide en cuatro partes, S. Jerónimo en tres, y S. Agustin reduce á dos. San Jerónimo menciona tan sólo el sentido histórico, la alegoría y la anagogía; y S. Agustin habla únicamente del sentido histórico y del alegórico, que divide en alegórico propiamente dicho, en tropológico y en anagógico, viniendo por consiguiente á parar, aunque dando diferente sesgo á la cuestion, á lo mismo que S. Jerónimo y S. Euquerio dicen de otra manera.

Aunque los PP. no descuidaron el interpretar la Escritura al pié de la letra, atendieron más á explicarla en el sentido espiritual, porque su idea dominante era instruir los corazones; y aquella época no era á propósito para entretener á los oyentes con cuestiones de crítica ó de gramática, que ni los hubieran hecho mejores ni más sábios, atendido á que la mayor parte de ellos no eran capaces de entender esta clase de erudicion; por lo tanto sólo usaban de aquellas formas en las escuelas y en las discusiones, ó cuando querian demostrar que la letra de la Escritura era el fundamento y la base de sus alegorías.

Asi, pues, tenemos tres clases de obras de los Padres respecto al sagrado texto, á saber: *escolios* ó notas, para las personas instruidas; *comentarios*, para las más espirituales, y *homilías* ó *sermones*, para el pueblo. Las homilías solian pronunciarse despues de la lectura del sagrado texto, que el Obispo, ó un sacerdote por él autorizado, explicaba ver-

[1] Véanse las palabras *Agua*, *Aguas* en las Notas generales en forma de Diccionario á la traduccion de la Biblia del Sr. Amat. (*N. del E.*)

sículo por versículo, como se ve en S. Agustin sobre S. Juan, y en S. Crisóstomo sobre S. Pablo y sobre S. Mateo. A estos sermones eran admitidos, no sólo los catecúmenos, los fieles y los penitentes, sino tambien los paganos, los judíos y los herejes, á los cuales aquellos Pastores admitian con gusto por haberles acreditado la experiencia que muchos de ellos, al escuchar sus predicaciones, se habian convertido á Jesucristo, tocados por la gracia. Por esto habia en las homilías de los PP. aquella diversidad, que tan á propósito las hacia para toda clase de oyentes, pues tan pronto se elevaban hasta la Teología más sublime y desenvolvian los misterios, como los cubrian con el más profundo silencio ó hablaban sólo como de paso; pero ordinariamente se extendian en la moral mucho más que en otra cosa, por ser un alimento comun muy propio para todo el mundo. Tampoco solian explicar los puntos más principales de la religion sino con sus correspondientes comentarios, porque su objeto era preparar con estas obras, compuestas á su gusto, á los que quisieran instruirse á fondo en las verdades cristianas.

Hasta el tiempo de Diodoro, obispo de Tarsis, y de su discípulo S. Crisóstomo, que fueron quizá los primeros en atenerse á explicar la Escritura al pié de la letra, sin recurrir á las alegorías, los PP., impulsados por el ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles, ó arrebatados por la fuerza de su imaginacion y de la costumbre de su siglo, no dijeron cosa alguna que no la realzaran con giros y expresiones místicas; y como tenian que hablar á paganos, acostumbrados á las fábulas misteriosas de los poetas, á judíos helenistas, nutridos con las ideas de Platon, y á cristianos débiles todavía en la fe, para no envilecer á sus ojos la religion, se veian precisados á explicar la Escritura en su sentido espiritual, pues la letra enteramente desnuda era demasiado fuerte y espinosa para empezar con ella á insinuarse en el corazon de los oyentes y hacerles concebir una alta idea de nuestras creencias.

No hay costumbre que no tenga su reinado y su época; por lo tanto, así como sería una injusticia reprochar á los modernos el haberse desembarazado de la alegoría, tan afectada por los antiguos, tambien sería sumamente injusto criticar á éstos por haber explicado la religion con alegorías, que sobre ser tan del gusto de aquellos tiempos, estaban bastante autorizadas por el uso.

Mas no por juzgar la antigüedad por sí misma, como es muy justo, debe callarse lo que es cierto; de consiguiente debemos confesar que no todos los Padres tuvieron la erudicion suficiente para explicar á fondo la letra de la Escritura; pues consta que al mismo S. Agustin, á pesar de ser tan gran doctor, le faltaron muchas cosas indispensables para tan gigantesca empresa, y que habiendo ensayado el interpretar el Génesis al pié de la letra, se vió como rechazado por su propia incapacidad. S. Jerónimo, más conocedor que nadie en este punto, decia que las explicaciones místicas de las divinas Escrituras, comparadas con la explicacion literal de las mismas, son simplemente un verdadero juego de niños.

Además de estos diferentes modos de explicar el texto sagrado hay otro, que puede llamarse *teológico*, porque explica la Escritura con referencia á la Teología de la Iglesia y segun la analogía de la fé; y este sentido teológico resplandece principalmente en los libros polémicos de los PP. y entre otros en San Agustin, cuando disputa con los herejes y expone la doctrina de la Iglesia. Por esto, obligados los PP., antes de la herejía de Pelagio, á animar el valor de los pueblos, que hubieran descuidado trabajar por su salvacion si no se hubiesen hecho algunas concesiones al libre albedrío, sobre todo en tiempos tan inmediatos al paganismo, é infectados por los errores de los gnósticos y de los maniqueos, que todo lo atribuian al destino, los PP., repetimos, ostigados por estas consideraciones, cuando la Escritura se prestaba á dos sentidos, la explicaban en aquel que robustecia el libre albedrío contra los errores presentes; y

despues de la herejía de Pelagio, que tan exagerado encomio hacia del libre albedrío, dieron á las mismas Escrituras, de que se habian servido en el sentido más á propósito para confundir á aquellos herejes, otro no menos legítimo que el primero, que reduciendo el libre albedrío á un círculo más limitado, y levantando, por decirlo así, la esclusa, dejaba correr libremente las aguas de la gracia de Jesucristo, segun las preocupaciones de aquel tiempo, en el cual era indispensable marcar con más precision el triunfo de la gracia del Señor para abatir el orgullo y la presuncion de los pelagianos. Por más que esta doble conducta parezca á primera vista algo chocante, será fácil convencerse de que no implica la menor contradiccion, si se toma en cuenta que, habiendo de tratar los PP. con personas débiles y enfermas, debieron tener consideracion á sus disposiciones, que varían con el tiempo, por no estar, como no está prohibido, hacer en casos difíciles inclinar la balanza á una parte ó á otra, en cuanto sea lícito, hasta dar con el punto medio que se proponian por objeto de sus trabajos.

Aunque no puede en manera alguna suponerse que en la Teología de los PP. hubiera dos clases de tradicion, una en la Iglesia griega, favorable á Pelagio, como este heresiarca pretende, y otra en la latina, que destruyera la de la griega, y mucho menos que haya habido un tiempo en el cual los PP. destruyeran la gracia para ensalzar el libre albedrío, ni otro en que destruyeran este para ensalzar la gracia, puesto que jamás fué su intencion destruir la fe por una parte para establecerla por otra, es preciso reconocer que, acudiendo con un celo á toda prueba estos sábios Pastores á donde el peligro era más apremiante, se propusieron siempre volver, cuando se les presentase la ocasion, al sitio que por el momento ofrecia menos riesgo. Hubo ocasiones en que los Padres griegos y los latinos se expresaron de una manera muy diferente; pero su doctrida, así como su fe, fueron siempre las mismas; de suerte que debemos

suponer que si se hubiesen hallado juntos en un mismo Concilio, habrian todos tenido, respecto á la fe, una sola y misma opinion, y que en las cuestiones más espinosas se habrian puesto de acuerdo por medios que nos son aún desconocidos, tal vez por la temeridad de los hombres, pero que debemos esperar de la bondad de Dios, que cambia los ánimos y los corazones segun place á su divina voluntad, nos hará en su dia conocer (3).

No obstante, debemos decir en obsequio de los Padres que, considerados en globo, nos legaron en todos conceptos un excelente comentario sobre la sagrada Escritura, habiendo cada uno de ellos en particular contribuido con su gracia y con su talento á tan grande empresa. No negaremos, sin embargo, que los modernos se hayan aplicado con buen resultado á la inteligencia literal de los sagrados textos, y que Dios haya permitido que en medio de la gran esterilidad de los últimos tiempos se hayan hecho nuevos descubrimientos; pero, si se examina todo con detencion, se encontrará tal vez que, á excepcion de muy pocas cosas, nada se ha dicho de nuevo que oculta ó manifiestamente no proceda de las antiguas fuentes: y hasta es muy probable que si poseyéramos aún la infinidad de comentarios, notas y escolios arrebatados por el tiempo á los Padres antiguos, los envidiosos de su gloria no tendrian motivo para preferir los intérpretes modernos á aquellos antiguos Doctores, que consagraron á la posteridad las semillas, cuyo fruto, con tanto orgullo como poca gratitud, quiere en el dia disputárseles.

CAPITULO VI.

De las disposiciones necesarias para leer los PP. de la Iglesia, cuando tratan de la sagrada Escritura.

Sixto Sienense, Posevino, Belarmino y Crouvæus, escritor inglés, publicaron catálogos de los autores que habian escrito sobre la Biblia, cuyo número es tan considerable, que se hace poco menos que impo-

sible leerlos todos; pero además de que seria esto un trabajo improbo, seria tambien inútil respecto á algunos, que solo compilaron ó copiaron á otros. Por otra parte, los hay tambien de tan poca monta, que no merecen se tome uno la pena de detenerse en ellos, á no ser para enterarse de paso de algunas explicaciones que les son peculiares (4).

Entre los intérpretes antiguos no debe uno fijarse de un modo particular sino en aquellos más bien reputados, por haber escrito mejor que otros sobre toda la Escritura en general ó sobre alguno de sus libros en particular; pero ante todo es preciso leer las críticas de los PP., por cuanto son las que despejan el camino á la inteligencia de las sagradas Letras; y si todas ellas, dispersas en diferentes lugares de las obras de los antiguos intérpretes, se hallasen reunidas ó compiladas en un solo cuerpo, sería un grande alivio para los lectores; mas ya que desgraciadamente no es asi, cada uno puede en particular, y no será por cierto un trabajo ingrato, ordenar estos diferentes trozos, segun la relacion que tengan con el libro, capítulo ó versículo de la Escritura, cuyo estudio se proponga hacer.

Hay en los PP. cuatro especies de *críticas:* unas que sirven de preparacion general á la lectura de la Biblia; otras que son como otros tantos prefacios sobre cada uno de sus libros; otras que se dirigen á la explicacion de las palabras y de las frases difíciles del texto sagrado, y otras, en fin, que aclaran las diversas cuestiones de teología, filosofía, cronología etc., que es preciso no ignorar.

Respecto á la primera clase de estas críticas tenemos la *Filocalia*, de Orígenes, en veintisiete capítulos, que trata de la autoridad, del estilo y de la interpretacion de la Escritura, y los cuatro libros de la *Doctrina cristiana*, por S. Agustin, principalmente el segundo y el tercero, que son sumamente útiles.

En el primero propone el Santo á un teólogo que instruye, el estudio de las lenguas sábias; quiere que consulte las diferentes versiones de la Biblia; que se

dedique á la investigacion de las cosas de la naturaleza, que sirven de fundamento á las comparaciones y á las figuras del texto sagrado, y que se imponga en las ciencias y en las artes, que contribuyen á la inteligencia de la Escritura. En el segundo aclara las ambigüedades emanadas de los puntos y de las comas, cuya colocacion puede cambiar enteramente el sentido del sagrado texto; quiere que en estas dificultades se recurra á la regla de la fe; que si en un mismo pasaje resultan dos sentidos diferentes, se deseche el que sea manifiestamente falso ó herético, pero si ambos fuesen ortodoxos, se siga el más conforme con el texto; y si los dos lo están igualmente, deja á eleccion del intérprete adoptar aquel que más le acomode. El mismo libro da reglas para distinguir el sentido figurado del propio, y áun del figurado mismo; pues una expresion figurada significa á veces dos cosas diferentes y hasta diametralmente opuestas; y por fin enseña cómo deben explicarse los pasajes oscuros por medio de los claros y terminantes, y la manera de servirse del razonamiento para dilucidar ciertas dificultades.

Despues de estos libros de la *Doctrina cristiana* podrá leerse la *Sinopsis* de S. Atanasio, que es un compendio de toda la Biblia, en el cual este Padre da cuenta del número y del título de cada uno de los libros de ella, describiendo los diferentes caractéres de los escritores sagrados. Este libro contiene además la enumeracion de los libros del antiguo Testamento con arreglo al cánon de los hebreos, y trata del libro de la *Doctrina de los Apóstoles*, del *del Pastor* y de algunos otros que, á pesar de no ser canónicos, se leian á los catecúmenos, por las muchas ventajas que podian reportarles. Cuanto este Padre dice sobre las versiones griegas del antiguo Testamento es muy digno de considerarse, y no será tampoco inútil ojear su Catálago de los libros de la Biblia, que desgraciadamente se han perdido. Algunos sábios dudan que la conclusion de esta Sinopsis de la Escritura sea de S. Atanasio, por echarse de ver en ella que se habla

de muchas cosas, sobre las cuales la mayor parte de los PP. griegos guardan silencio, entre ellas la historia de la mujer adúltera (*Vide Biblioth. Cæsar., tom.* 3.), y se da por sentado que el Cántico de Salomon se llama *Cántico de los cánticos* por haber sido escogido entre muchos otros del mismo autor, como su título parece indicarlo (5). A la Sinopsis de este santo Doctor se debe agregar el tratado del Papa Gelasio (6), y su decreto respecto á los libros canónicos y á los apócrifos, pues de otro modo no sería posible tener toda la continuacion de tan importante materia.

En cuanto á las críticas de la segunda clase, que sirven de prefacios á las sagradas Escrituras, tenemos la excelente carta de S. Jerónimo á Paulino, en la cual hace este santo Doctor la enumeracion de los libros sagrados, y demuestra cuán difícil es descubrir el espíritu y el verdadero sentido de ellos, extendiéndose al propio tiempo sobre cada libro en particular, cuyo autor no sólo nombra, sino que lo pinta con los más vivos colores. Tambien tenemos otra carta (*Ad Desider.*) del mismo Santo, puesta en forma de prefacio al frente de la version del Pentatéuco, la cual escribió para aclarar en cierto modo la version de los Setenta, que le parecia muy defectuosa; y además existen otras nueve del mismo Padre, que son como otros tantos prefacios á Josué, los Reyes, los Paralipómenos, Esdras, Nehemias, Tobías, Judit, Ester, Job, los Proverbios, el Eclesiastés, el Cántico de los cánticos, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, los doce Profetas menores y los cuatro Evangelistas.

Poseemos asimismo los prefacios de Teodoreto sobre toda la Escritura, los tratados de S. Gregorio Niceno sobre las inscripciones de los Salmos, y la epístola de S. Atanasio á Marcelino sobre el mismo asunto, en la cual se demuestra la relacion que los Salmos de David tienen con la historia del antiguo Testamento; y además de contener todas las profecías referentes á Jesucristo, está cada Salmo arreglado con el título que le es propio, ya corresponda á la historia, ya á la profecía, á la moral, á la piedad ó á la oracion.

Sobre el nuevo Testamento debe leerse la carta de Eusebio de Cesaréa á Carpiano, con los cánones, que en diez y seis columnas contienen una Concordancia de los cuatro Evangelistas, publicada con motivo de la Concordancia de Amonio, sin sujetarse, no obstante, al método de este, como él mismo lo dice. Pero lo que sobre todo se debe leer es la *Concordancia de los Evangelistas*, por S. Agustin, que es un maravilloso auxilio para vencer muchas y muy grandes dificultades, que sorprenden y confunden cuando no se tiene toda la capacidad necesaria para poner de acuerdo tantas contradicciones aparentes, por reproducir á su modo cada Evangelista las palabras y las acciones de Jesucristo.

A toda esta lectura deberán agregarse: el tratado de S. Agustin *de Catechizandis rudibus*, que nos enseña el modo de servirnos del antiguo Testamento para entender el nuevo; los tratados del mismo Padre *de Religione et de Moribus Ecclesiæ*, con las instrucciones que da en sus discursos *de Sermone Domini*, respecto á las dificultades que produce la oscuridad del texto evangélico.

Por lo que respecta á las críticas de la tercera clase, que versan sobre las palabras y frases más difíciles de la Escritura, es preciso leer todo lo que acerca del particular encontramos en S. Jerónimo; es decir, la carta 130 á Marcelo, explicando lo que es *Ephod* y *heraphim*; la 137 sobre el significado de *Alleluya* y *Amen*; la 138 sobre la palabra hebrea *Sela*, que los griegos traducen por *Diapsalmos*, y las 142, 143 y 145, que aclaran la historia de Osías, y las palabras *Sanctus* y *Hosanna*. A estas podrán agregarse los tratados del mismo Padre, que explican el alfabeto hebreo y los nombres propios de provincias, ciudades y personajes mencionados en la Biblia, sin olvidar la *Coleccion de las tradiciones judáicas*, ni la de las *Divergencias que se observan entre el texto hebreo y la version de los Setenta*. En el mismo lugar y clase debe colocarse lo que San Epifanio dejó escrito sobre las monedas, pesos y me-

didas, y las notas de que los gramáticos de su tiempo se servian en las ediciones de las Biblias griegas. Por mas que este Padre no sea intachable en la *Physiología*, refiriendo las propiedades de los animales mencionados en la Escritura, ni su tratado sobre las doce piedras preciosas del pectoral del Sumo Pontífice sea un libro completo, la lectura de estas obras no puede perjudicar á las personas juiciosas, que saben distinguir muy bien entre la erudicion de los antiguos y la de los modernos.

Los siete libros de S. Agustin respecto al lenguaje de los siete primeros libros de la Biblia, merecen ocupar aquí un lugar preferente, y á ellos podrian agregarse las *Fórmulas espirituales* de S. Euquerio, dirigidas á Verano, si hubiese en ellas más solidez, principalmente en las reflexiones místicas sobre diferentes expresiones del texto sagrado. Lo mismo ó casi lo mismo es preciso decir de sus libros *de las Instrucciones*, de los cuales podria servirse el lector si este Padre fuese más exacto en las explicaciones que da sobre ciertos nombres de pueblos, de ciudades, de rios desconocidos, y en lo que dice de las fiestas, de los ídolos y de las costumbres de los judíos y de las medidas y pesos de estos, comparados con los pesos y medidas de los griegos y de los latinos.

Para las críticas de la última clase, es decir, para aquellas cuestiones relativas á la Escritura santa, es preciso recurrir de nuevo á S. Jerónimo, por aclarar un gran número de ellas; siendo lo mejor que este Padre tiene en este género *las Respuestas* á las preguntas del papa S. Dámaso sobre cinco dificultades del Génesis, la respuesta á Evagrio, en la cual investiga quién era Melchisedec; otra tocante á los años de Salomon y del rey Achaz, y cinco ó seis cartas, principalmente dos dirigidas á Hebidio y á Algasio, acerca de muchas dificultades del nuevo Testamento.

En los antiguos PP. hay todavía algunas otras obras críticas, las cuales podrán servir al lector como de guia en tan bello estudio; pero al leer cada libro

de la Escritura, deberá tener á la vista las obras ó tratados de los PP. que tengan relacion con él. Por ejemplo, si quiere leer los Profetas, deberá leer antes los *Sermones* de S. Crisóstomo, en los cuales expone la oscuridad de las profecías de la sagrada Escritura; y si quisiere leer los Hechos de los Apóstoles, acudirá tambien al mismo Padre, que da muchas y muy grandes luces para la inteligencia de este divino libro. Igual marcha deberá observar en todo lo demás.

CAPITULO VII.

De la eleccion que debe hacerse de los Padres de la Iglesia como expositores de la Escritura sagrada.

Despues de haber consagrado algun tiempo al estudio de la crítica de los PP. sobre las santas Escrituras, podrán leerse los escolios y comentarios que nos quedan de aquellos sábios y piadosos intérpretes. Para proceder en esto con el órden debido, investigará, segun el parecer de las personas más ilustradas, la inteligencia del nuevo Testamento antes que la del antiguo, cuyo único objetoy fin es Cristo nuestro bien: mas cuando se retroceda al antiguo, no deberá olvidarse el nuevo, sobre todo al leer las Profecías, á las cuales se tendrá el cuidado de agregar algunos libros históricos, toda vez que la inteligencia de estas pende en muchas cosas del conocimiento de la historia, de la cual son una parte muy integrante.

Establecido ya este fundamento, se hará una exacta investigacion de los PP. que fueron más felices en explicar, ya literal, ya mística, ya espiritualmente el sagrado texto, siendo cada uno libre de elegir el que mejor le parezca; pero sin embargo, para la inteligencia de la letra es menester dar la preferencia á S. Jerónimo, que la explica con sencillez y erudicion, y á Orígenes para el sentido místico y espiritual; pues aunque este se excediera en sus alegorías, merece ser leido desde el principio al fin, por

deber considerársele como la fuente en donde San Ambrosio y sus intérpretes posteriores bebieron aquellas invenciones de espíritu, que fueron las delicias de los primeros siglos de la Iglesia. A Orígenes podrá añadirse el docto Filon, quien, aunque judío, no dejó de servir de modelo á la mayor parte de nuestros primeros alegoristas, por cuanto éste, que es el comentador más antiguo de la Escritura santa, tiene una grande abundancia de ideas y mucha relacion con Platon en la elocuencia y en los sentimientos; en los cuales, segun Focio, no siempre estaba de acuerdo con los judíos. Respecto al sentido tropológico ó moral de la Escritura, no podremos engañarnos si nos dirigimos á S. Crisóstomo, á S. Agustin ó á S. Gregorio, papa, puesto que poseyeron todas las riquezas de estos sentidos.

Resta sólo saber si en la eleccion de los PP. sobre la Escritura se han de preferir los griegos á los latinos, ó estos á aquellos; pero no deberá uno detenerse en tan poca cosa. Sin embargo, no todos los críticos son de este parecer, pues no falta quien opine que para los libros del nuevo Testamento, escritos originalmente en griego, debe preferirse á los griegos, por estar los latinos muy poco versados en aquella lengua. Mas á esto puede contestarse que S. Jerónimo, á pesar de ser latino, poseia el griego tan bien como los mismos griegos, á quienes copió para suplir la falta de los latinos, no menos aficionados que aquellos á la explicacion de la letra del Evangelio. Así, pues, sin detenernos mucho en la distincion que de los PP. griegos y latinos tan comunmente se hace, debemos ir á recolectar allí donde la cosecha se presente más abundante.

En cuanto al nuevo Testamento, tenemos en primer lugar, sobre S. Mateo, para el sentido literal, las *homilías* de S. Crisóstomo; para las genealogías y para la moral, á S. Hilario de Poitiers, y para la erudicion gramatical, las notas de S. Jerónimo. Sobre S. Lúcas hay los *Comentarios* de S. Ambrosio, y para S. Juan, las *homilías* de Orígenes, en el sen-

tido místico y espiritual; *S. Crisóstomo* para la moral, y *S. Hilario* y *S. Agustin* para la doctrina.

Respecto á S. Márcos, como los PP. se detuvieron muy poco en él, es preciso recurrir á las *Cadenas* de los griegos, ó referirse á *Teófilo* de Antioquía y á *Teofilacto*, que fué el compendiador de S. Crisóstomo, como S. Márcos lo fué de S. Mateo. Sobre las Actas tenemos las *homilías* de S. Crisóstomo; y sobre las Epístolas de S. Pablo, en cuanto á la moral, al mismo santo Doctor, al cual se puede añadir *Teofilacto*, que es como la voz de la Iglesia griega sobre los sentimientos del Apóstol de los gentiles; para el sentido literal á Teodoreto, y para la doctrina, á San Agustin en sus *Comentarios* sobre las epístolas á los romanos y á los gálatas, en sus *Sermones* sobre las palabras del Apóstol y en sus *libros contra los pelagianos*, que, segun muchos sábios, son un comentario casi contínuo de la Gracia.

Habiéndose dedicado muy poco los antiguos PP. á las Epístolas canónicas, es preciso contentarse en esta parte con los *Comentarios* de Dídimo y con las *homilías* de S. Agustin sobre la primera de S. Juan ó con las *Compilaciones* de Ecumenio y del venerable Beda. Sobre el Apocalipsis hay los *Comentarios* de Victorino, de Andrés de Cesaréa, de Primasio y el atribuido á S. Agustin y al donatista Ticonio, que, propiamente hablando, no es mas que una compilacion de Primasio, de Victorino y del venerable Beda, á la cual se dió la forma de homilía.

Respecto al antiguo Testamento tenemos: sobre el Pentatéuco á *Orígenes* y los *Glafiros* de S. Cirilo Alejandrino en el sentido místico y espiritual, y para la moral á S. Crisóstomo, que descuella en este género. Sobre el Exemeron en particular, hay *S. Basilio* y *S. Ambrosio*, cualquiera de los dos, puesto que el segundo no hizo mas que copiar al primero, á quien miraba como á su maestro.

Por lo que respecta á Josué y á los Jueces es menester recurrir á las *Cuestiones* de S. Agustin y á varias *homilías* que nos quedan de Orígenes. Sobre

los Reyes debemos atenernos á *S. Gregorio*, papa, ó más bien á su compilador, que quizá lo fué S. Euquerio, obispo de Lyon. Los *Morales* del mismo S. Gregorio son más que suficientes para el libro de Job; á no ser que se prefiera recurrir á las *Cadenas* que los griegos compusieron sobre él.

Respecto á los Salmos de David, puede leerse á *S. Hilario*, para la erudicion; á *S. Agustin*, para la moral; á *Teodoreto*, para ámbas cosas ó á *Casiodoro*, que es un compendiador de S. Agustin y de los otros PP.; sin olvidarse de las veintidos *homilías* de S. Basilio sobre otros tantos salmos escogidos. Para el Eclesiastés tenemos la *Paráfrasis* de S. Gregorio Taumaturgo, que explica las ideas morales de este libro, y ocho *homilías* de S. Gregorio de Niza, en las cuales resalta la piedad á la par que la más sólida erudicion.

Sobre el Cántico de los cánticos hay muchas *homilías* del mismo Santo enteramente alegóricas; un *Comentario* de S. Gregorio papa, y otro de Aponio, con los *Sermones* de S. Bernardo sobre los tres primeros capítulos de esta obra esencialmente divina. Para el profeta Isaías tenemos á *S. Basilio* y á *S. Cirilo de Alejandría*; sobre Jeremías, á *Orígenes*; sobre Ezequiel, á *S. Gregorio papa*, y á *S. Jerónimo* sobre los Profetas mayores y menores, pero en particular sobre estos, que explica de una manera sumamente admirable.

En aquellos libros de la Escritura, sobre los cuales no tenemos comentarios, es preciso recurrir á las *Cuestiones* de Teodoreto, de S. Jerónimo y de San Agustin; á las *Cartas* de S. Isidoro de Damieta, y á las *Compilaciones* del venerable Beda y de Rabano Mauro, que se aprovecharon de las observaciones de los antiguos.

Aunque hay algunas otras obras de los PP. sobre la Escritura, podemos muy bien atenernos á las que acaban de indicarse, sin perjuicio de consultar las demás en las dificultades que aquellos no expliquen suficientemente, ó sobre las cuales hayan

guardado silencio; pero no hay una necesidad absoluta de leer todas las que hemos enumerado, porque se puede muy bien contentar con una ó dos de ellas sobre cada libro de la Escritura, segun el mayor ó menor gusto que á esto se tome; mas para aquellos que, elevándose sobre el comun de los hombres, quieran consagrarse enteramente á las santas Escrituras, el estudio de estas no tiene límites. Comentarios, homilías, escolios, notas, epístolas, prefacios, todo debe pasar por sus manos, sin cansarse jamás de comparar unos autores con otros, las palabras con las palabras, las frases con las frases, las cosas con las cosas, con tal minuciosidad, que nada pueda escaparse á su precision y exactitud.

CAPITULO VIII.

De la lectura de los Padres de la Iglesia sobre los dogmas de la fe.

Los herejes, que siempre ponen todo su conato en insultarnos, dicen que la teología de los PP., con que nosotros queremos engalanarnos, no tiene de particular sino la edad y las arrugas; y que enseñar en materia de fe otra cosa que lo que Dios reveló á su Iglesia por medio de la sagrada Escritura, es un verdadero sarcasmo, como los mismos PP. declararon. Pero á esto contestaremos que si S. Basilio y S. Dionisio Areopagita dijeron algo parecido, fué únicamente para hacer comprender que respecto á la fe no debe sentarse jamás cosa alguna por impulso propio, como hacen los herejes, dogmatizando á su antojo, independientemente del sentido legítimo de las Escrituras interpretadas por los PP. con sujecion á las tradiciones confesadas y reconocidas por la Iglesia universal. Y en cuanto al apego que tenemos á la antigüedad, él mismo es una prueba evidente de que nuestro partido es el mejor, puesto que ha subsistido siempre. Y en verdad, como decia en otra época S. Epifanio á los eunomianos, que por irrision trataban á los católicos de anticuarios: «Nuestra fe

está tanto mejor establecida, en cuanto sus cimientos son más antiguos y más profundos. Ha durado y durará siempre, porque no depende absolutamente del tiempo, y ha pasado de siglo en siglo hasta llegar á nosotros por medio de los Santos, como por otros tantos conductos, pues, recibiéndola los unos de los otros, se la fueron comunicando sin mancilla y sin menoscabo alguno.»

El tiempo, que es él que produce las herejías, las destruye tambien. ¿Qué ha sido, pues, de aquellos antiguos herejes, padres y maestros de los actuales? Fueron lo que son ahora sus sucesores, y estos á su vez desaparecerán, como aquellos desaparecieron, el dia en que plazca á Dios servirse de otro azote para castigar á su amada Iglesia; porque, ¿es en realidad la herejía otra cosa que una moda que pasa y se pierde como los torrentes, con mucho estrépito, destrozo y desórden?

Cuando Tertuliano estaba todavía en su buen juicio (pues no está probado, como algunos pretenden, compusiera el libro *de las Prescripciones* hasta despues de su caida) (7), cuando Tertuliano, repetimos, se hallaba en aquel estado, no se sirvió contra los herejes de argumento alguno tan fuerte como el de demostrarles, en oposicion á la novedad de su doctrina, la antigüedad de la nuestra, remontándose hasta su orígen, que es el mismo Jesucristo.

Vicente de Lerins demuestra claramente que la caida de los herejes no proviene sino del desprecio que hacen de la antigüedad, cuyos límites rebasan con descaro, para correr en pos del fantasma de la novedad; pero es muy extraño que los novadores, que tan altamente declaman contra nosotros, no dejen de admitir á los PP. de los cinco ó seis primeros siglos, y hasta de recurrir á los de los posteriores, cuando creen hallar en ellos algo que pueda favorecer su pésima y detestable causa. Ni siquiera se avergüenzan de ir á buscar en aquellos santos Doctores católicos los principios de sus errores y los proyectiles para atacar los extravíos de otros herejes,

adversarios suyos. Así fué que Servet se apoyó en Tertuliano y lo volvió contra Calvino, y este por su parte opuso á aquel hereje á S. Justino mártir, aunque no ignoraba quizá que la cita que hace de la *Exposicion de la fe*, atribuida á este santo Padre, no fué obra suya, sino de un autor más moderno, que se propuso refutar á los arrianos. Los episcopales de Inglaterra, no pudiendo sufrir el reproche, tantas veces rebatido, de que su Iglesia nació del cisma de Enrique VIII, pretenden hallar los fundamentos de ella en la doctrina de los PP. de los tres ó cuatro primeros siglos.

Por esto Dodwel (*Dissert. Cypriánica.*) da tan alto valor al ministerio de aquellos antiguos Doctores, considerándolo como un dón del Espíritu Santo, igual al dón del apostolado, de los milagros y de las profecías, de conformidad con lo que dice S. Pablo, que Jesucristo dió á su Iglesia Apóstoles y Profetas, Evangelistas y Doctores; queriendo al propio tiempo que este dón del doctorado, que hace pasar de la sinagoga á la Iglesia, haya durado hasta el tiempo de S. Cipriano, es decir, hasta mucho tiempo despues del siglo III, en el cual, extinguiéndose con los otros dones, vino á confundirse con la predicacion ordinaria.

Por nuestra parte, sin prevalernos del sistema de Dodwel, que reconoce Doctores y Catequistas inspirados por espacio de cerca de cuatro siglos, admitimos á los PP. de todos ellos en cuanto están de acuerdo con la doctrina universal de la Iglesia; pues áun teniendo, como realmente tenemos, en gran veneracion á todos los PP. en general, no pretendemos atribuir á cada uno de ellos en particular tanta autoridad como tienen todos juntos, y menos sostener que todas sus opiniones sean otros tantos oráculos, á los cuales deba forzosamente darse asenso.

Cuando estos Doctores, estando acordes con la verdad, dan unánimemente testimonio de las tradiciones y de la fe de la Iglesia, sería tener demasiado orgullo el intentar ni pretender resistirlos; pero cuan-

do sólo exponen sus opiniones particulares y sus conjeturas, no se les ofende en lo más mínimo, suspendiendo el juicio hasta quedar convencidos por razones y por autoridad de que cuanto sientan es ortodoxo; pues las cosas no son admisibles sólo porque los Padres las dijeran, sino porque estén conformes al sentir de la Iglesia, en cuyo caso no pueden ser rechazadas sin que la verdad, que es el mismo Dios, lo sea tambien.

Nicetas de Bizancio dice en su *Apologético* del Concilio de Calcedonia, que en los PP. se encuentran expresiones metafóricas, equívocas y á ménudo contradictorias, que podrian hacerlos sospechosos de error si no se tuviera en cuenta la poca precision de los antiguos en la eleccion de las palabras y en la manera de hablar; y Teodoreto, en sus *Diálogos contra los herejes*, observa que alguna veces se excedieron y llevaron con sus expresiones la doctrina de los dogmas mucho más lejos de la creencia exacta que de ella debe tenerse, sea por exceso de celo, sea porque en la elevacion y el vuelo de su imaginacion, por decirlo así, no se tomaron generalmente la pena de examinarlo todo; y queriendo acosar á un adversario hasta el extremo, solian arriesgar algo para alcanzar una completa y absoluta victoria.

Cuando S. Agustin combatia á Arrio, parece que queria contemporizar con Sabelio; y cuando atacaba á este, parece que no rechazaba del todo á Arrio. Cuando el mismo Padre acosa á los pelagianos, casi pudiera decirse que tenia ganas de aproximarse á los maniqueos; y cuando Teodoreto se defiende contra S. Cirilo, el recelo de caer en el error en que Eutiquio cayó más tarde, le hace desconfiar menos de la herejía de Nestorio. S. Cirilo, por el contrario, manteniéndose firme contra Nestorio, corre peligro de pasar por apolinarista para con los que no le comprendan bien.

Muchos son los ejemplos de PP. que hicieron que el árbol torcido á un lado se inclinase al opuesto para enderezarlo y colocarlo luego en su natural situacion. Y no es porque estos sábios Pastores se arrojaran á un

abismo para huir de otro, sino porque la experiencia les habia enseñado que muchas veces puede y áun debe emplearse el contrapeso para sacar del precipicio á personas que quedarian sepultadas en él si no se les hiciera esta violencia (8).

Además, hubo épocas en las cuales era permitido á todo el mundo opinar libremente sobre muchas cosas, que no estando definidas por la Iglesia, estaban abandonadas al juicio y á la controversia de los hombres. Y por esto, segun la regla del derecho, es menester que en la lectura de los PP. se tenga mucho cuidado en el número y en la calidad de las personas que hablan, en la naturaleza de las cosas de que tratan, en los tiempos en que estas fueron puestas en tela de juicio, y en las expresiones empleadas para hacerlas comprender. Asimismo, un lector juicioso no debe confundir lo que los PP. emiten como idea suya, con lo que dicen refiriéndose á otros, y sobre todo á autores sospechosos. Esto se observa particularmente en S. Jerónimo, cuyo Padre, aunque asegura contra Rufino haber tenido en sus Comentarios el particular cuidado de distinguir sus opiniones de la de Orígenes y de algunos otros escritores que se sospechaba fuesen herejes, no lo hizo con tanta exactitud que no quedara en ellos alguna confusion.

Es por cierto sumamente sensible no saber á punto fijo cuando se lee quién sea el que habla y á quién se escucha, por no haber tenido en esto los antiguos la suficiente precaucion. El mismo S. Jerónimo confiesa que el gran trabajo que hay en comprender á los Profetas procede en parte de que la Escritura no distingue bastante los interlocutores introducidos en sus diálogos. Así es en efecto, y tal vez no se hubiera pensado tan mal del libro del Eclesiastés si Salomon hubiese distinguido lo que él dice de lo que pone en boca de los libertinos que introduce en aquel (9); y los Salmos de David serian quizá más inteligibles si se hubiese añadido á ellos el nombre de los cantores, que algunas veces cantaban alternativamente; y es probable se leyera con mucho más gusto el Cán-

tico de los Cánticos si se hubiese distinguido en él á todos los actores. Por esto, al proponerse Pselo explicar este divino epitalamio, trata, ante todo, de los personajes que en él figuran, á fin de hacer el sentido más completo y facilitar su inteligencia.

CAPÍTULO IX.

De la eleccion de los principales tratados de los PP. de la Iglesia sobre los Dogmas de la fe.

Aunque se haya perdido una infinidad de obras de los PP., ya por las revoluciones de los tiempos, ya por mala intencion de los enemigos de la Iglesia, que tienen guerra declarada á los hombres y á las letras, no sólo han quedado todavía las suficientes para ocupar á las personas más asíduamente dedicadas á los grandes trabajos y á los estudios más profundos, sino que puede asegurarse habrá muy pocas suficientemente laboriosas para leer con exactitud y detencion todo lo que de aquellos poseemos sobre los dogmas de la fe. La mayor parte se contenta con seguir la marcha del siglo, es decir, con leer en los PP. las cuestiones del momento: porque desde el instante en que surge una disputa en la Iglesia, corriendo cada uno en pos de lo que hace más ruido, va con tanta precipitacion, que olvida fácilmente las demas cuestiones, aunque sean mucho más útiles y graves. Empero, si se quiere hacer algun progreso en las ciencias eclesiásticas, es preciso cambiar de marcha y fijarse sobre cada punto notable en un cierto número de tratados de los PP., que podrán distribuirse por clases, segun el órden que cada uno se haya propuesto.

Persuadidos justamente estos santos Doctores de que el primer designio de Dios no fué que la verdad se difundiera en el mundo por medio de los libros, apenas se dedicaron á escribir sobre los misterios de la fe sino con motivo de algun movimiento extraordinario suscitado en la Iglesia y para asentir á los

deseos de los pueblos, que les rogaban tomasen á su cargo la defensa de la religion. «Los Apóstoles y sus discípulos (Fleury, *Hist. de la Iglesia.*) tampoco escribieron cosa alguna, sino por razones y necesidades muy apremiantes. Algunos opinan que S. Lúcas no escribió su Evangelio sino para apartar á los fieles de la lectura de los Evangelios supuestos, que parecian en su tiempo, y para reprimir á los falsos apóstoles, enemigos de S. Pablo; y S. Juan tampoco escribió el suyo hasta los últimos años de su vida, pues hasta entonces se habia contentado con enseñar de viva voz, no pudiendo resolverse á escribirlo sino precisado por los ruegos de la mayor parte de los obispos del Asia y por las diputaciones de muchas Iglesias. Ordenó un ayuno público, y rogó á sus hermanos se pusieran en oracion antes de empezarlo, siendo su objeto refutar á los herejes, que negaban la divinidad de Jesucristo.

A medida que fueron surgiendo mónstruos de error, Dios, con su sábia providencia, suscitó teólogos, á quienes inspiró la idea de defender su Iglesia; y estos no se distinguieron únicamente por su ardiente celo en sostener la verdad, sino tambien por una fuerza de ánimo y una erudicion que los hacia superiores á los demás. Pero, sin embargo, en el curso de los estudios deben ser preferidos aquellos que gozaron una gracia especial para tratar ciertos puntos teológicos, á los que, no teniendo este dón, no tocan las cosas sino de paso y muy superficialmente.

Esta regla, que debe tenerse en cuenta para distinguir un Padre de otro, debe tambien guardarse en la distincion de los escritos de un mismo Padre; porque la razon nos dicta ser mucho más á propósito consultar los pasajes en que un autor habla expresamente y con exactitud, que aquellos en que lo hace sólo en general y sin objeto de profundizar la materia. San Agustin, por ejemplo, se expresa con más exactitud en las cartas y en los tratados, contestando á los que le preguntaban para instruirse á fondo en las materias, que en los sermones, donde no dice sino lo que

le parece y únicamente con referencia al punto que se ha propuesto.

La mayor parte de las obras de los PP. acerca de los dogmas son catequesis, homilías, sermones y cartas en forma de tratados, ó tratados en forma de cartas, habiéndose indiferentemente servido de todos estos títulos para distinguir sus composiciones.

S. Epifanio, á su tratado *de Ancorato* le da el nombre de epístola, porque era en efecto una contestacion al clero y á los magistrados de Suedra, en la Pamfilia, que le habian rogado les explicara en términos claros y precisos el misterio de la Trinidad. El tratado *de Lapsis* de S. Cipriano, no pasa mas que por una epístola en S. Paciano; y S. Agustin da tambien este nombre al tratado *de Unitate*, del mismo S. Cipriano, á pesar de que su mismo autor lo habia calificado de libro. Hablando S. Jerónimo de las cartas de este santo Mártir y de las suyas propias, las llama tan pronto libros como epístolas; y Sincellus, en la distribucion que hizo de las obras de S. Cipriano, distinguió las epístolas de los tratados de este santo Obispo de Africa; lo cual demuestra que los Padres siguieron en esta parte con entera libertad el mismo método que los autores profanos de su época, quienes daban sin el menor escrúpulo el nombre de cartas ó epístolas á producciones muy distantes de pertenecer á esta clase; como Afranio, que publicó una de sus comedias bajo el título de *Epistola*, cual si dirigiera al público una carta con objeto de instruirle divirtiéndole (Justo Lipsio, *Epistolæ*).

Tal vez la forma exterior de las cartas de aquel tiempo, compuestas de muchos pliegos que las hacian muy voluminosas, fué lo que dió márgen á llamar libro ó tratado á lo que no era sino una epístola un poco larga; y puede ser tambien (lo cual es muy probable) que no escribiendo casi los PP. sobre teología mas que para contestar á los que les preguntaban, mirasen como cartas lo que era en realidad un larguísimo tratado de erudicion eclesiástica. Sea, empero, lo que fuere, lo cierto es que tenemos una in-

finidad de cartas de los PP., quienes adoptaron este modo de escribir con preferencia á los otros, por ser el más propio de Pastores obligados á responder, en lo tocante á la fe de la Iglesia, á toda clase de personas, clérigos, láicos, catecúmenos, fieles, infieles, judíos ó herejes.

La mayor parte de las obras de S. Atanasio están escritas en forma de cartas. S. Basilio insertó en las suyas casi toda la teología, y las de S. Agustin son un compendio de su doctrina y un verdadero extracto de todas sus obras (10). En una palabra, lo mejor que tienen los PP. está escrito en forma de epístolas; de consiguiente es preciso leerlas con preferencia á todo, pero con órden y como se hallan en la nueva edicion de S. Agustin, en la cual todo lo que es dogmático está separado de lo histórico, y esto, de lo perteneciente á la moral y á la disciplina.

En cuanto á las catequesis de los PP. no hay inconveniente en dividirlas en dos clases: unas que se hacian por espacio de cierto tiempo á los catecúmenos, que debian ser bautizados el dia de Pascua, y otras, llamadas *mistagógicas*, hechas á los recien bautizados durante la octava de esta solemnidad.

Como los PP., lejos de ser exagerados en sus catequesis, presentaban la fe completamente desnuda y en su mayor sencillez, se descubre en ellas toda la faz de la primitiva Iglesia; pero desgraciadamente nos han quedado muy pocas en S. Cirilo de Jerusalem, en S. Gregorio Niceno y en S. Gaudencio, obispo de Brescia; lo cual indudablemente procede de que en los tres primeros siglos de la Iglesia la mayor parte de los PP. se contentaban con hablar, sin escribir, no consintiendo que sus discursos fuesen copiados. Sólo en los siglos siguientes fué cuando permitieron á los *competentes*, es decir, á los catecúmenos que pedian el bautismo, escribiesen de sus discursos públicos lo que de ellos pudieran conservar en la memoria.

Las homilías de los PP. eran tambien de dos clases: unas dirigidas sólo á los fieles, en las que explicaban con toda claridad los misterios de la religion; y

otras, en las cuales hablaban de los misterios en términos sumamente oscuros y con la mayor circunspeccion y cuidado, por dirigirse en ellas lo mismo á los fieles que á los infieles.

Los tratados de los PP. son ó de pura teología, ó de polémica. En los primeros explican los dogmas de la religion, como maestros que instruyen y no cuestionan; y en los segundos sostienen, como verdaderos atletas espirituales, las verdades de la fe contra los enemigos de la Iglesia, que las combatian con pertinaz obcecacion. Estos tratados reclaman mucha instruccion en la doctrina de la Iglesia, porque si algo hay difícil y espinoso en los PP. es indudablemente lo que escribieron contra las herejías. San Ignacio se distinguió contra Simon, Menandro y Ebion (11); S. Irenéo, contra Valentin y contra toda la raza de los gnósticos; Tertuliano, contra Marcion; S. Cipriano y S. Paciano, obispo de Barcelona, contra los novacianos; S. Atanasio, S. Hilario de Poitiers, San Ambrosio y S. Agustin, contra los arrianos; S. Basilio el Grande y S. Gregorio Nanciaceno, contra los eunomianos; S. Optato y S. Agustin, contra los donatistas; Teófilo de Alejandría, contra Orígenes; San Jerónimo, contra Joviniano, Helvidio, Vigilancio y Pelagio; Tito de Bostra y S. Agustin, contra los maniqueos, y este además, contra los jovinianos y contra los pelagianos; S. Cirilo de Alejandria, contra Nestorio; S. Leon papa, contra el mismo Nestorio, Eutiquio y los priscilianistas; Sofronio de Jerusalem, y S. Máximo, contra los monotelistas; S. Juan Damasceno y Teodoro Studita, contra los iconómacos; S. Anselmo, contra los griegos, y S. Bernardo, contra los herejes de su tiempo.

CAPITULO X.

Del órden que debe guardarse en la lectura de los PP. sobre los dogmas de la fe.

La lectura de los PP. de la Iglesia sobre los dogmas debe naturalmente empezar por sus obras con-

tra los paganos, las cuales pueden suministrar muchas luces para el esclarecimiento de los principios de fe. San Justino Mártir, Orígenes, Tertuliano, Minucio Félix, Arnobo, S. Agustin y algunos otros se hicieron ilustres en esta clase de escritos, por haber sabido hermanar con maestría lo útil con lo agradable; y si bien no puede negarse (exceptuando á San Agustin) haya en ellos más elocuencia y erudicion que profunda teología, no dejan de encontrarse excelentes testimonios de las antiguas tradiciones, que convendria mucho reunir y conservar (12). Tambien es indispensable ver al mismo tiempo, ó inmediatamente después los tratados del mismo género, que contra los gentiles nos dejaron S. Clemente de Alejandría, S. Cipriano, Lactancio, Julio Firmiano, Matecno, S. Atanasio, S. Gregorio Nacianceno, San Crisóstomo, S. Cirilo de Alejandría y Teodoreto. Se verán luego los tratados de los PP. contra los judíos, como el *Diálogo* de S. Agustin contra Trifon, el tratado de Tertuliano *adversus Judæos*, el primer libro *de los Testimonios* de S. Cipriano á Quirino, los *Sermones* de S. Crisóstomo, y un tratado y las cartas de San Agustin sobre la misma materia.

La lectura de estas obras contra los judíos y los paganos facilitará tanto más la inteligencia de los libros polémicos de los PP., en cuanto la mayor parte de los herejes combatidos por estos antiguos Doctores eran semipaganos ó semijudíos, que habian bebido sus dogmas, ó mejor dicho sus ensueños, en los asquerosos charcos del paganismo y del judaismo, de que hicieron una mescolanza tan odiosa como ridícula.

Con estos conocimientos se podrá leer los PP. sobre los puntos principales de teología, con arreglo al método del Maestro de las sentencias, de Santo Tomás, ó de algun otro escolástico, á no ser que cada uno quiera elegir otro método particular; pudiéndose luego ver sin gran trabajo los discursos de S. Crisóstomo *de la Naturaleza incomprensible de Dios*, el tratado *de los Nombres divinos*, atribuido á S. Dionisio

Areopagita, el libro de S. Justino *de la Monomaquia* (Duelo ó desafío cuerpo á cuerpo.), los tratados *de la Providencia* por Teodoreto y por S. Crisóstomo, con todo lo que hay de Lactancio respecto *á la Creacion y á la excelencia del hombre.*

Para entrar de lleno en los misterios de la fe se leerán en seguida los tratados *de Trinitate*, de San Atanasio; las homilías del mismo Padre sobre las palabras del Evangelio *Mi padre me ha dado todas las cosas;* sus cartas á Serapion, á Adelfo y á Máximo; las obras de S. Hilario y de S. Agustin acerca del mismo misterio; S. Ambrosio, *de la Fe*, contra los arrianos; el *Tesoro* de S. Cirilo de Alejandria; los libros de Vigilio de Tapso; las homilías y las cartas de S. Basilio *de la inefable Trinidad* y todo lo que este Padre escribió contra Eunomio.

A estos tratados deberán seguir inmediatamente los *Discursos* de S. Gregorio Nacianceno y el tratado de S. Gregorio de Niza, *de la Divinidad del Hijo y del Espíritu Santo;* el libro de Didimo *de Spiritu Sancto;* el de S. Basilio á Amfiloquio; el sermon *de la Consubstancialidad*, de S. Crisóstomo, y dos cartas de S. Jerónimo á Dámaso sobre las hipóstasis. [1]

Acerca de la *Encarnacion* es indispensable leer lo que tenemos de S. Atanasio, en particular su carta á Epitecto; los dos tratados de S. Gregorio de Niza contra Apolinario y su sermon *de Natividate;* la mayor parte de las obras de S. Cirilo de Alejandria; las cartas de muchos Obispos de Oriente en la coleccion del P. Lupus; la carta de S. Leon á Flavio, con las demás sobre el mismo tema; la de S. Agustin á Volusiano y su tratado sobre *el dón de la Perseverancia*, en el cual explica lo conveniente á la predestinacion de Jesucisto, y la epístola de S. Bernardo á Inocencio II contra Pedro Abelardo *de la Satisfaccion del Salvador* y *de la Redencion del hombre.*

---

1 *Sujeto ó persona.* Usase comunmente, hablando de las tres personas de la Santísima Trinidad. Véase la palabra HIPÓSTASIS en el *Diccionario de Teología. (N. del E.)*

sin olvidarse del tratado *del Cuerpo de Jesucristo*, por Tertuliano.

Tocante á la *Predestinacion*, á la *Gracia* y al *Libre Albedrío* tenemos á S. Agustin en el tomo VII de sus obras (última edicion); S. Próspero, contra Colator, y las respuestas del mismo Padre á las objeciones de Vicente, y en fin, S. Fulgencio y S. Bernardo en los parajes en que tratan estas materias tan profundas y espinosas.

Quizá sería más conveniente haber leido antes los tratados de S. Gregorio Nizeno y de S. Agustin sobre *la Beatitud*, *la Inmortalidad* y *la Cantidad del alma;* los cuatro libros de este último Padre *sobre el Orígen del alma*; los tres de Cláudio Mamerto y el tratado de Fausto *de la Naturaleza del alma;* el *de la Naturaleza del hombre*, del Obispo Nemesio, y lo que S. Paulino escribió sobre *la Caida del hombre* y sobre *los Méritos de Jesucristo*. Se leerá tambien á S. Gregorio Niceno *de la Resurreccion de los muertos;* la homilia de S. Crisóstomo sobre el mismo asunto, y los tratados *de la Resurreccion*, que tenemos de Tertuliano y de Atenágoras.

Respecto á los SACRAMENTOS DE LA IGLESIA se leerán los siete libros del *Baustismo*, por S. Agustin, contra los donatistas, y los que este Santo escribió contra Parmenio; los dos de S. Basilio *de Baptismate;* el tratado de S. Ambrosio *de Initiandis; la homilia* 83 de S. Crisóstomo sobre S. Mateo; *las cartas* de S. Paciano y sus tratados *del Bautismo;* los *sermones* de S. Gaudencio; la *carta* de S. Fulgencio á Ferrando, acerca del bautismo de un etiope moribundo; el tratado de Tertuliano sobre *la Penitencia;* S. Fulgencio, *de la Remision de los pecados* y *las Catequesis* de S. Cirilo de Jerusalem sobre la Eucaristía.

En lo respectivo á la IGLESIA, se leerá S. Cipriano, *de Unitate Ecclesiæ;* la mayor parte de las cartas del mismo Padre y todo lo que hay de S. Agustin, S. Optato y de algunos otros PP. contra los donatistas y contra los griegos, con lo que S. Irenéo, Tertuliano y Vicente de Lerins escribieron en defensa de

las tradiciones. Además de estos tratados de los PP. hay otros que deben servir como de introduccion y de prefacio al cuerpo de Teología de que acabamos de dar una idea. Los libros de la *Preparacion* y de la *Demostracion evangélica* de Eusebio de Cesaréa son de este número, y á ellos deberán juntarse los tratados de S. Agustin *de la Verdadera Religion, de las Costumbres de la Iglesia, de la Instruccion á los que no saben; de la Esencia de las cosas que no se conciben; de la Fe y de las buenas Obras; de la Utilidad de la Fe; el Manual de Laurencio,* y el libro de S. Fulgencio *de Fide ad Petrum*, que contiene sobre el particular cuatro reglas importantísimas.

Estas son las verdaderas fuentes de la Teología, á las cuales deberán acompañar las explicaciones que sobre los antiguos símbolos dieron los PP., principalmente S. Agustin y Rufino de Aquiléa. Siguiendo el mismo orden se procederá á la lectura de las *Profesiones de fe* de los Obispos de Africa, de S. Gregorio Taumaturgo y cuantas hay en la coleccion de los Concilios, las cuales deben ser miradas como un corolario ó explicacion de los símbolos recibidos en todas las Iglesias del mundo.

Es preciso tambien que, por via de oposicion y para aumentar la luz con el contraste de la oscuridad, se lean las *confesiones de fe* de los antiguos herejes, recogidas por el P. Garnier en sus notas sobre Mario Mercator, de las cuales aquel sábio jesuita nos dió una muy ámplia edicion. A esto deberán juntarse las *confesiones de fe* de los herejes y sus *retractaciones*, entre ellas las del monge Leporio, que tenemos entre las obras del P. Sirmond, y sería tambien sumamente útil tuviéramos una coleccion completa de esta clase de documentos, que son muy á propósito para hacer ver el carácter de los herejes, y para convencerlos de su mala fe con sus propios argumentos. Convendria aún más, para fortificarnos contra estos obstinados enemigos de la ortodoxia, tener sus antiguos escritos, que nos servirian para es-

clarecer en los PP. dificultades que convendria examinar en todas sus fases para fallar con acierto; pero el horror que siempre ha concebido la Iglesia á los herejes ha hecho que casi no quede cosa alguna de sus obras. De todos los escritos de Orígenes, que fueron infinitos, apenas hay íntegros mas que aquellos que los latinos conservaron, pues los griegos suprimieron ó abandonaron enteramente los originales, por el sumo desprecio con que miraban todo cuanto les parecia herético.

¿Qué fué de las obras de los gnósticos, de los maniqueos, de los arrianos, de los nestorianos, de los eutiquianos y de los pelagianos, que se tenian por los doctores del mundo? Todo esto (si se exceptúan algunas homilías de Nestorio, que es uno de los herejes antiguos de quien más ha quedado, gracias á los autores católicos, entre cuyas obras se deslizaron algunas de las suyas), todo esto, repetimos, desapareció casi por completo; pero importó muy poco á los fieles, porque estaban bien persuadidos de que á medida que uno se separa de la fe, se separa de la verdadera ciencia, y de que los escritos de los herejes no eran sino escritos de ignorantes y de ciegos. Así parece haberlo querido dar á entender S. Irenéo, cuando dió á sus libros contra las herejías el título de *Refutacion ó destruccion de los falsamente llamados conocimientos*, demostrando bien claramente con sólo este título el verdadero carácter de los falsos doctores que se proponia refutar.

Cuando se lee un Padre no basta leer los escritos de sus adversarios, sino que en cada tratado es preciso consultar los demás y hasta los de los otros Padres que hablen del dogma en cuestion ó expliquen sus palabras. Si, por ejemplo, se quiere leer á San Atanasio ó algun otro Padre griego sobre la inefable Trinidad, se debe recurrir á S. Gregorio Niceno, que trata de la significacion y de la fuerza de las palabras empleadas por los griegos para hacer comprender, en lo posible, la doctrina de la Iglesia respecto á este grande y adorable misterio. Pero lo que princi-

palmente debe buscarse cuando se estudian los dogmas de la Religion en los PP., es la historia de las herejías que estén en oposicion con aquellos. S. Irenéo, S. Epifanio, Teodoreto y S. Agustin hablaron con bastante latitud sobre esto; pero hay ocasiones en que es preciso estar muy alerta con ellos, particularmente con el segundo, que no pecó de demasiada exactitud; mas en estos casos se puede recurrir á los modernos, que han analizado las cosas con más cuidado; porque si uno se engolfa en puntos controvertidos, sin estar perfectamente impuesto del estado de las cuestiones, trabajará mucho y adelantará muy poco.

CAPÍTULO XI.

De las reglas que se deben guardar en la lectura de los Padres, sobre los dogmas de la fe.

Al proponerse leer un tratado cualquiera de un Padre de la Iglesia es preciso que ante todo se asegure de si es del mismo Padre, para no tomar un autor por otro y exponerse á atribuirle una doctrina errónea que él no sostuvo, ú otra, que aunque católica, no hubiese sido todavía declarada tal en su tiempo por la Iglesia. Por esta regla se cree que el Símbolo atribuido á S. Dámaso no es de este Padre, pues se encuentra en él que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; lo que siendo verdad en el fondo, no se habia aún insertado en las confesiones de fe comunes á todas las Iglesias de aquel tiempo (13). Presúmese tambien que la obra imperfecta sobre S. Mateo, tenida por mucho tiempo como produccion de S. Crisóstomo, no puede ser de este Padre, pues esto argüiria (lo que es absolutamente falso) que habria enseñado, como enseñaban los arrianos, que el Espíritu Santo no es mas que el ministro del Hijo de Dios, y que la doctrina de la consubstancialidad es una herejía (14). Sin el auxilio de la crítica para leer los SS. PP. se les atribuirán infaliblemente libros que no les pertenecen, aunque no sean indignos de

llevar su nombre, ó se les supondrán otros, que no pueden dejar de desacreditarlos. El tratado, por ejemplo, *contra los Espectáculos*, el de la *Pureza* y el libro de la *Singularidad de los clérigos*, son obras útiles y antiquísimas, que, salvo el estilo, pudieran atribuirse muy bien á S. Cipriano sin injuriarle; pero no sucederia lo mismo si se le atribuyera el tratado de la *Montaña de Sion y de Sina*, el de la *Cena* y algunos otros, impropios del talento de este Santo.

En la lectura de los PP. no basta examinar si tales ó cuales obras les pertenecen, sino que tambien debe indagarse si se hicieron recomendables á la Iglesia por alguna cosa grande, que los distinga de los demás; porque á pesar de darse el nombre de *Padres* á los escritores eclesiásticos de la antigüedad, no todos tienen igual mérito: pues así como en el cielo una estrella difiere de otra en magnitud y resplandor, así tambien los PP. difieren entre sí en erudicion y en elocuencia.

Cuando uno se halla embarazado sobre un punto de la antigüedad, es prudente preferir el testimonio de los antiguos al de los modernos, é irse remontando de siglo en siglo y de año en año hasta encontrar el orígen ó la procedencia de lo que se busca. Así, pues, suponiendo que quiera saberse cuál ha sido siempre la creencia de la Iglesia respecto al bautismo de los herejes, no bastará detenerse en S. Cipriano, por antiguo que sea, sino que será preciso remontarse más, y examinar si en los tiempos anteriores y en las Iglesias que precedieron á las de Africa, como fueron las de Grecia, fundadas por los Apóstoles ó por hombres apostólicos, se halla alguna tradicion más antigua que la que aquel Santo mártir invoca en su favor, en la cual sus adversarios puedan apoyarse (15).

Además, cuando se trata de penetrar en el fondo de una cuestion doctrinal, es muy prudente consultar con preferencia á los Padres más teólogos que oradores ó filósofos. Por esto no deberá jamás escucharse á Arnobio, Lactancio, S. Clemente de Alejandría y á

otros, con perjuicio, por ejemplo, de S. Agustin; así como en materia de profunda teología no deben ser preferidos los sermones de este Santo, en los cuales no hace mas que enunciar, por decirlo así, las cuestiones á sus tratados polémicos, en que hablando como un sábio é ilustrado Doctor, resuelve las dudas y desarrolla las dificultades.

Cuando se está indeciso en la eleccion de los Padres, debemos, en justicia, inclinarnos á los que permanecieron siempre firmes y constantes en la fe, con preferencia á aquellos que vacilaron, ó que al fin se separaron de ella. Tertuliano y Orígenes fueron indudablemente unos grandes hombres, pero habiéndose debilitado su fe, dieron tambien grandes caidas; de consiguiente, disminuyendo en mucho su crédito, áun en aquello en que no erraron, no se les infiere agravio alguno si se los pospone á aquellos PP. que, aunque menos célebres, tuvieron la suerte de no haber dado jamás el menor tropiezo (16).

Cuando se trata de puntos que se hallan en controversia, es preciso informarse del estado de la cuestion en su orígen; examinar todas sus circunstancias bajo todos sus aspectos; investigar con el mayor cuidado cuáles sean los motivos, el interés y las preocupaciones de los contendientes, y seguirlos paso á paso, sin perderlos de vista, por estos senderos, en los cuales nada hay tan fácil como el extraviarse. Quien leyera, por ejemplo, sin el mayor cuidado y vigilancia suma los anatemas de S. Cirilo de Alejandría y las respuestas de Teodoreto, confundiria fácilmente los dos partidos, tanto porque ambos trataron las cosas con la mayor sutileza, como porque Teodoreto, aunque ilusionado, obraba con tanta sinceridad y buena fe como maestría y entereza.

Jamás se está tan embarazado en el juicio que se forma de dos controversistas como cuando, tendiendo estos igualmente á descubrir la verdad y raciocinando sobre los mismos puntos, cuestionan por ciertas ideas abstractas y por algunas expresiones puramente metafísicas, que les impiden tanto más el ponerse de

acuerdo, cuanto que cada uno de ellos hace gala de tan insignificantes sutilezas (17). En estos casos debe considerarse en qué siglo fué promovida la cuestion de que se trata, porque hubo tiempos en que se habló de algunos de nuestros misterios de un modo tan imperfecto, que de ninguna manera podria tolerarse en siglos más ilustrados; no porque la fe haya dejado de ser siempre la misma, sino porque no siempre se habló con igual precision y energía, particularmente en los tres primeros siglos. Por esto S. Justino Mártir, Atenágoras, Taciano, Teófilo, S. Ireneo, los SS. Clemente, papa y de Alejandría, Dionisio, obispo de la misma ciudad, Orígenes, S. Gregorio Taumaturgo, Metodio, Luciano, Tertuliano, Lactancio y otros hablaron de la Trinidad con bastante imperfeccion, á pesar de tener la mayor fe en tan sublime misterio.

En aquel tiempo se hacia tan poca distincion en el lenguaje, entre las palabras *naturaleza* y *persona*, en la explicacion de esta teología, que sin reflexionar sobre la propiedad de estas voces, se tomaba indiferentemente la una por la otra; lo cual dió márgen á que se acusase á S. Clemente de Alejandría de haber creido que la naturaleza del Hijo de Dios era diferente de la de su Padre. Por esto, respondiendo Facundo por Eustacio de Antioquía, cuyas expresiones parecian favorecer á los nestorianos, dice muy bien que no debe condenarse la doctrina de este Obispo por la impropiedad de sus palabras, en las que no ha de fijarse la atencion, y mucho menos cuando habló así en un tiempo en que el error de Nestorio no se habia presentado aún, y por lo tanto no podia ocurrírsele el precaverse contra los sofismas de este heresiarca.

Tambien debe tomarse en consideracion en dónde ó en qué parte se agitaron las cuestiones. Los altercados que en otra época se suscitaron entre las Iglesias de Oriente y las de Egipto, no procedieron mas que de los diferentes giros que los egipcios y los orientales daban á sus expresiones, pues estos se ha-

bian inclinado á marcar la distincion de las dos naturalezas en Jesucristo, más bien que á hacer comprender la íntima union de estas; y los egipcios se habian aplicado á hablar de su union y de su distincion, como muy juiciosamente observa Mr. Du Pin en su Biblioteca.

Es de suma importancia, por fin, averiguar con qué ideas filosóficas hablaron los PP. acerca de los dogmas de fe. Los de los tres primeros siglos discurrieron ordinariamente sobre las cosas divinas segun las ideas de Platon, y se expresaron con arreglo á ellas. Por esto muchos protestantes dicen con la más refinada malicia, que la Iglesia de los primeros siglos enseñaba una doctrina contraria á la igualdad, á la distincion y á la coeternidad de las personas, añadiendo, con la mayor audacia, que los antiguos PP. opinaban que el Verbo no tuvo su perfeccion hasta la creacion del mundo: es decir, que no recibió hasta entonces la efusion de sabiduría que le da su perfecta existencia, habiendo permanecido antes oculto en el seno de su Padre como un gérmen en la semilla. Pero como dice un sábio teólogo *(Defensa de la Perpetuidad de la fe, lib. 7. cap. 4.)*: «¿A qué pueden conducir estas quisquillas sino á demostrar que los Padres hablaron en sus escritos de dos maneras, como filósofos y como teólogos; que como teólogos no se acordaron siquiera de las máximas de la filosofía, porque consideráron los misterios en un órden elevado muy por cima de la naturaleza, y que como filósofos no pensaban en los misterios, porque sabian que los discursos filosóficos se limitaban naturalmente al órden de la naturaleza? En efecto: ellos miraban la filosofía y los misterios como dos esferas enteramente separadas, que nada tenian de comun entre sí, y por lo tanto no se creyeron obligados á tener miramientos en sus discursos, por miedo de que sus expresiones como filósofos pudieran perjudicar á los misterios.»

Es verdad que si respecto al misterio de la Trinidad no nos atuviéramos mas que á las palabras de

algunos de los antiguos PP., podriamos imaginar que habian querido introducir el platonismo en la teología cristiana; que lo que nosotros llamamos misterios, no seria sino un refinamiento de aquella filosofía sostenida por algunos de nuestros príncipes [1]; que los judíos helenistas, que fueron platónicos, habian sembrado estas semillas del platonismo en los ánimos de los primeros cristianos, y que los PP. las habian recogido y cultivado. Pero si consideramos de dónde sacó Platon su doctrina, imperfecta como es, y nos apercibimos de que la tomó en gran parte de los principios establecidos en la teología de Moisés, de la cual habia adquirido algunas nociones entre los sábios de Egipto, sin haber conocido su fondo, lo mismo que sus maestros, las ilusiones producidas por tan falsa luz no tardarán en desvanecerse.

Así, pues, cuando los PP. se sirvieron, para la explicacion de los misterios, de alguna de las frases propias de aquella filosofía, no lo hicieron porque intentaran, ni áun remotamente, basar una nueva doctrina sobre fundamentos tan deleznables, sino porque estando entonces en boga la filosofía platónica entre los paganos, que se convertian al cristianismo, era muy natural servirse de las palabras de Platon para explicar á los recien convertidos el misterio de la Trinidad, del cual se habian mezclado en el ánimo de aquellos filósofos algunas ideas extravagantes é imperfectas, debidas á las corrompidas tradiciones conservadas entre los gentiles. En efecto, Platon y sus discípulos se imaginaban una especie de Trinidad, porque si bien no creian hubiese mas que un sólo Dios supremo, espiritual é invisible, al que llamaban *Sér*, colocaban despues de él otro sér inferior, que denominaban *la Razon*, conductor de las cosas presentes y futuras y creador del universo, y otro tercer sér, al cual daban el nombre de *Espíritu* ó *alma del mundo*. Aunque aparezca alguna sombra de verdad en esta doctrina, es tan opaca y dista tanto de la ver-

---

1 Téngase presente que el autor era francés y no español. (*N. del E.*)

dadera luz, que no puede considerársela sino como la fuente de todas las herejías que contra el misterio de la Santísima Trinidad se han suscitado.

No debe, pues, juzgarse de la doctrina de los antiguos PP. por algunas palabras que se vieron precisados á tomar de la filosofía platónica, sino por la tradicion de la Iglesia, la cual fija su verdadera significacion y sentido, que algunos libertinos podrian interpretar falsamente, imaginándose que los PP. no se habian producido así sino por via de un juego de imaginacion y para dar mayor peso á sus preocupaciones: cuando debe únicamente pensarse que si alguna vez hablaron de nuestros misterios, sirviéndose de algunas de las expresiones de los platónicos, fué sólo para conciliarse los ánimos de los gentiles y hacerles comprender mejor, en lo posible, lo que de otro modo no hubieran querido escuchar.

CAPITULO XII.

De los miramientos guardados por los PP. á las diferentes clases de personas, con quienes se vieron precisados á tratar sobre los dogmas de la fe.

Los PP. de la Iglesia hicieron siempre una gran distincion entre las verdades que podian proclamarse indistintamente ante los fieles, los judios y los gentiles y las que debian manifestarse tan sólo á los primeros. Comparaban aquellas al pan de que todos podian comer (*Método de los PP., cap.* 9.), y las otras á los panes de proposicion, que eran solamente para los sacerdotes. A las primeras las llamaban la leche de los niños, los elementos de la fe, la doctrina exterior del Evangelio, y á las últimas el alimento de los hombres perfectos, la doctrina interior, lo sublime y lo divino de los misterios y la gloria del Evangelio. Bajo este pié hablaban ante todo el mundo sobre la unidad de Dios, de su omnipotencia, de la creacion del universo, del nacimiento temporal de Jesucristo, de sus milagros, preceptos, pasion, muerte, sepultura, resurreccion, ascension y

de su gloria á la diestra de su Padre. Tambien hablaban con la mayor claridad acerca de la Iglesia, de la remision de los pecados, de la resurreccion de la carne, del juicio final y de la vida eterna; á lo que añadian la distincion de los Angeles buenos y los Angeles malos, para que los paganos conocieran que los dioses por ellos adorados eran los Angeles malos ó Demonios, que los engañaban con falsos oráculos y los desviaban, por medio de sus prestigios, de la adoracion y del culto del verdadero Dios.

Estas son las verdades que los PP. explicaban ante todo el mundo; pero las verdades secretas, es decir, los misterios de la religion, las ocultaban á los profanos. Así no se ve que les explicaran jamás ni el misterio de la Trinidad, ni el de la Encarnacion, ni el Sacramento de la Eucaristía, ni ninguno de los otros Sacramentos; en todo lo cual guardaron siempre el más profundo silencio; siendo quizá S. Justino Mártir el único que en esta parte se emancipara, hablando de la doctrina del Bautismo y de la Eucaristía en presencia de los paganos; de lo que no pudo prescindir por verse forzado á rechazar las calumnias de los enemigos del cristianismo, que juzgaban indignamente de cuanto no podian comprender.

Los PP. no daban á los gentiles idea alguna de las ceremonias de la Iglesia en la administracion de los Sacramentos, ni de los actos de religion y de piedad que los fieles practicaban en el retiro de sus casas, fundados en la costumbre de los Apóstoles, como lo observa Mr. Schelestrate contra Ernesto Tentzel, que yendo de ordinario á las sinagogas y al templo, se encerraban, sin embargo, en sus casas para partir el pan. Es cierto que los Apóstoles hablaron claramente de la Eucaristía, pero tambien lo es que sus escritos no se dirigian sino á los fieles.

Los PP. eran tan circunspectos, que no hacian aprender la oracion dominical á los catecúmenos hasta pocos dias antes de ser bautizados, ni daban tampoco á estos por escrito el símbolo de los Apóstoles ni ninguno de los demás símbolos (18). Sozomeno,

historiador muy célebre, que floreció en el siglo V., refiere (*Hist., lib. 1, cap. 20.*) que habiéndose propuesto insertar en su *Historia de la Iglesia* el símbolo de Nicéa, se vió precisado á desistir de ello, por haberle hecho observar algunas piadosas personas que aquella exposicion de la fe católica no debian leerla sino los sacerdotes y los fieles. De consiguiente no es en las obras de los PP. contra los gentiles donde podremos instruirnos en los misterios de nuestra religion; pues si algunas veces se encuentran en ellas aclaraciones de otras verdades del cristianismo, están mezcladas con la mucha filosofía y erudicion secular que afectaban oponer á los gentiles que la profesaban.

Cuando los PP. disputaban contra los judíos, no se engalanaban tanto con esta ciencia profana, porque estos la despreciaban, como dice S. Pablo en su primera carta á los Corintios, *Judæi signa petunt, et græci sapientiam quærunt:* los griegos buscan la ciencia, y los judíos piden milagros. Lo que hizo decir á S. Máximo, que habiendo Dios tenido en cuenta las tendencias de ambos pueblos, habia dado la llave de la ciencia al Apóstol de los gentiles y la del poder al Apóstol de los judíos: *Ambo claves à Domino perceperunt, scientiæ iste, ille potentiæ.*

Los PP. no atacaban á los judíos sino en las profecías y en las promesas de la Escritura, demostrándoles con la mayor evidencia que toda la ley antigua y lo que habian hecho sus padres, no fueron más que los presagios y las figuras de la venida de Jesucristo y del establecimiento de su Iglesia. San Justino, contra Trifon, les prueba con una infinidad de textos de la sagrada Escritura, que Jesucristo es verdaderamente el Mesías, es decir, el Verbo prometido á los Patriarcas, hecho hombre en el tiempo prefijado, y nacido de una Vírgen, para salvar al género humano. Tertuliano les demuestra que la ley de Moisés y las ceremonias legales fueron establecidas tan sólo por un tiempo determinado y hasta la venida de Jesucristo, que es el Mesías esperado por los

judíos y vaticinado por los Profetas, y que los judíos han desconocido, confundiendo malamente lo dicho en las santas Escrituras sobre la gloria de su último advenimiento, con lo que aparece de más vil y despreciable en el primero. S. Cipriano, en fin, en sus libros de los *Testimonios* á Quirino, emplea el mismo método contra los judíos. Les demuestra con la Escritura en la mano, y sobre todo con el antiguo Testamento, que su ley era provisional, que debia pasar, y que los judíos serian rechazados; que habria un nuevo templo, nuevos sacrificios, un nuevo sacerdote, una nueva Iglesia, fundada por Jesucristo, que es la sabiduría y la palabra de Dios, encarnada para rescatar á los hombres de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna; que este Redentor prometido y por tanto tiempo esperado, naceria de la raza de David en Bethlem; que su primer advenimiento seria oscuro; que los judíos le crucificarian; que resucitaria al tercero dia, y que volveria al fin de los siglos en toda su majestad y gloria para juzgar á los vivos y á los muertos.

Cuando los PP. instruian á los catecúmenos, en un principio lo hacian con mucha circunspecion y reserva, tanto por la santidad de los misterios, que no debian exponerse á la profanacion de los infieles, como porque hubiera sido una indiscrecion sobrecargar á sus oyentes, débiles aún, con el peso de una doctrina, que excedia la medida de su fe.

Los catecúmenos no recibian la instruccion de una vez, sino por grados. Orígenes *contra Celso*, (*lib.* 3) no cuenta mas que dos; pero algunos modernos opinan que eran tres: el primero era aquel en que los PP. examinaban á los que se presentaban para ser admitidos catecúmenos, y se dedicaban, como dice S. Agustin, á sondear sus corazones y á desarraigar de ellos cuantas ideas pudieran impedirles el comprender las verdades cristianas. Contábase en el segundo grado á aquellos que, empezando á estar instruidos en las cosas de la Religion, no habian recibido aún el símbolo para ser purificados, es decir,

para ser bautizados. Entraban, finalmente, en el tercer grado, cuando, decididos y resueltos á conformarse en un todo con el Evangelio, daban fundado motivo para creer que perseverarian en su buena resolucion. Permanecian por espacio de dos ó tres años en esta especie de noviciado, durante el cual se les enseñaban la moral cristiana y los elementos de la fe, pero sin pasar á la explicacion de los misterios hasta entrar en el número de los *competentes*, ó sea de aquellos que en los primeros dias de la Cuaresma pedian ser inscritos en los registros para ser bautizados el dia de Pascua. Entonces, y no antes, se les explicaban los misterios y se les instruia en las ceremonias del Cautismo, para el cual habia rituales que se les hacian leer y ellos copiaban para que sus reglas les quedasen más impresas en la memoria. San Cirilo de Jerusalem habla en sus Catequesis de aquellas ceremonias, y expresa con las palabras συνταξει y de αποταξει cómo los catecúmenos se volvian tan pronto al Oriente como al Occidente.

En los primeros dias se instruia en la gracia del Bautismo y de la Penitencia á los competentes; en seguida se les explicaba los principales artículos de la fe; luego se les exponia detalladamente toda la doctrina cristiana, y se les hacian conocer todas las consecuencias que del símbolo podian deducirse para sostener los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion; y en fin, cuando se hallaban ya dispuestos para recibir á un mismo tiempo, segun el uso de aquella época, el Bautismo, la Confirmacion y la Eucaristía, se les imponia á fondo en los Sacramentos y en las disposiciones necesarias para recibirlos dignamente (*Métodos de los PP., cap.* 4.). Los catequistas hablaban de todo esto de un modo muy claro, y explicaban hasta las más pequeñas metáforas del texto sagrado, determinando el sentido en que estos debian tomarse; y como no habia en ellos la menor exageracion, se servian de los términos más sencillos y más á propósito para hacer comprender los misterios; eliminaban las cuestiones sutiles y curio-

sas y no hacian resaltar sino aquellas dificultades que nacen, por decirlo así, del fondo y de la naturaleza de las cuestiones que se presentan.

Durante las octavas de Pascua se continuaba instruyendo á los iniciados ó neófitos, esto es, á los rerecien bautizados. S. Cirilo de Jerusalem, en sus *Catequesis mistagógicas*, les hace conocer vivamente la importancia del voto que al recibir el bautismo habian hecho de renunciar al demonio, al mundo y á sus pompas, y repite lo que les habia ya dicho sobr elos sacramentos, desarrollando la doctrina y las razones místicas de ellos de una manera mucho más clara y extensa que antes.

Cuando los PP. instruian á los fieles, aunque se propusieran explicarles los puntos principales de la religion y entraran, respecto á las verdades en muchos más detalles que los en que hoy dia se entra, no por eso dejaban de trazarse un círculo, que rara vez traslimitaban, siendo contadas las que se entretenian en responder á las objeciones de muchos maliciosos, hechas expresamente, no para imponerse en la religion, sino con el depravado intento de ridiculizarla.

Tampoco llevaban muy lejos las cuestiones que la sutileza de ingenio hace nacer. Así es que, contestando S. Agustin á Consencio (*Epist.* 205 *de la nueva edicion.*) respecto al estado presente del cuerpo de Jesucristo en el cielo, le dice rotundamente: «Contentémonos con lo que plugo á Jesucristo decirnos, y permitidme que no diga más, porque si insistiera, tal vez algun otro pregunton más obstinado me llevara demasiado lejos.»

Como los PP. apenas trataban de controversia mas que respecto á las heregías que en su tiempo hacian ruido, y no con relacion á las pasadas ó á las que en lo futuro pudieran surgir, no debe juzgarse de su doctrina por sus homilias, aunque haya algunas en las cuales no sólo trazaron dogmáticamente los más grandes misterios, sino que removieron cuestiones sumamente difíciles. S. Gregorio Niceno, en sus *homilias* sobre el nacimiento y el bautismo de Jesucristo;

S. Leon papa, en sus *sermones* contra Eutiquio, y S. Agustin en sus *discursos* sobre las palabras del Apóstol, demuestran bien sus vastos conocimientos; pero generalmente ninguno de los PP. se extendió mas que sobre la moral, y cuando decian alguna otra cosa, si era delante de paganos ó de judíos, la decian de una manera tan solapada, que se conoce querian ocultar el fondo de los misterios á los ojos de los profanos; de donde proceden aquellas expresiones tan comunes en sus sermones: *Hablamos á los fieles; los iniciados entienden lo que decimos*, y otras semejantes, que indicaban un secreto que no querian revelar ante personas sospechosas.

Tambien es digno de notarse que cuando los Padres instruian á los fieles, lo hacian siempre con la mayor sencillez, sin tomarse el trabajo de probar su doctrina, fundados en la máxima general, de que siendo los pueblos, como lo son en realidad, inca paces de profundizar los misterios, deben creer, sin detenerse en su exámen, las verdades que la Iglesia les enseña. Por esto mismo Orígenes *(In Cels., lib. 3.)* y S. Hilario, obispo de Poitiers *(De Trinit., lib. 2.)*, dicen que basta al comun de los cristianos atenerse, respecto á la doctrina de la Trinidad, á las palabras del Evangelio; y S. Atanasio añade que, tocante á este misterio, no debe disputarse sobre las palabras ni tratar de profundizar demasiado lo que no debe profundizarse, ni mucho menos pensar hacer comprender con razonamientos humanos lo que excede á la razon del hombre y á todas sus luces y conocimientos. Un filósofo moderno (Malbranche, *Entretien* 25.) dice tambien que principalmente por esto fué por lo que Jesucristo y sus Apóstoles no nos enseñaron formalmente los principios de razon de que se sirven los teólogos para apoyar las verdades de la fe, pues supusieron que las personas ilustradas las sabrian y que las sencillas se someterian á la verdad sin vacilar. En fin, cuando los PP. se veian frente á frente con los herejes, entonces desplegaban todas sus velas y hablaban claramente de los misterios, persuadidos

de que lo podian decir todo para poner la verdad á cubierto de los errores de la calumnia, y convencidos de que Dios no permite surjan herejías sino para que, desarrollándose con ellas los dogmas, los débiles y vacilantes en la fe se afirmen con las luces que el Espíritu Santo concede á la Iglesia.

Por muchos y grandes que fueran los esfuerzos hechos por los Padres, no puede, sin embargo, imaginarse dijeran cuanto podia decirse sobre cada uno de los puntos controvertidos, ó bien hablaran siempre con tal claridad, que no haya que suplir algo á sus explicaciones, ó que, en fin, tuvieran la suficiente penetracion para prever todas las consecuencias que en lo sucesivo pudieran deducirse. Porque ¿quién dudará que en el calor de la disputa se les pasarian por alto muchas cosas, que hubieran podido expresar con mucha más precision, y que al escoger los argumentos abandonaran quizá los más sólidos, para adoptar otros mucho más sutiles, como solian hacer los filósofos antiguos, los cuales muy á menudo no aducian las razones más probables, y sí las sofísticas para sostener sus opiniones?

El Defensor de la *Perpetuidad de la fe* dice muy bien *(Lib. 7, cap. 2.)* que si los PP. del segundo Concilio de Nicéa, que apoyaron la doctrina del culto de las imágenes, fundados en una infinidad de pruebas sólidas, no tuvieron el cuidado de eliminar otras menos exactas, esto no debe en manera alguna perjudicar á la fuerza de las primeras, mas que suficientes por sí solas para establecer la tradicion, confirmada por sus cánones. «Por otra parte, dice el mismo autor, todos los razonamientos del mundo necesitan buena fe; pues no hay demostracion, por pura y palpable que sea, que no pueda negarse, oscurecerse y rebatirse por la mala fe de los hombres. De suerte que, por bien encadenadas que estén las consecuencias, es siempre indispensable retroceder á ciertas verdades que se sienten, pero que no se prueban. De consiguiente, pretender reducir todos los razonamientos á la última precision, es sin duda el peor camino que

puede tomarse para explicar los autores antiguos.»

Finalmente, se encuentran en los PP. ciertas dificultades, que no proceden ni de debilidad de sus razonamientos, ni de oscuridad en sus expresiones, sino de la gran profundidad de los asuntos de que tratan, como lo prueba sólidamente S. Agustin en sus libros contra el obispo Juliano. De consiguiente el pretender en tales casos apurar demasiado á los antiguos teólogos en una doctrina tan sublime, para hacerse comprender por medios ordinarios, seria burlarse descaradamente de tan insignes Doctores.

Hasta hay cuestiones que los PP. abandonaron, porque no se creian obligados á contestar á los herejes sobre puntos en que los Doctores católicos estaban discordes, y sí sólo sobre aquellos generalmente recibidos y aprobados por toda la Iglesia, con arreglo á los cuales los Concilios habian en todos tiempos dado sus decisiones.

CAPITULO XIII.

De las palabras, frases y figuras empleadas por los PP. en la explicacion de los dogmas de la fe.

En la lectura de los PP. es precisoque seamos sumamente equitativos.

Cuando se encuentran pasajes claros y pasajes oscuros, no debe juzgarse de aquellos por estos, sino de estos por aquellos; y cuando entre muchos oscuros no hay mas que uno claro, tambien por este deben juzgarse los demás, sobre todo si sirve de base ó de punto de apoyo á la doctrina de su autor, y con mayor razon jamás deben interpretarse muchos claros por uno solo oscuro. Por esto se queja Rufino, y muy justamente, de que habiendo dejado por descuido en su traduccion de los principios de Orígenes un pasaje, en el cual este antiguo teólogo parece negar que el Hijo de Dios vea al Padre, sus enemigos le acusaron de un error, ya destruido en otros lugares por muchos pasajes manifiestamente opuestos.

Tertuliano dijo hace ya mucho tiempo (*De Pudit., cap.* 16.) que los herejes y los ignorantes tenian la costumbre de oponer pocos pasajes oscuros ó ambiguos á muchos muy claros: *Et hoc solemne perversis et idiotis, et hæreticis, alicujus capituli ancipitis occasione, adversus exercitum setentiarum instrumenti totius armari.*

A S. Gregorio de Niza, que habia leido mucho á Orígenes, se le escapó algunas veces mezclar en sus discursos varias cosas que tenian cierto matiz de los errores de este antiguo autor; mas sin embargo, sería demasiada crueldad imputar á un Obispo tan católico los extravíos de un escritor, del cual se ve claramente habia procurado apartarse en todo cuanto Orígenes tropezó.

S. Agustin (*Lib.* 1, *contra Juliano.*) se burla de Juliano, que pretendia tener á S. Crisóstomo de su parte, sólo porque este Padre no habia expresado bastante en un pasaje lo que en otros varios estaba mas que suficientemente claro para confundirle. *¿Quid te adjuvit quod Joannis Constantinopoli tanquam tibi suffragetur testimonium posuisti? ¿An ut unum verbum quasi ab eo prætermissum, velut acuta caliditate captares, et tot verborum ejus quibus obrueris, tam ingentem sibi aggerem commoveres?*

El buen sentido exige tambien que no se juzgue de la doctrina de los PP. por algunas expresiones esparcidas en varias partes de sus escritos, porque si no un Padre se encontraria con frecuencia en oposicion consigo mismo, pues hay muchas cosas que se pueden explicar diversamente y bajo diferentes aspectos; además, no hay precisamente una obligacion de expresarse siempre con la misma exactitud, sobre todo en aquellos lugares separados ó extraños á lo esencial de la doctrina ya establecida en otra parte. No sólo debe considerarse cada pasaje en su situacion natural, sino tambien ver, por decirlo así, el punto al cual van encaminadas todas sus líneas; pues si no se guarda esta exactitud, es muy fácil involucrar

toda la doctrina de un autor, alterando sus palabras y sus pensamientos, como se altera la colocacion de las letras para significar con ellas cuanto se quiera.

Es preciso tambien observar que cuando los Padres tratan de cosas ya explicadas y no contradichas, no hablan de ellas con la misma precaucion que si estuvieran puestas en controversia; así, desde que el arrianismo fué anatematizado por el Concilio de Nicéa y no hubo ya que temer se abusara de ciertas palabras, respecto á las dificultades acabadas de dilucidar, los PP. griegos no tuvieron reparo, al hablar del Hijo de Dios, en servirse de las voces *Mediador*, *Ministro* é *Instrumento*, que, antes que la Iglesia las hubiese determinado en un sentido católico, parecian muy delicadas á los Pastores, encargados de velar por el rebaño de Jesucristo.

No debe siempre juzgarse de la doctrina de los Padres por sus expresiones, algunas veces imperfectas, sino de estas por la doctrina más generalmente admitida en su tiempo. Si tomásemos, por ejemplo, la palabra *Hipòstasis* por la de *Persona*, no sólo trastornariamos la doctrina de los PP. de la Iglesia anteriores al Concilio de Nicéa, sino tambien la de los que lo formaron, puesto que rara vez tomaron la voz *Hipostasis* más que por *Sustancia* y no por *Persona*, como observa el P. Petau en el segundo tomo de sus dogmas teológicos. *Vox hypostasis non modo ante Concilium Nicœnum, sed ab ipsis quidem nicœnis Patribus aliter ferè accepta est, quam pro* οὐσία *et substancia, rarissime verò pro persona et proprietate* διακριτικῇ *ac numerum faciente.*

Del uso que de ciertas palabras hicieron los Padres, no mirando muchas veces tanto al sentido en que ellos solian tomarlas, como al que les daban los adversarios con quienes disputaban, resulta la grande ambigüedad observada en algunos de los pasajes de los mismos, particularmente en S. Cirilo de Alejandría contra Nestorio y sus sectarios. Esto obliga á suplir la falta de expresion con el conocimiento que

se tiene de la cosa expresada, y mucho más cuando es indispensable ayudarles hasta en los mismos pasajes en que se expresan con mayor claridad, por ser imposible que ni áun los hombres más elocuentes puedan dar siempre á sus ideas aquella fuerza de expresion tan necesaria para hacerse comprender con toda la extension debida.

Si una palabra tiene dos sentidos, uno general y otro particular, es preciso considerar á cuál de los dos puede referirse, comparando cada uno de ellos con el objeto principal del autor; y aquel que más esté de acuerdo con él, será el sentido en que deba tomarse. Cuando una palabra, dice el Defensor de la *Perpetuidad de la fe* (*Lib*, 7, *cap*. 2.), tiene dos sentidos, el uno compatible y el otro incompatible con cierta doctrina, puede suceder muy bien esté abolida en uno de ellos, si no fija lo que hay de principal en dicha doctrina; y que no siendo propia y única, pueda ser reemplazada por otras. Así es que, siguiendo la hipótesis de los católicos sobre la Eucaristía, como la palabra *imágen* es contraria á la presencia real en el sentido exclusivo, y compatible con esta presencia en otro sentido, es posible y muy natural que esta palabra se haya abolido poco á poco en el sentido incompatible con la presencia real, que dejara de llamarse á la Eucaristía ni signo ni imágen, y que se escogieran, para expresar lo indicado con estas palabras, otras voces no sujetas al mal sentido que aquellas podian tener. Pero cuando una palabra expresa natural y simplemente la verdad de un misterio; cuando es tan propia que la imaginacion deba suplirla en todas las expresiones metafóricas, y cuando, en fin, no hay otra en la lengua capaz de explicar aquella idea, es imposible que el uso haya podido abolirla. Por esta razon, conviniendo la palabra Dios propia y esencialmente á Jesucristo, en términos que sin ella no sea dado expresar lo que Jesucristo real y verdaderamente es, no puede en manera alguna llegar un tiempo en el cual se diga en la Iglesia que Jesucristo no es Dios, á no ser que la doc-

trina de su divinidad quede abolida, lo que no sucederá jamás.

Cuando los PP. se sirven de expresiones cuyo sentido recto es católico, aunque sean susceptibles de un giro herético, jamás deberán entenderse en este, sino en el más natural, que es el primero que se presenta á la imaginacion; y cuando hablan en términos figurados, es menester explicar el lenguaje figurado por el simple, y jamás este por aquel, y mucho más cuando, alejándose el figurado de las expresiones ordinarias y naturales, no puede comprenderse sin volver á las expresiones más naturales y más simples.

«En el lenguaje humano, dice el mismo autor (*lib.* 7, *cap.* 5.), puede negarse la expresion figurada y sustituirse con la simple; pero sería la mayor extravagancia negar la simple y quererla sustituir con la figurada. Por ejemplo, la piedra del desierto significa Jesucristo, mas no es Jesucristo; y al contrario, no podria decirse sin la mayor locura que la piedra es Jesucristo, pero que no significa Jesucristo. La diferencia entre las expresiones simples y las metafóricas, añade, (*lib.* 6, *cap.* 11.) consiste en que las primeras no envuelven mas que una idea, y las segundas envuelven dos, y dos representan á la imaginacion, porque representan la cosa que se quiere hacer entender, y la imágen con la cual se representa. Una de estas ideas es natural, respecto á la cosa, y extraña, respecto á la palabra; y la otra es natural, respecto á la palabra, y extraña, respecto á la cosa.

»La costumbre de servirse de algunas palabras en sentido metafórico, oscurece á veces de tal modo la doble idea de que acabamos de hablar, que la imaginacion no distingue sino la expresion de la cosa significada y conocida como verdadera; pero en este caso deja de ser ya una expresion metafórica, puesto que no tienen ni su fuerza ni su belleza, y se convierten en una expresion equívoca, susceptible de diferentes sentidos, y que en unos casos significa una cosa y en otros otra. Sin embargo, es muy raro que

la metáfora sea tan frecuente que se haga imperceptible y reemplace enteramente á una expresion propia, sobre todo si es una metáfora que no consista en una palabra, sino en la continuacion de muchas y en alegorías bastante largas y continuadas.»

Siguiendo los PP. el ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles, se sirven tambien á menudo de alegorías y de parábolas, es decir, de figuras que ponen la imágen de las cosas tan palpablemente á nuestra vista, que es imposible concebir la verdad que ellas representan, sin ver la imágen con que está representada. Porque la alegoría no es, propiamente hablando, sino una metáfora continuada; y así como se llama metafórica una palabra tomada en el sentido que no le es propio, se llama tambien alegórico un discurso en el cual se explican muchas cosas con palabras, que no significan en realidad lo que se les hace significar. De consiguiente, es indispensable, como dice un autor (*Met. de los PP., cap.* 10.), que las alegorías sean mucho más oscuras que las metáforas; porque si una sola palabra, sacada de su significacion natural, puede causar oscuridad, esta ha de ser precisamente mucho mayor cuando un discurso entero se compone de palabras que significan otra cosa muy distinta de aquella para la cual se inventaron.

La *Sinécdoque* es otra figura bastante familiar tambien á los antiguos PP. de la Iglesia (*Met. de los PP., cap.* 10.). No expresa, como la metáfora, una cosa con el nombre de otra, sino que da á entender toda la cosa, sin expresar mas que una de sus partes, y á menudo la menos importante; pero como algunas veces expresa la más noble, esta figura tiene dos usos muy distintos, porque es evidente que cuando expresa la más noble, la rebaja. Por esto dijo San Clemente de Alejandría, explicando los medios que deben emplearse para ocultar los misterios, que no hay otro mejor que el de la sinécdoque, porque el ignorante, dice, se engaña con ella, y el que la conoce sabe comprenderla bien. Los PP. advirtieron (*Id. ibid.*) que para entender bien la Escritura es preciso saber

quela sinécdoque se emplea en ella muchas veces para abreviar, y muy á menudo para ocultar los misterios; y aquellos, que tantas veces imitaron á la Escritura, se sirvieron de esta figura de tal modo, que sorprende quieran explicarse los pasajes en que trataron de lleno y á fondo los misterios, por lo que hablaron de ellos con esta figura, para abreviar ó para ocultar á los paganos y á los catecúmenos verdades que no eran capaces de comprender.

Hállase tambien en muchos pasajes de los Padres cierta trasposicion de palabras llamada *Hipérbaton*, y algunas veces discursos enteros, cuya continuacion está tan interrumpida, que parece no haberla, en cuyo caso toma el nombre de *Anacoluto*. Por no fijar la atencion de estas figuras, han abusado mil veces los herejes de aquellos pasajes de los PP. en que fueron empleadas. El *Hipérbaton* y el *Anacoluto* son muy frecuentes, sobre todo en los PP. de los tres primeros siglos de la Iglesia, en los cuales habia más misterios que ocultar; de suerte que muchas veces no hay construccion alguna en sus discursos, ni el menor órden en sus razonamientos. «¿Me preguntareis quizá, dice S. Clemente de Alejandría (*Stron.* 1 y 6.), por qué he escrito mis comentarios sin órden alguno? Pues bien: lo he hecho porque es sumamente peligroso publicar los secretos de la verdadera filosofía á los que tienen la insolencia de atacarlo todo.»

Respecto á las *comparaciones*, que tan frecuentes son en los PP., como es imposible sean todas perfectamente exactas, obrariamos de muy mala fe si las tomásemos por el lado que falsean, para sacar partido contra los que las usan; porque las comparaciones son para hacer comprender cosas oscuras por medio de otras más claras, y no para servir en todas sus partes de apoyo y de sosten á la doctrina que ayudan á hacer comprender.

«Hay algunos, dice con mucho juicio el Defensor de la *Perpetuidad de la fe*, que creen no pueden ser comparadas dos cosas juntas si no se las compara en un todo; y siendo todas las cosas del mundo se-

mejantes y desemejantes, las comparaciones que de ellas se hagan deben por precision ser limitadas por el objeto principal con que se las compara.» Teodoro de Abucara, obispo de los Carios, decia á un sarraceno, para hacerle comprender el misterio de la Eucaristía (*Id. id., lib.* 7, *cap.* 9.), que el Espíritu Santo desciende sobre los dones, y que con el fuego de la divinidad convierte el pan y el vino en cuerpo y en sangre de Jesucristo, lo mismo que el estómago de cada uno convierte el alimento en su propio cuerpo. Cuando aquel Obispo, repetimos, hablaba de esta manera, su comparacion era, sin duda, imperfecta, mas no obstante fué suficiente para hacer entender al sarraceno lo que se queria en lo posible hacerle concebir. El citado autor de la *Perpetuidad de la fe* añade (*lib.* 8, *cap.* 7.), con sobrada razon, «que nada habria tan fácil como hacer pasar á los Padres por herejes, si nos empeñáramos en pretender que siempre que dos cosas son comparables entre sí deben ser enteramente semejantes, y que no pueden subsistir ni perecer sino juntas.» Los que quieran estudiar con más intensidad estas observaciones, tan indispensables para la recta inteligencia de los Padres, podrán recurrir al mismo autor, quien trata de ellas con tal gracia y tanta copia de luces, que puede decirse ser esta la página más hermosa é importante de su excelente libro.

Tambien tenemos en los dogmas del P. Petau excelentes reglas, sin cuyo auxilio sería sumamente difícil penetrar en el fondo de la doctrina de los Padres y desenredarse de las dificultades que la rodean, principalmente en lo relativo á la Trinidad, á la Encarnacion y á la Gracia; pero como seria demasiado largo y hasta sumamente difícil traducir con limpieza todo lo que aquel sábio jesuita dice sobre el particular, á causa de las palabras puramente teológicas que ya no se usan, nos contentaremos con advertir al lector que las reglas relativas á la Gracia están latamente explicadas en el capítulo IV, libro 9, tomo 1.° de los Dogmas; las relativas al misterio de

la Trinidad, en el capítulo VIII, libro 8, tomo 2.°; y que en el capítulo XVI, libro 4 del tratado sobre la Encarnacion hay doce reglas sacadas de los antiguos Padres *de Idiomatum comunione*, y otras nueve referentes á las acciones de Jesucristo, en el capítulo XI, libro 8 del mismo tratado.

Por lo demás, los que estén acostumbrados á la escolástica deberán tener mucho cuidado en no juzgar siempre de las palabras usadas por los antiguos Padres, por la energía y la extension de las que el escolasticismo inventó para su uso; por lo cual observa muy bien el P. Petau, al hablar de las *nociones*, que los PP. griegos llaman ἐκινοῖας ὁ συνηιας ὁ ἐκιθεωρουμένας ἐννοίας ὁ νοημαται ὁ ἐπιβολὰς á las cuales parece corresponder la palabra latina *notio*, y á las que corresponde en efecto, si se juzga de su significacion, no por el uso que los escolásticos hacen de ella, sino por el que hacen los Padres, cuyos ejemplos cita este sábio teólogo.

La exactitud exige tambien que cuando se entra en el detalle de las cuestiones no se decida jamás en cosa alguna sin un prévio y detenido exámen, y menos de las cosas que resultan naturalmente de lo examinado; que no se pongan sobre ningun punto de doctrina ni más ni menos dificultades de las que es justo poner; que no se desprecien ni se quieran tampoco profundizar demasiado las cuestiones; que se suspenda el juicio y no se deje prevenir; que se penetre bien la idea de los autores, y que no se les suponga otra distinta; que se divida la cuestion de que se trate en cuantas partes sea necesario, pero que esta division no sea demasiado minuciosa; que se proceda con órden, empezando por las proposiciones más claras y más simples, para pasar luego á las oscuras y más complicadas; que no se debe ser demasiado minucioso, ni se pretenda explicar con razonamientos abstractos lo que no puede aclararse con las solas luces del sentido comun; porque si quiere uno remontarse demasiado, es muy fácil que se extravie; y que lo que no da cuidado á los que no filosofan absolutamente, se haga insuperable para los que filosofan demasiado.

Si es un abuso imaginarse que nada se puede concebir sin recurrir á la dialéctica, no lo es menos pensar que se pueda concebir inmediatamente todo, aplicando simplemente la imaginacion, con la misma facilidad con que se conciben las primeras nociones y algunos axiomas de metafísica; y como haya muchas cosas que por lo evidentes no necesitan prueba, es mucho más acertado tomarlas por lo que son, que ser quisquilloso sin razon y sin objeto, así como es menester conformarse con las verdades, aunque oscuras, cuando estén suficientemente probadas tanto de derecho como de hecho. En una palabra, si se quiere dar una prueba de buena fe, es preciso no rechazar las cosas como imposibles, aunque no pueda explicarse su manera de ser, y no obstinarse en disputar sobre las palabras cuando se está convencido de las cosas.

CAPÍTULO XIV.

De la lectura de los PP. sobre la moral cristiana.

Aunque los PP. de la Iglesia no trataron, por lo regular, de los dogmas de la religion sino en casos supremos, y cuando se levantaba alguna borrasca contra la Iglesia, respecto á la doctrina de las costumbres puede asegurarse que la predicaron continuamente, sin cansarse jamás de advertir, de reprender, de suplicar, de conjurar, de amenazar y de instruir; siguiendo en esto el ejemplo de Jesucristo, que lejos de dar á sus discípulos lecciones de profunda teología, no les hablaba frecuentemente de los misterios, sino con la mayor reserva, insistiendo ante todo en la reforma y en el arreglo de las costumbres. Así que el Evangelio puede decirse no es otra cosa que un conjunto ó un catálogo de las máximas más necesarias para vivir en la santidad ante Dios y ante los hombres.

Aunque desde los primeros siglos prefirieron los Padres practicar las virtudes, á escribir sobre ellas,

parecieron algunos tratados de moral, como el *Libro del Pastor*, atribuido á Hermás, las *epístolas* de S. Clemente, papa, de S. Ignacio mártir y de S. Policarpo, obispo de Esmirna; y en los siguientes salió de las plumas de aquellos doctores un número tan considerable de obras de moral, que excede en mucho al de todos sus demás escritos, sin mencionar los infinitos y excelentes rasgos de filosofía cristiana, intercalados por estos antiguos escritores en sus lecciones dogmáticas, á ejemplo de los Apóstoles, quienes trabajaban en la institucion de las costumbres cristianas á la par que echaban los cimientos de su teología.

A pesar de que los antiguos filósofos estaban sumidos en las tinieblas del paganismo, arreglaban toda su filosofía á la reforma de las costumbres. Sócrates, el primero indudablemente entre los sábios de Grecia, redujo á la moral la filosofía de los antiguos, quienes en sus vagas é infructuosas especulaciones divagaban sobre los efectos de la naturaleza, que no podian comprender. Lo más selecto de la filosofía de Platon se refiere á las costumbres. Aristóteles fué más feliz en sus *Morales* que en las obras de física y de metafísica. Lo mejor que hay en la Historia de Plinio son sus reflexiones morales. Los libros *Académicos* de Ciceron, los de *Finibus* y sus *Oficios* pertenecen á la moral, no admitiendo duda que aun cuando, como dice este grande orador, sea la filosofía una llanura sin eriales ni arenales, fértil desde un extremo al otro, no hay un terreno tan rico como aquel que produce las reglas y los preceptos que pueden dar á nuestras costumbres una forma cierta y constante, y nos hacen vivir conforme á las leyes de la honradez y de la virtud.

En fin, por poco que se lean los antiguos filósofos griegos y latinos, se reconocerá que el objeto principal de todos sus estudios fué siempre la reforma de las costumbres, sin lo cual ni la Religion ni el Estado pueden subsistir. Los PP., que sabian esto muy bien, tenian buen cuidado en no descuidar la

moral, máxime en aquellos tiempos, en los cuales, entrando los paganos como en tropel en el gremio del cristianismo, era indispensable ejercer la más exquisita vigilancia sobre las costumbres; porque así como la religion es la que sostiene la santidad de las costumbres, tambien la santidad de estas sostiene á la religion, siendo indudable que desde el momento en que las costumbres empiezan á malearse, la religion comienza tambien á vacilar, y que cuando la carne y la sangre se han rebelado, el espíritu de orgullo no tarda mucho en sublevarse contra la fe de los misterios.

Los tratados dogmáticos de los PP. tienen dificultades, que no á todos es dado vencer. Cuanto estos graves teólogos dicen sobre la disciplina eclesiástica, es muy importante; pero son contados los que tienen suficiente tiempo y capacidad para recogerlo. Sus comentarios sobre la Escritura exigen tambien mucho discernimiento y trabajo; pero respecto á la moral no hay persona alguna, ya sea ignorante ó sábia, débil ó fuerte, que no pueda sacar de ella el mayor provecho.

Es, pues, sumamente ventajoso buscar siempre á los PP. en este terreno, porque son tan depositarios de la tradicion de las costumbres como de la fe de la Iglesia, y no proponen se haga sino lo que ellos mismos practicaron, por estar bien persuadidos de que para ser buenos maestros en la moral, era indispensable ser fieles discípulos de Jesucristo en el ejercicio de todas las virtudes. S. Basilio decia tambien que á la gracia de Jesucristo y al estudio de las santas Escrituras debia el verse libre de los errores procedentes de la tradicion de los hombres, y el haber sido conducido al conocimiento de la verdad y á la práctica del amor de Dios.

Esto demuestra cuán equivocados están los que tienen valor de decir ser preciso estar ciego para consultar á los PP. sobre la doctrina de las costumbres. ¿Qué se hacia en la Iglesia antes de nacer los nuevos casuistas? ¿Estaba el mundo sumido en la ignoran-

cia y en las tinieblas? No por cierto. En aquellos tiempos tan felices, en los cuales la prudencia de la serpiente no se habia sobrepuesto aún á la sencillez de la paloma, cuando se suscitaba alguna dificultad respecto á las costumbres, no se buscaba la solucion de ella en las sutilezas de la dialéctica, en las astucias del amor propio ni en los rodeos de la tradicion humana, sino que cada oveja recurria á su Pastor, y cada Pastor se arreglaba á los cánones y á los penitenciales de su Iglesia; y si el caso lo requeria, consultaba á la Silla Apostólica, ó se dirigia á los Concilios, que daban sus decisiones tales como las tenian de Dios, por medio de las tradiciones eclesiásticas y de la sagrada Escritura.

Sería, pues, extremadamente ridículo pretender que el recurrir á las antiguas fuentes equivaldria á trastornar la economía de la Iglesia, como si hoy dia estuviéramos más dispensados de conformarnos con el Evangelio que lo estuvieron los cristianos de los primeros siglos, cuando los PP., nutridos con las Escrituras, dirigian las conciencias. ¿Y qué mal habria en que hoy, que estamos sumidos en el fango de los siglos, arreglásemos nuestra conducta á la de la edad de oro de la Iglesia? Seria, al contrario, un abuso el no hacerlo, y la intencion de la Iglesia es, seguramente, de que se haga, si no en todos los puntos de la antigua disciplina, que ya no subsisten, á lo menos en lo que respecta á la pureza de costumbres, que debe siempre subsistir. Lo más razonable que pudiera decirse es, que siendo las obras de los PP. tan numerosas y tan extensas, se hace casi imposible recoger con órden todos sus principios y todas sus máximas.

En efecto, parece que entre tanta multitud de escritos, la moral no tenga ni principio ni fin, y que sea mucho más expedito recurrir á los casuistas modernos, que dan sus decisiones por alfabeto. Este medio es en verdad el más corto y el más cómodo, pues no exige ni capacidad ni reflexion, y corta de un solo golpe el trabajo que hay en estudiar las cosas á fondo,

y evita remontarse al orígen para hallar la solucion de ciertas dificultades. ¿Pero quién obliga á ir tan aprisa y á pronunciarse todavía jóvenes y sin experiencia, sobre el tribunal de la Iglesia? ¿No estaríamos bastante á tiempo cuando, despues de haber encanecido en la lectura de las Escrituras y de los Padres, y despues de haber hecho muchas y sólidas reflexiones, hubiéramos aprendido á distinguir entre la lepra y la lepra? Esto no es tan difícil como parece, porque con tal que se tenga un espíritu recto, y que el amor á Jesucristo esté bien grabado en nuestros corazones, es sumamente fácil ir, á medida que se lean los PP., reasumiendo todo cuanto enseñan en un corto número de preceptos generales, de los cuales se pueden deducir una infinidad de consecuencias tan legítimas como verdaderas.

En efecto: así como el gran número de preceptos dados por Dios en otro tiempo á su pueblo, se refunden en diez capitales, y áun estos se hallan comprendidos en los dos preceptos de amar á Dios y al prójimo, tambien todas las sentencias de los PP. pueden reducirse á algunas principales, y estas al amor á Dios, que no dejará, si se le consulta con sinceridad, de iluminar el corazon y el espíritu; porque, como dice San Leon, el que es iluminado con esta luz, halla en su conciencia cuanto los Apóstoles y los cánones de los Concilios prescribieron. Un corazon así dispuesto, se deshará fácilmente de las pueriles sugestiones del amor propio y de las restricciones mentales, que desde los primeros siglos condenó Tertuliano en sus libros contra Marcion. «Porque muy lejos, dice, de que semejantes fraudes puedan sacar del compromiso, lo aumentan y hacen más odiosos á los que usan de tales sutilezas.»

Los primeros cristianos que tenian la luz del Evangelio ante los ojos, temian hasta la sombra del fraude y de la mentira, y lejos de ser perjuros, les arredraba el jurar, áun en aquellos casos en que era indispensable hacerlo. Se hubieran despojado de todos sus bienes antes de contradecirse, y arrojaban lejos de sí

toda clase de hurto. Entre ellos la usura no estaba á cubierto ni áun con las invenciones más paliadas, porque era absolutamente condenada, y no habrian querido escuchar siquiera al que hubiese intentado sostener que, sujeta á ciertas restricciones, era necesaria al Estado. En esto eran todavía menos transigentes que aquel pagano, que habiendo sido preguntado por otro qué le parecia de la usura, contestó: *Y á vos, ¿qué os parece del homicidio?* (Ciceron *de Offic., lib.* 3.)

CAPITULO XV.

De las disposiciones necesarias para la lectura de la moral de los PP., y de la eleccion de algunos de sus mejores tratados sobre ella.

Para poder leer con fruto las obras morales de los Padres, es preciso disponerse antes con la lectura de las reglas de moral de S. Basilio el Grande, cuya obra, aunque muy reducida, es una coleccion de las más importantes máximas del Evangelio y de los escritos de los Apóstoles, que puede servir de fundamento al estudio de la moral cristiana. S. Agustin en su *Espejo*, S. Cipriano en sus libros de los *Testimonios* y S. Atanasio en su *Compendio de la Escritura sagrada*, hicieron algo parecido á él, y de su lectura, ó mejor diremos, meditacion (porque en efecto hay más para meditar que para leer), se sacará la doble ventaja de que por una parte se aproximará la doctrina de los PP. á la de la Escritura, y por otra se tendrá un órden cierto, al cual será fácil agregar lo que en los escritos de aquellos ilustres teólogos se halle más digno de atencion respecto á las costumbres.

La *Secunda Secundæ* de Santo Tomás, para los que gusten unir la escolástica á la positiva, puede tambien contribuir, por el órden que en ella se guarda, á fijar en el ánimo del lector la infinidad de conocimientos adquiridos en las antiguas fuentes.

Con estos fundamentos podrá empezarse la lectura de la moral de los PP. por los *Morales* de S. Grego-

rio, papa, que no sólo está lleno del espíritu del cristianismo, sino que conoce además perfectamente el corazon del hombre, sus movimientos y sus inclinaciones, no habiendo habido Padre alguno que en esta materia se extendiera tanto como este ilustre Doctor. Pero somos hombres, y como tales, tenemos que vivir en sociedad, observando una conducta edificante. A continuacion de los Morales de S. Gregorio se leerán los libros de los *Deberes* de S. Ambrosio, cuya obra es un excelente cuadro de la honradez cristiana, copiado del de la caridad, sin la cual no hay medio alguno en este mundo para agradar á Dios y vivir entre los hombres.

En el *Pedagogo* de S. Clemente Alejandrino hay excelentes máximas, de las cuales las personas sábias y prudentes pueden sacar mucha utilidad. Las *cartas* de S. Paulino, de S. Agustin y de S. Bernardo son tambien muy propias para inflamar el espíritu con la caridad y honestidad del cristiano, y á ellas podrá agregarse el tratado de S. Agustin á Consencio *contra la mentira*, para concebir todo el horror debido á un vicio tan torpe como insinuante, que destruye completamente el comercio de la vida y las buenas costumbres.

De esto se pasará á los *Discursos paradojos* de San Crisóstomo, que son un compendio de la filosofía cristiana. Se leerán todos los sermones de este Padre, sus tratados de moral y de piedad, en particular aquellos en que habla de la compuncion del corazon y de la penitencia, que es la segunda tabla de salvacion despues del naufragio. Seguirán luego las cartas de S. Jerónimo, y despues lo que S. Ambrosio escribió sobre la vida de los antiguos Patriarcas, porque los ejemplos son un grande auxilio para la práctica de la virtud, sin la cual todas las especulaciones no son mas que ilusion y vanidad; y si alguno desea tener un cuerpo entero de teología moral salido de una misma pluma, podrá recurrir á las cartas morales de San Agustin y á los tratados del mismo carácter, reunidos en el tomo VI de la nueva edicion de las obras de este Santo.

Sería, en fin, demasiado prolijo el fijar aquí todo lo mejor que los PP. escribieron en este género, y quizá la eleccion que hiciéramos no agradaria á todos, pues cada uno tiene su gusto, acerca del cual no disputamos; mas hay documentos tan generalmente estimados, que nos permitiremos proponerlos, sin pretender, empero, quitar á nadie la libertad de llevar la mano, como en un banquete público, al manjar que más le agrade.

Diremos, pues, en consecuencia, que un justo perseguido por ingratos, hallará consuelo en su aflicion con la lectura de la homilía de S. Crisóstomo sobre *Saul y David;* un colérico, cuya bilis está siempre exaltada, encontrará remedio á su mal en los tratados de la *Paciencia*, que Tertuliano, S. Cipriano y S. Agustin nos han dejado; un avaro tendrá en el tratado de S. Clemente de Alejandria, en el cual este Padre trata de inquirir *cuál es el rico que se salva*, y en el libro del sacerdote Salviano *contra la avaricia*, con que defenderse de este vicio cruel por naturaleza; un hombre hechizado por las vanidades del mundo, aprenderá en el libro de los *Espectáculos*, atribuido á S. Cipriano, á despreciar el mundo como una vana decoracion de teatro, que se desvanece apenas se ha presentado, sin dejar en pos de sí el menor consuelo; los inmisericordiosos que, teniendo un corazon de bronce, ven con ojos y crueles entrañas las miserias de sus hermanos, podrán enternecerse con la lectura del tratado *de las Obras de misericordia*, que S. Cipriano les presenta como un antídoto contra su enfermedad; los envidiosos, que ven con el mayor sentimiento la prosperidad del prójimo, hallarán en el mismo Padre un tratado sobre *la Envidia*, capaz de inspirarles aquellos sentimientos de caridad, que elevan las almas por cima de esta pasion baja y enteramente indigna de la grandeza y de la nobleza de un corazon verdaderamente cristiano; los sensuales, que abandonándose á los placeres, rehuyen el abatir con la mortificacion al tirano de la gula, podrán leer con provecho las homilías sobre *el Ayuno*,

predicadas por el gran S. Basilio; los apasionados al siglo, que apenas conservan el nombre y apariencias de cristianos, enderezarán sus pasos con la lectura de los tratados de S. Gregorio de Niza sobre la *Profesion del cristianismo;* los que en un estado tan santo conserven sentimientos de idolatría hácia las criaturas, que son unos despreciables pigmeos ante Dios, concebirán un justo horror á este resto del paganismo, si leen con alguna reflexion los libros *de la Idolatría*, compuestos por Tertuliano y por S. Cipriano; y otros, quizá más enfermos, renunciarán á las orgías y al desenfreno del espíritu, leyendo las *Confesiones y los Soliloquios* de S. Agustin. Las vírgenes, las viudas y los casados tienen en S. Basilio, en S. Ambrosio, en S. Jerónimo y en S. Agustin con qué sostenerse y perfeccionarse en la santidad de sus estados; los Sacerdotes y los Pastores hallarán un fértil y abundante pasto en los libros del *Sacerdocio* de S. Crisóstomo, en el *Pastoral* de S. Gregorio, papa, en los libros de Juliano Pomero *de la Vida activa y contemplativa*, y en los *de la Consideracion*, dirigidos por S. Bernardo al papa Eugenio; los Reyes y los Príncipes tienen en Sinesio un discurso sobre el *modo de reinar cristianamente*, y en muchos lugares de S. Crisóstomo excelentes consejos para vivir con piedad y prudencia en el manejo de los negocios públicos; los pecadores que hayan cometido escándalos, hallarán lecciones de penitencia en S. Basilio y en S. Ambrosio; los religiosos tienen en el mismo S. Basilio los tratados *de la Vida monástica*, las reglas mayores y menores, las constituciones y cuanto concierne al régimen de los monjes; los discursos de S. Agustin sobre el *trabajo de manos*, y el *Código de las reglas de Oriente y Occidente*, contienen los más excelentes preceptos de la vida solitaria, á los cuales deberán juntar las *Instituciones* y *las Colaciones* ó *Conferencias* de Casiano, las obras de S. Nilo y las de San Bernardo, que han sido siempre miradas como el manual de los religiosos; las personas devotas y contemplativas tienen, para alimentar su devocion, *los Dis-*

cursos de Márcos el Ermitaño, los *Cien capítulos* de Diádoco, las *Instrucciones* de S. Euquerio y los tratados de la *Oracion* por S. Gregorio de Niza [1].

En una palabra, el que quiera adquirir todas las virtudes del alma y marchar por un camino seguro, no debe dejar, como una prudente abeja, de ir de flor en flor á tomar de aquellos antiguos manantiales la miel de la sabiduría y de la piedad cristiana. Aunque es una máxima que no sólo se puede, sino que hasta se deben interrumpir algunas veces la mayor parte de los estudios, el de la moral no debe sufrir jamás la menor interrupcion, pues no hay un momento de la vida en el cual un cristiano no deba trabajar en la correccion y perfeccionamiento de sus costumbres.

CAPÍTULO XVI.

De la lectura de los PP., respecto á la disciplina de la Iglesia.

Aunque son rarísimas las obras de los PP. en las que no brillen algunos rasgos de la disciplina eclesiástica, como estos no pueden recogerse sino despues de largos y sérios estudios, antes de acercarse á ellas es preciso haber leido los principales tratados, en los cuales aquellos antiguos Doctores se dedicaron á exponer tan excelente y abundante materia.

Los primeros que se presentan son las *Constituciones* atribuidas á S. Clemente, que segun el Padre Morin, en sus libros de la *Penitencia*, deben ser miradas como la imágen de la disciplina observada en las iglesias de Oriente antes del reinado de Constantino el Grande, las cuales, si bien en un principio no contenian sino lo que el Santo habia tomado de los Apóstoles, fueron luego aumentadas con los

---

1 En la preciosa obrita *Asceticorum vulgó Spiritualium opusculorum, quæ inter Patrum opera reperiuntur Indiculus*, redactada por el monje benedictino de la Congregacion de S. Mauro, *D. Lúcas d'Achery*, y reimpresa en Madrid el año 1776, se mencionan muchos tratados, de los cuales, no sólo á las personas devotas y contemplativas, sino tambien los confesores y predicadores, podrán reportar sumo provecho. *(N. del E.)*

cánones de los Concilios de Oriente. Sin embargo, esta coleccion, que en lo antiguo tenía grande autoridad entre los griegos, fué poco estimada de los latinos, y áun los mismos griegos la desecharon por último en su interesante Concilio verificado *in Trullo*, como un libro que, habiendo sido alterado y corrompido por los herejes, no debia leerse sino con la mayor precaucion (19). A esta lectura se agregará la de los libros de la *Gerarquía*, que llevan el nombre de S. Dionisio Areopagita, y se hará un estudio particular de las liturgias, de los sacramentarios y de los penitenciales de los PP., sin olvidar lo que estos escribieron sobre los divinos oficios. En los apologéticos de los PP., en la mayor parte de los libros de Tertuliano y de S. Cipriano, en S. Optato y en muchos tratados de S. Agustin, principalmente en las respuestas á Dulcicio, hay excelentes observaciones sobre el particular; pero lo que debe leerse con suma atencion son las cartas de los PP., entre otras las de S. Cipriano, de S. Basilio, de S. Jerónimo, de S. Ambrosio, de S. Agustin, de S. Cirilo de Alejandría y de Teodoreto, esto es, las que se refieran á la disciplina eclesiástica.

Es menester leer tambien todas las epístolas atribuidas comunmente á S. Clemente, papa, las de San Ignacio y de S. Policarpo; las cartas de S. Celestino, papa, á las provincias de Viena y de Narbona, y á los Obispos de la Pulia y de la Calabria; las cartas y el tratado del *Bautismo* por S. Paciano; todas las cartas de S. Gregorio, papa, de las cuales no debe perderse una sola palabra, y en fin, todas las epístolas canónicas y pascuales de S. Dionisio de Alejandría, de Teófilo, obispo de la misma ciudad, de San Gregorio Niceno, de S. Basilio y de San Gregorio Taumaturgo. En estos libros compendiados, por decirlo así, y en estas conversaciones reservadas era en donde los PP. se explanaban familiarmente con los que les consultaban; decidian explícita y sólidamente sobre una infinidad de cuestiones, que los incidentes, entonces no previstos, hicieron más tarde nacer, res-

pecto á la disciplina, que es el vínculo de la caridad y de la concordia entre los fieles. Nada hay tan edificante como aquellas cartas de los PP., ni nada que tanto pueda contribuir á formar el espíritu de los que Dios llama al gobierno pastoral y al manejo de los asuntos de la Iglesia.

Por otra parte, aunque leamos los antiguos cánones, no por eso deberemos abandonar la lectura de los Padres, porque apenas hay uno de aquellos que no haya sido redactado por estos santos Doctores en los Concilios á que fueron llamados, ó que no se haya sacado de sus escritos y del fondo de su doctrina. Por esto la Iglesia, que en todo se rige y se gobierna por los cánones, procuró siempre coleccionarlos. Sócrates, en el primer libro de su Historia *(Cap.* 3.*)*, dice que todo lo decretado universalmente por los PP. era firmado de la propia mano y depositado en los archivos de las iglesias, y que antiguamente se acostumbraba á hacer dos clases de colecciones de los cánones, la una de los dogmas de la fe, que se llamaba συναγωγὴ τῶν συνοδῶν y la otra de la disciplina eclesiástica, á la que se daba el nombre de βιβλιοθήκη κανόνων.

Además de estas colecciones, que las Iglesias particulares solian hacer, habia otras generales arregladas por los canonistas para la instruccion del público. Los Isidoros, por parte de los latinos, reunieron de las epístolas de los papas y de los cánones de los Concilios lo que les pareció más á propósito para su objeto; y despues de esta coleccion, que era bastante lata, apareció otra muy lacónica, bajo el nombre *de Corpus canonun*, la cual los sumos pontífices Nicolao y Leon IV mencionan en Graciano. Antonio Agustin, uno de los más ilustres canonistas del siglo XVI, dice que estas dos colecciones son como los dos manantiales de donde surge todo el derecho pontificio de la Iglesia latina. Por parte de los griegos, Alexis Arístenes, Juan Zonaro y Teodoro Balsamon añadieron comentarios á sus colecciones, á manera de los jurisconsultos, que aclaran el derecho civil por medio de interpretaciones. Justiniano *(Ar-*

thur. Duck., lib 1, *cap.* 8.) prohibió primero que se interpretaran sus leyes; pero habiéndole hecho conocer la experiencia que no habia previsto todos los incidentes que podian sobrevenir, varió de parecer, y permitió, con arreglo á lo dispuesto anteriormente por Juliano y Adriano, explicar lo que necesitase aclaracion. En efecto, los jurisconsultos Juliano, Vulpiano y Pomponio declararon que las leyes no abrazaban todos los casos que pudieran ocurrir (20); y en el dia subsisten aún las colecciones de Juan el Escolástico, de Focio, de Mateo Blastares, de Constantino Harmenópulo y de Arsenio, que formaron los cánones sobre ciertos títulos, á los cuales agregaron las leyes y los edictos de los emperadores, por lo cual se llaman *Nomocánones*.

Los canonistas latinos siguieron bastante el método de los griegos, y aunque son muchos, no todos tienen igual mérito. Dionisio el Jóven, Ivo de Chartres y Graciano [1] se distinguieron sobre todos los demás, en particular el último, que, á pesar de tener algunos lunares, es el único constantemente seguido en las escuelas públicas.

Como los canonistas no son suficientemente exactos para no necesitar alguna indulgencia, conviene mucho leer los mismos Concilios, tanto particulares como generales, porque áun cuando los cánones de los primeros no tienen tanta fuerza ni tanta autoridad como los de los segundos, no dejan de ser dignos de veneracion y hasta decisivos en las cosas que los Concilios ecuménicos no decidieron. Los antiguos respetaban tanto hasta los de los Concilios menos importantes, que además de la coleccion de cánones, que servia de regla á toda la Iglesia, esta guardaba tambien las colecciones de ellos correspondientes á las Iglesias particulares, por las cuales cada una de estas se regia.

Los PP. miraron la coleccion de los cánones de

1 Gregorio XIII dispuso en 1580 que el decreto de Graciano fuese corregido por hábiles canonistas.

Africa como el tesoro de la antigua disciplina eclesiástica, lo que viene en apoyo de cuanto hemos dicho. Esta coleccion fué arreglada en el Concilio VI de Cartago, y apareció poco tiempo después en las Iglesias de Oriente y de Occidente con el nombre de *Codex Canonum Ecclesiæ africanæ*. En este mismo Concilio se leyeron los cánones de muchos de Africa del tiempo de Aurelio, obispo de cartago; lo que prueba que la costumbre de coleccionar los cánones de los Concilios provinciales y nacionales, y el formarse por ellos una regla de conducta, no es cosa nueva.

La Iglesia galicana se gobernó en un principio por las costumbres que sus primeros Pastores, como S. Potin y S. Irenéo habian recibido de sus predecesores; pero despues del Concilio de Arlés en 314, se rigió por sus cánones propios, hasta que admitió el Concilio de Nicéa, y despues se sirvió de la coleccion aprobada por el de Calcedonia. Las Iglesias de España y de Inglaterra se rigieron tambien por sus cánones; y por cualquier parte que se mire, en la Iglesia no se verá mas que respeto, reverencia y sumision á los sagrados cánones, hasta el punto de que Pedro de Celles no tuvo reparo en decir que Dios habia revelado los cánones á los Obispos para que fuesen el suplemento de los Evangelios, de los escritos de los Apóstoles y de los Profetas, y que era menester someterse á ellos con igual respeto casi que al Evangelio mismo.

CAPITULO XVII.

De las reglas que deben observarse en la lectura de los Padres respecto á la disciplina eclesiástica.

La fe no es mas que una, dice S. Agustin (*Epist.* 26 *ad Casul.*), pero las observancias y los usos son muchos. De consiguiente es preciso que en la lectura de los PP. sepamos distinguir lo que es dogmático de lo que pertenece tan sólo á la disciplina; pues por no

haber puesto en ello el debido cuidado, ha habido escritores poco instruidos, como observa Leon Alacio *(De Eccles. Orient. et Occident. coment.)* que han tratado de herejes á los griegos modernos, aunque pueden muy bien seguir ritos diferentes de los de la Iglesia latina, sin lastimar en nada la unidad de la fe universal. El P. Morin dice tambien que no sabiendo algunos escolásticos distinguir suficientemente las diferentes prácticas de las Iglesias en la administracion de los Sacramentos, de la esencia de estos mismos, dudaron, sin haber para ello motivo alguno, de la validez del bautismo y del órden sacerdotal de los griegos (21).

Aunque las máximas fundamentales de la disciplina eclesiástica estén sacadas del Evangelio, que es su base, y sean tan inmutables como este, nada hay, sin embargo, menos uniforme que la disciplina de la Iglesia, por haber Jesucristo dejado á la prudencia de sus Pastores el hacer, sin separarse, empero, de las máximas generales que estableció, aquellos reglamentos particulares que creyesen más á propósito. La necesidad de hacer penitencia para lograr nuestra salvacion es, por ejemplo, una máxima inmutable; pero, sin embargo, la práctica de esta penitencia, sin alterar en lo más mínimo el principio en que se funda, puede alterarse, y se ha alterado en efecto de tantos modos desde el nacimiento de la Iglesia, que los Pastores se han visto precisados á establecer en ella un órden para el bien de sus ovejas (22).

Las instituciones eclesiásticas de derecho divino son inalterables y deben guardarse siempre; pero las que son únicamente de derecho positivo, no se guardan ni en todos los tiempos, ni en todas partes, ni siempre de la misma manera.

En los primeros siglos la Iglesia no se gobernó como se ha gobernado en los posteriores; así, lo que en un tiempo fué un impedimento para las órdenes sagradas, en otros dejó de serlo; hubo época en que la sola imposicion de las manos bastaba para conferir las órdenes, y otra en que era preciso tocar los vasos

y los libros sagrados. Finalmente, la Iglesia primitiva no obligaba á los clérigos á pasar por todos los grados de su ministerio para llegar al más elevado, porque del lectorado se podia subir hasta el episcopado mismo (23), siendo muy raro el clérigo que en aquellos tiempos pasase de grado en grado hasta llegar al superior; lo cual parece que Sócrates no comprendia bastante al hablar de S. Basilio, que de simple lector fué ordenado sacerdote *per saltum*, es decir, sin haber pasado, como se pasa hoy, por las órdenes intermedias.

Hubo costumbres que no han durado siempre, porque no fueron instituidas para ser eternas: como, por ejemplo, algunas ceremonias legales, que los Apóstoles no conservaron sino por cierto tiempo; hubo otras que han durado siempre, con algunas cortas variaciones: como cuando, sin tocar á la práctica antigua de hacer la señal de la cruz, se ha variado sólo en el modo, para indicar tan pronto un misterio como otro, haciendo algunas veces este signo con dos dedos extendidos y levantados, para denotar lo que se cree sobre la union de las dos naturalezas en Jesucristo, y otras haciéndolo con los tres primeros dedos, para dar á entender la fe que se tenía de las tres Personas en una sola esencia.

Ha habido usos que la piedad introdujo en una época y abolió en otra. Los obispos habian añadido mucho á sus liturgias para excitar la devocion de los fieles; pero viendo que su prolijidad se hacia á estos demasiado pesada, S. Crisóstomo y S. Basilio, como lo acredita Proclo, arzobispo de Constantinopla, procuraron abreviarlas. Hubo tambien costumbres que, aunque dignas de alabanza en sí mismas, degeneraron en otras menos laudables, por haberse abolido otras, de las cuales dependian. Antiguamente los laicos comulgaban cada dia y llevaban consigo las oblaciones; pero habiéndose extinguido poco á poco este celo de recibir todos los dias la sagrada Comunion, los sacerdotes se vieron precisados á ir de puerta en puerta para la cuestacion de las ofrendas.

Por el contrario, existieron prácticas que después fueron abolidas por razones de decoro, y para evitar inconvenientes: como el comulgar de pié, el recibir la Hostia con la mano ó en un velo, el llevarla á su casa, el darse la comunion á sí mismo y el darla á los laicos bajo las dos especies.

Usos ha habido tambien que insensiblemente se han ido cambiando en otros: tal es el de haber dejado arraigar, con motivo de los *clínicos* [1], esto es, de los bautizados en el lecho de la muerte, la costumbre de bautizar por aspersion y no por inmersion, como se hacía en la primitiva Iglesia (24). Hay observancias que se han cambiado y las hay tambien que han sido enteramente abandonadas por condescender con los débiles: como el haber conmutado los rigores de la penitencia pública con peregrinaciones, limosnas y oraciones, y el haberse relajado la severidad de los ayunos de la cuaresma, que en el siglo XII duraban todavía hasta el anochecer (25).

Hubo usos que han variado por el tiempo y por las personas: como cuando por razones muy importantes se repuso en el ejercicio de sus funciones á sacerdotes que, habiendo caido en la herejía, habian tambien abjurado de ella. Hubo asimismo ciertas prácticas, de las cuales la Iglesia no se ha desprendido sino con el mayor dolor y despues de una larga resistencia, como sucedió con la eleccion de los Prelados por el clero y por los fieles; y otras, que habiéndose conservado siempre, han variado no obstante en la manera de ejecutarlas, como observa Onufrio respecto á la creacion de los Papas, que hasta el dia se ha practicado de diez y siete ó diez y ocho modos diversos.

Hay costumbres que se han introducido por cesion de derecho: como cuando los Obispos de la Iglesia griega permitieron en el siglo III, y los de la latina en el V, que los sacerdotes predicaran en su

---

1 Véase esta palabra en el *Diccionario de Teología* de Bergier. *(Nota del Editor.)*

presencia; y otras que se han establecido por extension de derecho en parajes de donde estaban excluidas: como cuando se crearon parroquias y derechos parroquiales en los oratorios y en las iglesias de los monasterios.

Las hay tambien que, perdiéndose, originaron otras. Antiguamente todos los oficios eclesiásticos estaban sujetos á las mismas órdenes en cada Iglesia: una parte del Clero permanecia al lado del Obispo, y la otra estaba distribuida en los Títulos y en las parroquias de la ciudad; pero llegó un tiempo en que, emancipándose de su Obispo una parte de los primeros, se constituyeron canongías y Capítulos, que fueron gobernados por sus decanos.

Las hubo que se perdieron con el tiempo, y las hay introducidas por este. Así es que hoy dia no se asiste con la asiduidad que antes á los divinos oficios, ya de dia, ya de noche; pero en cambio la celebracion de Misas se ha aumentado infinitamente, las confesiones secretas son más frecuentes, y se han establecido otras muchas devociones que antes no existian.

Tambien ha habido prácticas apoyadas en errores. Los griegos, por ejemplo, no celebraban el santo Sacrificio en los dias de ayuno, por estar en la creencia de que no podrian, sin quebrantarlo, comulgar el cuerpo y la sangre de Jesucristo; lo cual refuta Tertuliano en su *Tratado de la Oracion dominical*. Asimismo hubo antes del siglo XIII algunos ignorantes que, creyendo no se podia comer carne ni usar del matrimonio despues de recibida la Extremauncion, por más que semejante opinion estuviese condenada por los Concilios (*Synod. Exoniens., cap.* 6.), los enfermos no querian recibir la Uncion de los enfermos, ó sea la Extremauncion, hasta sus últimos momentos; lo que dió lugar á la práctica, seguida hoy, de no administrar este sacramento á los moribundos hasta despues del Viático.

La herejía ha contribuido tambien, y no poco, al establecimiento de algunas prácticas de piedad. Los

eutiquianos, que se imaginaban encontrar un argumento para sostener su error en la cualidad de *Madre de Dios*, tan justamente dada por la Iglesia, á la Santísima Virgen (Tilm., *Hist. eccle.*, *t.* 1.), les sirvió de pretexto para tributarle todavía más honor que el que le tributaban los católicos. Pedro el Batanero [1] empezó á hacerla llamar en todas las oraciones *Santa Madre de Dios;* y como no todo lo que procede de los herejes es herético, los católicos creyeron poder continuar piadosamente lo que habia sido iniciado por aquellos, cuya herejía tanto detestaban.

Hay prácticas que se han mantenido en todas las Iglesias desde un principio hasta hoy mismo: tales son la celebracion de la Misa, la lectura de la Escritura sagrada, el uso de las oraciones, de los salmos y de los cánticos, y otras que sólo han sido admitidas en algunas Iglesias. Antiguamente en las de Roma y de Tagasta se ayunaba el sábado, mientras que en las de Milan no estaba prescrito este ayuno. En la Iglesia de Africa habia la costumbre de llevar comestibles á las tumbas de los mártires para honrar su memoria, y esta práctica fué condenada por S. Ambrosio, que no podia sufrir se hicieran tales ofrendas en su Iglesia, receloso de que dieran pié á la licencia y á los excesos.

Algunas costumbres se perdieron muy pronto en unas Iglesias, y se conservaron por más tiempo en otras; como sucedió en la diócesis de Ruan, en la cual, hasta el año de 1236, los ordenandos se confesaban con el Obispo ó con el Penitenciario antes de recibir las órdenes sagradas, á fin de que supiera el confesor si habian obrado en algo contra los cánones.

Hay usos tan extraños, que existen únicamente en una sola Iglesia, como el que en el siglo VI habia

---

1 Arrojado de su monasterio á causa de su inclinacion al eutiquianismo, obtuvo del emperador Leon la Silla de Antioquía, en la que se mantuvo hasta su muerte, que fué en 488, no obstante las muchas sentencias de deposicion dictadas contra él. El epíteto de *Batanero* se le dió por haber ejercido este oficio. (*N. del E.*)

en la de Arlés, de celebrar los divinos oficios en griego y en latin. Hay tambien ritos propios de la Iglesia griega y otros que lo son exclusivamente de la latina. En esta los sacerdotes no consagran los óleos, y en la griega los simples sacerdotes pueden consagrarlos. En la latina la Extremauncion sólo se da á los moribundos, y en la griega se da tambien á los fieles, aunque gocen de salud, á fin de limpiarlos de los pecados veniales (26). En la latina el matrimonio está prohibido á los sacerdotes, y en la griega los que estaban ya casados, antes de recibir las órdenes, pueden usar del matrimonio.

Hay usos tambien, en cuya esencia ambas Iglesias están de acuerdo, aunque difieran en las circunstancias. Tanto los griegos como los latinos, por ejemplo, para la Confirmacion usan del santo Crisma, que es una composicion de aceite y de bálsamo; pero aquellos se diferencian de estos en hacer entrar en el Crisma treinta y cinco clases de aromas ó de jugo de yerbas odoríferas, con una cierta cantidad de vino. Hay asimismo algunas prácticas que, habiendo sido comunes á los griegos y á los latinos, los primeros las conservan por ser tan antiguas, y los segundos las abandonaron hace ya mucho tiempo. En la Iglesia griega los sacerdotes y los obispos administran indiferentemente la Confirmacion, y en la latina esto pertenece exclusivamente á los obispos (27); aunque en otras ocasiones en las Iglesias de Francia y de España (Holst. *de Minist. Confirm.*), administraran los simples sacerdotes el santo Crisma á los recien bautizados, imponiendo luego el obispo las manos. En la Iglesia griega hay una tonsura que dan los sacerdotes á los niños en el acto de bautizarlos, ó lo más tarde ocho dias despues de su bautizo; pero esta costumbre, que existió tambien en la Iglesia latina, se ha perdido con el tiempo, y sólo es ya conocida por los sábios que estudian la antigüedad. Los griegos emplean hasta siete sacerdotes (Greg. *Sacram.*) para administrar el sacramento de la Extremauncion, y los latinos no emplean sino uno, des-

pues de haber empleado más por espacio de mucho tiempo. Finalmente, los griegos conservan en el sacrificio de la Misa el pan con levadura, y los latinos lo han dejado por el ázimo, en lo que todos los sábios de la antigüedad están conformes.

CAPITULO XVIII.

De las prácticas que la Iglesia tomó de los judíos y de los pagaños.

Hay prácticas que pasaron de la antigua Ley al Cristianismo y de la Sinagoga á la Iglesia; pues aunque la intencion de Jesucristo y de sus Apóstoles fuese la de abolir las prácticas de los judíos, hubo algunas que se toleraron por cierto tiempo, y otras, de las cuales quedan todavía varios vestigios en nuestras costumbres y ceremonias religiosas. Los griegos se escandalizan de ello y toman de aquí pretexto para acusar á los latinos de judaismo, en el uso que hacemos de los ázimos, de las unciones, de las purificaciones, de las aspersiones y de otras prácticas semejantes, como si ellos mismos no las conservasen de los judíos en mayor número que nosotros; porque habiendo permanecido la Iglesia griega adherida mucho más tiempo que la latina á los antiguos ritos, es muy natural que los griegos participen tambien mas que los latinos de la observancia judáica.

Sea, empero, de ello lo que fuere, no debe causar extrañeza que los primeros cristianos, procedentes en su mayor parte de los judíos, con quienes se hallaban muy á menudo en contacto en el templo y en las sinagogas, hubiesen conservado algo de la disciplina observada entre los judíos, cuyas huellas se ven todavía en nuestras ceremonias; y esto debe sorprender mucho menos aún, si se tiene presente que hasta el tiempo del emperador Adriano (Sulpicio Severo, *Hist. lib.* 23) todos los obispos de Jerusalem, es decir, todos aquellos á quienes incumbia el arreglo de la disciplina, fueron cristianos circuncisos

y que casi todos los de esta ciudad, que adoraban á Jesucristo, reunian la observancia de la Ley á la del Evangelio (28).

Además, ¿qué inconveniente hay, por ejemplo, en que nuestros Concilios se formasen bajo el pié de un gran consistorio de los judíos; que nuestros sacerdotes tengan alguna conexion con los del pueblo judáico, que cuidaban de las sinagogas bajo un presidente ó un Obispo; que los primeros cristianos imitasen á los judíos en no reconocer otro tribunal que el del Obispo y el de los ancianos para fallar sus causas; que la Iglesia imitase á la sinagoga en el modo de ordenar á sus ministros con la imposicion de las manos; que nuestros diáconos y los otros ministros inferiores tengan, lo mismo que los demás servidores del templo y de las sinagogas, el encargo de celar sobre cuanto pasa en la Iglesia; que haya entre nosotros cantores y ostiarios, así como los judíos tenian levitas para abrir y cerrar las puertas, subir al púlpito y cantar, durante la celebracion de los sacrificios; que los cristianos tuvieran como los judíos ciertas horas destinadas á la oracion, y que haya alguna conformidad entre nuestras fiestas y las suyas? ¿Qué tiene de particular que suceda esto y mucho más? Nada por cierto. Antes al contrario: no hay motivo alguno para extrañarlo, porque no difiriendo la religion cristiana de la judía en cuanto á la esencia, pues ambas tienden á un mismo fin, esto es, á tributar á Dios el culto que le es debido, no debe sorprender que los católicos admitiesen algunas de las costumbres y prácticas de los judíos, las cuales no pueden menos de edificar en la Iglesia, que la santifica con el buen uso que de ellas hace.

Todo lo que pertenece exclusivamente á las ceremonias legales debe separarse de la Iglesia, y lo está efectivamente; pero hay observancias que pueden muy bien conservarse, y se conservan con edificacion. Orígenes opina (Mr. Feuri, *Hist. eccles., lib.* 2.) que es menester observar á la letra la ley de las primicias y muchas otras no derogadas por el Evange-

lio; pero en particular esta, por cuanto Jesucristo la confirmó al decir que *aquel que sirve al altar debe vivir del altar*, siendo indigno de un cristiano no compartir con los sacerdotes y con los ministros los frutos de la tierra, que Dios le suministra haciendo salir el sol y caer la lluvia.

La Iglesia pudo tambien conservar en sus costumbres algunas cosas propias del paganismo por condescendencia con aquellos que, pasando de la idolatría á la religion cristiana, tuvieran alguna inclinacion á ciertas prácticas, que si bien indiferentes en si mismas, podian convertirse en una costumbre muy buena. Baronio, Vicecomes, el P. Fronto y otros sábios teólogos reconocen que en nuestras ceremonias religiosas tenemos muchas cosas procedentes del gentilismo, las cuales han cambiado de naturaleza, por decirlo así, en manos de la Iglesia, y se han hecho dignas de veneracion.

S. Gregorio Taumaturgo permitia que en las fiestas de los Mártires los nuevos cristianos tuvieran festines como los tenian los paganos en las fiestas de sus dioses; y es muy probable que los honores tributados á los Mártires en su canonizacion sean copiados de los rendidos por los gentiles en sus apoteosis á los héroes que habian merecido bien de la patria. Tambien es creible que la costumbre, establecida hace ya tanto tiempo, de insertar en nuestro calendario el nombre de los bienaventurados sea una continuacion de la que tenian los paganos de escribir el de los grandes hombres en los fastos, pudiéndose juzgar otro tanto del aniversario celebrado por la Iglesia para honrar la consagracion de algunos de sus Obispos, por emanar, á lo que parece, de los aniversarios celebrados por los romanos el dia de la consagracion de sus emperadores (29). Esto y mucho más puede pensarse y decirse, puesto que S. Clemente de Alejandría no temió dar por sentado que varios misterios de los paganos tenian algun fundamento en la sana doctrina, siendo como disposiciones á la verdadera religion (*Strom.* 5.) *Non abs re ergò in mysteriis*

quoque, quæ fiunt apud græcos, primum locum tenent expiationes ac lustrationes, sicut etiam apud barbaros labacrum. Post hæc autem sunt parva mysteria, quæ habent aliquod fundamentum doctrinæ et præparationis futurorum (30).

Es indudablemente mucho más glorioso para la Iglesia haber conservado las cosas profanas consagrándolas al servicio de Jesucristo, que lo sería si las hubiese abandonado á la profanacion de los paganos; y convencido, sin duda, de esta verdad el papa S. Gregorio, despues de haber dispuesto que todos los templos de ídolos que hubiera en Inglaterra fuesen demolidos, dió contraórden y mandó al obispo Mélito los purificara y consagrase, haciendo servir para gloria de Dios lo que habia servido para el culto de los demonios.

La Iglesia puede tener tambien razones muy poderosas para apropiarse, no solamente los templos sino tambien muchas prácticas de los griegos, de los romanos, de los egipcios y de otras naciones, mayormente y con mucha más justicia, cuando una gran parte de estas prácticas eran otras tantas usurpaciones de los gentiles, quienes habian tomado de los libros de Moisés ritos y ceremonias que, por un ciego abuso, aplicaron á los usos de su falsa religion.

CAPITULO XIX.

De las prácticas de la Iglesia, cuyo orígen no se conoce evidentemente, y de los abusos y dispensas respecto á la disciplina.

Cuando se encuentran ciertas prácticas, respecto al orígen, de las cuales nada de fijo se pueda decir, se debe suponer que son, como dice un autor (*Tradiciones de la Iglesia, parte* 2.ª), emanadas de Jesucristo, que las enseñó de viva voz á sus discípulos, de los Apóstoles que las instituyeron, ó procedentes de una tercera especie de tradicion, ó sea el testimonio que da la Iglesia de lo recibido de los Apóstoles y cree venido de ellos, cuando las encuentra en la mayor parte de las Iglesias fundadas por estos.

Por otra parte, no habiendo en la Iglesia práctica

alguna que no esté fundada en algun dogma de la fe, para saber si una, cuyo orígen sea desconocido, es ó no apostólica, debemos indispensablemente recurrir á los dogmas de la fe, y si se acomoda á ellos, se deducirá que es de origen divino, así como se deduce que los dogmas, sobre los cuales en particular nada se encuentra en los escritos de los tres ó cuatro primeros siglos, son apostólicos, si las ceremonias y ritos que desde un principio se han sucedido dan de ello un testimonio, siquiera sea misterioso y enigmático, *traditione in mysterio, id est in occulto tradita*, como dice S. Basilio (*De Spiritu Sancto, cap.* 27.)

Sin embargo, es preciso reconocer que algunas veces se hallan en la Iglesia prácticas, que no siendo peculiares de ella, deben ser consideradas como corruptelas, introducidas entre los fieles por la concupiscencia de hombres carnales ó por la ignorancia y supersticion de los débiles. Los PP. de la Iglesia estuvieron muy distantes de aprobar semejantes abusos, aunque habiéndolos encontrado muy arraigados se vieran en la precision de tolerarlos por algun tiempo, es decir, hasta que se les presentase una ocasion favorable para estirparlos completamente. Los obispos y los sacerdotes, dice S. Agustin (*De Moribus Eccles., cap.* 33.), están obligados á sufrir los vicios del pueblo, y deben tolerar el mal antes de curarlo. *Non enim sanatis magis quàm sanandis præsunt. Perpetienda sunt vitia multitudinis, ut curentur, et priùs toleranda quam sedanda pestilentia.*

Aquellos venerables Pastores nunca se fijaron más que en las costumbres legítimas, curándose muy poco de si habian sido introducidas por ignorancia, por sorpresa ó por debilidad. Una de sus máximas es que una costumbre no debe abrazarse por el solo hecho de ser antigua, sino por hallarse conforme con la tradicion de la Iglesia, y que respecto á las cosas que el uno ha hecho prevalecer, debe atenerse á la verdad, y de ningun modo á las vanas preocupaciones de una costumbre que, no por inveterada, dejará de ser pésima.

Si los mismos PP. se salieron alguna vez de los límites trazados por la antigua disciplina, y declinaron el justo rigor de esta, fué, ó por razones muy poderosas, que nos son desconocidas, ó forzados á ello, y cediendo á los mandatos de los príncipes seculares y á las leyes civiles, ó bien por dispensa, esto es, por una prudente relajacion del derecho y de la regla: lo que no debe condenarse si esta relajacion es útil y está honorablemente compensada. S. Cipriano (Fleuri, *Hist. de la Iglesia, lib.* 9.), por ejemplo, á pesar de ser solamente neófito, fué elevado al sacerdocio por una dispensa de la regla establecida por S. Pablo (31); pero el fruto que de esta ordenacion debia esperarse era tal, que puede muy bien decirse que la Iglesia se hallaba ya en cierto modo recompensada de la brecha acabada de abrir á la observancia de la disciplina.

Es verdad que las dispensas son una cosa sumamente delicada, y por esto los antiguos Concilios no hacian fácilmente cánones para introducir nuevas prácticas, con riesgo, como dice el abate Fleury *(Ibid., lib.* 11.), de que no observándose, se recurriera luego á la indulgencia.

Baronio atribuye el primer cisma promovido en la Iglesia de Roma á la dispensa obtenida por Novato para ser ordenado, á pesar de no haber sido bautizado mas que por infusion [1] en su lecho, y lo que es todavía más extraño, sin haber recibido despues de su enfermedad el sello del Señor con la imposicion de las manos del Obispo.

Algunas veces, como ya lo hemos dicho, los Padres relajaron la exactitud de la disciplina, cediendo á la violencia de los emperadores y de las leyes. Hasta los mismos Concilios tuvieron esta especie de miramientos; siendo al propio tiempo innegable que en muchas ocasiones la disciplina tuvo que ceder, pero la Iglesia tenía la esperanza de que cuando volviera á su estado normal podria rehacerse contra semejantes

[1] Hablando del sacramento del Bautismo, es la accion de echar el agua sobre la cabeza del que se bautiza. Véase la palabra BAUTISMO en el *Diccionario de Teología. (N. del E.)*

abusos. El Concilio de Arlés (*Cánon* 10.), en corroboracion de lo dicho, exhortaba á los maridos que sorprendiesen á sus mujeres en adulterio á que no tomaran otras en vida de las primeras con quienes se habian casado; exhortaba, repetimos, pero no mandaba, por deferencia á las leyes civiles, que permitian volverse á casar despues del divorcio.

En efecto, el divorcio era admitido en la Iglesia latina (Marculph., *Form., lib. 2, cap.* 30.), y despues de declarado legítimo por los que debian fallar, tanto el marido como la mujer eran dueños de casarse de nuevo con quien les acomodara. Esto era un abuso, y un abuso contrario á la ley de Jesucristo; pero, sin embargo, tuvo que tolerarse por mucho tiempo antes que la Iglesia pudiera rechazarlo y desterrarlo de ella definitivamente.

El espíritu de los PP. fué siempre el de sufrir cuanto pudiera sufrirse, y rechazar enérgica y constantemente lo que no fuese dable soportar sin desprecio del Evangelio; y así, de cualquier modo que se les mire, se ve siempre brillar su celo y buena intencion; pero algunas veces fueron éstos interpretados torcidamente, ó se ejecutó mal lo que ellos habian hecho muy bien. Por ejemplo, habiendo compuesto los PP. un Penitenciario que sirviera de regla á los confesores y de freno á los pecadores, el prurito de hacer otros se apoderó de algunos particulares; y no estando sus obras compuestas segun el espíritu de Dios, sino con arreglo á los movimientos de la carne y de la sangre, acabaron de corromper, con apariencias de alguna autoridad, lo que empezaba ya á ser corrompido por las persuasiones del hombre viejo.

Los que quieran llevar más lejos sus miras podrán muy fácilmente hacerlo recurriendo á los autores que fueron más felices en estas investigaciones, en particular á S. Agustin en sus dos cartas á Genaro *de Ritibus Ecclesiæ*, que por ningun concepto deben dejar de verse.

CUARTA PARTE.

QUE TRATA DEL USO QUE DEBE HACERSE DE LOS PADRES DE LA IGLESIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

El crecido número de autores y de libros que acaban de indicarse para adquirir la ciencia eclesiástica no debe ser un motivo de desaliento para el lector.

La multitud de autores y de libros que hasta aquí hemos propuesto sería capaz de espantar á cualquiera si no se supiese que el tiempo y el trabajo pueden vencerlo todo y conducir el ánimo mucho más lejos aún de lo que esta obra indica. Una hora, un dia, un mes, son nada al parecer; y sin embargo, bien empleados, un hombre prudente y laborioso podrá, sin duda, hacer progresos, que excedan en mucho á sus esperanzas. Un célebre escritor del siglo XVI, que enriqueció al público con una infinidad de obras, comparaba el tiempo á un campo fértil, en el cual habia sembrado y recogido una abundante cosecha de toda clase de conocimientos. El tiempo, decia, es toda mi riqueza, *tempus mea possessio*.

Dió Dios al hombre el tiempo como un bien, con el cual puede alcanzar todos los demás, particularmente la ciencia, que sólo se halla buscándola por mucho tiempo y con muchísimo cuidado y trabajo. Esta soberana de las inteligencias (si nos es permitido hablar así), exige de nosotros dos grandes sacrificios: el del tiempo y el de nuestros placeres; y Salomon, que la habia adquirido por un camino más corto, cual es el de la inspiracion, confiesa que, por el órden na-

tural de las cosas, no se adquiere sino con mucha pena y trabajo. S. Jerónimo dice que Platon se habia expuesto á trabajos inconcebibles, abandonando su patria y sus parientes para correr de provincia en provincia en pos de las musas fugitivas. Pero para no citar mas que los PP. de la Iglesia, S. Clemente de Alejandría, convencido por experiencia propia, opinaba que era mucho más fácil á un camello el pasar por el ojo de una aguja, que á un hombre estudioso penetrar los secretos de la verdadera filosofía con sólo el auxilio de su propia inteligencia. Orígenes, segun dice Eusebio, velaba dia y noche, se acostaba en el duro suelo, y sólo se alimentaba con pan y agua para dedicarse con mayor aplicacion á la inteligencia de las sagradas Letras, habiendo seguido S. Jerónimo el mismo camino para llegar al punto de erudicion que alcanzó. En una palabra, todos los grandes hombres proclaman en alta voz con su conducta que las ciencias no sufren se enamore uno de otro placer que del que ellas proporcionan, ni se consagre á otra cosa el tiempo, del que tan celosas están.

Todo el mundo conoce esto, y aunque muchos han querido ensayarlo, son rarísimos los que han perseverado hasta el fin por falta de método y por no tener un arreglo en las horas diarias de estudio. Además, no todos están dotados del mismo valor y de igual talento, pues con los hombres que se dedican al estudio sucede lo que con los viajeros (Vit. Card. *Præf.*), de los cuales unos se contentan con visitar su país y las provincias limítrofes, otros van al extranjero, y otros se lanzan á viajes sumamente atrevidos, y hasta á dar la vuelta al globo. Por esto Macrobe, Aulegelle y otros, no queriendo arriesgar nada, jamás emprendieron sino lo que estaba de acuerdo con su talento y con su profesion. Ciceron, Plutarco y Plinio fueron más lejos, y adquirieron por consiguiente una gran diversidad de conocimientos; y Demócrito, Teofrastres y Varron, no prescribiéndose límite alguno, quisieron saberlo y experimentarlo todo. Hay talentos medianos que deben limitarse á

muy pocas cosas, y los hay asimismo tan vastos, que creen poder emprender y abarcarlo todo; de lo que resulta que cuando los primeros, olvidándose de sí mismos, quieren elevarse al rango de estos, se ofuscan, y pierden por su vanidad el lugar que hubieran dignamente ocupado en un estado mediano, si hubiesen tenido la suficiente modestia para no intentar salirse de él. Por otra parte, cuando los grandes talentos no conocen todas sus fuerzas, abandonan el puesto; se rebajan hasta hacerse inferiores á los que debieran serlo suyos, y se pierden, no por excederse temerariamente, sino por negligentes y cobardes, faltos de valor para llegar con energía hasta donde por su mérito son llamados. De este modo, sus buenas cualidades degeneran en debilidad, y el apego que tienen á las cosas livianas los hace incapaces de otras más grandes, para las cuales la naturaleza los habia formado. Esto no es decir que los grandes talentos no deban en ciertas ocasiones descender hasta las cosas más insignificantes, y que las inteligencias más limitadas no deban tambien, en casos dados, elevarse cuanto puedan sobre su alcance ordinario, puesto que por una parte importa mucho no descuidar nada, y por otra conviene dar fuerza y extension á la inteligencia con un ejercicio firme y vigoroso; pero esto se debe hacer de modo que, sin fatigarse demasiado, se evite el riesgo de llegar á concebir tedio á los buenos estudios ó á aburrirse de ellos.

CAPÍTULO II.

Del tiempo que debe dedicarse al estudio para poder perseverar en él y sacar provecho de lo que se estudia.

Algunos quieren sea la noche el tiempo más á propósito para el estudio, y otros sostienen ser el dia. Los primeros alegan que el silencio y la calma que reinan durante aquella son muy ventajosos para las profundas reflexiones que á nuestros estudios deben acompañar, no siendo posible hacerlo mejor que entonces, porque libres nuestros sentidos de los objetos que los distraen durante el dia, la imaginacion está

en plena libertad para producir sus ideas. A esto añaden que los romanos acostumbraban levantarse á media noche (Plin., *lib.* 3, *epist.* 5.) casi todo el año para poderse aplicar al estudio, citando tambien el ejemplo de muchos sábios ilustres que convertian los dias más hermosos en oscuras noches, encerrándose en sus gabinetes como los muertos en sus tumbas, rodeados de lámparas (de donde les viene el nombre de *Lichnobii*, que les da Séneca en su carta 122) para estudiar con más tranquilidad.

Los que están por el dia sostienen (Marcil, Ficin., *de Sanit. Trend.*) que las largas vigilias son el mayor enemigo que pueda tener un literato, porque el exceso en ellas es lo que más extenúa la imaginacion, y no tarda en destruir la salud; lo cual demuestran con razones deducidas de la influencia de los astros, de los elementos de los humores (Hipocrat., *de Carnib.*) y hasta de la naturaleza misma del cerebro, que es el asiento de lo frio y de lo húmedo. Aristóteles, muy competente en la materia, aconseja á las personas de estudio se levanten al amanecer, por ser la hora más conveniente para la salud y la que más contribuye al progreso de la verdadera filosofía. Orígenes dice que desde el amanecer hasta las tres ó las cuatro de la tarde era el tiempo que se dedicaba á la lectura y á la meditacion de los divinos oráculos (*Apud. Cedr. et Suid.*). El Cardenal Perron estudiaba por la mañana, y uno de los hombres más sábios de hoy (en el siglo XVII) recomienda tanto el estudio durante el dia, como condena el hacerlo por la noche; sin embargo, Augusto, que era muy aficionado á las bellas letras, se retiraba despues de cenar para dedicarse al estudio, *á cœna lucubratoriam se in lecticulum recipiebat* (Suet., *in August.*). Pero en todo rigor cada uno es libre en elegir la hora que crea más oportuna; segun sus disposiciones [1], porque todos tenemos en nosotros mismos una

---

1 *Vide* Gabriel Naude *Quœst. an matutina studia, vespertinis salubriora.*

especie de regla, de la cual en la mayor parte de las cosas no nos podriamos separar sin hacernos mucha violencia. Sin embargo, por cualquier método que uno se decida, sea por inclinacion ó por otra cosa, es indispensable fijarse en él, y no dejar trascurrir un solo dia sin haber aprendido algo digno de conservarse en la memoria.

Hay personas tan laboriosas y dotadas de una cabeza tan firme, que cesarian de vivir en el momento que cesaran de estudiar, como dice Plinio el Jóven de su tio Plinio el Historiador *(Lib. 3, epist. 5.)*; pero no todos tienen este vigor, porque unos estudian tan pronto un dia como otro, segun se les antoja, ó la curiosidad les hostiga; otros lo hacen una vez al dia, ymás ó menos horas, y otros, en fin, estudian un rato por la mañana, otro al mediodía y otro por la noche y áun en horas diferentes. Todo lo que puede decirse sobre el particular es, que así como el comer continuamente seria, sin duda, sofocarse, el querer estudiar siempre seria tambien embrutecerse; y que así como el cuerpo pereceria muy pronto si no se le diera el alimento necesario, tambien el espiritu se debilitaria extraordinariamente si se descuidase el sustentarlo en proporcion á su capacidad espiritual; porque del mismo modo que si no se hace mas que una ligera comida al dia se enflaquece y se extenúa muy pronto, no estudiando sino una vez al dia y muy ligeramente, jamás se obtendrá el fruto que la posteridad debe recoger. Estudios tan débiles y que sólo se hacen de paso, no valen mucho mas que aquellas cenas de los grandes señores, á las cuales René de Beaune llamaba *cœnas ambulatorias*, cenas de paseo.

Parece que seria mucho más acertado estudiar dos ó tres veces cada dia en ratos diferentes que dejarse consumir, como los que estudian poco, ó sofocarse como otros que, abandonándose á su inclinacion, estudian excesivamente. Es preciso tomarse algun descanso para digerir lo que se toma, y saber mezclar con los estudios más fuertes otros que sirvan

de desahogo, den expansion al ánimo y hagan que este sea luego susceptible de más aplicacion. Es muy prudente quedarse con algun apetito sin excederse nunca, pues la experiencia nos enseña que los mejores alimentos no son buenos sino con cierta medida, y que en las lecturas inmoderadas se pasan muchas cosas sin ser apercibidas, durmiéndonos sobre los libros cuando creemos estar en vela. Pero dejando todo esto á un lado, la constitucion de nuestro espíritu es tal, como dice un filósofo (Cartes, *Epist.*), que necesita mucho descanso para poder emplear útilmente algunas horas en la investigacion de la verdad. Cuando no hay moderacion, se corre peligro de perder la salud, que por decirlo así, es el segundo fundamento de nuestros estudios [1], porque en esta parte la salud no nos es menos indispensable que la buena memoria y la buena penetracion. El sábio Charon preferia en cierto modo la salud á la ciencia; y en verdad que sin aquel beneficio, las ciencias se enfrian y languidecen; y si no se hacen insufribles, son por lo menos poco provechosas y nada agradables.

La misma intemperancia hay en el estudio que en el juego (Fr. Fulg., *Vit. di F. Paolo.*). Tenemos muchísimos ejemplos de sábios que se han extenuado por correr tanto, y que han apresurado su muerte por el demasiado esfuerzo del espíritu y exceso de estudio; porque en el parnaso hay delicados, voluptuosos y relajados, lo mismo que en lo restante del mundo. Es preciso leer mucho, decia un antiguo, pero no muchas cosas, *multum, non multa*. El trabajo bien ordenado fortifica el espíritu, haciendo que la ancianidad sea agradable y feliz, como Ciceron decia de Caton: *manent ingenia senibus, modò maneat studium et industria: habet aliquod tanquam pabulum studii atque doctrinæ, nihil est otiosa senectute jucundius.*

Platon murió con la pluma en la mano á la edad

(1) Véase á Tissot, *Aviso á los literatos y poderosos para la mejor conservacion de su salud. (N. del E.)*

de más de ochenta años; Isócrates escribia aún su libro titulado *Panathenaïcus* á los noventa y cuatro; su maestro Gorgias vivió ciento y siete, sin haber dejado un sólo dia de leer ó de componer; el P. Sirmond, la delicia de los sábios y el crítico más ameno del siglo actual (el XVII), se conservó hasta la edad de Isócrates en un estado de perfecta salud, y Le Rossi asegura (Pinnatet, *tom.* 2.) que un sábio de Siena, llamado Adriano Politus, que floreció en su tiempo, habia vivido noventa y tres años, sin haber necesitado jamás ni de abogados ni de médicos, y tan feliz, respecto á la tranquilidad de ánimo como en la salud del cuerpo, bienes ambos, de los cuales pocas veces en el curso de la vida es dado gozar simultáneamente.

CAPITULO III.

De la atencion y exactitud con que debe estudiarse.

No basta conocer sus propias fuerzas ni tener arregladas las horas de estudio, sino que es tambien preciso fijar mucho la atencion en lo que se estudia, no dejando una cosa para ir en busca de otra sin estar bien empapado en ella. La lectura de los libros, dice Quintiliano, es una accion libre, que se repite cuantas veces se quiere para asegurarse cuando hay alguna duda, y para dejar más impreso en la imaginacion lo ya aprendido (*Inst., lib.* 10, *cap.* 1.). *Lectio libera est, nec actionis impetu transcurrit: sed repetere licet, sive dubites, sive memoriæ penitùs affigere velis.*

No siéndonos posible fijar las veces que un libro deba leerse, diremos únicamente que es preciso leerlo tantas cuantas sea necesario para entenderlo y poseer á fondo lo que contiene. *Repetamus autem et tractemus, et ut cibos mansos ac propè liquefactos dimittimus, quo facilius digerantur, ita lectio non cruda, sed multa iteratione molita et velut confecta, memoriæ imitationique tradatur.* Sin embargo, si las cosas no son demasiado difíciles, están su-

mamente embrolladas, ó son un tipo de principios tan intimamente enlazados, que encierren mucho sentido en pocas palabras, como en las ciencias profanas los Aforismos de Hipócrates y los Elementos de Euclides, ó en la teología las Sentencias de Pedro Lombardo, la Suma de Santo Tomás y algunos otros semejantes, bastará leer la obra tres veces. La primera para enterarse de lo que trata y de cómo lo trata; la segunda, para hacer el análisis y la crítica de ella, y la tercera, para imponerse de su doctrina, del órden y de los razonamientos, en términos que se pueda hablar de la misma con exactitud y áun enseñarla si llegara el caso de tenerlo que hacer. Esto no es, sin embargo, una regla tan terminante que sea indispensable seguirla siempre, porque á nadie puede ocultarse que ciertos libros muy buenos basta leerlos sólo una vez, mientras que otros, como son los libros sagrados y todos los que sirven de fundamento ó base á nuestros estudios, deben leerse continuamente. Así es que los teólogos leen sin cesar á S. Agustin, los filósofos tienen constantemente en la mano á Aristóteles y á Platon, y los críticos leen y releen mil veces los libros de su arte; como hacia Mr. Valois (Henrique Vales.) con Harpocracion sobre los *Diez Oradores de Aténas*.

Con todo, puede decirse que, por regla general, es tan peligroso leer demasiadas veces un libro como no leerlo bastante; porque si no se lee lo necesario, no se descubre todo lo que está en él oculto, y si se lee demasiado á menudo, llega á verse en él lo que realmente no existe, sucediendo con corta diferencia lo que con un hombre extremadamente observador y minucioso, que en fuerza de mirar una cosa, vé en ella objetos y figuras que nadie descubre, porque sólo existen en su imaginacion; ó como se ha dicho de cierto escritor, que en fuerza de leer los poetas, creyó haber hallado cosas en las cuales los mismos autores no habian siquiera pensado. Lo conveniente, es conocer que en todo hay su más y su menos, y saberse acomodar á este más ó menos, segun la necesidad y la prudencia exijan.

No diremos por esto que los aspirantes á la perfeccion no deban elegir un buen autor que, como un verdadero dechado, les sirva de modelo y al cual consulten; pero esto les servirá de muy poco, si, por un don singular de la naturaleza, no participan del carácter y del genio del autor; pues sin esta gracia, escapándose todo lo principal, se conseguirá tan sólo que las copias renieguen de sus originales. El Petrarca, que tenía siempre en la mano á Virgilio, no se parece en nada á él en su poesía. Calvino, que cada año leia una vez á Ciceron desde el principio al fin, participa más del estilo de Séneca y de Cornelio Tácito que del de Ciceron, y toda aquella juventud, que al principio de este siglo (el XVII) quiso acomodarse al estilo de Justo Lipsio, sin participar ni de su carácter ni de su genio, se expuso á perder los adelantos hechos en la buena latinidad.

Vale mil veces más ser como Aviceno, que leia cuatro veces por lo menos un autor antes de entenderlo, que como algunos que sólo recorren el libro con riesgo de perderlo todo; porque este modo de leer tan á la ligera y por encima los autores no puede casi dispensarse mas que á talentos privilegiados ó á personas muy adelantadas en las ciencias, que no necesitan sino echar una mirada para ver si casualmente aperciben algun punto de erudicion para ellos desconocido. No haber leido absolutamente un libro no es siempre un mal, porque lo único que puede suceder es ignorar lo que no se ha leido; pero el no leerlo como se debe, es decir, de prisa, negligentemente y sin reflexion, acarrea consecuencias mucho peores, por cuanto induce al error. Se dirá tal vez que cuando un autor no merece ser leido se gana mucho tiempo dándole sólo un vistazo, como suele decirse; pero á esto replicaremos que seria mejor no leerlos absolutamente, por mas que de ordinario se crea que conviene leerlos todos, buenos y malos. Plinio el Historiador decia que no habia un solo libro, por malo que fuese, del cual no sacara algun provecho; pero en esto se referia á la Historia que estaba

escribiendo, cuyo plan era tan vasto, que para darle cima se veia en la precision de tomar de todas partes; sin embargo, habria hecho mejor si hubiera escogido garantías más seguras, en vez de referir las cosas con la confianza é irreflexion con que lo hace.

Speron Sperone, que era del parecer de Plinio, llevaba otras miras en la lectura que hacia de los libros hasta de los más insignificantes; así es que, habiéndole preguntado por qué se divertia en leer libros que nadie queria leer, contestó: «que los buenos ladrones no roban sino en los sitios extraviados y de poco tránsito.» Esta respuesta, sin embargo, es poco digna de una persona honrada, que se complace en no tomar cosa alguna mas que de los hombres de mérito, y en pagar un tributo de gratitud á los que le ayudan á progresar en las ciencias.

CAPÍTULO IV.

De la necesidad que tenemos de seguir en lo posible el modo de estudiar de los antiguos.

No hay duda que el saber hacer uso de los libros es una ventaja y no pequeña, porque el mayor ó menor provecho de nuestro estudio depende en gran parte de aquel; empero aunque haya sólo un buen método de estudiar, que consiste, bajo cualquier aspecto que se le mire, en dar al espíritu toda la fuerza y toda la extension de que es capaz, cada cual tiene el suyo. Los antiguos no estudiaban como en el dia suele estudiarse, esto es, sobrecargándose de lectura; porque siendo entonces los libros infinitamente más raros, tenian tiempo para ensayar sus fuerzas y adquirir con la meditacion aquella sorprendentes luces, con las cuales hicieron creer al mundo que habian robado el fuego al cielo, ó que eran iluminados y conducidos por genios particulares, por más que no tuvieran otros genios que un buen espíritu, perfeccionado con el estudio y con el trabajo. *Nullum dœmonem aut genium mihi adesse cognosco*, decia

un filósofo (Cardan. *in vita sua.*) á quien se atribuia uno de aquellos genios, *illud bené scio mihi pro bono genio datam rationem patientiamque in laboribus magnam, bonum animum*, desmintiendo con esto á Julio Scalígero, quien pretende haber efectivamente genios que se insinúan en el ánimo de los grandes hombres.

Séneca no estaba por leer mucho; los filósofos leian muy poco, y parece que Homero, nacido antes de la invencion de los métodos, se dió más á la meditacion que á la lectura, para llegar á aquel grado de perfeccion que le hizo el modelo, no sólo de los poetas, sino tambien de los filósofos; porque al fin Platon se formó con Homero, tanto en la elevacion de ideas como en la majestad del estilo. Los griegos, que en las ciencias humanas fueron los maestros de los romanos, contentándose con su lengua propia y no recurriendo á las de otros pueblos, consagraban á la reflexion el tiempo que nosotros dedicamos al estudio de las lenguas muertas, que jamás llegamos á saber perfectamente. Sócrates, Arnuesilao y otros sábios de la Grecia enseñaban á sus discípulos á pensar bien; y como entraban en miquiosos detalles sobre las cosas, y reflexionaban mucho en cada una de las partes de estas, descubrian ancho terreno, como se observa fácilmente en Platon, Aristóteles é Hipócrates.

Parece que de un siglo á esta parte el espíritu de meditacion se ha ido despertando en algunas cosas notables [1], como en el famoso Cardan, de quien dicen escribió más que leyó, y en Julio Scaligero, tan altamente elogiado por haber tenido más imaginacion que estudio; al contrario de su hijo José, que tuvo más estudio que talento; circunstancias que hicieron asemejar el uno á los antiguos y el otro á los modernos. Dícese tambien que un famoso teólogo de Italia hacia estudiar á sus discípulos, siguiendo el método de Sócrates, el cual consistia, despues de

(1) Thomass., *Illustr. Vir. elog.*

haber escogido las materias, en considerar lo fuerte y lo débil de cada cosa, el bien y el mal uso que de ella pudiera hacerse, las faltas y los abusos introducidos, y en no apoyar los razonamientos sino en buenos y sólidos principios. Es indudable que este método no puede agradar á todos por su singularidad, pero tampoco debe negarse que abre el camino á los verdaderos conocimientos. No está muy en uso, porque no tiende á la pompa y á la ostentacion, pero va derecho al objeto, y alcanza el premio al fin de la carrera.

Los PP. de la Iglesia dedicaban tambien mucho tiempo á la reflexion: leian la sagrada Escritura, y apenas leian otra cosa, particularmente en los primeros siglos. S. Hilario, dice Mr. de Perron, no habia estudiado ni sabia mas que la Biblia. «Antiguamente la Escritura era casi el único estudio de los eclesiásticos y de los monges (Mabillon, *Estud. monást.*); ella constituye toda la teologia de los antiguos Padres, y todas sus obras son sólo un tejido de las Escrituras y de los razonamientos que de ellas sacaron.» Además los que se distinguieron por su erudicion profana aplicaron á la inteligencia de la palabra de Dios cuantos conocimientos tenian en las bellas letras. Orígenes enseñaba en sus escuelas la filosofía y las matemáticas con referencia á la Escritura santa y á la vida cristiana; S. Jerónimo, para explicar el texto Sagrado, se servia de los conocimientos adquiridos en los poetas y en los oradores profanos, y S. Crisóstomo y Teodoreto hicieron otro tanto. Apoyados en las Escrituras santas, se elevaban, en el retiro y en el silencio, á la contemplacion de la divina Sabiduria, que les iluminaba tanto más, cuanto más unidos estaban á ella con los vínculos del amor; porque, como dice San Agustin, la caridad es la que nos une á Dios y la que nos instruye y nos enseña. Efectivamente, la aplicacion del corazon y del espíritu á las lecciones del divino Maestro contribuye de una manera sorprendente al progreso de los buenos estudios, y es la mejor razon que darse puede de la ben-

dicion divina, que hasta ahora se ha visto descende sobre tantos santos personajes como tomaron la pluma para el servicio de la Iglesia.

Los frutos producidos por este modo de estudiar reflexionando sobre todas las cosas, exceden á toda ponderacion; pero habiéndose ido cada dia agotando más las fuentes, y disminuidose visiblemente los ingenios que podian llamarse primitivos, tambien poco á poco se ha ido relajando aquella contencion de espíritu, pareciendo que el camino más corto y más fácil sea el recurrir á las producciones de los antiguos PP., tributándoles el honor de no producir por sí mismo cosa alguna para no correr el riesgo de equivocarse; y de este modo, abandonando la meditacion, se ha arrojado á cuerpo partido á lecturas larguísimas, pero tan infructuosas, que dan sed y no la apagan.

S. Jerónimo fué uno de los primeros en abrir este camino, por haberse visto precisado á contestar á las dificultades de los que le preguntaban á cada momento; de suerte que, no pudiendo disponer siempre del tiempo necesario para meditar, como hubiera deseado hacerlo, se contentaba con responder lo que habia aprendido en los antiguos. Esto no es tan frecuente en S. Agustin, en particular en los libros polémicos, en los cuales dice mucho, hijo de sus propias reflexiones; pero desde S. Gregorio, papa, que copió casi enteramente á S. Agustin, la mayor parte de los escritores eclesiásticos, haciendo apenas uso de su propio ingenio, pusieron el mayor estudio en copiar á los antiguos PP. y en aprovecharse de sus desvelos; así fué que la ciencia empezó á no medirse, como antes, por los nuevos descubrimientos, sino por la cantidad de la lectura y por la muchedumbre de lugares comunes. De aquí proceden los extractos y epítomes que el canciller Bacon llama *Vadum scientiarum*, el vado de las ciencias, por no tener profundidad alguna: lo mismo que aquella especie de obras á que se dió el nombre de *Cadenas*, por haber en ellas una infinidad de autores como encadenados los

unos con los otros en una misma materia, y otras que, á pesar de estar algo mejor ordenadas que estas, son, sin embargo, más bien una compilacion de las ideas ó pensamientos de los PP. que de sus propias palabras.

El venerable Beda, que floreció en el siglo VIII, fué bastante feliz en este género de escritos, pues no tradujo tan servilmente los autores que no añadiese algo de su cosecha, en lo que no dejó de tener imitadores más ó menos afortunados, segun tenian más ó menos ingenio y capacidad; pues aunque parecia que los sábios se iban extinguiendo, se veia aún de cuando en cuando salir de entre sus cenizas algun destello de la buena antigüedad.

Por este tiempo empezó á ponerse un poco más de órden á las luces de los antiguos, reasumiendo la doctrina de la religion á ciertos puntos, los cuales, como miembros diversos, formaron, al fin, el cuerpo de teología que en el dia tenemos; pero mientras el reino de los compiladores subsistió, continuó estudiándose de un modo digno de respeto, tanto por su antigüedad como por los servicios prestados por él á la Iglesia; pues consistiendo en trascribir las obras de los Padres, satisfacia la pasion de leer mucho, y daba lugar á la reflexion, en la que estribaba el principal ejercicio de los antiguos, por estar convencidos de que á fuerza de trascribir los autores de la primera antigüedad se aprendia á imitarlos. Demóstenes copió hasta veintidos veces las obras de Tucídides á fin de aprovecharse de su elocuencia, y el sábio Andrés Dudithio, luterano, que en los últimos tiempos afectaba querer imitar á los antiguos, habia copiado tres veces todas las de Ciceron.

En el siglo XII S. Bernardo adoptó otro método de estudiar más noble que el de los copistas, ó por mejor decir, volvió á tomar el antiguo, tan agradable para las personas de alguna experiencia; así es que, á pesar de haberse dedicado á leer á S. Agustin y á S. Gregorio, se aplicó sobre todo al texto sagrado y á buscar la verdad en la fuente, más bien

con la meditacion de la palabra de Dios, que con la lectura de los comentarios, tratando las cosas de manera que no parece haber copiado á los autores, sino marchado á la par con ellos.

En el siglo siguiente Santo Tomás tomó un método de estudiar que en nada degeneraba del de los antiguos; y aunque leyó muchísimo y se consagró enteramente á la controversia, iba siempre á parar á la meditacion en Jesucristo, como á su principal Maestro. Mas desde que la escolástica se apoderó de las escuelas cristianas, el estudio se relajó muchísimo, y en vez de fijarse en la Escritura y en los SS. PP., no se paró sino en frívolas especulaciones y en sutilezas no menos insignificantes, que denotan más bien debilidad que vigor de espíritu.

Tomóse la costumbre de leer de los PP. y de los Concilios solamente lo citado de unos y otros en las Sumas de los escolásticos y en las Colecciones de los canonistas, lo cual fué causa de que los maestros enseñaran de muy buena fe, si se quiere, las faltas y las equivocaciones de los copistas, como oráculos y verdades incontrastables.

Habiéndose, para colmo del desórden, introducido en las escuelas el método de enseñar por escrito, se tuvo menos cuidado que nunca en consultar á los antiguos, y menos aún en leerlos en sus mismas obras. Cuando empezó á seguirse á Aristóteles en la Universidad de París, los maestros se contentaron con leer alguno de sus libros, y más adelante publicaron varios escritos, no para abrazar en ellos toda la filosofía, sino para dar algunas nociones de ella y disponer los ánimos á este estudio con cuestiones que llamaban *Prolegómenos*, dirigidas á aclarar las dificultades que se presentaban. (Lami, *Discursos sobre las ciencias.*) Aumentándose estos escritos de dia en dia, se formó una oposicion contra este modo de enseñar, y se prohibió á los profesores denominados *lectores* (porque en su orígen leian y no dictaban) emplearan el tiempo en hacer escribir, obligándolos á leer los antiguos filósofos y á explicarlos de viva voz.

Los antiguos sacerdotes de la Iglesia, segun San Clemente de Alejandría *(Hippalyp.)*, no escribian ni querian se les distrajera del cuidado de enseñar por el de escribir, y menos emplear en esta ocupacion el tiempo destinado á prepararse para lo que habian de decir. Sin embargo, hay todavía comunidades en las cuales se conserva la independencia en esta clase de escritos. Nos guardaremos muy bien de negar que la escritura alivia ó descansa en cierto modo á la memoria, y que es un medio muy á propósito para afirmarse en ciertas cosas que se escapan á un oyente, por atento y vigilante que esté; pero la experiencia ha demostrado tambien que este método hace más perezosos que sábios, capaces de prestar servicio al público; pues muy lejos de poseer las ciencias, como dice Platon *(In Phœdr.)*, tienen tan sólo una idea muy vaga de los escritos que casi nunca leen. Empero como el oponerse á esta costumbre seria ir contra la corriente, por hallarse hoy dia establecida en todas las Universidades y tener sus ventajas y sus prosélitos, diremos sólo que convendria imitar en esta parte á algunos sábios modernos que, volviendo á tomar el método de leer las sagradas Escrituras, los Concilios y los PP. en sus propios originales, se aprovechan de esta lectura, haciendo sobre ella profundas y sólidas reflexiones.

CAPITULO V.

Del uso de las notas y de las colecciones.

Los griegos y los latinos solian anotar al márgen de los libros cuanto juzgaban en ellos digno de aprobacion ó de censura, habiendo hecho Suetonio una coleccion de los signos ó notas adoptadas al efecto. Diógenes Laercio *(Suid.)* habla de las que en su tiempo se veian aún en las obras de Platon y de las que los críticos empleaban para indicar en los autores las opiniones particulares, las sentencias graves y todo cuanto merecia ser corregido, cambiado ó suprimido.

Un intérprete de Aristófanes hizo enumeracion de

los signos con que se anotaban los poetas, que son los que más expuestos están á la censura pública. Aristarco, que fué el azote de Homero, tenía sus notas particulares, ó por mejor decir, empleaba á su antojo las ya inventadas. Atico marcaba con cera encarnada lo que creia reprensible en las obras de Ciceron. San Jerónimo hace mencion de los asteriscos y guiones empleados por Orígenes, de los cuales él mismo se habia servido en los textos de la sagrada Escritura. San Epifanio y S. Isidoro de Sevilla dan los nombres y la explicacion de la forma y figura de las notas antiguas; y Sixto Sienense observa que habia dos clases de notas: *notæ literatæ, et notæ illiteratæ*. Las primeras eran letras del alfabeto, escogidas por cada uno, y las otras unas figuras pequeñas á las cuales se daba la interpretacion y aplicacion que más acomodaba. Esto demuestra el cuidado y precision con que los antiguos leian los autores, y que nada se escapaba á su crítica; pues no contentos con apostillar las cosas enteramente malas, anotaban tambien las dudosas, equívocas, oscuras, supérfluas y supuestas, y asimismo las que habian sido mutiladas, traspuestas ó añadidas al texto.

Los que son dueños de hacer de sus libros lo que les acomode, pueden emplear para esto lápices de diferentes colores, é inventar figuras, ó servirse de las ya inventadas para hacer sus observaciones. De este modo, despues de haber leido un libro, será sumamente fácil, mirando lo que está marcado, recoger en pocos momentos el fruto de muchas veladas. Este método es el más breve y más seguro de todos, porque deja las cosas en su lugar, y las dificultades se aclaran mejor que si se leyesen en las recopilaciones, en las cuales, no hallándose los pasajes en su situacion natural, no son tan inteligibles, por no tener enlace con lo que sigue ni con lo que precede en el cuerpo de la obra.

Por esto los que se atuvieron únicamente á las recopilaciones ya propias, ya de otros, dieron muy á menudo á las sagradas Escrituras, á los PP. de la

Iglesia y á los autores interpretaciones contrarias á su verdadero sentido, por ser casi imposible que no haciendo mas que ensartar pasajes desprendidos de su fondo, deje de separarse y áun de alejarse del objeto.

Los antiguos no sólo se servian de las notas del modo que hemos indicado, sino que además tenian las *colecciones*. Plinio el Jóven dice que su tio (Plinio el Historiador) anotaba y recopilaba á la vez, *adnotabat excerpebatque*. Séneca extractaba cuanto leia, y Augusto tenía sus extractos, que enseñaba generosamente á sus amigos. Tambien Aulo Gelio compuso las *Noches áticas* para la instruccion de sus hijos, de lo mejor que habia recogido de la lectura de los buenos autores y de la conversacion con sus ilustres amigos. S. Clemente de Alejandría dice (*Strom.* 1) que sus libros de los *Estrómatas* son un tesoro de memorias reunido para su vejez, un remedio sin arte contra el olvido y la malicia, y un bosquejo de aquellos discursos vivos y animados de los bienaventurados y verdaderamente dignos de eterno recuerdo, que habia tenido el gusto de escuchar el uno en Grecia, el otro en Italia y ambos en Oriente.

Cuando los antiguos oian algun discurso digno de ser conservado en la memoria y no tenian tiempo para escribirlo (D'Acien, *sur Horace, sát.* 4, *lib.* 2), formaban apuntes, *signa ponebant;* es decir, que apuntaban en globo algunas ideas y reflexiones para poderse acordar de todas sus partes cuando luego tuvieran tiempo de consignarlo por escrito. Los filósofos llamaban á esta clase de reflexiones ἀποσημειώνσεις y Platon τπομνήματα en un pasaje del Teeteto, en que Euclides dice á Terpsion que le explicara una conversacion tenida con un amigo suyo: «No podria en manera alguna referiros de palabra esta conversacion, pero afortunadamente en el momento que llegué á mi casa hice algunos apuntes y reflexiones sobre lo que habia oido, y con este auxilio me fué luego sumamente fácil el escribirla.»

Fundándose tal vez en este plan, se ha tomado en el presente siglo (XVII) la costumbre de hacer extractos, muy importantes, sin duda, para no olvidar las palabras notables de los grandes hombres; pero francamente hablando, estos trabajos no han sido ejecutados con todo el discernimiento que seria de desear, pudiéndose con corta diferencia decir lo mismo de los resúmenes que muchos hacen de lo que han leido. Esto es muy laudable; pero se hace comunmente con tan poco discernimiento y con tan poca conciencia, que produce más mal que bien. Para hacerlo debidamente, es necesario, en primer lugar, no hacer colecciones en una edad en que la imaginacion no esté todavía desarrollada y hasta que haya más capacidad para admirar que para discernir, ó al menos no hacerlas sino bajo la vigilancia de un maestro hábil y de buen gusto; y en segun lo lugar, no debe hacerse extracto alguno de un autor hasta haberlo leido desde el principio al fin una ó dos veces, no dejándose cegar por cosas más brillantes que sólidas, ni perder por bagatelas el hilo de la lectura. Es verdad que antiguamente los que no estudiaban los libros sino copiándolos, acostumbraban hacer sus extractos al concluir cada página mientras que la tinta se secaba; pero el gusto que aquellos copistas tenian para escoger cosas buenas y para empaparse bien en ellas podia suplir muy bien los defectos de este método. Además, es preciso disponer tambien estos extractos y ordenarlos de modo que su uso sea agradable á la par que útil; mas desgraciadamente la mayor parte de los que lo hacen se contentan con escribir las cosas una despues de otra, tal cual se presentan, salvo el hacer luego de ellas un índice, ó arreglarlas en forma de diccionario.

Hay algunos que tienen el cuidado de enlazar sus extractos por el órden que el Maestro de las Sentencias ó de Santo Tomás, lo que no deja de ser muy cómodo cuando se trata de materias teológicas, que piden gran trabazon y enlace para que el lector pueda aprovecharse de ellas. Otros, siguiendo el órden

de Graciano en su decreto, se refieren en lo que extractan á ciertos títulos generales, y remiten al lector por medio de cifras á los capítulos de los libros de donde sacaron sus observaciones. De esta suerte recogió el cardenal Carafa lo que hay de más notable para la disciplina eclesiástica en las epístolas de San Gregorio Magno. Bajo el título, por ejemplo, *de Consecratione Prælatorum* pone cuanto en su esencia se halla en las epístolas de este Papa, relativo á la consagracion de los Prelados de la Iglesia, y señala por medio de cifras los lugares de aquellas epístolas, á los cuales se debe recurrir para asegurarse del sentir y de las palabras del Santo. Este método, que es el de los canonistas, abrevia los escritos supérfluos y sirve de grande alivio, si las citas se hacen con exactitud y fidelidad. Empero el modo más bello y más útil de hacer estos extractos es el que Focio emplea en su Biblioteca, en la cual da cuenta de los libros que leyó mientras fué legado de Asiria. Todo en ella es exquisito y todo deleita, hasta el mismo abandono con que escribe. No hizo en ello el menor estudio; y sin embargo, aquel giro libre y natural, unido á tanta diversidad de erudicion, sorprende y alegra al lector.

Escoto encuentra demasiada negligencia en este libro de Focio, lo cual le induce á creer que lo escribió más bien para alivio de su memoria que para hacer de él un presente al público. Pontano, (*de Theophylact.*) no sólo acusa á Focio de poco exacto en los argumentos de los libros que expone, sino que le echa en cara haberlos dado sin la menor reflexion, tal como los recibió de mano de los copistas; pero como, segun Mr. Valois, muchas cosas contenidas en ellos fueron probablemente introducidas en su Biblioteca por algunos compiladores, que llevados del deseo de adicionarla, no consiguieron mas que desfigurarla completamente, puede muy bien quedar disculpado con esto tan sábio Bibliotecario. Empero sea de ello lo que fuere, conviene mucho seguir su método, es decir, fijar el nombre del autor que se ha

leido, su patria, sus costumbres, el siglo en que floreció, el número y la calidad de sus obras, y observar en todo su estilo y su genio característico, porque con estos antecedentes se descubren de un modo infalible todos los giros que toma.

Si la materia lo exige, se expondrá el sistema del autor con toda su fuerza y extension; se hará su análisis, y se manifestarán sus principales razones, las objeciones más fuertes de sus adversarios y sus respuestas, pues solamente oyendo á las dos partes puede juzgarse con acierto sobre la disputa; mas si la cuestion está ya decidida por la autoridad de la Iglesia ó por el parecer de algunos sábios, deberá sujetarse á expresarlo en los mismos términos en que el fallo esté concebido.

Focio dió algunas veces extractos muy extensos de los tratados que habia leido, prestando en ello indudablemente un gran servicio á la posteridad, privada de algunos de aquellos antiguos monumentos; pero ahora que la mayor parte de los manuscritos están impresos, sería evidentemente perder el tiempo el divertirse en copiarlos, á no ser que los manuscritos sean muy raros, de mucho mérito y de suma importancia.

Cuando se lee un autor, aunque sea de los mejores, no debe extractarse todo lo que llame la atencion, ni extenderse sobre todas las materias; pues aun cuando las cuestiones dogmáticas, como susceptibles de muchas suposiciones, pidan algo más de extension para poder ser fácilmente comprendidas, lo referente á la Historia y á puntos de doctrina debe extractarse con el mayor laconismo posible, pero sin olvidar las circunstancias principales, cuya omision pudiera hacer variar el estado de la cuestion. Igual circunspeccion debe guardarse respecto á las sagradas Escrituras, evitando las repeticiones y las observaciones de poca consecuencia, pues de lo contrario sería ir á lo infinito; mas tratándose de autores que no merecen se tome uno la pena de fijar en ellos la menor atencion, no hay inconveniente en pasarlos en silencio, ó

contentarse con indicar en pocas palabras la opinion que de ellos y de sus escritos deba formarse.

En las obras de moral se necesita mucha moderacion. Generalmente es en las que más suele extenderse, tanto por su aliciente, como por algunas cosas especiosas que, presentándose por sí mismas, cuestan muy poco de extractar. Se acumulan sentencias sobre sentencias; y como no siempre se tiene un gusto delicado, suelen tomarse sin discernimiento y con avidez cosas que luego se desprecian, cual sucede á los niños, que recogiendo con afan las primeras conchas que encuentran en la playa, las arrojan para coger otras, con tan poca reflexion como las primeras, y concluyen por volverse á su casa con las manos vacías, sin haber sacado de todo su trabajo mas que cansancio y fastidio.

Ademas de las cosas sólidas que es preciso observar en los Padres, hay tambien expresiones cortas y vivas que encierran un gran sentido, como asimismo rasgos de una fuerte elocuencia: nada de esto debe despreciarse; pero sin embargo, respecto á la elocuencia, será más á propósito empaparse del espíritu que fatigarse en trascribir las palabras.

Nada diremos de la uncion que se halla derramada en las obras de los PP. de la Iglesia. Debe recogerse con el mismo cuidado y con igual afan que recogian los israelitas el maná; pero esto es un oficio del corazon, no sujeto á las reglas que nos proponemos dar.

A medida que se vayan adquiriendo nuevas luces, es preciso espurgar los extractos de todo lo supérfluo, enriquecerlos con notas y darles toda la perfeccion necesaria, siendo mucho más ventajoso hallarse al concluir los estudios con un libro como el de Focio, que verse cargado de muchos volúmenes de lugares comunes de poco ó ningun uso é interés. Para no perder el fruto de las vigilias es indispensable señalarse á sí mismo un dia cada semana, una semana cada mes, ó un mes cada año, para repasar las colecciones y reflexionar sobre ellas; pues sin este tra-

bajo ú otro análogo, es muy difícil poseer con certeza lo que se ha ido recogiendo en el trascurso de muchos años.

Un sábio de este siglo (Verjus, *Enfants célebr. par leurs ètudes.*) no dejaba pasar un sólo dia sin aprender alguna cosa de sus apuntes en la hora que él mismo se habia prefijado; de suerte que, habiendo enriquecido su memoria de lo mejor que tenian los autores, por haber sido sólido y curioso en la eleccion, parecia no podia pedirse á ninguno de aquellos más de lo que él sabia de ellos. Para esto es menester acostumbrarse á convertir lo recogido en sustancia propia; á dilucidar las cuestiones de manera que no huelan á gabinete, y á imitar los mejores pasajes de los autores, procurando añadir algo de su propia cosecha; porque, como dice Quintiliano, la imitacion por sí sola no forma los grandes hombres. *Nihil crescit sola imitatione.*

CAPÍTULO VI.

Del modo de poner en práctica los conocimientos adquiridos en el estudio de los PP. de la Iglesia.

Despues de haber consagrado muchos años á la lectura de los PP. y de poseer ya algun caudal de conocimientos, deberá ponerse mano á la obra y compartir con el público el producto de nuestras vigilias, no perdiendo de vista que esto ha de hacerse con modestia, celo y caridad. Como puede cumplirse con este deber de mil modos diferentes, son contados los que puedan dispensarse de hacerlo; porque, sea cual fuere su talento, reunir lo recogido en una lectura tan vasta como la de los PP. y componer algo que merezca la pena de ser leido, son cosas que ofrecen muy pocas dificultades.

Lo principal de nuestros extractos consiste generalmente en aquello que más de acuerdo está con nuestras inclinaciones. En lo primero que se pára un orador es en la elocuencia; un historiador, en la histo-

ria; un filósofo, en la filosofía, etc.; y como las observaciones generales sobre los PP. deben recaer en las palabras, en la doctrina ó en la elocuencia y composicion, resulta lo que ya hemos indicado, esto es, que no hay quien deje de encontrar en la lectura de los mismos cuanto pueda apetecer. El gramático ó el crítico, siguiendo su inclinacion y las reglas de su arte, podrá dar buenas ediciones de los PP. de la Iglesia é ilustrarlas con escolios y con notas sábias, ó aclarar el lenguaje por medio de vocabularios; el teólogo explicará los dogmas de la fe, y el orador dará á sus composiciones aquel aire de elocuencia y de erudicion eclesiástica, que tanto realce dan á una obra sobre otra, que no reuna estas circunstancias; mas para esto es preciso sean personas prudentes, que, conociendo el valor de cada cosa y conociéndose tambien á sí mismas, no se tracen una línea de conducta que les aleje de su objeto, porque entonces se pondrian mal consigo mismo y con los demás; y lejos de enriquecer al público con buenas obras, lo cargarian de rapsodias informes y de composiciones difíciles de comprender.

No todas las cosas de una misma especie son buenas para todos. El pretender que un simple gramático sostenga el papel de un teólogo ó de un controversista, ó que un escolástico sea un grande orador, equivaldria á querer trastornar el órden de las cosas y á confundir los caractéres, á menos de tratarse de alguno de aquellos talentos tan privilegiados como raros, capaces de tratar de todas las materias con igual dignidad y maestría.

No ha de tomarse resolucion alguna que no sea realizable y no esté bien combinada; los materiales deben ser escogidos y estar dispuestos, y es preciso poner sumo cuidado en no colocar nada al azar, sino con arreglo al plan trazado. En una palabra, las cosas deben manejarse con tal habilidad, que al sacarlas de los autores tomen una nueva forma en manos del arquitecto. Cuando Ciceron se propuso escribir sus libros de los *Oficios* tomó lo que le pareció me-

jor de los filósofos antiguos, en particular de Panecio; pero se sirvió de estos materiales con tal maestría, que no parece fuese á nadie deudor de ellos. Plinio hizo con corta diferencia lo mismo en su *Historia de la naturaleza*, que es como una fusion de la infinidad de libros que habia leido para componer aquella grande obra: mas emplea tan rara vez las mismas palabras de los autores de que se sirve, es tan hábil á su manera y los ajusta á su designio con tal arte y tanta gracia, que no parece haya en su produccion cosa que no le pertenezca exclusivamente. Cuando los latinos escribian en su lengua no se entretenian en copiar textualmente los autores latinos que hacian jugar en sus composiciones, y cuando tenian que citar autores griegos, los traducian á fin de hacerlos más agradables.

Los PP. de la Iglesia, principalmente de los siglos IV y V, que se habian aprovechado de la lectura de sus predecesores, derramaban el jugo de estos en sus escritos, de modo que parecia fuese sustancia propia; pero no siempre debe procederse así: porque, por ejemplo, en los tratados de polémica, en las disputas teológicas y en todo lo que versa sobre la Escritura, es menester citar las mismas palabras de los pasajes que se alegan para darles autoridad. Lo propio debe hacerse tambien en las obras de crítica, pero con moderacion y distinguiendo los sitios y los lugares, de modo que el buen órden y la exacta simetría suplan en tales casos la falta de fecundidad y de invencion del ingenio.

CAPÍTULO VII.

Las personas dedicadas por mucho tiempo á la lectura de los Padres son las que deben dar al público nuevas ediciones de las obras de estos.

Siendo infinitas las dificultades que se cruzan en las grandes empresas, superables sólo por las personas muy experimentadas y eruditas, es indudable que únicamente los consumados en la lectura de los

Padres de la Iglesia pueden dar al público nuevas y buenas ediciones de sus obras.

El haber leido muchos antiguos ejemplares buenos y de nota; el haberlos examinado y compulsado; el haber observado sus faltas y extractado sus preceptos, es sin duda alguna sumamente útil, pero de ningun modo suficiente; porque si con el conocimiento perfecto que se haya adquirido del lenguaje y de la doctrina de un autor no se sabe preferir una correccion, ó una leccion á otra, se correrá el riesgo de destruir el verdadero sentido de aquel con mil conjeturas falsas ó dudosas. Si no se posee á fondo la doctrina de los PP., se les hará decir lo contrario de lo que pensaron, y toda su teología quedará destruida; así es que por no haber algunos críticos estudiado suficientemente la doctrina de Orígenes, creyeron, por una simple falta que se deslizó al copista en la homilía XI sobre el Levítico, que aquel Padre habia calificado de pecados mortales algunas faltas que son únicamente veniales, á pesar de no estar esto de acuerdo con lo que en otras partes enseñó, al hacer la distincion de los pecados (2).

Si no se está acostumbrado al estilo de un autor y al lenguaje de su siglo, se expone tambien mucho á tomar una leccion ó un consejo por otro, por la prevencion que comunmente se tiene de evitar barbarismos, que, siendo propios del carácter de ciertos autores, dejan ya de serlo, al menos respecto á ellos. Esto mismo observó Mr. Du Cange con relacion á algunos críticos, que, metiéndose á corregir los escritores de la edad media, sustituian atrevidamente algunas palabras bárbaras con otras á su juicio más propias y convenientes, aunque en semejantes casos las voces más propias no son las más latinas, sino las que, sean cuales fueren, pertenecen al original.

El estilo de Marculfo, recopilador de las *Fórmulas* de la antigua jurisprudencia francesa, es bárbaro y está manchado con muy grandes solecismos; mas no obstante Bignon, que cuidó de la edicion y la enriqueció con excelentes notas, dejó aquellos como

una muestra de la antigüedad, ó por mejor decir, por ser el carácter distintivo del siglo de aquel autor, siglo en el cual todo era ignorancia y barbarie.

En S. Gregorio de Tours y en Eginard hay muchas de estas terquedades, que algunos críticos poco juiciosos se metieron á corregir contra la voluntad de estos autores, en particular del último, quien en el prefacio de su historia advierte ya que si ha violado las reglas de la gramática, no ha sido por ignorarlas, sino para acomodarlas al tiempo y á las personas que estaban acostumbradas á aquel lenguaje rústico, como le llaman los PP. del tercer Concilio de Tours, *rusticam romanam linguam*.

La mayor parte de los críticos del siglo último (siglo XVI), no queriendo guiarse mas que por sus propias luces, en vez de hacerlo por el exacto conocimiento de la doctrina y del estilo de los PP., lo embrollaron todo en las ediciones que dieron de las obras de estos; y no sólo se arriesgaron á corregir los antiguos originales por simples conjeturas, si que tambien algunas veces osaron insertar en el texto aquellas pretendidas correcciones, como observa el Abate Billy, respecto á la edicion de Arnobo por Galeno. Así, pues, las ediciones de aquel tiempo no deben mirarse sino como bosquejos de las que aparecen de casi ochenta años á esta parte; porque por más que Guillermo Cave, protestante inglés, quiera, en su *Historia de los escritores eclesiásticos*, remitirnos á las primeras ediciones de los PP., tanto porque fueron hechas por excelentes manuscritos, que en el dia no se hallan, como porque salieron de las prensas antes de suscitarse en la Iglesia las contestaciones entre los católicos y los protestantes, cuya circunstancia les preserva del riesgo de ser corrompidas; por mas, repetimos, que Guillermo Cave alegue tan bellas razones, puede contestársele en dos palabras que en las ediciones nuevas se procura consultar aquellas ediciones antiguas tenidas en mucha estima, y que para alejar toda sospecha de corrupcion y de perfidia se procura aproximar aquellos preceptos que descu-

bren cuantos sentidos puede darse á los PP. de la Iglesia; que además, la mayor parte de las primitivas ediciones de los PP. no son completas, siendo contadas las que han parecido desde el año de 1468, en que se imprimió en Roma la *Ciudad de Dios*, de San Agustin, la primera de todas las ediciones de los Padres hasta el tiempo de la pretendida reforma (3); porque respecto á las ediciones de Erasmo, que empezaron á aparecer hácia el año 1516, hay poderosos motivos para desconfiar de ellas, por haberse entregado demasiado el autor á sus propias conjeturas.

Los PP. benedictinos de la Congregacion de San Mauro fueron felices en las ediciones que de los Padres de la Iglesia publicaron, por tener una ventaja que difícilmente pueden otros tener, cual fué la de poseer muchísimos manuscritos, sin los cuales es imposible dar nada bien auténtico y bien correcto; auxilio que comunmente falta á los particulares que emprenden obras de este género, como sucedió á Rhenano en su edicion de S. Cipriano, y á Horstio en la de S. Bernardo, quienes, á pesar de ser personas muy instruidas, no pudieron satisfacer por completo los deseos del público, por faltarles tan poderoso auxilio.

Es verdad que algunos han tenido la suerte de exceptuarse de esta regla general, como Savilio en su edicion griega de S. Crisóstomo; pero no ha sido sino con infinitos trabajos y con gastos tan extraordinarios, que son contados los hombres de letras capaces de soportarlos, como este mismo sábio inglés lo manifiesta á su amigo Sebastian Tengnagelo, que le rogaba regalase un par de ejemplares á los Príncipes, sus señores (*Epist.* 5.), *Chrysostomi exemplar octo constans magnis voluminibus, infinitis laboribus, immensis sumptibus conquisitum, facilius erit vestris Principibus emere, quàm mihi donare, jam prope omnibus facultatibus exuto* (4). Por otra parte, en esta clase de trabajos es imposible que un hombre solo vaya muy lejos; y si durante toda su vida puede, sin precipitar nada, dar un autor de mediana extension, hace ya cuanto de él se puede

exigir. Es verdad que Erasmo publicó muchas ediciones de PP. griegos y latinos; pero no todas las personas son Erasmo, y quizá, sin que pretendamos ofenderle, habria merecido más del público si hubiera emprendido menos y lo dejase mejor acabado. Las conjeturas no le costaban nada; el trabajo era para él una diversion, y habiendo muy pocos capaces de oscurecerle, porque su reputacion estaba tan bien sentada, que esta daba, quieras que no, como vulgarmente suele decirse, peso y crédito á cuanto queria publicar.

Los PP. benedictinos tienen igualmente la gran ventaja de que, recayendo desde hace muchos años lo fuerte de sus estudios sobre aquella especie de erudicion, que consiste en restablecer las obras de los Padres de la Iglesia, se hicieron muy hábiles en todas las partes de la crítica, tanto en la inteligencia de los manuscritos, como en la de las antigüedades y de las lenguas sábias, de las cuales tenian escuelas. La crítica de estos sábios religiosos es tanto más segura, en cuanto trabajando de acuerdo, y pudiéndose corregir los unos á los otros, están libres de las preocupaciones en que caen muy á menudo y con suma facilidad los particulares, acostumbrados á no escuchar otra voz que la suya propia. Por faltar este auxilio á Mr. Rigault, que por otra parte era un verdadero sábio, aunque demasiado independiente del parecer de otro, hizo decir á Tertuliano y á S. Cipriano todo cuanto podia halagar la comezon que le trabajaba de dar en todo pruebas de su rara erudicion, aunque fuese á expensas del sentido más natural de los autores que hacia imprimir (5).

Las comunidades tienen tambien la ventaja de que pudiendo distribuirse entre muchos el trabajo, ninguno está sobrecargado de él, y que mientras uno se ocupa de corregir la edicion, otro puede ilustrarla con tablas cronológicas, prefacios, sumarios é índices de materias y razonados, cosas todas que no pueden omitirse sin detrimento del lector. Un prefacio parece nada, y sin embargo, bien dirigido, facilita

muchísimo el conocimiento del autor á quien se consagra. Los antiguos hacian prefacios en discursos, lo mismo que los tocadores de instrumentos hacen preludios ó introducciones en sus conciertos, como tenemos de ello repetidos ejemplos áun en la sagrada Escritura, pues los dos primeros capítulos de Job sirven de prefacio ó prólogo á aquel divino poema, y el sobrino (6) de Jesus-Sirach añadió al libro del Eclesiástico uno, en el cual da una noticia bastante extensa de su traduccion. Sin embargo, la mayor parte de los prefacios de la Biblia están concebidos en muy pocas palabras, como se ve en el principio del Evangelio de S. Lúcas y en el de las Actas del mismo Evangelista.

Los PP. de la Iglesia están llenos de prefacios, siendo así que la mayor parte de sus escritos no son mas que contestaciones á las preguntas de sus amigos, ó tratados compuestos á instancias de estos. Así es, que habiendo escrito S. Gregorio, papa, sus *Morales* sobre Job, á ruegos de S. Leandro, arzobispo de Sevilla, se los dedicó en un prefacio bastante largo, y S. Agustin dirigió sus libros *de Peccatorum meritis, et remissione* al conde Marcelino, como una respuesta á las cuestiones de los pelagianos, que este señor le habia enviado desde Cartago. Parece probable que esta clase de prefacios diera después lugar á las epístolas dedicatorias, las cuales se han convertido en un objeto de vanidad tan excesiva, que muchas personas ilustradas han deseado más de una vez se suprimieran enteramente, ó que al menos, siguiendo la costumbre antigua, se redujeran á dar á conocer el autor y á exponer la utilidad que de él puede sacarse; pero muy al contrario, ya no se escriben sino para hacer, por decirlo así, la apoteosis y el elogio de aquel á quien se dirigen, siendo sumamente ridículo que con este motivo y bajo los más frívolos pretextos se saque á relucir toda la historia y prosapia del mismo, ocupándose apenas del autor de la obra y objeto de esta.

Desde que las epístolas dedicatorias se aplicaron á

cosas extrañas á la materia de que trata el libro, fué preciso volver á componer prefacios de nueva forma, separados del cuerpo de la obra. Es verdad que en un principio se guardó algun comedimiento, pero al fin llegó á dárseles tal extension, que algunos pueden pasar por tratados y áun libros enteros, pues los hay tan monstruosos que igualan y hasta exceden á las obras á que sirven de introduccion; de suerte que pudiera muy bien decirse de estos fabricantes de prefacios lo que Diógenes decia en otra época de algunos que habian hecho una gran puerta en una poblacion muy pequeña: *Custodite urbem, ne per portam elabatur*. Lo mejor que hay en este género son los prefacios de las nuevas ediciones de S. Ambrosio, de S. Agustin, de S. Bernardo, de S. Hilario, de Mário Mercator, de los *Opúsculos* de Pedro Sirmond y de algunos otros PP., que pueden servir de modelo para las portadas que se emplean para la decoracion de las grandes obras; mas no todo el mundo logra hacer buenos prefacios, porque para ellos se necesita un talento particular, habiendo muchas personas que tienen el don de componer un buen libro, y sin embargo no son capaces de hacer un buen prefacio.

Los antiguos, que ponian los prólogos y los prefacios á la cabeza de sus obras, terminaban tambien estas con epílogos, con anotaciones ológrafas, ó con prótestas contra los que tuvieran el atrevimiento de falsificar sus ejemplares (Eusebio, *Hist.*, *lib.* 6., *capítulo* 24.). El autor del libro segundo de los Macabeos termina su obra de un modo sumamente atento. Plinio da fin á su Biblioteca con una docena de líneas, que son como la conclusion de su prefacio en forma de carta, dedicado en el principio del libro á su amigo Tarasio.

En la primitiva antigüedad se escribia seguido, sin dividir, como ya digimos, las palabras, de suerte que las líneas de un discurso no eran mas que una ringlera de letras equidistantes, como en nuestros alfabetos; por esto algunos rabinos decian jocosa-

mente que toda la ley no era mas que una palabra. Pero al fin, habiendo juzgado las personas instruidas cuán indispensable era establecer algo más órden en la escritura, se introdujo la puntuacion, tan necesaria para fijar el sentido de un discurso, que un lector temerario ó ignorante llevaria á donde le acomodara, á no verse detenido por esta barrera. Hay lugares (Mr. Sim., *Hist. crist. du N. Testam., página* 3., *cap.* 22.) en que la puntuacion, que parece nada, es sumamente importante, como se puede juzgar por este pasaje de S. Pablo á los romanos: *Ex quibus Christus secundùm carnem, qui est super omnia Deus benedictus in sæcula*, que admite tres sentidos diferentes, segun los tres modos de puntuarlo que manifiesta Erasmo (7.). Luégo se tuvo cuidado en dividir las grandes obras en libros, cánones, titulos, secciones, capítulos y versículos, y en hacer que todas estas subdivisiones fuesen acompañadas de sumarios, para facilitar en globo la inteligencia del texto. S. Hilario sobre S. Mateo, como observa Mr. Simon (*Id.*, *cap.* 1.), dividió su obra en 33 cánones, que son otras tantas secciones ó títulos de que su Evangelio se compone, y llamó cánones á lo que los griegos llamaban κεφάλαια *capítulos*. Esta palabra cánon, para indicar los libros ó sumarios de la Biblia, se halla en los ejemplares latinos más antiguos. Antes de nuestras subdivisiones y de nuestros usos la mayor parte de los comentarios de los PP. no se diferenciaban de los de S. Hilario sino en dar á la palabra cánon el nombre de *Capitulum* en unos ejemplares, y el de *Breviarum* en otros, en lo que los latinos siguieron á los griegos.

Los que quieran imprimir los PP. y los otros autores (*Id.*, *cap.* 25.) eclesiásticos por los ejemplares manuscritos, no deben nunca descuidar el modo de dividir los libros, porque estas divisiones son de suma utilidad. Los sumarios que ordinariamente acompañan á las grandes divisiones, son demasiado importantes para poderse omitir en las nuevas ediciones de los PP. Pamelio fué muy feliz en los suyos so-

bre Tertuliano, y muchos los han conservado con sobrada razon en las ediciones posteriores de aquel antiguo escritor.

En el dia hay la costumbre, que jamás podrá elogiarse bastante, de enriquecer las ediciones de los Padres con tablas cronológicas, destinadas á sacar sus obras, y en particular sus cartas, de la confusion en que se hallan en las primeras ediciones. Sabiendo Pablo Manucio cuán imposible es seguir la cronología á medida que se leen los autores, que por una parte ó por otra participan siempre algo de la Historia, emprendió, en el siglo XVI, reponer en aquel órden las epístolas de Ciceron á Ático, sin lo cual seria casi imposible entenderlas. Sorprendido el sábio Pamelio, que trabajaba en favor de la Iglesia, de que faltase esto en la mayor parte de las cartas de los antiguos PP., colocó por órden cronológico todas las de San Cipriano, y el ejemplo de aquel grande hombre inspiró á otros críticos la idea de marcar los lugares y el tiempo en que las homilías y las demas obras de los PP. fueron escritas.

Los antiguos no hacian, como nosotros, índices de las cosas más principales de un libro, sino que se contentaban con poner al principio de él una tabla de los capítulos ó de los sumarios de estos, á fin de que el lector pudiera ver en un instante de qué se trataba en todo el cuerpo de la obra *(Prolog. Martian, in div. S. Hyer. Biblioth.)*. Así lo hizo Plinio en su Historia natural, cuyo primer libro no contiene mas que esto, en lo cual le siguieron muchos escritores eclesiásticos. Eusebio de Cesaréa, en su Historia de la Iglesia, siguiendo otra marcha, unió á cada libro una tabla de los capítulos; otros se contentaron con escribir pequeños sumarios en las márgenes y en frente del sitio donde estaban las divisiones de la obra, y así lo hizo S. Jerónimo en la version de la epístola de S. Epifanio á Juan, obispo de Jerusalem, como se ve por la carta del mismo S. Jerónimo á Pammaquio, *De optimo genere interpretandi*.

Vale más no hacer índices, que hacerlos mal;

pero si están bien hechos, sirven de mucho; porque aun cuando los libros no deben leerse únicamente por las tablas, el uso de estas es sumamente útil, hasta para las personas más aplicadas, á fin de recordar á la simple vista por una ó dos palabras varias cosas, que de lo contrario se les escaparian de la memoria por muy feliz que esta fuese.

En las ediciones de los PP. hay tambien otra clase de índices sumamente importantes, cuales son los de los pasajes de la sagrada Escritura, introducidos por aquellos antiguos teólogos en sus obras; pero es preciso estar muy alerta para no caer, como se observa en la edicion de S. Cipriano, hecha en Oxford, en el error de aquellos que, en vez de reproducir los pasajes de la Escritura tal como están en los PP. que siguieron la version de los Setenta, los refieren segun la Vulgata, lo cual es un verdadero desórden. Sin embargo, será bueno añadir á estos índices la Vulgata á los Setenta, á fin de hacer más palpable la diversidad de las lecciones.

CAPÍTULO VIII.

De los comentarios, observaciones, disertaciones y escolios ó notas con que los versados en la lectura de los PP. pueden ilustrar las obras de estos antiguos Doctores de la Iglesia.

Convencidos los críticos de las muchas y grandes dificultades que es preciso superar para entender perfectamente los PP. de la Iglesia, han derramado la luz en los pasajes más difíciles de las obras de estos por cuantos medios han estado al alcance de su imaginacion. Los unos han hecho grandes comentarios, otros han compuesto disertaciones muy difusas, ó se han desahogado con largas observaciones, y otros, en obsequio de la brevedad, se han concretado á escolios y simples notas en aquellos lugares de los PP. que piden mayor exclarecimiento.

Siendo una gran parte de las obras de aquellos antiguos teólogos ya de suyo bastante extensas, y no sirviendo muchas veces los comentarios mas que para

aumentar su volúmen, este género de explicacion parece incómodo; sin embargo, algunas veces son muy necesarios y contribuyen mucho á exclarecer el espíritu de los autores, aunque por lo regular sucede lo que sucedió á Mendoza sobre el Concilio de Elvira, que dió un volúmen en fólio, cuando el texto sólo tenía excasamente seis páginas; y á Lacerda, el cual se excedió tanto sobre Tertuliano, que despues de muchos gruesos volúmenes no llegó todavía al fin de su empresa. El mismo Pamelio, á pesar de ser incomparablemente mejor expositor que Lacerda, parece no haber sujetado siempre su prurito de dar todo el valor á su erudicion y á su ingenio.

Los que en vez de comentarios, que se extienden hasta las más insignificantes minuciosidades, han preferido hacer disertaciones sobre los lugares más importantes de los PP. de la Iglesia, han prestado indudablemente mayores servicios; porque esta clase de composiciones tiene la ventaja de no fijarse sino en las cuestiones que piden aclaracion, las cuales hay la libertad de tratar á fondo y no dejar nada que adivinar al lector, siendo esto tanto más útil, cuanto que muchas de las dificultades de los PP. son de tal naturaleza, que no pueden cortarse de un solo golpe ni aclararse lo más mínimo si no se aclaran completamente. Mas para que las disertaciones satisfagan, es preciso saber escoger bien el sujeto; que la erudicion sea excelente; que el lenguaje sea claro, y que permaneciendo el autor firme siempre en el punto de la cuestion principal, no se separe demasiado libremente de su objeto con digresiones fuera de propósito. Las disertaciones del Padre Quesnel sobre S. Leon son muy concluyentes, si bien algunos críticos creen que no siempre están en absoluta relacion con las cartas de aquel Papa, cuya doctrina explica.

Los que conocen el riesgo que se corre en no llenar suficientemente las disertaciones, se han contentado con hacer observaciones, que guardando un término medio entre aquellas y las simples notas, fatigan menos que las unas é instruyen más que las

otras. Las observaciones del P. Petau sobre S. Epifánio pudieran muy bien servir de regla, si agobiado aquel sábio con el peso de las infinitas cosas que tenia que decir, no se hubiese arrojado á digresiones demasiado largas. Mr. Rigaut tomó perfectamente el giro que debe darse á las observaciones, en las que hace sobre S. Cipriano. Las del Abate de Billy sobre los Padres griegos son excelentes, aunque un tanto demasiado lacónicas, lo cual las hace menos útiles á las personas de una mediana capacidad.

Sobre los PP. latinos hay la Biblioteca, las cartas, las observaciones y las conjeturas de Latinus Latinius (Lat. Latul. Viterbo, *Bibliot. sacra et profana)*, recomendadas por el Padre Mabillon en su tratado de los Estudios monásticos. Los protestantes de Inglaterra y de otras partes se han quejado, sin embargo, mucho de este Latinius (*Epist. conjeturæ observat. ejusd.*), que era un sábio eclesiástico de Viterbo, en Italia, tratándole de corruptor de la antigüedad, que quitaba atrevidamente de los PP. de la Iglesia lo que no estaba conforme con el asentimiento de los católicos, como por ejemplo la célebre epístola de Firmiliano de Cesaréa, suprimida en la edicion de San Cipriano, de Manucio *(Vide edit. Oxford S. Cypriani)*. Es indudable que debe siempre procederse de buena fe, y por cierto que nada se pierde en dar las cosas tal como se encuentran, puesto que al fin nuestros adversarios no sacan de ello gran partido. Hace algunos años que los protestantes armaron un gran alboroto porque Mr. Favre, doctor de Sorbona, habia hecho quitar del libro de Mr. Bigot la carta de San Crisóstomo al monje Cesáreo, en la cual pretendian que la doctrina de la *Transustanciacion* estaba enteramente destruida; pero el Padre Hardoüin les demuestra que esto nada les debe importar, puesto que es imposible sacar de ello hilacion ni consecuencia alguna que pueda favorecerles.

Mas de cuantos métodos se han empleado hasta ahora para ilustrar los PP. de la Iglesia, apenas hay uno preferible al de los escolios, que son unas notas

sucintas, pero de gran alivio al lector, que poco amigo de interrumpir la lectura de los pasajes por las dificultades que en ella se presentan, desea se le aclaren en pocas palabras. El sábio Padre Sirmond sobresalia en este género de escritos, por atenerse precisamente al objeto; así es que puede decirse no hay absolutamente en ellos cosa alguna supérflua. Con ejemplos de esta naturaleza debe uno procurar no hacer más escolios que los necesarios, y áun hacer sean estos tan claros, que no se conviertan en enigmas en vez de notas. El uso de los escolios no es nuevo, puesto que antiguamente este ejercicio era propio de los llamados *Anticuarios*, á causa del profundo conocimiento que tenian del origen y de la antigüedad de las cosas, los cuales escribian por lo regular sus notas en las márgenes de los libros, para con estas aclaraciones suplir la falta de claridad y estilo de los autores.

Hay algunos sábios que afectan grande oscuridad, pero no tan exagerada y ridícula como la de aquel pedante que decia en Quintiliano, *esto es excelente, pues yo mismo no lo entiendo*, sino aquella oscuridad misteriosa, parecida á la de Heráclito, que no hablaba mas que por enigmas, para sustraerse á la inteligencia del vulgo, lo cual le valió el epíteto de σκοτεινος que le dieron los griegos de su tiempo. Algo muy parecido á esto se observa en los antiguos PP. de la Iglesia, quienes algunas veces hablan de los misterios de nuestra religion de un modo tan encubierto, que, á no estar bien impuesto en ellos, es casi imposible penetrar el fondo ni la doctrina.

Como hemos hablado ya de esta especie de oscuridades, no insistiremos más sobre las mismas; pues cuando se encuentran, pertenece á los escoliastas el explicar las razones para que el lector no saque de ellas, como hacen los herejes, consecuencias contrarias á la fe y á la constante tradicion de la Iglesia. En los PP. hay tambien otra clase de oscuridad que les es comun, lo mismo que á todos los que enseñan, por versar sobre el tecnicismo, ó sean las palabras

propias de cada ciencia. Estas deben explicarse con mucha claridad, particularmente á los que no estando bien impuestos en la teología antigua, ignoran aquel lenguaje, conocido sólo por los hijos de la luz.

Hay PP. que son oscuros por ser demasiado concisos en su expresion, como sucede á S. Ambrosio, que encierra muchas más cosas que las que dice; y hay otros que lo son, por afectar y servirse de palabras muy estudiadas, ó por seguir con demasiada confianza la costumbre del país en que nacieron. La oscuridad que en otros se observa puede tambien dimanar de la eleccion que hicieron de ciertas materias extraordinarias, como la *de Pallio* de Tertuliano, que para poder entenderla es preciso tener un perfecto conocimiento de mil cosas, desconocidas en el dia. Así es que de este pequeño libro puede decirse lo que Vigenaire dijo de la Estenografía de Tritemio, «que era menester serrarla por medio, como se hizo en otro tiempo con el poema de la Casandra de Licofron, para ver interiormente lo que no aparecia en lo exterior.»

En fin, sólo á los críticos sábios, juiciosos y que no esten demasiado entusiasmados por sus autores ni por sí mismos, incumbe poner la mano en la aclaracion de los PP.; pues se concibe muy bien que un crítico de una mediana capacidad dejará escapar cosas que merecen ser sabidas, deteniéndose en otras que deberia dejar; que quien no se halle dotado de un buen criterio, aunque sea sábio, empleará mal su erudicion ó sacará de sus principios consecuencias falsas; y en fin, que un crítico caprichoso ó entusiasta se colocará naturalmente en lugar del autor, á quien siempre querrá realzar con sus reflexiones, disimulando sus faltas ó apoyándolas contra toda razon.

El Padre Petau, que jamás quiso tomar este mal sendero, parece, al contrario, haber formado el empeño de maltratar á S. Epifánio al quererlo ilustrar con sus observaciones. Este modo libre y desinteresado de conducirse, adoptado tambien por Saumaise

en Solin y por Mr. Simon en las notas sobre el viaje del jesuita Dandiny, agrada mucho á los que tienen una satisfaccion en ver haya en la república literaria, como hubo en la romana, hombres de bastante vigor y energía que no vacilen en rebajar á los Escipiones para dar más brillo y esplendor al Estado.

CAPITULO IX.

Los vocabularios para la inteligencia de los PP. deben formarlos personas bastante versadas en la lectura de estos antiguos Doctores de la Iglesia.

Los que no tienen talento suficiente para ilustrar los PP. de la Iglesia con comentarios, disertaciones, observaciones, ó por medio de escolios y de notas, pueden, lo que es mucho más sencillo, componer vocabularios para el auxilio y descanso de los lectores.

Es una máxima de Tertuliano, ó mejor del buen sentido, que la inteligencia de los pensamientos depende del conocimiento de las palabras, puesto que estas son las imágenes de las ideas: *Fides nominum est inteligentia sententiarum.* Esto basta para hacer comprender la necesidad de los vocabularios, puesto que la ciencia de las palabras tiene casi la misma extension que la de las cosas; y por esto seria de desear que en el principio ó al fin de las ediciones de los PP. se insertara un glosario de las palabras raras y difíciles que tanto abundan en los autores clásicos. Mas para mayor auxilio, convendria componer un diccionario completo de todas las palabras extraordinarias que se hallan en los escritores eclesiásticos, cuyo trabajo no seria por cierto indigno de los que, por haberse dedicado y ejercitado durante muchos años en la lectura de los PP., conocen perfectamente su doctrina y su lenguaje.

¿Y por qué no ha de hacerse en obsequio de la teología lo que los autores profanos han hecho para el

adelanto de las ciencias humanas? [1] Timéo, segun Focio, habia compuesto un diccionario de las voces propias de Platon; pero viendo Bohetus que aunque era excelente tenia algunos vacios, emprendió llenarlos; y como á pesar de esto no fuese todavia una obra completa, el mismo gramático hizo una nueva coleccion *de Dubiis apud Platonem vocibus*, muy superior á las otras dos.

Saumaise, que pasa por una especie de soberano en la república literaria, no creyó rebajarse en formar una coleccion de todas las palabras equívocas que habia notado al leer los autores (*de Homonym. Hiles. Iatricæ.*). S. Jerónimo, para citar un autor de más importancia, se tomó el trabajo de reunir todos los nombres de las ciudades y paises mencionados en la Biblia, y de explicar los nombres propios de los hebreos que constan en la misma (*Bibliot. Cesar., tomo* 3.). Lambecio asegura que en la Biblioteca imperial hay un lexicon, compuesto por un anónimo muy antiguo, con el título de *Interpretatio alphabetica difficiliorum quorumdam vocabulorum quibus Sanct. Dionysius Areopagita in operibus suis utitur*, del cual se podria muy bien servir para hacer una nueva edicion de S. Dionisio y de su escoliador S. Máximo, más correcta que todas las publicadas hasta el dia. El sábio Abate de Billy, que no ignoraba cuán ventajoso seria el tener un vocabulario que facilitara la inteligencia de los PP. griegos, estableció los fundamentos de uno, hace más de tres siglos, en un pequeño libro titulado *Lectionum græcarum volumen*, y en el dia se halla casi completo en el *Thesaurus ecclesiasticus* de Gaspar Suicer, que es un voluminoso diccionario, compilado de los PP. griegos, dispuesto alfabéticamente en forma de cortas disertaciones, lo cual le hace mucho más útil; porque en esta clase de obras no basta explicar las palabras difíciles, sino que es preciso hacerlo con el mayor estudio, so-

[1] Ya se ha hecho; véase si no el *Diccionario de Teología* mencionado en otro lugar. (*N. del E.*)

bre todo cuando encierran algun misterio de erudicion. Es menester, sin embargo, no rebasar ciertos límites y evitar en lo posible los extremos en que suelen caer los vocabularios, que, como observa Focio, ó son sumamente concisos y faltos de muchas palabras, ó demasiado difusos y sobrecargados de observaciones y de repeticiones inútiles.

En el diccionario que proponemos se podria muy bien, concretándose sólo á los PP. latinos, puesto que así se ha hecho con los griegos, reducir las cosas á un término medio, no haciendo entrar en él sino lo más importante y digno de ser observado. Para esto se podria escoger entre lo que sobre los PP. está ya explicado en las notas de los más sábios críticos, marcando con cuidado los autores de estas notas y añadiendo á ello cuanto de nuevo se observe. Empresa de tales proporciones y consecuencias no sólo no es para un hombre de mediano talento y propenso á leer las cosas á medias, sino que ni aun los más exactos é ilustrados pueden aspirar á salir airosos en ella, sin la cooperacion y los consejos de otros capaces de corregir sus faltas, de asegurarlos en las dudas que les ocurran y de animarlos cuando hayan de salvar pasos peligrosos y difíciles; pues nada es tan raro como un diccionario perfecto. La crítica se agota en el exámen de otras obras, pero en el de un diccionario no puede apurarse jamás, porque siempre hay que añadir ó quitar algo para aclarar ó para corregir lo que está escrito.

CAPITULO X.

La traduccion de las obras de los PP. sólo pueden hacerla aquellos que estén muy versados en la lectura de sus obras.

Despues de lo que en la segunda parte de esta obra hemos dicho respecto á las traducciones, no nos resta que añadir sino dos cosas: la primera, que la traduccion de las obras de los PP. es sumamente necesaria; y la segunda, que esta empresa no pueden

acometerla sino aquellas personas que, despues de haber hecho un sério y maduro estudio de ellos, han logrado familiarizarse, por decirlo así, con tan graves autores.

Se objetará tal vez que las traducciones excitan á la pereza y á que se abandone, ó á lo menos se descuide la aplicacion á las lenguas sábias; pero la experiencia acredita lo contrario, siendo evidente que la emulacion, que hace más de cuatrocientos años se nota en traducir los autores antiguos, ha obligado á una infinidad de personas á perfeccionarse en las lenguas, que hubieran despreciado ó sabrian muy imperfectamente, si no se hubiesen ejercitado en el arte de traducir. Por otra parte, como no todos tienen el genio de las lenguas, y hasta los que participan de él no siempre quieren aplicarse á ellas lo necesario para entender sin dificultad los autores en su lengua original, el ser su guia y su intérprete en esta parte, es siempre prestarles un señalado servicio. Ambrosio Camaldulense, el monge más sábio y más atento tambien de su siglo, dijo con mucha gracia á Lorenzo de Médicis, al presentarle la version latina de S. Efrem, «que habiendo ido este P. á encontrarlo en su retiro, se habia ofrecido, por los encantos de su imaginacion y de la santidad de sus costumbres, á introducirlo en la corte de Florencia, para derramar en ella la sal de sus instrucciones; pero que excusándose el Santo con que nadie comprendia su lenguaje, él se habia encargado de servirle de intérprete, á fin de que la excelencia de sus discursos no dejara de producir la edificacion y la santidad que eran de desear.»

Si las traducciones son exactas, hay en ellas la ventaja de que sirven de comentarios, pues es imposible que una buena traduccion no aclare el original y no haga desaparecer las principales dificultades; porque no es dable traducir un autor, si se ha de hacer inteligible, sin trabajar antes por sí mismo para entenderlo, á fin de darle toda la claridad de que es susceptible.

Plinio el Jóven dice que el mejor consejo que se

puede dar á los hombres de estudio es que traduzcan frecuentemente del griego al latin y viceversa. «Este consejo es tan bueno, añade, que muchos maestros lo imponen como precepto; porque traduciendo, se aprende á hablar con propiedad y con elegancia. Por este medio se adquiere una gracia enteramente particular para explicarse, y copiando los grandes autores, se engrandece en cierto modo, pues llega á familiarizarse con ellos. Además, por muy aplicado que uno sea en la lectura de un autor, siempre pasan desapercibidas algunas bellezas; pero traduciéndolo, estas se presentan sucesivamente con facilidad á la imaginacion.»

No se puede formar una idea exacta de lo mucho que el arte de traducir forma el juicio. Ciceron y los Plinios lo ejercitaron, y por medio de este trabajo, que no es por cierto mediano, muchos escritores de los últimos tiempos adquirieron una elegancia y una solidez que antes no tenian. Esto debe convencer de lo mucho que conviene aplicarse á traducir los autores célebres, y en particular los PP. de la Iglesia, por la utilidad que puede reportar á las letras y á las costumbres; pero en obsequio de la verdad debemos decir que no es fácil conseguir este derecho sino con una constante aplicacion y con muchas vigilias; pues no basta que un traductor posea la lengua, sino que es indispensable posea tambien perfectamente al autor, y jamás lo poseerá como es debido, sin una gran práctica en el conocimiento de los escritores de la época de este y de los precedentes que tengan relacion con él. De esta manera, cuando se presente alguna ambigüedad ó algun error en el texto, podrá restablecerlo por medio de la comparacion de aquellos que escribieron como él, ó siguieron sus opiniones.

El que quiera, por ejemplo, traducir el Exameron de S. Ambrosio, recurrirá al de S. Basilio, que aquel casi se apropió. Quien se proponga hacer una buena version de S. Cipriano, es preciso que haya leido á Tertuliano, á quien este santo Obispo llama su maestro; y si uno pretende traducir con alguna exactitud

á S. Próspero ó á S. Fulgencio, debe consultar con precision á S. Agustin, cuyo órgano son estos PP. Tambien es indispensable tener un particular conocimiento de los autores antagonistas de los PP. que se traducen, porque la luz, en materia de doctrina, se aumenta con la resistencia y con la oposicion; y así, juntando Rufino á S. Jerónimo, Juliano á San Agustin y Teodoreto á S. Cirilo de Alejandría, se podrán desarrollar en la version de algunas obras de estos Santos ciertas dificultades, que no seria posible aclarar de otro modo.

Los PP. de la Iglesia están ligados los unos á los otros, lo mismo que los músculos del cuerpo, por mil sitios imperceptibles y casi opuestos, y de un modo tal que no basta poseer perfectamente el que se quiera traducir, sino que es preciso conocer todos los que piensan como él y áun los de opinion contraria; pues sin tener un perfecto conocimiento de ambas partes, es sumamente difícil dejarse de estraviar en lo concerniente á los dogmas de fe.

No es menor la dificultad que se presenta respecto á la disciplina, sobre la cual es muy raro poder hacer hablar á los autores en las copias como hablaron en los originales, sin recurrir á la fuente de donde tomaron ellos sus doctrinas. Es verdad que los autores que se traducen pueden ser tan antiguos, que no se hallen otros anteriores para poderlos consultar; pero queda siempre el recurso de interrogar á los contemporáneos y hasta á los posteriores que conozcan bien la antigüedad.

En cuanto á la Historia, es evidente que no pueden traducirse bien los PP. de quienes se trata, si no se está familiarizado con todos los que se relacionan con el que se traduce; por tanto, si nos propusiéramos hacer la version de lo que S. Optato escribió sobre el cisma de los donatistas, tendriamos precision de recurrir á los autores contemporáneos que hablaron de aquella plaga de la Iglesia, aunque no fuera sino para corregir las faltas que se deslizaron en los ejemplares que tenemos de este autor.

En fin, habiendo dos maneras de traducir, una literal y otra que se atiene más al sentido que á la letra (7), es preciso saber distinguir los lugares y las ocasiones en que es más oportuno emplear la una que la otra. Cuando sólo se quiere formar el espíritu y el estilo, ó dar cuenta en general de la doctrina de los PP. en un discurso ó en un sermon, es preciso tomar vuelo y no atenerse á la aridez y á la esclavitud de la letra; pero cuando se trata de controversia ó de exponer los dogmas de la fe con justa precision, todo traductor prudente debe hacer la version lo más literal que sea posible, áun á expensas de la finura y de la elegancia del discurso, si es que no se puede hacer de otro modo, porque en estos casos no importa tanto halagar al espíritu como convencerlo y hacerle conocer la verdad.

Por las observaciones que acabamos de hacer puede juzgarse cuán extensas deben ser las luces y la capacidad de un traductor; por lo tanto, el traducir unos autores tan importantes como son los PP. de la Iglesia, pertenece sólamente á los que hayan llegado á un alto grado de discernimiento y de erudicion, quienes, si emprenden esta traduccion, prestarán siempre un gran servicio al público, por ser los únicos que pueden hacerla con dignidad. Gesnes decia que el desprecio con que se mira á los traductores, no procede sino de que, habiendo los hombres ilustrados despreciado el arte de traducir, por creerlo inferior á ellos, este se convirtió en monopolio de talentos medianos y de personas incapaces de tan grande y superior empresa.

CAPITULO XI.

Las personas versadas en la lectura de los PP. pueden prestar un servicio al público con la educacion de la juventud, tanto respecto á las ciencias como á las costumbres.

La educacion de la juventud es una cosa tan grande, que no hay persona alguna dotada de buen sentido, que no reconozca que el dedicarse á ella es

uno de los empleos más importantes á la religion y al Estado. Así pensaban los griegos y los romanos, y por esto instituyeron escuelas, y compusieron libros, como los que nos quedan aún de Xenofonte, de Ciceron y de Plutarco, á fin de que los jóvenes, que eran toda la esperanza de la república, teniendo siempre á la vista lo prescrito por las leyes y por la razon, se abochornaran de faltar á lo debido á la razon y á las leyes. Los judíos tenian tambien escuelas en las casas de los Profetas, los cuales enseñaban á los niños la ley de Dios (8), en la que consistía toda la erudicion de aquel pueblo, tan indiferente para las ciencias profanas. Los libros de Salomon están llenos de preceptos relativos á la educacion de la juventud, y él mismo figura en ellos bajo el nombre de Samuel (9), oyendo con respeto los consejos de su madre, y dando ejemplo á los tiernos vástagos para que se dejen doblegar hácia el buen camino mientras son aún tiernos.

En el cristianismo no escasean ni los preceptores ni los preceptos. Tenemos el Evangelio, que es el libro de todo el mundo, y en cuyas ideas, que son las de la Sabiduría encarnada, debiera empaparse la juventud. Si en nuestras escuelas no se oyeran mas que lecciones de la eterna Sabiduría, así como en las de los judíos no se oian sino las de la ley de Dios, seriamos suficientemente sábios, porque el hombre lo posee todo cuando llega á poseer la ciencia de la salvacion. Mas estando acá abajo unidos los unos con los otros por vínculos que no pueden romperse sin renunciar á la sociedad civil, es preciso procurar obtener todo cuanto pueda contribuir á mantenerla, puesto es una imágen de la sociedad del Cielo, á la cual todos aspiramos. De consiguiente, no sólo debe instruirse á la juventud en cuanto se relacione con nuestra salvacion, sino tambien en lo concerniente á las ciencias humanas, por el respeto que debemos á Dios, que sabe convertirlo todo en bien de sus elegidos. Por esto los PP. compusieron dos clases de obras, unas que explican la ciencia de la religion, y otras

que tratan de las ciencias humanas, pero ambas clases con la mira de la salvacion eterna. La diferencia observada entre las obras de los paganos y las de los Padres de la Iglesia consiste en que las primeras se apoyan tan sólo en la vanidad de las ciencias, mientras que las segundas van siempre á parar á la caridad, que es la perfeccion del Cristianismo.

No entraremos en detalles sobre las obras de los Padres, que tratan de la educacion de la juventud, porque siendo bastante conocidas de todos los hombres instruidos, estos sabrán muy bien encontrarlas, si en alguna ocasion quieren formar de ellas un compendio que nos pueda emancipar de la tutela de los libros paganos, que corrompen el corazon á medida que instruyen el ánimo. Bajo este punto de vista pudiera juntarse á la parte selecta del *Pedagogo* de S. Clemente de Alejandría un gran número de las excelentes máximas, que, respecto á la instruccion de las costumbres, tenemos en S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustin y Sidonio Apolinar, de las cuales pudiera pasarse á los libros de S. Agustin *de Ordine* (*Lib.* 2., *cap.* 11.) que servirian como de intermedio entre el estudio de las costumbres y el de las letras humanas. El Santo demuestra en ellos que las cosas se aprenden de dos modos, por autoridad y por razon; que hay dos clases de autoridad, la de Dios y la de los hombres; que la razon nos ha sido dada para conducirnos, y que las ciencias son únicamente la razon aplicada á la consideracion de diferentes materias, puesto que en sí misma no es más que una mocion del alma, que tiene el poder de reunir y de distinguir las cosas impresas en la memoria en fuerza de reflexion y de estudio.

En consecuencia de estos principios se podria tratar de cada ciencia en particular, apoyándose en lo mejor que se halla en los PP. de la Iglesia, de los cuales sería fácil entresacar brillantes trozos de elocuencia, con cuyos modelos podrian los jóvenes aplicarse á la Retórica y aprender á un mismo tiempo á obrar bien y á producirse correctamente. Pudiera

tambien tomarse de S. Juan Damasceno la Lógica que se enseñaba en las escuelas de Francia antes que Aristóteles se enseñorease de ellas, y á falta de esto no dejarian de encontrarse en S. Agustin los suficientes principios para componer una excelente Dialéctica; pues hallándose en el dia toda la filosofía de este Padre reunida en siete pequeños volúmenes, bajo el título de *Philosophia christiana*, pudiera servirse fácilmente de ella, añadiendo algunos tratados filosóficos de S. Anselmo y de algunos otros Padres.

Aunque estos antiguos Doctores se detuvieran muy poco en la Física, no por eso se hace imposible aprovecharse de algunas de sus reflexiones para explicar los efectos de la naturaleza, porque al fin, como reconocen los mejores filósofos, la verdadera Física ha de beberse en las fuentes de las perfecciones divinas, que son por lo comun el objeto de la meditacion de los PP. de la Iglesia.

Tambien entre las obras de estos antiguos Doctores hay cosas excelentes respecto á la Metafísica, y los libros de S. Anselmo de Guenilon, y lo que dice San Agustin en sus *Soliloquios*, con relacion á las ideas y al conocimiento de Dios, igualmente que sus tratados de la *Inmortalidad y grandeza del alma* conducirian mucho al mismo fin.

En S. Gregorio Niceno hay un tratado de la misma materia, que pudiera servir de mucho, tanto porque este Padre compara en él las opiniones de los filósofos y de los herejes sobre el orígen del alma, como por probar evidentemente que esta es una sustancia espiritual é inmortal, que estando unida al cuerpo, lo penetra y obra en él. Pero lo mejor y lo más completo que hay en Metafísica son los libros de la *Naturaleza del alma*, compuestos por Claudiano Mamerto, los cuales tienen relaciones tan íntimas con las meditaciones metafísicas de algunos modernos, que casi pudiera creerse no haber hecho estos nuevos filósofos mas que copiar á los antiguos PP. de la Iglesia (10).

CAPITULO XII.

Los que están versados en la lectura de los PP. pueden prestar un gran servicio á la Iglesias en la interpretacion de las sagradas Escrituras.

Siendo cierto, como no puede dudarse, que los Padres son los depositarios de la tradicion, por medio de la cual se explica la palabra Dios, es indudable que los que los posean tendrán todas las ventajas posibles para interpretar dignamente la sagrada Escritura. Esto no es decir, segun hemos manifestado en otro lugar, que no sea indispensable conocer las lenguas, como verdadera clave de los conocimientos; pero estas no aclaran mas que las palabras, al paso que la tradicion aclara las cosas; de consiguiente la ciencia de la tradicion excede en mucho al conocimiento de las lenguas que, sin embargo, sirven para la doctrina.

Los mejores comentarios sobre la sagrada Escritura publicados en estos últimos tiempos, fueron hechos por personas que poseian los PP. de la Iglesia; terreno que jamás se cansa de producir excelentes frutos, si se le cuida y cultiva. De consiguiente hay dos modos de sacar ventaja de la doctrina de los PP. para la inteligencia de la Escritura: el primero consiste en perfeccionar lo que uno mismo ha producido con el auxilio de lo que otros intérpretes antiguos habian ya explanado, y el segundo en dar la última mano á lo que estos mismos intérpretes no hicieron mas que bosquejar.

Aun cuando no pueda uno producir nada de por sí, es ya mucho tener la habilidad de hacer valer las ideas de los otros, ó á lo menos saberlas reunir y poner en órden; pues esta ocupacion, aunque sencilla en la apariencia, no ha sido despreciada por los hombres más eminentes, toda vez que los PP. de la Iglesia formaron con ella un capital. En efecto, S. Basilio y S. Gregorio Nacianceno, á pesar de haberse aplicado mucho al estudio de la sagrada Escritura, no se desdeñaron hacer de los pasajes más bellos de Ori-

genes sobre libros sagrados, un extracto que poseemos aún, bajo el nombre de *Filocalia*. Siguiendo este método, pudiera hacerse en todos sentidos un excelente comentario de cuanto hay de mejor en los Santos Padres acerca de la Biblia. En sus escolios hay explicaciones muy sábias sobre la letra, los cuales, si se juntasen á lo dicho por los mismos en el sentido místico y espiritual, pudieran formar un libro que reuniria la ventaja de la erudicion, sin tener la aridez de la mayor parte de los comentarios modernos, en los cuales, dominando el espíritu de la crítica al de la piedad, esta languidece.

No porque en los PP. se hallen algunas alegorías exageradas, es lícito creer deban desecharse todas indistintamente. Nada tan fácil como alegorizar sobre cualquier materia, puesto que se ha hecho sobre la Ilíada de Homero; pero se debe mirar mucho cómo se hace la alegoría y á quien se dirige (*Joan. Izetzeus*). Hay alegorías que sólo son el vano esfuerzo de una imaginacion exaltada; pero las hay tambien sólidas, que sirven de fundamento á los PP. de la Iglesia para elevarse al sentido sublime de las profecías, á las cuales Orígenes, contra Celso, llama teología mística. Una selecta coleccion de estas alegorías edificaria mucho á los fieles, y cerraria la boca á los herejes, que rechazan infinidad de ellas muy exactas, bajo el pretexto de que hay demasiadas y enteramente contrarias al sentido más sencillo y natural de la Escritura (11).

Tambien, á imitacion de los griegos y de los latinos de la edad media, se podrian arreglar *Cadenas*; es decir, colocar consecutivamente ó enlazar juntas las palabras y las ideas selectas de los PP. sobre la Biblia; pues querer amontonar indiferentemente toda clase de pasajes, cual se presentan, los unos sobre los otros, seria querer llevar la cosa al último término y trabajar en vano. Hay muchas de estas *Cadenas* impresas y en mayor número aún manuscritas, que se hallan cubiertas de polvo en las bibliotecas; de consiguiente podria tomarse lo mejor de todas ellas y

publicarlo con no poca utilidad del público; pues aun cuando los griegos modernos insertaran en estas obras muchas cosas inventadas por ellos, atribuyéndolas á los PP. de la Iglesia, y aun cuando estos compiladores, lejos de pasar por hombres de buen gusto, fieles y exactos, hayan sido acusados de producir unos autores por otros, de hacer uno solo de muchos y de muchos uno; de extender ó de reducir, segun les acomode, los pasajes que citan, y de no referirlos en los propios términos y palabra por palabra, no por esto debe negarse que en muchas ocasiones hayan acertado y sido de algun provecho para el estudio de la Escritura sagrada. En efecto, su método es muy bueno para manifestar á un golpe de vista las opiniones de diferentes autores y para afirmarse en el sentir de algunos antiguos intérpretes, cuyos originales fueron corrompidos ó mutilados, ó se han perdido enteramente.

Otra clase de compilacion hay mucho más seguida y más arreglada que la de las *Cadenas*, cual es el reunir todos los pasajes de uno ó de varios PP. de la Iglesia sobre cada libro de la Biblia, formando de todos un solo y mismo discurso. S. Paterio dió por este medio las exposiciones del Papa S. Gregorio sobre toda la Escritura; Gazeo hizo un comentario, sacado de diferentes PP., acerca de los ocho primeros libros del antiguo Testamento, y Pedro, abad de Trípoli, compuso de los escritos de S. Agustin, segun dice Casiodoro, un comentario sobre las epístolas de San Pablo, con tanta habilidad que todo el mundo creyó ser obra del mismo S. Agustin; método seguido tambien después por el venerable Beda y el diácono Floro. Este modo de compilar tiene más unidad y es más agradable que el anterior; sin embargo, es preciso poner sumo cuidado en no hacer decir á los autores lo contrario de lo que pensaban, disponiendo ó colocando á su antojo los pasajes que de ellos se tomen; porque asi como trasponiendo las palabras de un discurso puede hacerse contradictorio consigo mismo, asi tambien, trasponiendo los pasajes de un

Padre, puede trastornarse toda su doctrina y hacer un autor nuevo, que no tenga del primero mas que las palabras, susceptibles de mil sentidos diferentes.

Para que una compilacion sea buena es indispensable que el compilador posea perfectamente al autor que maneja; que conserve su carácter, su genio y su doctrina; que sea metódico; que tenga una imaginacion bien ejercitada y una intencion recta; pues de lo contrario sería de temer animara su obra de un espíritu distinto del que le es propio, y que desviase al lector del objeto que se propuso y que debe alcanzar.

CAPITULO XIII.

El enseñar la teología es propio de aquellos que están bien empapados en la lectura de los Padres.

Es forzoso convenir en que sólo pueden ser buenos teólogos los que posean á fondo la sagrada Escritura y los PP. de la Iglesia, y sólo con estas luces puede acometer la Escolástica con toda seguridad, llenar sus vacíos y corregir sus abusos, como antiguamente se corregian y contrastaban los pesos públicos con los del Santuario.

Hay dos maneras de tratar de teología, una antigua y otra moderna. La primera admite el ornato del discurso, y la segunda, que es más severa, rechaza la elocuencia y afecta sutileza; pero puede muy bien templarse la una con la otra y hacerla exacta sin ser quisquillosa, y sólida y agradable, sin ser ni demasiado muelle ni demasiado florida. Esto es lo que se ha elogiado en S. Atanasio y en algunos otros Padres, que presentaron las pruebas con mucha gracia y claridad, y cuyos razonamientos fueron categóricos y convincentes, pues citaban la Escritura en su sentido más natural; se sirvieron de términos muy á propósito para explicar los misterios y aclararon las dificultades de una manera sencilla y nada afectada.

Por este medio podrian la Positiva y la Escolástica reconciliarse y darse mútuamente lustre, gracia y fortaleza; esta perderia su aridez y dejaria sus sutilezas, y aquella poseeria su abundancia y sus riquezas con distincion, y con un órden que aumentaria su mérito y su valor. Ya tenemos ejemplo de ello en algunos teólogos modernos, entre otros en el Padre Petau, que escribió de los dogmas de teología, con la ventaja de que la Positiva y la Escolástica se hallan reunidas en sus escritos con cuanto hay de más útil y de más curioso en la erudicion judáica y pagana.

Objetan algunos que los teólogos que leen los Padres recargan demasiado la memoria y no la ejercitan suficientemente en la parte imaginativa. ¿Qué medio habrá, pues, para enseñar lo que no se ha aprendido y para razonar bajo fundamentos diversos de los establecidos en la sagrada Escritura y en los Padres de la Iglesia? No hay duda de que es preciso ejercitar el espíritu, es cierto; mas este ejercicio debe apoyarse en una sólida doctrina.

Pero áun cuando no se hiciera mas que copiar á los PP., ¿qué inconveniente habria en ello, cuando estos mismos se copiaron los unos á los otros? Todo el final del tratado de S. Cirilo de Alejandria contra los antropomorfitas [1] no es más que un extracto de diferentes trozos de la *plática* de S. Gregorio de Niza sobre el dia del nacimiento de Jesucristo, y cuanto Mário Mercator escribió contra los pelagianos y contra los nestorianos sólo son unos recuerdos ó apuntes sacados de los PP. de la Iglesia contra aquellos herejes. En materia de teología, decia el Cardenal Perron, (*Perroniana*), lo más seguro es no separarse de la autoridad, siendo mucho más expedito fijarse en lo que es de hecho que en lo que es de derecho. «Yo

---

1 Voz formada de ANTROPOS, hombre, y de MORFE, forma. El *antropomorfismo* es el error de los que atribuyen á Dios una figura humana, un cuerpo humano. Véase esta palabra en el *Diccionario de Teología*. (*N. del E.*)

hago en teología, añadía aquel gran hombre, lo que Cujas hacia con el derecho civil, esto es, hablo como historiador que narra, y no como filósofo que razona y discute.»

Este método es aplicable, sobre todo en la teología polémica; porque áun cuando los escolásticos traten de las controversias con bastante exactitud y entren en el fondo de las cuestiones, no alcanzan tan fácilmente la victoria como aquellos que sin disputar apelan á la tradicion y á la autoridad de los antiguos. Por este medio los herejes se ven forzados á ceder ó á manifestar, con gran mengua suya, que abandonan el orígen de la verdad, y por otra parte se presta más servicio al público que intrincándose en razonamientos abstractos, los cuales no á todos agradan ni de todos pueden ser comprendidos. «Las disputas abstractas, dice un autor de nuestros dias (Pelliss., *De la Tolerance des religions*), tienen su uso y su abuso: lo que nos parece supérfluo, les es algunas veces necesario; pero no es ni necesario ni útil al comun de los fieles, y hasta podria ser perjudicial á los Doctores si, apasionándose á ellas con exceso, abandonasen la meditacion de la Escritura y el estudio de la antigüedad eclesiástica.»

En el Catecismo del Concilio de Trento, que es una especie de tratado teológico para el pueblo, sus redactores no se tomaron el trabajo de explicar la doctrina cristiana de una manera sutil, ni de discutir sus principios como en las escuelas, sino que, arreglándose al método de los antiguos PP. en sus Catequesis, se concretaron á poner simplemente á la vista del pueblo las verdades evangélicas explicadas por la tradicion, sin género alguno de disputa.

Respecto á la *teología moral*, los que hayan leido los PP. podrán hablar de ella con muy felices resultados; porque poseyendo las fuentes á que es preciso remontarse para establecer las buenas máximas, se les quitarán las ilusiones y las falsedades, que las insinuaciones de la carne y de la sangre han hecho prevalecer. Pero esto no es decir que hayan de confun-

dirse las cosas y que, como si fuéramos salvajes, no debamos guardar consideraciones á estas y á las personas, pues en todo debe haber discrecion, puesto que el espíritu de Dios no separa del celo la prudencia, ni de la justicia la misericordia.

Bajo estos principios los Padres de la Iglesia, que son los casuistas natos de ella, se prescribieron ciertos principios de equidad, consecuentes á las máximas generales, sacadas de los Evangelios, de los mismos PP. y de los Concilios, para conducir con seguridad sus ovejas entre las tentaciones de este mundo, en el cual el alma está en un contínuo peligro. Esto mismo se ha puesto en práctica en estos últimos tiempos por algunos santos obispos, que, ateniéndose al espíritu de lo que antiguamente hicieron los Padres por amor á los miembros de Jesucristo, han dado al público tratados de teología moral, que en nada desdicen de la pureza de los primeros siglos. Igual marcha han seguido los teólogos que, aunque de rango inferior, han suplido con su capacidad la falta de los obispos, imposibilitados de acudir á todo, y por esto empezamos ya á disfrutar de lo que hay de más exacto y más puro en la teología moral, apoyado en los indestructibles cimientos de la justicia y de la equidad.

CAPÍTULO XIV.

Los versados en la lectura de los PP. pueden servir al público en la investigacion de la historia y de las antigüedades de la Iglesia.

Uno de los mayores servicios que pueden prestar al público las personas familiarizadas con los Padres es el escribir la historia de la Iglesia, ó al menos ayudar con sus consejos y sus luces á que otros la escriban. El célebre Nicolás de Fevre, aunque muy capaz de dar importancia con su pluma á lo que en su gabinete y á fuerza de largos estudios habia aprendido, se redujo por modestia á suministrar á

otros, y particularmente á Baronio, el fruto de sus tan largos como útiles trabajos.

En esta parte no hay nada que no pueda dar, y no dé realmente mucha gloria á todo hombre virtuoso y probo, no pagado de sí mismo; mas ya se tome este camino, que es el menos brillante, pero tambien el menos peligroso, ya se ponga manos á la obra, presentándose como autor, es constante que el método de difundir la luz en la historia eclesiástica por medio de los PP. es el mejor de todos, aunque no sea quizá siempre el más agradable al gusto de ciertos talentos. El cardenal Baronio siguió este camino, que los centurios de Magdebourg habian ya ensayado antes. Por él se llega al fondo de las cuestiones que dieron lugar á las disputas, á los cismas y á las herejías, y por él tambien se penetra en el espíritu de la conducta de la Iglesia, se desentierra la antigua disciplina y se descubre la continuacion y el encadenamiento de las tradiciones.

En las apologías, panegíricos, arengas, oraciones fúnebres, conferencias, disputas, memorias y cartas de los PP. hay una infinidad de observaciones que sirven de pruebas á la historia de la Iglesia y dan luz para desenredar muchas cosas, que no podrian esclarecerse de otro modo. Para emplear estos materiales de la manera correspondiente, no es de absoluta necesidad escribir los anales completos de la Iglesia, porque cada uno, segun su capacidad, puede concretarse á desarrollar un punto de la antigüedad, á escribir la historia de un Concilio, á dar cuenta de una herejía, como la de los arrianos, los pelagianos, los nestorianos, etc.; siendo mucho más útil entrar de lleno en los detalles de una sola cuestion, que hablar ligeramente de muchas. Tambien es mucho más agradable y más fácil examinar una materia en particular, que embarazarse discutiendo á un mismo tiempo sobre hechos diversos, que comunmente no tienen ni un solo punto de contacto y que reclaman miras y conocimientos muy distintos.

Se puede escribir la vida de los Santos, coleccio-

nar las Actas de los Mártires, tratar de la historia de los escritores eclesiásticos, que no es la parte más insignificante por cierto de la historia de la Iglesia, y en fin, se puede escribir la historia de la teología, marcando por siglos la doctrina de la Iglesia; porque la historia de la religion, como dice muy bien el abate Fleuri (*Hist. de la Iglesia, tomo* 3, *Prefacio.*), no consiste únicamente en indicar las fechas de la eleccion y de la muerte de los papas y de los obispos, en referir los milagros y los tormentos de los mártires ó las austeridades de los monjes, sino que es aún más necesario el hacer ver cuál era la doctrina que autorizaba los milagros y que los mártires sostenian con su testimonio. Si escribiéramos la historia de la filosofía no nos contentaríamos con referir la vida de los filósofos y sus acciones, sino que explicaríamos sus dogmas; de consiguiente, siendo la historia eclesiástica la de la verdadera filosofía, los hechos más importantes que la componen son las épocas en que se enseñó tal ó cual doctrina y se siguieron tales ó cuales máximas. Empero áun cuando no quiera adoptarse ninguno de estos sistemas, ya porque otros grandes hombres los hayan seguido antes, ya porque sean demasiado vastos, se hará resaltar lo que parezca más singular y más propio para la aclaracion de la historia y de las antigüedades de la Iglesia. Tambien cada uno, segun sus luces, podria ejercitarse en corregir, perfeccionar ó apoyar lo dicho ya por los historiadores antiguos y modernos; y en una palabra, se podrian emplear las observaciones hechas por cada uno en su propia instruccion, y para salir del error respecto á muchas cosas, que no son bien conocidas por no haber sido suficientemente profundizadas; porque en cuanto á historia no hay persona alguna á quien los negocios, el tiempo y la experiencia no suministren cada dia nuevos conocimientos y nuevos consejos; de modo que al fin echemos de ver que nada absolutamente sabiamos de aquello que creiamos poseer perfectamente, y nos veamos precisados á desechar con desden ciertas cosas que antes de las

observaciones ocupaban un lugar preferente en nuestra imaginacion.

Numquam ita quisquam benè subducta ratione ad vitam fuit,
Quin res, ætas, usus semper aliquid apportet novi;
Aliquid moneat, ut illa quæ te scire credas, nescias,
Et quæ tibi putaris prima, in experiendo repudies.

CAPITULO XV.

Los que se han nutrido con la sustancia de los PP. tienen una gran ventaja para instruir á los pueblos por medio de la predicacion.

Cuando los que Dios se ha dignado destinar para instruir de viva voz á los pueblos poseen con celo y caridad la Escritura y los Padres, que son nuestros maestros en la doctrina y en la elocuencia, tienen todo el fondo necesario para desempeñar con fruto tan alta y tan importante mision.

Las cosas pertenecientes á nuestra salvacion pueden, como es sabido, enseñarse de tres maneras, que se refieren á tres clases de personas, ó sea á los incipientes, á los que están más adelantados y á los perfectos. Los catecismos son para los primeros, las pláticas para los segundos y los sermones para los últimos.

Los PP. nos legaron modelos en todas estas clases de intruccion, á saber: las catequesis, que equivalen al catecismo, y dos géneros de homilías, de las cuales, las unas, acomodadas á la capacidad del pueblo, se aproximan bastante á nuestras pláticas, y las otras, que son discursos de doctrina διδασκαλίας, como las llama S. Crisóstomo, equivalen á nuestros sermones, en los cuales la erudicion va unida con la elocuencia eclesiástica. Cualquiera de estos tres modos que se adopte será suficiente para satisfacer á los oyentes, si por medio de un estudio firme y asiduo nos convertimos en fieles discípulos de los PP. Con este auxilio un simple catequista llenará perfectamente sus deberes y dará mucho realce á un ministerio que en

el dia está mirado como insignificante, aunque en la antigüedad fuese una de las principales ocupaciones de los Pastores de la Iglesia; pues los obispos, siguiendo el ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles, catequizaban ellos mismos á sus ovejas, y rara vez conferian este encargo á los clérigos y á los láicos, por muy suficientes que fueran para desempeñarlo dignamente.

Si los Pastores ó los que les reemplazan se ven precisados, para la instruccion de los fieles, á pronunciar estos discursos familiares, que denominaremos pláticas, ninguno de ellos lo hará mejor que aquel que, habiéndose alimentado con la sustancia de los PP., haya adquirido facilidad en expresarse sobre las verdades del Evangelio, que comunican al auditorio con explicaciones sencillas y fáciles de comprender. Antiguamente estos discursos, que se hacian de improviso y sin tantos preparativos como ahora, servian de comentarios á la epístola ó al evangelio del dia; se explicaban las cosas de la fe sin profundizarlas demasiado, y dejando aparte las grandes dificultades, objeto de disputas y de controversias, se extendian con uncion sobre la moral cristiana y sobre la práctica de las virtudes. Los obispos y hasta los sumos pontífices se creian obligados á suministrar este pasto espiritual á sus ovejas. S. Leon, uno de los papas más sábios, lo hacia tambien; S. Gregorio el Magno, aunque agoviado por los negocios y por las dolencias que le aquejaban, no se creyó dispensado de hacerlo; S. Agustin, que puede muy bien decirse llevaba todo el peso de la Iglesia de Africa, estuvo muy lejos de olvidarlo, y ha habido épocas en las cuales los obispos que no tenian suficiente talento para la predicacion, leian en la Iglesia los sermones de los SS. PP., por no despedir al pueblo sin el alimento espiritual á que tiene derecho. En efecto, la historia eclesiástica nos dice que en el siglo VII los obispos se servian de los sermones de S. Cesáreo para instruir á los fieles.

Aunque ordinariamente los sermones de los Pa-

dres eran improvisados, hay algunos tambien muy limados y muy doctos, compuestos con detenimiento, sumo cuidado y con mucha atencion; como por ejemplo, los de S. Basilio y de S. Crisóstomo, que pueden servir de modelo á los mejores predicadores. S. Gregorio, papa, en una carta á Juan, subdiácono de Rávena (Regist., *lib.* 10, *epis.* 22.), dice que corregia en su gabinete los sermones que pronunciaba en público, y la mayor parte de los que tenemos de los Padres no son mas que compendios de largos discursos que pronunciaron y corrigieron después para instruccion de la posteridad. Lo propio puede asegurarse de la mayor parte de los sermones cortos de los Padres, y entre otros de los de S. Bernardo, que despues de predicados reducia y limaba hasta el extremo de que hombres muy eminentes los han preferido á los sermones de los PP. griegos más sobresalientes en la predicacion. El P. Mabillon opina que la erudicion y la elocuencia, que tanto resaltan en los sermones de este Santo y que tanto le distinguen de los demás PP. latinos, proviene de haber casi siempre predicado á personas sábias. Esto es, sin embargo, muy susceptible de duda, atendido á que el Santo comunmente predicaba á hombres que no todos eran doctos; pero sea lo que fuere, lo que no admite duda es que en los PP. no escasean ni los modelos para dedicarse convenientemente á la predicacion, ni las reglas para la elocuencia y estilo de los predicadores evangélicos.[1]

S. Crisóstomo (*De Sacerd.*) quiere que los obis-

(1) El Doctor en Teologia Weissenbach, en el tomo II de su citada obra *De Eloquentia Patrum* trae 15 disertaciones sobre la elocuencia de los PP. latinos Tertuliano, Minucio Félix, S. Cipriano, Lactancio, S. Paciano, S. Ambrosio, Sulpicio Severo, S. Jerónimo, S. Agustin, S. Paulino, S. Euquerio, Salviano, S. Vicente Lirinense, S. Leon M. y S. Bernardo; y en el tomo III 13 sobre la de los PP. griegos S. Clemente de Alejandria, Orígenes, S. Atanasio, S. Basilio el Magno, S. Gregorio Nacianceno, S. Gregorio de Niza, S. Asterio de Amasea, S. Juan Crisóstomo, Sinesio, S. Isidoro Pelusiota, S. Nilo, Teodoreto, y S. Juan Damasceno; de cuyas disertaciones nos hemos aprovechado al ocuparnos de cada uno de dichos Padres en esta BIBLIOTECA (*N. del E.*)

pos anuncien la palabra divina con toda energía y ciencia; que instruyan á los fieles, refuten las herejías y sean útiles á todo el mundo. Demuestra que un predicador debe despreciar lo mismo las alabanzas de los aduladores que la malignidad de los envidiosos; que ha de sostener su reputacion con sus buenas obras, y rechazar lejos de sí los celos que el amor propio y el orgullo de la naturaleza inspiran á los que tienen más talento y predican con más fruto y bendicion. S. Jerónimo (*Ad Nepot.*) deseaba que los predicadores arrancasen al pueblo más bien lágrimas que aplausos, y que sin ser ni declamadores ni satíricos, explicaran sencillamente y con gravedad los misterios de la fe y la moral del Evangelio.

S. Agustin (*De Doctr. christ., lib.* 4.) quiere que un predicador ponga todos los medios que esten á su alcance para encaminar las almas al bien; que nada economice de cuanto sea justo y decoroso para conciliar los ánimos; que excite á los perezosos, instruya á los ignorantes, sostenga á los débiles, y emplee los ruegos, las reprensiones y las amenazas para conmover, quebrantar y vencer los corazones, y que si no lo logra, se arme y se pertreche con las máximas más sólidas y las autoridades más poderosas de la sagrada Escritura. Tambien desea que un predicador sea claro y esplícito en sus discursos; que no se distraiga mucho ni deje fácilmente lo útil por lo agradable, y que, siendo la materia de que trata siempre grave, aunque en ciertos casos amenice el estilo, debe tener mucho cuidado en no perder jamás la gravedad.

Julian Pomero, célebre autor del siglo V, dice (*De Vita contempl., lib.* 1.) que hay mucha diferencia entre un declamador que no despliega su elocuencia sino para adquirir reputacion, y un predicador que sólo busca la gloria de Dios y la salvacion de las almas; que el primero da realce á las cosas más insignificantes por medio de expresiones pomposas, mientras que el segundo sostiene la sencillez de su discurso con la nobleza y la solidez de sus ideas;

y que finalmente el uno se hace escuchar con gusto, pero sin fruto, y el otro, hablando con eficacia, causa vivas y profundas impresiones en los corazones más empedernidos.

A principios de este siglo (el XVII) nuestros sermones eran una especie de compendio de toda clase de erudicion sagrada y profana, muy mal combinados. Hacíase entrar en ellos todas las ciencias mezcladas y confundidas, y se abrumaba á los oyentes con una infinidad de citas arrebatadas de grado ó por fuerza á los que ya las habian tomado de otros, de suerte que parecia no se subia al púlpito sino para descargar sobre el público el peso de una larga lectura. Es verdad que apercibidos los predicadores de que su falsa erudicion, degenerando en algo que no nos atrevemos á calificar, fastidiaba y aburria á sus oyentes, hicieron un esfuerzo para aproximarse á la verdadera elocuencia; pero en cambio la mayor parte de ellos dieron en lo falso y maravilloso, por el capricho de no querer decir nada que no fuera extraordinario y de hacerlo de un modo pomposo é hinchado. Ahora se ha vuelto ya de esta especie de ilusion, y para que llegue á toda su perfeccion la elocuencia del púlpito, no falta sino que se la haga exclusivamente piadosa y eclesiástica, es decir, que participe de la uncion, del celo y de la caridad, que tan maravillosos efectos produjeron en los antiguos predicadores (12). Esto se logrará si se acostumbran á vivir y á hablar como ellos; si se empapan de sus ideas y de su doctrina; si se estudia y se posee uno de su carácter en fuerza de leer sus obras, sobre todo las de S. Crisóstomo, y entre ellas las que compuso en Antioquía cuando no era todavía sino simple sacerdote; porque áun cuando se halle en S. Basilio algo más limado y que tienda más á la pureza de los atenienses, el estilo de S. Crisóstomo, si bien asiático, parece más á propósito para instruir al pueblo, con el que conviene darse á entender en las explicaciones de las verdades cristianas, si se le quiere hacer gustar de ellas con fruto y con placer.

Aunque propongamos á los PP. de la Iglesia como modelos dignos de imitacion, no aconsejaremos, sin embargo, que se obstine uno en seguirlos en cosas que ni son ya del gusto del dia, porque hay muchos casos en que es posible separarse de ellos, tal como en la division de las partes del discurso, que cada predicador podrá hacer segun mejor le parezca; si bien no creemos se arriesgaria nada en seguir áun en esto al gran S. Crisóstomo. Este orador cristiano empezaba su discurso con un exordio que en nada se opone á los nuestros. Esta era la primera parte de su sermon, de aquí pasaba á la segunda, que constituia el cuerpo del discurso, y fijándose en ella, exponia la letra de la Escritura y desarrollaba su sentido con toda la claridad posible. En el dia no se toca esto mas que incidentalmente, pues los predicadores no tienen escrúpulo en despedir al pueblo sin haberle instruido en las sagradas Escrituras. Es verdad que se necesita mucho talento para sostenerse por mucho tiempo en este terreno, en que la elocuencia apenas tiene cabida (13); pero corresponde á los predicadores el tratar por los medios más adecuados acostumbrar á sus oyentes á este método, no menos útil que agradable.

Las exhortaciones con que S. Crisóstomo termina sus homilías son excelentes, y en esto es tan digno de ser imitado como en todo lo demás. Esta última parte de sus sermones es como un enjambre de ideas morales que, elevándose del fondo de la Escritura acabada de explicar, recompensa centuplicadamente al auditorio la atencion con que le escucha. Todas estas ventajas de S. Crisóstomo no impiden, sin embargo, recurrir á los demás PP., en particular á San Agustin, por su piedad, su buen sentido, su doctrina y su ternura pastoral, y menos el hacer un acopio de palabras y de pensamientos escogidos de aquellos grandes hombres para servirse de ellos cuando se presente la ocasion. Hasta es mucho más á propósito formarse el corazon y el espíritu con la lectura de las obras de los antiguos, que perder el tiempo en leer los sermonarios nuevos, no porque no los haya exce

lentes y dignos de ser leidos, sino por la precision de copiarlos, que siendo lo primero que hacen los jóvenes predicadores, ya que no sea su aplicacion exclusiva, ahoga sus talentos naturales y los impele insensiblemente fuera del camino que guia á la perfeccion de la elocuencia cristiana.

CAPITULO XVI.

Los que poseen los PP. tienen una gran ventaja para poder servir á la Iglesia con su pluma.

La mayor parte de las malas composiciones que se hacen proceden de apresurarse á escribir antes de haber adquirido el fondo necesario para hacer algo sólido. No diremos que para escribir bien no sea preciso empezar desde jóvenes; pero esto debe ser sólo por via de ensayo y de ningun modo para dar sus producciones inmediatamente al público; así es que muchos, que quisieron hacerlo demasiado pronto, no tardaron en arrepentirse de ello, reconociendo á expensas suyas que los frutos precoces no tienen nada de maravilloso, ni la sustancia ni la madurez de los que vienen en la estacion que les es propia. Tampoco conviene, cuando se ha llegado ya á la edad de escribir para los demás, hacerlo con atolondramiento y sin haber dejado posar sus obras en el gabinete, como aconsejan Horacio y Quintiliano. Se necesita mucho detenimiento para poner los escritos en estado de ver la luz, y podemos decir con Salomon (*Prov.* 19, 11.), respecto al particular, que el saber del hombre se manifiesta en su paciencia, *Doctrina viri per patientiam noscitur*. En efecto, sólo á la paciencia de los autores debemos las piezas más bien acabadas, así como debe atribuirse á la impaciencia y á la impremeditacion de algunos las malas obras que cansan á todo el mundo.

El célebre Mafeo no escribia mas que quince á diez y seis líneas cada dia; y habiéndole criticado por ello algunos amigos, les contestó: «que cuando sus obras salieran á luz, probablemente nadie se cuidaria

de preguntar el tiempo que en ellas habia empleado.» Sin embargo, este y otros ejemplos semejantes no deben establecer un principio, porque hay personas tan sumamente felices, que por muy aprisa que se produzcan marchan con la misma seguridad que los que caminan, como suele decirse, á pasos contados, y que si anduviesen con gran lentitud, su imaginacion llegaria á enfriarse, y el público se veria privado de cosas muy buenas hechas más aprisa.

Los PP. de la Iglesia, como ya hemos dicho, se producian de dos modos: ó de improviso, ó con estudio. Comunmente improvisaban, dejando á cargo de sus discípulos el recoger sus palabras y el escribir luego sus sermones; pero cuando se trataba de responder á cuestiones de alguna importancia ó de refutar las herejías, los arreglaban con mucho cuidado y suma exactitud; así es que nada hay comparable con lo que S. Agustin escribió á Juliano contra los herejes de su tiempo. Las apologías de los PP. son de muy buen gusto, y sus epístolas son sábias, instructivas y agradables. S. Gregorio, papa, que dejaba que los otros escribieran sus sermones, escribia por sí mismo todas sus cartas, convencido de lo mucho que importa á un Pastor el responder decisivamente á los que le preguntan. El nombre de *Decretales,* dado á las cartas de los papas, demuestra claramente que lo que en materias importantes viene de los Pastores de la Iglesia debe tener fuerza de decretos y de órdenes.

Los PP. no daban sus obras al público sino despues de haber reflexionado mucho sobre ellas y haberlas revisado con la más severa crítica. S. Agustin y el venerable Beda hacen tambien sus retractaciones, y S. Jerónimo no vacila en muchos lugares de sus obras el corregirlos, borrar de ellos lo que cree conveniente y hasta cambiar de parecer cuando adquiere nuevas luces. Aunque no deba estropearse una obra en fuerza de limarla, es preciso, sin embargo, corregir sus defectos, quitar lo supérfluo y llenar los vacios. Saumaise, á pesar de ser tan grande hombre, ha sido muy criticado, porque afectaba no revisar sus compo-

siciones y por dar sin exámen sus obras á la prensa, como oráculos que la humanidad era muy feliz en poder recoger. Mas los escritores que respetan un poco al público no obran de este modo; así es que Plinio el Jóven, despues de haber pronunciado el panegírico de Trajano, añadió muchas cosas, y lo leyó tres dias seguidos á sus amigos á fin de que, siendo por decirlo así juzgado por este tribunal, pudiera darlo al público con mas seguridad y mayor confianza.

Los que poseyendo suficientemente la Escritura y los Padres quieran emprender algo que pueda ser útil á la Iglesia, deben formarse un buen diseño, darle una buena forma y no emplear en él sino los materiales que le convengan. Es preciso tener á la vista un excelente modelo que sostenga los ánimos, arregle los movimientos y modere y contenga los arranques; pero la gran dificultad está en la eleccion de este diseño ó modelo, proporcionado y arreglado á la fuerza y al talento de cada uno y en saberlo imitar sin copiarlo; porque los originales que nos fueron dados para reglar nuestra conducta y formar nuestro espíritu, no deben ser despedazados y arrebatados por trozos, como sucede cuando uno es estéril y quiere emprender algo superior á sus fuerzas.

Si se tiene la ambicion de escoger por diseño un autor célebre con objeto de igualarle ó de excederle, no deberá sujetarse á las formas hasta el extremo de hacerse ridículo, ateniéndose á él áun en ciertas vagatelas que deben despreciarse; como aquel que queriendo imitar á S. Agustin afectaba caer en las antítesis y en la rima. Tambien es muy prudente no escoger materias tratadas ya por escritores de mucha reputacion, á no ser que haya sobre ellas algo nuevo que decir. Por lo cual observa juiciosamente Ciceron, hablando de los comentarios de César, que eran mucho más á propósito para desviar á los sábios de trabajar en aquella materia, que para excitar á escribir algo parecido á ellos, despues de lo que aquel grande hombre habia escrito.

Lo que sobre todo debe tomarse de los PP. es su

doctrina; porque si bien no sea imposible adquirir nuevas luces en estos últimos tiempos, se toma muy á menudo la sombra por la luz, siendo por lo tanto muy arriesgado fiarse en aquellas, si la Iglesia no indica haberlas aceptado; pero no debe esperarse jamás á que la Iglesia lo indique, cuando lo que se dice de nuevo es contrario á la tradicion constante y está en contradiccion con los antiguos Doctores.

Lo que principalmente debe tomarse de los Padres, suplicando al Señor sus auxilios, es el espíritu de caridad que está derramado en todas las obras de los mismos y llena ventajosamente cuantas faltas de elocuencia ó de erudicion pueda en ellas encontrarse.

En cuanto al *estilo*, puede imitarse como se imita el de los demas autores; pero el convertirse en imitador de un escritor cualquiera, si este no se distingue mas que por la dureza ó por la extravagancia de sus expresiones, es cosa que tiene muy poca gracia; de consiguiente no debe nunca formarse en el estilo de Tertuliano, que afecta servirse de palabras extraordinarias, ó emplea las comunes en sentido que poquísimos pueden comprender. Ademas tiene expresiones demasiado atrevidas, y es peligroso quererle imitar, porque es sumamente difícil hacerlo bien. Por igual razon merecen ser criticados aquellos autores eclesiásticos que en la edad media se complacieron en escribir en el tono cadencioso de S. Agustin, no considerando que este Padre, que escribia bien cuando queria, no se rebajaba á aquellas maneras viciosas sino para acomodarse al gusto del pueblo, que recibia con más placer las verdades cuando iban acompañadas de aquel juego de palabras.

Los que quisieron formarse con el estilo de S. Bernardo pensaron con más acierto, porque este tiene muy buena gracia en las cosas de piedad y de religion, y casi podria decirse que es uno de los poquísimos PP. latinos que deban tomarse por modelo en el lenguaje eclesiástico, si se quiere elevar un poco sobre el comun; pero lo que es muy natural en este santo Doctor no pasa de ser una pésima afectacion en

aquellos que, queriendo copiarle, no poseen la sagrada Escritura cual debe poseerse, y ni áun tienen el tacto suficiente para conducirla al sentido que quieren.

Como la mayor parte de los PP. latinos miraron con indiferencia el estilo, un escritor eclesiástico puede recurrir libremente á los autores profanos, puesto que Lactancio, S. Jerónimo y algunos otros no vacilaron en hacerse discípulos de ellos respecto al lenguaje.

No debemos pasar en silencio que cuando se tome por modelo á un autor, por excelente que sea, no ha de atenerse á sus palabras tan estrictamente que no se quiera emplear jamás otras. Tan grande sujecion no puede nunca agradar, y por lo tanto hay mucha razon para preferir la libertad de Erasmo á la esclavitud de los escritores de Italia, que en el siglo último (el XVI), se habrian irritado mucho si hubiesen tenido que valerse de una sola palabra no empleada por Ciceron; y si esto es condenable en Bembe, que escribió la historia de Venecia, lo es todavía más en un teólogo que escribe sobre cosas de religion.

Cuando se escribe es menester considerar el personaje que se representa, de qué asunto se trata y á qué clase de personas se dirige. Asi es que en otra época se juzgó muy bien que el filósofo Favonio, que al escribir sus Diálogos no habia tenido en cuenta estas reglas, se habia completamente engañado, porque su estilo no era bastante grave y no correspondia suficientemente á la dignidad de un filósofo. Si el estilo de un autor conviene á las cosas y á las personas y es claro y limado, no puede quejarse de él, pues un escrito que reune estas circunstancias lisonjea siempre el gusto del lector. «Cuando leo vuestros escritos, decia Rossy á S. Jerónimo de Alejandría, que escribia con mucha claridad y pureza, me creo sábio, asi como no soy mas que un ignorante cuando leo los escritos de aquellos que se envuelven con expresiones tan embarazosas como oscuras.»

Los autores son enteramente libres de escribir en latin ó en su idioma vulgar. Mr. de Puig era de parecer que se escribieran en lengua vulgar los hechos y las historias que todo el mundo lee; y esta máxima podria extenderse hasta á los libros morales y de piedad, que son para el uso de todos; pero la dificultad es mayor respecto á teología, principalmente en la escolástica, que no podria casi explicarse ni hacerse comprender, si se escribiera en lengua vulgar, porque sus expresiones son particulares, enteramente filosóficas, y reducidas á un lenguaje comun perderian toda la fuerza y energía. Respecto á la positiva, los Padres apenas escribieron de ella mas que en el idioma que les era natural, y no hay en el dia razon alguna que nos obligue á lo mismo, sino en los casos en que sea menester ocultar ciertas cosas á los ignorantes y á los pusilánimes. En los demas casos no debe consultarse mas que la inclinacion de cada uno, el gusto de aquellos para quienes se escribe y la facilidad que se tenga en expresarse mejor en una lengua que en otra, con tal que esta se halle en uso; porque el escribir, por ejemplo, en griego, seria el medio mejor para no ser leido. En efecto: ¿se leen en el dia las cartas que el sábio Budee se complacia en escribir á sus amigos? ¿Hay nadie que se acuerde de leer la version de los Salmos de David que el P. Petau hizo en versos griegos, por mas que aquella version pase por una obra maestra en el concepto de los inteligentes?

Apenas se tolera á un escritor el que se le escape una palabra griega para expresarse con más energía; esta mezcla de idiomas en un discurso no sólo no está generalmente aprobada, sino que hasta parece á muchos insufrible, sobre todo en actos públicos. Dicen los que lo reprueban que los antiguos no mezclaban nada extraño en sus composiciones; que los latinos sólo se permitieron hacerlo en cartas familiares, pero los griegos jamás; que Plutarco habia tenido esta delicadeza al referir lo dicho por Horacio sobre la magnificencia de Luculo, traduciéndola en

griego para no abigarrar su discurso, que era griego, y que viéndose Ciceron obligado á citar un verso griego de Epicarmo manifestó que evitaba en lo posible la mezcla de diversas lenguas. *Scis enim me græcè loqui in latino sermone non plus solere, quàm in græco latinè et rectè quidem* (Tuscul. *lib.* 1.). Sin embargo, en las obras de erudicion y de crítica puede prescindirse algun tanto de este escrúpulo.

CAPITULO XVII.

Los que no tienen inclinacion ó talento para enseñar ni para escribir pueden servirse ventajosamente de la lectura de los PP. para su propia edificacion.

El escribir para ser leido y el hablar para ser escuchado en público exigen muchas veces cualidades que no todos poseen, y áun hay muchas personas que aunque las reunan, no quieren ó no se atreven á producirse, ya porque las contiene la modestia, ya para evitar, si asi puede decirse, la persecucion de los críticos ó de personas ignorantes, que ni saben aprobar lo que es bueno en unos, ni excusar lo que pueda parecer defectuoso ó débil en otros. Tambien las hay que aunque muy capaces de leer los autores y los PP. de la Iglesia, no tienen el suficiente talento para emitir en público lo que aprendieron en el retiro de su estudio; pero por esto no es menester abandonar ó descuidar la lectura, puesto que nada hay que tanto consuele ni tan útil, despues de la sagrada Escritura, como el conversar con los PP., que son los verdaderos manantiales de uncion y de piedad. En estos santos ejercicios los modestos conservarán felizmente su modestia y los humildes su humildad, porque estas santas ocupaciones nos comunican luces segun la medida de las gracias que hemos recibido de Dios, pudiendo los que duden de ello convencerse con la propia experiencia.

En efecto, aquellos PP., tan caritativos y tan ilustrados, se acomodan á todo, con tal que puedan

ganar un corazon á Dios. Tienen arroyos de leche para los débiles y carne sólida y sabrosa para los fuertes. Cuando el deber lo exige hablan de la sabiduría entre los perfectos, y cuando la discrecion lo reclama, cubren con su silencio, ante los imperfectos, lo que las almas poco ilustradas de estos no podrian comprender. No se enorgullecen cuando encuentran talentos felices y espíritus dóciles, ni se exasperan tampoco cuando hallan tierras estériles é ingratas. Siembran, como dice S. Agustin, sin temer á las espinas ni al granizo. Todo lo han recibido de Dios y á Dios lo devuelven todo. No hay quien no pueda aproximarse á ellos, interrogarles y consultarles; pero no puede despreciárseles ni descuidarlos, sin dar pruebas visibles de muy poca cordura y casi de impiedad, por cuanto uno de los primeros deberes de un hijo es respetar los consejos de sus padres, recurrir á estos es el efecto de una verdadera prudencia. «Interrogad á vuestros padres, dice la sagrada Escritura, y ellos os instruirán (*Deut.* 12.; *Eclesiástico*, 6, *y Eclesiastés,* 9.); complaceos en consultar á los ancianos y á los sábios; escuchadles en silencio, y conservad en vuestro corazon las instrucciones de estos hombres célebres.»

Lejos de mí la idea de preferir los autores paganos á los PP. de la Iglesia. Confieso que en Ciceron, en Séneca, en Plutarco y en algunos otros filósofos hay cosas muy buenas y sumamente útiles á los cristianos, que deben buscar la verdad do quiera se halle, puesto que esto redunda en bien de su maestro (August. *de Doctr. christ.*); pero falta lo principal, es decir, el espíritu de fe y de caridad, que constituyen la esencia del cristiano.

Sirva para convencernos del desarreglo del ánimo de los que prefieren la lectura de los autores paganos á la de los PP. de la Iglesia, la consideracion de que, como dice muy juiciosamente un sábio moderno (Mr. Du Bois, *Prefacio á los Oficios de Ciceron.*) en ninguna de las reglas dadas por los primeros para guiar al hombre á la fidelidad que debe

á su propia razon, hay aquella relacion constante que la fe pide en todos nuestros movimientos y en todas nuestras acciones, con la razon eterna, que es nuestra verdadera regla, y que no nos ha dado la que tenemos sino para hacernos capaces de consultarla y de conformarnos á ella. No se observa en los mismos autores aquella compuncion nacida de lo que la religion nos enseña respecto á la depravacion de nuestra naturaleza, confirmada por nuestra propia experiencia. No se ve aquella confusion de nuestra impotencia para el verdadero bien, que nos tiene en una profunda y constante humillacion ante Dios, haciéndonos implorar incesantemente el auxilio de su divina gracia.

Finalmente nada se ve en los autores profanos de cuanto encierran los misterios de Jesucristo, lo cual no pudo ser revelado ni dado á los hombres mas que por él mismo, sin lo que toda la filosofía es vana é inútil para la salvacion; es decir que no hay en ellos nada de cuanto los PP. de la Iglesia nos predican y nos enseñan en sus vastas obras de doctrina y de piedad, cuya lectura hemos propuesto hasta ahora.

Esto es con corta diferencia cuanto hay que decir sobre el uso que puede hacerse de estos antiguos Doctores, cumpliendo con Dios, con la Iglesia y consigo mismo; porque pretender conducir á los hombres como si fueran niños, por un camino tan difícil y espinoso é indicárselo todo con el dedo, sería absolutamente imposible. Lo mas que puede hacerse es proponer los medios generales establecidos por el buen sentido y por la autoridad de los mejores maestros; y este trabajo servirá todavía de muy poco, si los lectores no tienen un fino discernimiento, un buen criterio y rectos deseos; porque no admite la menor duda, como dice un sábio (*Mr. de la Rochef. Maximil.*) «que si bienpueden darse buenos consejos la conducta no puede inspirarse.»

FIN.

NOTAS.

(1) Pág. 2. En la Iglesia Occidental no empezó á usarse el método escolástico hasta el siglo XIII; mas en la Oriental ya se usaba en el siglo VIII, en cuyo tiempo florecia San Juan Damasceno. «Sobre los escritos y método de este Santo Padre pueden consultarse á De Gérando, *Histoire comparée de la Philosophie*, tomo IV, y á Ceillier, *Hist. Générale des Auteurs Sacrés Ecclésiast.*, tomo XVIII. En el Occidente se encuentran los primeros rudimentos del método escolástico en los escritos de San Anselmo contra Rosalin y su nominalismo; continuaron cultivándolo Guillermo de Champeaux y su discípulo el famoso Abelardo y algun otro; pero generalmente es tenido por padre de este método Pedro Lombardo, ó sea el Maestro de las sentencias. Harto conocidos son los escolásticos que á éste siguieron, entre los que descuellan Alejandro de Arlés, San Buenaventura, y sobre todos ellos, el Angel de las escuelas, Santo Tomás de Aquino. Puede verse sobre este asunto á I. B. Gener en su *Prodromo ad Theologiam*, Roma, 1767. Véase tambien á du Plessis d'Argentré, *Comment.. Hist. de Praedest. et reprob.* Concluiremos con advertir que el método escolástico y sus seguidores han tenido defensores entusiastas y acusadores nada contemplativos, y que no es de nuestro propósito tomar parte en uno ni otro bando; pero no dejaremos de consignar aquí que la escolástica contribuyó poderosamente al adelanto de las filosofía y teología; y que hasta la forma silogística generalmente adoptada en las escuelas, aunque monótona y descarnada, sirvió no poco para fijar con precision las cuestiones. Consúltese á Ritter, *Hist. de la Philos. chrét.*, y á Launoy, *De varia Aristotelis fortuna*.

(2) Pág. 6. Estas fueron las versiones de Aquila, Símmaco y Teodocion. Véase la nota 23. «Aquila, natural de Sínope, ciudad del Ponto, fué educado en el paganismo y en los delirios de la astrología y de la mágia; y cuéntase de él que, movido por los milagros que veia hacer á los cristianos, y esperanzado de obrarlos tambien él, abrazó el cristianismo. Persistiendo en sus supersticiones, fué excomulgado. Despues abrazó el judaismo, habiéndosele presentado ocasion de ello con motivo de haber sido destinado por el Emperador Adriano á reedificar la ciudad de Jerusalem (se le hace tambien hábil arquitecto), en cuyo tiempo, año de 128, hizo sus estudios del judaismo con el célebre rabino Akiba. Para favorecer su nueva religion, hizo una version griega de la Escritura. Cerca de un siglo después aparecieron las versiones, tambien griegas, de Teodocion, igualmente natural de Sínope, y la de Símmaco, de Samaria. Uno y otro eran de la secta de los ebionitas, por lo que se les cree judíos; pues estos sectarios observaban las ceremonias judáicas con tanta escrupulosidad como los mismos judíos. Se encuentran algunos fragmentos de estas versiones en

las *Hexaplas* de Orígenes: éste da la preferencia á la de Teodocion.

(3) Pag. 23. El autor de esta primera parte de la presente obra ha tomado esta acusacion contra San Jerónimo del protestante racionalista Dalleo, el cual acusa al santo Doctor de haber sentado en el comentario al profeta Habacuc, cap. I, «que Dios hace brillar su altísima providencia en el cuidado del género humano; mas no así en el de las criaturas que carecen de razon.» Pero esta acusacion es de todo punto injusta; porque San Jerónimo no niega que todas las cosas criadas sean regidas y gobernadas por la divina Providencia, sino que solamente establece la diferencia que hay entre el régimen de los seres que gozan de razon y el de los que carecen de ella; esto es, que para los seres inteligentes, la providencia de Dios es paternal y benévola; mas no de este modo para con los demás seres. Hé aquí sus palabras: «Así, pues, como en los hombres, áun singularmente en cada uno de ellos, se manifiesta la providencia de Dios, así tambien podemos comprender que en los demas animales se verifica por una disposicion y órden y curso general de las cosas. Por ejemplo, de qué modo nazca la multitud de peces, y viva en las aguas; de qué modo nazcan en la tierra los reptiles y cuadrúpedos, y con qué comidas se alimenten. Por lo demás, es absurdo hacer descender á la majestad de Dios á que sepa cuántos mosquitos nazcan y mueran en cada momento; cuál sea la multitud de chinches, mosquitos y moscas que hay en la tierra; cuántos sean los peces que nadan en el agua, y cuántos de los menores deben morir siendo presa de los mayores. No seamos tan fátuos aduladores de Dios, que mientras hacemos descender su poder áun á las cosas más bajas, seamos injuriosos para nosotros mismos, diciendo que la Providencia para los seres racionales y para los irracionales es una misma.»

(4) Pág. 23. De propósito ha dicho el autor de esta obra que en la cuestion del origen de las almas fueron de distinta opinion San Agustin y San Jerónimo, mas no que disputaron. Siendo sobre manera intrincada esta cuestion, á la que llama San Jerónimo *máxima cuestion eclesiástica*, los mencionados Doctores fueron de diverso sentir acerca de ella; es á saber: San Jerónimo se inclinaba más á la opinion que defiende que para cada hombre es criada el alma por separado: y San Agustin, principalmente despues de la aparicion de los pelagianos, aprobaba más bien la que defiende la propagacion de las almas; pero ni uno ni otro estaba tan cierto de su opinion, que se atreviese á condenar la otra. De aquí es que, consultado San Jerónimo por San Agustin sobre este asunto, respondió: «cada uno abunda en su sentir;» y San Agustin, en el lib. *de Gen. ad Tit. capítulo* 23, despues de haber disputado largamente por ambas partes, deja indecisa la cuestion, «con tal, añade, que la opinion de los que creen que las almas son criadas de los pa-

dres (se originan de los padres) no prepondere sobre el bautismo de los niños (esto es, no pase á sentar que no es necesario el bautismo de los niños).» Véase sobre este punto el cit. *Diccionario de Bergier*, art. *Origen de las almas*.

(5) Pág. 24. Añádase, aunque ese sentir de los Padres tenga algunos que lo defiendan y patrocinen. De aquí es que algunos puntos de la religion, en que para definirlos los Padres estuvieron por algun tiempo desacordes, después, con el transcurso del tiempo, fueron definidos por la Iglesia, que es la columna y firmamento de verdad, ya por una declaracion pública, ya por haber vuelto unánimemente los fieles á la verdad primitiva, como sucedió en la cuestion del reino de Cristo sobre la tierra por espacio de mil años, y la del bautismo de los herejes. Véanse en el *Dicc. de Bergier* los artículos *Milenarios* y *Rebaptizantes*.

(6) Pág. 24. Esto es, no tan sólo, segun el parecer de alguno que otro, que vivieron en este ó aquel siglo, sino segun el asentimiento de los que florecieron desde los primeros tiempos del cristianismo hasta los últimos en que se ventilaron las cuestiones. Nadie hay, pues, que ignore que la Iglesia muchas veces ha definido las cuestiones, no ateniéndose al parecer del mayor número de fieles, sino al del menor. Sirva de ejemplo la definicion de la celebérrima cuestion del bautismo de los herejes, en la cual se siguió la opinion del papa San Estéban y no la de San Cipriano, aunque, como atestigua San Agustin, «muchos eran del sentir de éste y pocos del de aquel.» (Consúltese sobre este punto el art. *Rebaptizantes* del *Dicc. de Bergier*.) Y omitiendo otros muchos ejemplos, nos suministra un argumento notable sobre el particular la condenacion del probabilismo más laxo, el que antes del decreto de Alejandro VII del año 1665 era defendido tenazmente por la mayor parte de los escritores de aquel tiempo.

(7) Pág. 24. Estas, que Simon llama opiniones particulares de San Agustin, no son otra cosa que los dogmas inconcusos de la gracia, que defendió el santo Doctor y aprobaron los Sumos Pontífices, principalmente los papas Celestino y Hormisdas, y áun la Iglesia universal. Y esa oposicion de la doctrina de San Agustin á la tradicion de la Iglesia ha sido inventada por los enemigos de la gracia en la operacion, lo que se atribuye á Launoy, cuya calumnia, habiendo sido descubierta, refutó eruditamente el P. Serry en la obra titulada *Augustinus vindicatus*, y condenó Clemente XI en el año 1704. Por lo cual con razon es reprendido Simon por el Illmo. Bossuet, á causa de no haber manifestado á los Santos Padres el respeto debido, y por lo inclinado que se presenta en este punto, así como en otros varios, á favorecer á los novadores y socinianos. Por cuya razon las palabras citadas por Simon no vienen al caso, tratándose de las cuestiones que no son trascendentales, y que se han dejado á la discusion de los hombres,

lo mismo que tratándose de las opiniones que cada uno tiene.

(8) Pág. 27. El autor de esta obra pudo haberse expresado con más propiedad diciendo: que todas las verdades de la fé fueron dadas al mismo tiempo por revelacion divina á la Iglesia, y á la vez fueron tambien desarrolladas por el Espíritu Santo, del cual, sirviendo de maestro, las aprendieron los Apóstoles. Pero aunque todas esas verdades hayan sido conservadas con igual religiosidad en la Iglesia, sin embargo, no todas han sido expuestas ó manifestadas á los fieles al mismo tiempo, ni del mismo modo, ni con igual claridad; sino que, segun la variedad de los tiempos, unas han sido manifestadas más pronto, otras más tarde; unas con toda claridad, y otras con menos. El sábio apologista Tertuliano explica esta economía de la divina Providencia con estas palabras: «Segun convenia á la bondad y justicia de Dios, criador del humano linaje, dió á todas las naciones una misma ley; esta la renueva y publica en el momento y modo que le place. Ya en el principio del mundo dió á nuestros primeros padres una ley..... y en esta ley estaba el gérmen de todas las que después publicó Moisés.....» ¿Nos debemos admirar cuando un sábio autor explana poco á poco ó gradualmente sus lecciones, y desde principios de poca entidad conduce las cosas á su perfeccion? *Adversus judeos*, cap. 2.°, I. Orígenes *Contra Cels.*, libro IV, núm. 60, se expresa en estos términos: «A la manera que un entendido labrador da diferente cultivo á las tierras, segun la diversidad del terreno y de las estaciones, así tambien ha dado Dios sus lecciones á los hombres, las que, segun la diferencia de los siglos, convenian mejor al bien general del mundo.» Véase á Bossuet, *Disc. sobre la Historia universal.*

(9) Pág. 28. Antes bien, el que se dedica con demasiada avidez al estudio de estas ciencias, más perjudica que favorece á la religion cristiana: esto es precisamente lo que hicieron los novadores, quienes en la explicacion de las sagradas Escrituras, dejándose llevar del vano prurito de hacer ostentacion de sus conocimientos en las ciencias humanas, siguieron con tanta escrupulosidad lo que miraba á la geometría, cronología y geografía, que parecen olvidarse casi por completo de la religion cristiana, á la cual pertenecen todas las palabras del Espíritu Santo; por lo cual con justa razon reprende el ilustrísimo Bossuet á Grocio, en su disertacion contra el mismo, de que apenas haga distincion alguna entre las Escrituras santas y la historia de cualquier profano, y áun de los mismos poetas, si se quiere. Las palabras del autor «*antes bien, el que se dedica con demasiada avidez al estudio de estas ciencias, más perjudica que favorece á la religion cristiana,*» deben entenderse en un sentido hábil: este sentido es el que se expresa en el texto: «que no se haga depender de ellas la religion.» Por lo demás, es indudable que ni el estudio de las ciencias humanas puede perjudicar á la religion, ni esta ser contraria al desarrollo de aquellas. Es cierto

que en esto, como en todas las cosas humanas, ha habido sus abusos; de estos abusos provino que algunos hombres religiosos mirasen con cierta prevencion el estudio de algunas ciencias; pero ni aquellos abusos ni esta prevencion pueden formar una regla general. La ciencia y la religion son dos hermanas bien avenidas, é hijas preciadas de la madre verdad.

(10) Pág. 30. No obstante, parece que esta sospecha la deshicieron Eusebio en el lib. VI, cap. 16 de su *Hist. eclesiástica*; San Epifanio, en el lib. *De mensuris et ponderibus*, y San Jerónimo, en el cap. 3 de la epíst. *ad Titum*, quienes afirman unánimemente que Orígenes estaba muy instruido en la lengua hebrea. Y sobre esto, sus obras de las *Tetraplas*, *Hexaplas* y *Octaplas* le hacen aparecer muy versado en la misma lengua hebrea; aunque alguna vez (bien que son pocas) sea menos exacto en derivar el orígen de las palabras.

(11) *Satanás* se deriva de la raiz hebrea Satan, *ser contrario, tener odio*. Pero S. Justino la deriva de la raiz Sur, *apartarse*; de donde sale Sara, *apartamiento, apostasía*.

(12) La palabra Cephas se deriva de la raiz hebrea Chiph, de donde sale el femenino Chepha, *piedra*.

(13) S. Mat., cap. XVI, v. 18: hé aquí las palabras de Cristo: *Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia*. — « Pudiera tambien traducirse en castellano y con propiedad: *Tú eres piedra, y sobre esta piedra* etc.»

(14) La palabra Pascha, *Pascua*, trae su orígen de la voz Pasaj, *transivit*, pasó, de donde sale Pasaj, *transitus*, paso, pasaje; y S. Ambrosio la hace derivarse de la voz griega Paso, *patior*, sufrir.

(15) Por lo que hace á las palabras *Filemon* y *Onésimo*, es evidente que traen su orígen de la lengua griega. Y la voz *Paulo* tambien se deriva del griego paulos, en latin *pusillus*, cuyo nombre créese que se le apropió Saulo, bien para manifestar que era el menor de los Apóstoles, bien en memoria del procónsul Paulo Sergio, que fué el primero que convirtió á la fé en la isla de Chipre: Act. XIII.

(16) Pág. 31. Sirva de ejemplo lo que dice en la *Oracion ó discurso á los griegos*, que Tolomeo Filadelfo pidió á Herodes, rey de los judíos, primeramente los libros proféticos, y después intérpretes doctísimos; siendo así que estos dos príncipes distan entre sí un espacio de más de doscientos años.

(17) Pág. 33. Sin embargo, este Padre ha merecido tantos elogios de parte de varones doctísimos, como son: Facundo, libro I, cap. 4.; Casiodoro, lib. de *Instit. Divin.*, cap. 17, y San Jerónimo en muchos lugares, que desaparece por completo toda sospecha acerca de su sana fe. Dos causas contribuyeron á hacer su locucion algo oscura: primera, que trataba de asuntos altísimos, y por consiguiente muy difíciles; segunda, que habiendo sido el primero de los escritores latinos que disputó contra los arrianos, se vió precisado á tomar muchas cosas de los

Padres griegos, como lo hace notar oportunamente S. Jerónimo en la epist. 49 á Paulino, donde dice: «S. Hilario se levanta en su coturno galicano, y adornándose con las flores de la Grecia, á las veces se envuelve en largos períodos; está muy distante de la leccion de los hermanos sencillos,» esto es, su lectura es difícil para las personas poco instruidas.

(18) Pág. 34. En este punto el autor de esta obra ha padecido una alucinacion de no escasa importancia, y la censura que hace notar en los Santos Padres no es otra cosa que una negra calumnia inventada por los enemigos de los mismos. Jamás explicaron con más propiedad, con más tino y con mayor energía los misterios de la fé, que cuando tomaron por su cuenta la defensa más empeñada de los mismos misterios, y cuando emprendieron, empleando todas sus fuerzas, aniquilar las herejías. Es cierto sucedió alguna que otra vez que, atentos á defender una parte de la verdad, parece dejaron expuesta al peligro la otra parte; pero en realidad nunca la exponen. Mas esto de parecer que la exponen, no se debe atribuir ni al demasiado calor con que la defienden, ni á su inconsideracion, sino más bien á la oscuridad de los misterios, y tambien algunas veces a la mala disposicion de los lectores. Así, por ejemplo, es tan difícil acomodar la doctrina de la Iglesia acerca de la gracia de Cristo con la libertad humana, que, «cuando se defiende la gracia de Dios, parece negarse el libre albedrío,» dice San Agustin en el lib. de *Gratia Christi*, cap. 45. De aquí tomaron ocasion los semipelagianos para considerar como maniquea la doctrina de S. Agustin; cuando, sin embargo, el plan de doctrina del Santo Doctor dista tanto del de aquellos sectarios como el cielo de la tierra. Así es que la Iglesia, á cuya autoridad corresponde la explicacion de los misterios, no haciendo caso de ese género de deducciones de los sectarios, siempre ha propuesto á la creencia de los fieles principalmente la doctrina de los Padres que tomaron á su cargo el defender algun dogma de fé, ó que emprendieron con todas sus fuerzas refutar alguna herejía, como la doctrina de S. Atanasio contra los arrianos, la de S. Cirilo contra los nestorianos, la de S. Leon contra los eutiquianos, la de S. Agustin contra los pelagianos, etc. Ahora pueden compararse las palabras del autor con lo que dice en el capítulo IX de la III parte de esta obra.

(19) Pág. 35. El autor de esta obra parece haber seguido semejante costumbre de los antiguos escritores, pues que con bastante frecuencia cita algunos lugares tomados de documentos antiguos, segun le ocurren á la memoria, sin cuidarse de la exactitud de las palabras, y contentándose con conservar el sentido. Por lo cual el lector nos dispensará si encuentra muchos lugares de los antiguos expresados con términos distintos de los en que los puso el primitivo autor.

(20) Como el Apóstol S. Judas en el v. 14 de su Epístola, donde dice: *Que Enoch, que fué el sétimo despues de Adan,*

profetizó tambien de estos, etc. — Sobre esto dice con mucha oportunidad el P. Scio en la nota que pone á la traduccion de este pasaje: «S. Judas pudo saber por una tradicion general la profecía que refiere aquí. Lo cierto es que la supo por divina revelacion; y no se necesita recurrir á libros apócrifos ni á otras causas cuando se trata de escritores dirigidos por el Espíritu Santo.» La nota que sigue servirá no poco para la mejor inteligencia de este punto.

(21) No es tan corriente entre los teólogos, como nuestro autor la presenta, su opinion particular de que por el hecho de citar los Apóstoles algunos libros, les dieron en cierto modo autoridad para ser empleados en defensa de la verdad; antes bien, es muy controvertido este punto por los PP. de la Iglesia y los teólogos. Pero el camino más seguro para no errar en un punto tan interesante, es el que enseñó Orígenes en el prefacio de sus Comentarios sobre el libro de los Cánticos, donde dice que los Apóstoles, ilustrados por la inspiracion del Divino Espíritu, sabian con seguridad qué era lo que podia tomarse de tales monumentos, y lo que era provechoso; pero que los demás escritores, privados de aquellas divinas luces, no podian conocerlo con certeza, ni hacer uso de ellos sin peligro. Por lo tanto, el ejemplo de los escritores sagrados no puede escusar á los Padres de la Iglesia, al citar los libros apócrifos, á no ser que hiciesen uso de ellos para sacar argumentos *ad hominem*, como dicen. Sea de esto lo que se quiera, siempre permanece ilesa la autoridad de los Padres, la cual nada tiene que ver con las citas de las obras genuinas.—«Para enterarse de las varias significaciones que puede tener la palabra *apócrifo*, los libros apócrifos más notables que circulaban al principio del cristianismo, y la diferencia que debe establecerse entre ellos, véase el artículo *Apócrifo* del Dicc. de Teol. del Abate Bergier.»

(22) Pág. 36. Esta variedad de la Iglesia en admitir ó desechar algunos escritos, no debe entenderse de la Iglesia universal, la cual, del mismo modo que en fijar los dogmas de fé, así tampoco puede errar ó variar en fijar la canonicidad de los libros sagrados; sino que debe entenderse de algunas Iglesias particulares, las que, unas más pronto y otras más tarde, admitieron algunos libros sagrados. Véase *Canónicos y Auténticos* en el citado Diccionario.

(23) Pág. 39. Éstos, á quienes el autor de esta obra llama herejes y semijudíos, son Aquila, Símmaco y Teodocion, de cuyas versiones se sirvió la Iglesia griega hasta el tiempo de Orígenes. Aquila, de judío prosélito se hizo cristiano, y luégo volvió á abrazar la religion judáica; Símmaco, primeramente fué judío, despues cristiano, y por último adoptó los delirios de los ebionitas; Teodocion abrazó primeramente la secta de Marcion, y luégo la religion de los judíos, como lo atestiguan San Irenéo, lib. III, cap. 24, el autor de la Sinopsis atribuida á San Atanasio, y tambien Eusebio, lib. VI, cap. 16; y por último,

S. Jerónimo en el prefacio en Daniel.—«Véase la nota 2.»

(24) Pág. 40. Esto es, su cap. XVII, v. 28 de los Act., donde dice: *como dijeron algunos de vuestros poetas: porque de él somos tambien linaje*, cuyas palabras fueron tomadas del poeta griego Arato.

(25) Pág. 41. Aun parece poner en duda el autor de esta obra que el símbolo que vulgarmente lleva el nombre de San Atanasio, no haya sido compuesto por este Santo. Es completamente incierto y difícil de averiguar quién pudo ser su compilador; pero hoy ya no se puede dudar que dicho símbolo no es produccion de S. Atanasio; puesto que en él se condenan las herejías de Nestorio y Eutiques, las que aparecieron cerca de 60 años despues de la muerte del Santo Doctor; y lo que es más de admirar, ni un solo escritor alegó la autoridad tan grande de este símbolo para refutar á los nestorianos y eutiquianos. Todo esto, examinado detenidamente, persuade hasta la conviccion que el autor de este símbolo es otro muy distinto de San Atanasio. Al ocuparnos de la vida y de los escritos de este Santo nos extenderemos sobre el particular.

SEGUNDA PARTE.

(1) Pág. 49. En la cuestion sobre el tiempo de la celebracion de la Pascua. Véase el artículo *Pascuas* del Diccionario de Bergier.

(2) Este es el P. Pezron, monje cisterciense, el cual, aunque no se haya servido con tanta oportunidad del cómputo de los tiempos, tomado de la historia de los chinos, de suerte que hiciera prevalecer su opinion sobre la de los hebreos, hizo, sin embargo, lo bastante para adquirirse una reputacion general de hombre erudito. A éste le refutaron con suma energía los Padres Martianay y Le Quien.

(3) Pág. 52. Es cosa digna de admiracion el que haya podido ocurrir á la inteligencia humana semejante idea, que se pone en oposicion manifiesta con la suma providencia de Dios, contra la cual *no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo.* Proverbio XXI, 30. — «Así se expresa el autor de las anotaciones que reproducimos, mal avenido, segun parece, con un proyecto de lengua universal, mas cuya opinion no podemos dejar pasar sin su oportuno correctivo. No vemos en qué pueda ese proyecto, ni su realizacion, ser contrario á la providencia de Dios: esta providencia para con el hombre ha existido desde que el hombre existe, y sin desampararle un solo instante; y sin embargo, cerca de 3.000 años, desde el principio del mundo hasta la confusion de las lenguas en Babel, llevaban de existencia los hombres, y segun el testimonio de la Escritura santa, *era la tierra de un solo labio y de unas mismas palabras*, es decir, usaba del mismo lenguaje y de la misma pronunciacion. Si despues

Dios dispuso, en castigo de la soberbia de los hombres, que hablasen diversas lenguas, este castigo no se debe comparar, atendidas sus consecuencias, al castigo del pecado original. Hé aquí porqué decíamos antes, que no veíamos en qué podia contrariar á la providencia de Dios el proyecto de una lengua universal. Cierto que su realizacion, respecto á todos los pueblos de la tierra sin distincion de personas, ofreceria dificultades infinitamente más insuperables que la utopia de un imperio universal; pero desde luego pudo ocurrir al autor de las anotaciones que ni Descartes al concebir su proyecto, ni Wren al hacer el ensayo, ni nuestro ilustre compatriota el presbítero Sr. D. Bonifacio Sotos Ochando al emprender y proseguir con tanta fé su proyecto, abrigaron ni abriga tan desmedidas pretensiones.»

(4) Es á saber: S. Jerónimo. «Es de notar, que el Santo habia echado mano de los rigores más ásperos de la penitencia para domar las violentas tentaciones de la carne, pero con muy escasos resultados; mas se aplica con todo ahinco al estudio del hebreo, y esta sola medida devuelve la calma al mar tempestuoso de su corazon y de su imaginacion. Esta leccion no deben echarla en olvido los hombres que se hallen en circunstancias análogas y quieran obtener igual resultado.»

(5) Pág. 54. Los PP. del Concilio de Francfort padecieron en esta cuestion un error de hecho, como juzgan los eruditisimos Baronio, Belarmino, Petronio y otros, ni les fué bastante conocido el modo de sentir del sétimo Concilio; lo cual lo indican las palabras del cánon segundo promulgado por estos Padres: «Fué propuesta, dicen, la cuestion sobre el nuevo Sinodo de los griegos, en el cual se encuentra escrito, que los que no tributan homenaje y adoracion á las imágenes de los Santos, del mismo modo que á la Deífica Trinidad, se les juzgue anatematizados.» Este error de hecho tuvo su orígen en que los PP. de Francfort fijaron su atencion más en la profesion de Constantino, metropolitano de la isla de Chipre, profesion que estaba corrompida ó falseada en la traduccion latina, que en la definicion del Concilio; pues este obispo, Constantino, habia hecho diferencia entre la adoracion que debe darse á Dios y la que debe darse á las imágenes; pero el traductor juntó y confundió inconsideradamente estas dos adoraciones.

No debo dejar sin advertir, que el sentir de los PP. del Concilio de Francfort y el de todos los obispos de las Galias de aquel tiempo no fué el mismo que el de los PP. de Nicéa, acerca del culto que se debia dar á las sagradas imágenes. Porque los Padres de Nicéa decretaron que las sagradas imágenes debian ser adoradas; pero los de Francfort condenaban sí á los iconómacos, que las quebraban; pero juzgaban que no debian ser adoradas, sino solamente conser adas en los templos para la más fácil instruccion de los fieles rudos é ignorantes, y para que con su vista sean excitados á la piedad y virtud. Consta todo esto, ya por el mismo Concilio de Francfort, ya por los libros Carolinos,

y ya principalmente por el Concilio de París, celebrado en el año 825.

(6) Pág. 55. Despues de los tiempos del autor han sido publicadas las obras de S. Efren en lengua siriaca y latina, bajo la direccion del doctísimo doctor Assemani, por encargo del eminentísimo cardenal Querini. «Esta es la edicion más completa, seis tomos en fólio, hecha en Roma los años de 1732 y 1743. Como dice el anotador, además del texto siriaco, en que escribió el Santo Diácono, contiene una version latina.»

(7) Pág. 59. Así las epístolas del papa S. Clemente á los de Corinto fueron escritas en griego; pero por lo demás, á excepcion de este Sumo Pontífice, que era de orígen griego, es muy difícil citar otros ejemplos sobre el particular, y es mucho más probable que los romanos Pontífices escribieron con preferencia en latin más bien que en griego.—«Dos son estas cartas, que S. Clemente dirigió á los corintios. Algunos críticos han abrigado y manifestado sus dudas sobre la autenticidad de la segunda de ellas; pero la inmensa generalidad de los críticos ha defendido y admitido su autenticidad. No sucede lo mismo con otras dos cartas de este Pontífice, que en 1751 y 1752 publicó el sabio Walstein, las que desechan muchos críticos.»

(8) Pág. 64. Corresponde esta nota á las palabras del texto del primer párrafo que dicen: «No se contentaron con aclarar las leyes por medio de notas ó comentarios, sino que descendieron á explicar las palabras y áun las abreviaturas, como han hecho Alciato, Rebuffo y otros, los cuales, sabiendo cuántas faltas habian cometido en esta parte los antiguos jurisconsultos, etc.» Nota. Así los antiguos jurisconsultos, tomando la palabra ANTICHRESIS por la palabra ANTIPHONA, con motivo de aquella voz hablaron mucho sobre las antífonas. La palabra *antífona*, voz compuesta de la preposicion ANTI, *contra*, y el sustantivo FONOS, *voz*, es igual á la palabra ANTI-FONA, *contra-voz*.

(9) Pág. 66. Cuando el autor de la presente obra escribia esto, aún no se habian publicado las obras de S. Basilio por el P. Garnica, ni las de San Juan Crisóstomo por el P. Montfaucon. Estamos seguros de que si el autor de esta obra hubiese leido estas versiones, no se lamentaria tanto de la mala suerte que ha cabido á la elocuencia de los Padres. En estas traducciones, aunque no se conserve toda la energía y el mismo espíritu que tiene el original griego, sin embargo, la traduccion latina se aproxima bastante. «Estas ediciones que cita el anotador son: la publicada por los benedictinos Garnier y Prudencio Marand en 1721 y 1730, en tres tomos en fólio; las obras de San Basilio y la del P. Montfaucon, en trece tomos en fólio; las de San Crisóstomo, hecha en París en 1718.»

(10) Pág. 72. La voz griega ACRIBODICAIOI, significa *derecho sumo*; es palabra compuesta del adjetivo ÁCRIBES, *sumo*, y del sustantivo DIQUE, *derecho*; por lo cual han designado con

esta palabra á los críticos más rigoristas, para significar que estos quisieron llevar su crítica al sumo derecho, hasta el último extremo.

(11) Es á saber: Casaubon.

(12) En este punto no advirtió el riguroso crítico que Baronio era digno de alguna condescendencia por haber descubierto un nuevo rumbo sin ningun guia, cual fué el haber sido el primero en reunir en un solo cuerpo los anales de la historia eclesiástica. «El cardenal César Baronio nació en 1538 en Sora, reino de Nápoles, y murió en 1607: en 1593 fué nombrado general de la Congregacion del Oratorio en Italia: el papa Clemente VIII le nombró su confesor, y en 1596 cardenal bibliotecario del Vaticano. En 1588 publicó en Roma sus *Anales eclesiásticos* en 12 tomos en fólio. Esta obra fué continuada por Rainaldi y Laderchi, y toda la obra completa se reimprimió en Luca en 1738 en 42 tomos. Es cierto que la obra de Baronio contiene algunas inexactitudes, sobre todo en la parte cronológica; pero esto no ha impedido para que haya sido mirada como una obra clásica de primer órden.»

»Ya que en todo este capitulo tantas veces se nombra la palabra *crítico*, diremos, para las personas que carezcan de nociones de griego, que se deriva de la voz CRITES, *juez*; y así como el juez en sus fallos imparciales separa lo bueno de lo malo, y lo verdadero de lo falso, del mismo modo debe hacer el crítico; y hé aquí el objeto del arte denominado *crítica*.»

(13) Pág. 75. Este Eusebio de Nicomedia no inventó ni empleó por capricho la voz HOMOOUSIOU, sino porque sabía muy bien que la mente y sentir de los santos Obispos era tal, que indudablemente emplearian aquella voz para expresar la *consustancialidad* del Hijo con el Padre. Puede consultarse acerca de este punto la carta de S. Atanasio sobre los decretos del Concilio de Nicéa, donde dice que los Obispos reunieron muchos lugares de la sagrada Escritura, en que se llama al Hijo de Dios *verdadera potencia, imágen del Padre, semejante al Padre, inmutable sobre todas las cosas, inconvertible, eterno*, y que subsiste *indiviso en el Padre*. Estas expresiones, dice, eran aceptadas por los partidarios de Eusebio; y de tal modo, que fueron sorprendidos murmurando entre sí por lo bajo, cruzándose señas, aplaudiéndose con los ojos, cual si aquello de *ser semejante, de estar en él, ser su potencia* fuese al Hijo comun con nosotros. Entonces los Obispos, considerando la hipocresía y astucia de los eusebianos, se vieron precisados á escribir que el Hijo era *consustancial* al Padre, significando con aquella palabra que no sólo era semejante en semejanza, sino el mismo que él, y que de él procede. Así pues Eusebio no fué quien inventó aquella palabra, sino que la inventaron los Padres del Concilio.

Del mismo modo, tampoco San Ambrosio hace á Eusebio inventor de esa palabra. Hé aquí sus espresiones en el libro III *de Fide*, cap. 7.: «Los arrianos aceptan que la palabra sustancia

fué empleada segun su impiedad; mas la desechan, y rechazan que fué aprobada segun la piedad de los fieles. Porque ¿qué otra cosa es el no querer que el Hijo sea llamado HOMOOUSIOUS, (consustancial) al Padre, sino porque no quieren que sea confesado verdadero Hijo de Dios, como su jefe Eusebio de Nicomedia lo manifestó en su carta, cuando dijo: *Si decimos que es verdadero Hijo de Dios é increado, ya empezamos á confesarle* HOMOOUSION, *con el Padre.* Habiendo sido leida esta carta en el Concilio Niceno, pusieron los Padres esta palabra en la profesion de fé, porque vieron que esta expresion ponia gran terror y era como una espada desenvainada para los adversarios, etc.» Estas palabras prueban solamente que la voz HOMOOUSION, fué empleada, mas no inventada por Eusebio. Es cierto que en el libro *de divinitate Filii* se dice que Eusebio es el inventor de esa palabra; pero es cosa corriente entre los eruditos que ese libro no es produccion genuina, sino supuesta á San Ambrosio.

(14) Pág. 77. El autor, manifestándose en este lugar bastante ajeno á las reglas de la crítica, parece concretar esta á sólo la gramática, la que se ocupa en enmendar los manuscritos (aunque en esta tarea de los críticos incluya tambien á Casaubon, cuya crítica no se limita sólo á la gramática); pues hay otro género de crítica, que no solamente examina las palabras, sino los hechos y las obras, y esto es muy útil para escribir la historia. Como los que se dedican al estudio de esta crítica no estén exentos tampoco de equivocaciones, y con alguna frecuencia traspasen los justos límites, no será fuera del caso decir algunas palabras sobre ella.

Generalmente los críticos caen en estas equivocaciones ó errores por dejarse llevar de falsos juicios preconcebidos. Así Spanheim defiende con el mayor ahinco la fábula de la papisa Juana, que desechan áun los mismos novadores; mientras niega con todas sus fuerzas la muerte de San Pedro en Roma, sostenida por el testimonio de todos los historiadores y por la tradicion jamás interrumpida. De igual modo, tratándose de la verdadera procedencia de las obras, no faltan críticos que defienden unas, y otros las atribuyen á uno ó á muchos escritores, siendo unas mismas las razones que militan por una y otra parte. Para evitar los errores de esta crítica, cuídese ante todo de dedicarse á esta clase de estudios libre de todo género de prevenciones. De este modo se podrán aplicar con el más feliz resultado las reglas que después ponemos en el capítulo XV.

(15) Pág. 79. Pues dista uno de otro más de docientos años, porque Jeremías murió el año 3420 de la creacion del mundo, y el 584 antes de la Era vulgar; y Platon murió el 3656 de la creacion, y 348 antes de nuestra Era.

(16) Pág 83. Dos son las razones principales que inducen á creer que *Adonis y Thammuz* eran una sola y misma divinidad de los gentiles. La primera es el modo idéntico de honrar á uno y otro; *y hé aquí las mugeres que estaban sentadas llorando*

á Adonis: Ezeq. VIII, 14 (así dice el texto de la Vulgata; y el hebreo, en vez de *Adonis*, dice *Thammuz*); de cualquier modo, esta ceremonia religiosa se observaba en el culto de Adonis. La segunda razon es la identidad del tiempo; esto es, el otoño, en que se daba culto á Thammuz y á Adonis.

(17) En la version de los Setenta se lee el texto citado de este modo: *Qui mitit in mare legatos, et epistolas papyrinas super aquas*; y por esto juzgó San Cirilo que Isaías hacia mencion del rito solemne que, segun refiere Luciano, observaban los Egipcios, enviando por el mar á los Fenicios una carta en la que les anunciaban que habia sido hallado Adonis. Pero como en los códigos hebreos se halle expresado esto de otro modo, creen varios intérpretes muy autorizados que en este lugar habla el Profeta de legados ó embajadores enviados al Rey de Egipto por Ezequias cuando se hallaba estrechado por Sennaquerib. Sea como quiera, no se puede negar que los conocimientos de las antigüedades profanas ayudan mucho para la inteligencia é interpretacion de la sagrada Escritura.

(18) Pág. 84. De aquí que muchos teólogos de nota en estos últimos tiempos, en que hombres esclarecidos han hecho muchos y grandes adelantos en las materias filosóficas, abandonando á Aristóteles, ó mejor á los que seguian á Aristóteles, se han dedicado con buen resultado al estudio de los filósofos modernos en ayuda de la teología,

(19) Pág. 87. En las últimas palabras del texto se refiere Godeau á aquellas del Apóstol en su primera carta, cap. III, á los Tesalon.: *Spiritum nolite extinguere*: *No extingais el espíritu*.

(20) Pág. 90. El autor parece manifestarse en este lugar algun tanto desmemoriado, al decir que S. Cipriano refiere algunas veces los párrafos de la Escritura de una manera distinta de como se encuentran en la version de los Setenta; como si el Santo se sirviese de los ejemplares griegos. El santo Obispo de Cartago escribió en latin, y se servia, no de la version griega, sino de la latina, hecha de aquella. Ahora bien: estas versiones latinas eran muchas en número y distintas unas de otras, como lo atestigua S. Jerónimo en el *Prefacio sobre el libro de Josué*, donde dice: «Entre los latinos hay tantos ejemplares cuantos son los códices, y cada uno ha añadido ó ha quitado *(se entiende, algunas expresiones en la traduccion)*, segun le ha parecido.» ¿Qué de extrañar es que S. Cipriano disienta enteramente de la version de los griegos?

(21) Pág. 91. No sé en qué fundamento se apoya el autor para asegurar que cuando Jesucristo citaba la sagrada Escritura se servia de la version de los Setenta; porque el Salvador usaba la misma lengua que los judíos y la misma sagrada Escritura que estos empleaban, esto es, la hebrea, fueran los que se quiera los caractéres con que entonces estuviera escrita.

(22) El autor parece estar poco acorde consigo mismo en

este lugar. Poco antes ha sentado que la version griega de los Setenta estaba recibida como verdadera por los judíos, y ahora dice que Orígenes, en sus disputas con los mismos judíos, se servia de las versiones de Aquila, Símmaco y Teodocion. Sin embargo, todo esto puede conciliarse perfectamente haciendo distincion entre los judíos helenistas, y los que habitaban en Jerusalem y provincias circunvecinas. Entre los helenistas, como desparramados en todas las regiones del desmembrado imperio de Alejandro, y olvidados casi por completo de la lengua hebrea, era tenida en grande honor y veneracion la version de los Setenta, lo que no sucedia entre los judíos de Jerusalem, que la apreciaban muy poco. Asi, pues, cuando Orígenes se servia de las versiones de Aquila, Símmaco y Teodocion, era cuando disputaba, no contra los judíos helenistas, sino contra los de Jerusalem y provincias inmediatas.

(23) Contra lo que sienta el autor en el texto, parece que nunca se persuadieron los Padres que el códice hebreo hubiera sido adulterado por los judíos; pues S. Justino, S. Irenéo y Orígenes hacen mencion de las interpretaciones publicadas por los hebreos, que eran ajenas del sentido verdadero de los sagrados códices; mas ni uno solo afirma que hubiese sido adulterado el ejemplar hebreo por aquellos; antes bien, se verificó por una providencia singular de Dios, que conservasen íntegras é intactas las santas Escrituras, áun en aquellos lugares que eran más contrarios á sus errores. De aquí el llamarlos S. Agustin (en el Salm. 40 y 56) *nuestros pedagogos y libreros.*

(24) Pág. 93. Los judíos adoptaron las versiones, no precisamente las que estaban conformes con los códices hebreos de aquellos tiempos (pues como anteriormente decíamos, los ejemplares hebreos no estaban viciados), sino las que favorecian más á sus delirios y errores.

(25) Estas dos versiones, es á saber, la quinta y la sexta, aparecieron en tiempo de Caracalla y de Alejandro Severo; pero habian sido hechas mucho antes. La primera, segun refiere Orígenes en Eusebio, apareció en la ciudad de Jericó, y la segunda en Nicópolis.

(26) Pág. 94. Lo que en el texto se dice, debe entenderse de una aprobacion universal, ó sea de toda la Iglesia, dada á esta version; de suerte que la Silla Apostólica hacia uso de una y otra version latina (de la antigua Vulgata y de la hecha por S. Jerónimo). Mas por lo que hace á algunas Iglesias particulares, es indudable que empezó á aprobarse antes del tiempo de S. Gregorio papa; así consta por el ejemplo de Silviano, escritor del siglo V, que en las Galias se usaba ya en este tiempo; lo mismo sucedia en España, segun refiere Lucinio, y tambien en el Africa, como atestigua S. Agustin, el que en la carta 71 cuenta que la profecía de Jonás, traducida en latin por S. Jerónimo, fué leida en la iglesia por cierto obispo africano. Aun el mismo S. Agustin la cita muchas veces en el libro de Job.

(27) Pág. 96. No negaré que entre los hebreos hubo algunos varones que se dedicaron á consignar por escrito los hechos más notables de los reyes y del pueblo; pero que estuviesen destinados especialmente para este oficio por los hebreos, esto lo dice el autor, aunque sin gran fundamento. Si no me engaño, esa especie la tomó el autor de Ricardo Simon, presbítero del Oratorio, que con objeto de hacer creer que Moisés no es el autor del Pentateuco, y de quitar su autoridad á todo el antiguo Testamento, inventó la existencia de tales escribas, cuyos escritos, reunidos en un pequeño volúmen, con el trascurso de los tiempos, supone que han llegado hasta nosotros bajo el nombre de libros sagrados. Mas como fuese apremiado por los hombres instruidos, jamás pudo sostener su opinion con un solo argumento bastante cierto. Véase la nota 8 de la cuarta parte.

(28) Pág. 98. Sirva de ejemplo Vazquez, en lo demás varon excelente y sábio teólogo, el que enumerando los fautores de la herejía de los monotelitas, á Sergio, Pirro y Paulo agregó tambien á Tipo, cual si este fuese alguno de los principales de aquellos herejes, siendo así que *Tipo* es el nombre del edicto publicado por el emperador Constante, en que ordenaba se guardase silencio acerca de los dos pareceres encontrados, sobre si en Cristo habia una sola ó dos voluntades.

(29) Pág. 100. Habiendo sido tratados con más cuidado, y habiendo sido ilustrados muchos puntos de la historia eclesiástica despues de Esponde ó Espondano, el cual incluyó en su compendio la mayor parte de las inexactitudes de Baronio, se podrá usar más oportunamente y con más ventajas alguu otro compendio publicado con posterioridad. Entre estos, nos parece uno de los mejores la Historia eclesiástica del P. Graveson, quien presenta con mucho órden y cuidado la série de sucesos que comprende el asunto de que tratamos.

(30) Pág. 109. A estos puede añadirse Cárlos de S. Pablo, cuya Geografía eclesiástica, aumentada con las anotaciones de Holste, pasa, en concepto de los eruditos, como la más perfecta y acabada de todas.

(31) Esta profecía tuvo su cumplimiento en el emperador Nabucodonosor, que devastó el Egipto y provincias inmediatas, y la ciudad de Alejandría fué fundada por Alejandro Magno. Estos dos príncipes distan uno de otro el espacio, si no de cuatrocientos, cerca de trescientos años.

(32) Pág. 112. Siendo de parecer el autor que los autores modernos de catálogos deben ser preferidos á los antiguos, nos parece muy oportuno añadir á los citados en el texto algunos otros que han escrito con bastante crédito entre los hombres instruidos. Tales son entre los novadores Guillermo Cave; entre los católicos Dupin, y posteriormente Remigio Ceillier, monje benedictino, que indudablemente es el que ha escrito con más esmero. Este se propuso publicar su obra en el espacio de algunos años, con el título *d'Histoire générale des*

Auteurs Sacrés et Ecclesiastiques, y cada año publicó un tomo.

(33) Pág. 116. No solamente son cinco estas cartas supuestas, sino ocho, á saber: dos á *S. Juan Evangelista*; una á la *B. Virgen María*; la cuarta á *María Casobolite*; la quinta á los *Tarsenses*; la sexta á *Heron*; la sétima á los de *Antioquía*, y la octava á los *Filipenses*.

(34) Pág. 130. Lo que escribe el autor sobre el ejemplar de los cánones del Concilio Niceno, enviado por el Sumo Pontífice Márcos á S. Atanasio, está tomado de la carta escrita bajo el nombre de este Pontífice *ad Athanasium et universos Aegipti episcopos*, la cual es desechada como supuesta por todos los eruditos. En esta carta se notan nombres falsos de los cónsules; tambien se dice en la misma que los católicos egipcios habian sufrido una terrible persecucion de parte de los arrianos, la cual no sucedió en tiempo del sumo pontífice Márcos, esto es, en el año 336, en que aún imperaba Constantino. Júntese á esto que en este año, estando ya sufriendo su destierro S. Atanasio en las Galias, no pudo escribir desde la ciudad de Alejandría al romano pontífice Márcos; y por último, en la supuesta carta de Márcos cuentan setenta cánones del Concilio Niceno, siendo así que el códice Alejandrino, enviado por S. Cirilo á los obispos africanos, sólo contiene veinte cánones.

(35) Tampoco veo el fundamento en que se apoya el autor para afirmar esto de haber sido enviado á S. Atanasio el ejemplar del Concilio de Efeso. No obstante, es cierto que desde muy antiguo se acostumbró á guardar en todas las iglesias patriarcales un ejemplar muy correcto de los concilios, y que á este acudian á consultar los obispos en las cuestiones más difíciles.

TERCERA PARTE.

(1) Pág. 142. Despues que nuestro autor escribia lo que se dice en el texto, las obras de Orígenes se han presentado bajo una forma más interesante, debida al trabajo y estudio de los PP. Benedictinos, que las han impreso y publicado últimamente. No obstante, á causa de los frecuentes errores y demasiado prodigadas alegorías, sería cosa bastante inútil dar á su lectura el principal lugar.

(2) Pág. 150. Esto debe entenderse cuando los Santos Padres exponen la Escritura «en las cosas de la fe y las costumbres pertenecientes á la edificacion de la doctrina,» como se expresan los Padres del Concilio Tridentino, ses. IV. Mas en lo tocante á la crítica y erudicion, á las veces pueden ser preferidos á ellos los intérpretes modernos, como que han podido dedicar á esta ciencia mayor y más ventajoso trabajo y estudio. Véase el cap. V.

(3) Pág. 157. En el año de 1739 se imprimió la obra que

lleva por título: *Concordance des SS. Peres de l'Eglise Grecs et Latins*, siendo su autor el P. D. Bernardo Marechal, monje benedictino; en la cual, conciliando éste perfectamente todas las diversas opiniones de los Santos Padres, demuestra en último resultado ser una sola y misma la doctrina de todos ellos sobre la *fe* y las *costumbres*, por más que se empeñen en hacer creer lo contrario los sectarios, y áun algunos católicos.

(4) Pág. 158. El P. Le-Long, presbítero del Oratorio, publicó un catálogo de esta especie con el nombre de *Biblioteca sacra*, el cual, dejando á un lado todos los demás, puede ser consultado y examinado.

(5) Pág. 160. *Dudan algunos sábios*, dice el autor, mas no sólo dudan, sino que niegan abiertamente, y con justísima razon, que esta Sinopsis de la Escritura sea obra de S. Atanasio, ya porque S. Jerónimo no la nombra al enumerar las obras de S. Atanasio, ya tambien por contenerse lo contrario en la carta del mismo Atanasio al papa Pascual, al enumerar las Escrituras sagradas y las dudosas.

(6) No sé lo que entenderá el autor por el nombre de *Tratado* del papa Gelasio; pues no existe ningun tratado de Gelasio sobre este asunto, y sí sólo un índice ó decreto publicado por él, como generalmente se cree, en el Concilio romano, al que asistieron setenta obispos, y se celebró el año 494.

(7) Pág. 168. Antes bien, hay razones poderosísimas con las cuales se demuestra sin dejar réplica, que el libro de las *Prescripciones* fué escrito por Tertuliano antes que desertase de la fe católica. En primer lugar, en esta obra no se encuentra el más pequeño vestigio de la herejía de los montanistas, que es la que él abrazó después. En segundo, afirma que su fe era comun con todas las Iglesias apostólicas. En tercero, en la obra de que hablamos, expone los principios más sanos de la fe católica, con los cuales se impugna hasta llegar á destruir cualquiera herejía ó cisma.

(8) Pág. 171. Lo que en este lugar escribe el autor de esta obra, acerca del calor inmoderado de los Padres al defender algunos dogmas de la fe, necesita alguna correccion; pues no contiene otra cosa mas que las quejas que suelen dirigirse por los envidiosos detractores de los mismos Padres. Lo injusto de estas quejas se hará patente, si se examina con detencion la doctrina de los Padres, como ha demostrado victoriosamente acerca de S. Agustin el eminentísimo cardenal De Noris en su obra *De Vindiciis Augustinianis*, el inglés Bull en la suya *De defensione Patrum Antenicaenorum*, los cuales suponian algunos críticos mal intencionados que habian favorecido á los arrianos. Véase la nota 18 de la primera parte.

(9) Principalmente lo que dice en el cap. III, v. 19, y su capítulo IX, v. 5, contra la inmortalidad del alma, todo lo cual no lo dice sino en nombre de los impíos, cuando en el cap. XII, v. 7, establece con toda evidencia esa misma inmortalidad, di-

ciendo: *Y se torne el polvo á su tierra de donde era, y el espíritu vuelva á Dios, que lo dió.* Así es que, con motivo de esos lugares, algunos sectarios desecharon el libro del Eclesiastés, y algunos rabinos lo consideraron como peligroso: y por el contrario, algunos impíos han abusado de esos mismos lugares para hacer desaparecer la creencia de la inmortalidad del alma.

(10) Pág. 175. Ciertamente que son muy dignas de elogio y de grande utilidad las cartas de S. Agustin, en las cuales, por ejemplo, trata de la gracia, como es la epístola *Ad Vitalem*; sin embargo, no veo la razon para que sean tan recomendadas, hasta el punto que deban ser antepuestas á sus demas obras, y estudiadas con preferencia á estas últimas. El que en las cuestiones de la gracia y de la Iglesia se fije sólo en el estudio de estas cartas, sin consultar los otros tratados de S. Agustin, únicamente adquirirá nociones muy someras y no de gran resultado en estas dificultosisimas cuestiones.

(11) Pág. 176. El autor hace referencia en este lugar á la carta que S. Ignacio escribió á los de Esmirna, en la cual el Santo Mártir establece la verdadera fé del misterio de la Encarnacion. Tambien trató algo sobre este punto en las que escribió *ad Ephesios* y *ad Trallenses*, las cuales fueron escritas por el Santo Mártir contra Simon, Menandro y Ebion, que fueron los primeros enemigos implacables de ese dogma católico.

(12) Pág. 177. Segun mi parecer, el autor debiera haber incluido entre los monumentos contra los judíos y paganos la *Preparacion* y *la Demostracion evangélica* de Eusebio de Cesaréa. Aun me admiro que no haga mencion en este lugar de una obra de tanta consideracion, la que, segun el testimonio de los hombres inteligentes, sola ella bastaria para demostrar la verdad de nuestra fé contra los judíos y paganos. En primer lugar, la obra de que venimos hablando, contiene toda la teología de los gentiles, y despues todos los argumentos de la verdad de la fe cristiana. Es cierto que nuestro autor recomienda poco más adelante la lectura de esta obra de Eusebio, como preparacion y prefacio de la teología; pero soy de parecer que merece un puesto más distinguido, y que no sólo sirve para preparar, sino tambien para hacer á uno un verdadero teólogo.

(13) Pag. 182. Este símbolo ha sido incluido y publicado en las obras de S. Gregorio Nacianceno. En el sermon 235 de San Agustin se encuentran algunas cosas de este símbolo, lo que es un argumento no despreciable para demostrar que ese símbolo fué compuesto de las diversas obras de los Santos Padres, despues del tiempo del papa S. Dámaso.

(14) Esta es ciertamente la razon que dan los eruditos para demostrar que la *Obra imperfecta sobre S. Mateo* es falsamente atribuida á S. Juan Crisóstomo. Mas como esta razon no la admitan Sixto Senense, Savilio y algunos otros, creo oportuno alegar algunas otras, tales como la de que el autor de aquella obra hace uso de la Vulgata latina, y además cita libros apócrifos,

como el de *Set*, el de *Eccequías*, el *Itinerario de S. Clemente*, etc., todo lo cual es enteramente contrario al uso de San Crisóstomo.

(15) Pág. 183. S. Cipriano, para defender su opinion, no tanto se apoyaba en las pruebas sacadas de la tradicion, como en las de las sagradas Escrituras y de razon. Sabía perfectamente que la tradicion favorecia más al papa S. Estéban, que á él: S. Cipriano no hacia remontar más allá de Agripino la tradicion de su opinion; cuando S. Estéban alegaba toda la antigüedad. Por lo cual S. Cipriano acudia á otras pruebas, respondiendo mientras tanto á S. Estéban: «la costumbre sin verdad es un antiguo error.»

(16) Pág. 184. Lo que en este lugar escribe el autor, no es tan cierto que no deje absolutamente ningun género de duda. ¿Quién dudará, pues, que la autoridad de Tertuliano, por ejemplo, es de gran peso para demostrar la fe de la Iglesia en el siglo II? Y no solamente esto, sino que de ningun otro modo mejor puede demostrarse la verdad de los dogmas de la fe, que con la autoridad de ese autor áun pasado ya al bando de los montanistas. Ni les queda á los contrarios la evasiva de decir que estaba obcecado en el empeño de defender su opinion particular. Por lo demás, para dar la preferencia á la autoridad de unos Padres sobre otros, hay que atender á tantas y tantas circunstancias, que es muy difícil establecer sobre esto una regla general.

(17) Sirva de ejemplo la empeñadísima disputa que se trabó entre los occidentales y orientales, siendo en ella el jefe de los primeros el papa S. Dámaso, y de los segundos S. Basilio; la cual disputa versaba acerca del uso de la voz *hypostasis*: y los contendientes, estando acordes acerca delo que con ella se significaba, sin embargo, á causa de la varia inteligencia de esa palabra, se trabó esta acaloradísima disputa.

(18) Pág. 189. S. Jerónimo y S. Agustin, en cuyo tiempo aún estaba en vigor la costumbre de no entregar por escrito á los catecúmenos el símbolo de los Apóstoles, dan otra razon de esta costumbre, y es la de que no fuese escrito en papel y con tinta, sino en las tablas carnales del corazon. Véase la carta 38 de S. Jerónimo *ad Pammachium*, y el sermon 212 *de Tradit. Symb.* de S. Agustin.

(19) Pág. 215. En este pasaje parece sentar el autor que las *Constituciones Apostólicas* deben ser atribuidas á S. Clemente, y con el trascurso del tiempo fueron agregados á estas los cánones de los concilios que se celebraron en Oriente, todo lo cual está muy distante de la verdad. Dos razones hay que prueban hasta la evidencia que no solamente los cánones, sino hasta la misma obra de las Constituciones Apostólicas se han atribuido indebidamente á S. Clemente. La primera razon es el silencio absoluto de todos los escritores eclesiásticos que florecieron hasta el siglo IV, no obstante haber tenido frecuentes

ocasiones de haberlas citado. La segunda es que contienen doctrinas muy contrarias á la sana fe, y por lo tanto muy ajenas de S. Clemente, como es la doctrina contra la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo; tambien enseñan que los herejes deben ser rebautizados; condenan las cuartas nupcias, etc.; por lo cual ya nadie hay que crea fuese todo esto escrito por S. Clemente, ni en unos tiempos de tanta santidad y tan próximos á los Apóstoles.

(20) Pág. 217. Entre tantas colecciones de cánones como existen, el autor de esta obra cita muy pocas, y áun las que cita deben ser pospuestas á otras, ya se atienda al tiempo en que fueron formadas, ya á la exactitud, y ya, por último, á la fé que contienen. Tal es, entre otras, la coleccion de Isidoro Mercator, compilada en el año 836; en la cual, con bastante frecuencia, y sin ninguna eleccion, se encuentran aglomerados y confundidos documentos verdaderos con otros enteramente falsos, segun le ocurrian á la mente al autor de dicha coleccion. Por lo tanto el lector debe acudir á otras colecciones más antiguas, como es la que hizo Estéban de Efeso poco despues de la muerte de S. Juan Crisóstomo, y antes de que se celebrara el Concilio calcedonense, ó á la que publicó Juan el Escolástico en el siglo VI. Tampoco es despreciable la coleccion de Dionisio el Exiguo, escritor del mismo siglo.

(21) Pág. 219. El P. Morin no censura precisamente que los escolásticos hubiesen tenido por inválidas las ordenaciones de los cismáticos, las que él mismo cree que son nulas, sino el que las tuviesen por inválidas por esta sola causa el no observar los mismos ritos que los latinos. El P. Morin las desecha solamente por esta causa, por haberse lanzado los griegos al abismo del cisma.

(22) En esta mudanza y diversidad de la disciplina de la Iglesia hay que distinguir los ritos peculiares y costumbres, del espíritu y fin por que la Iglesia es regida: los ritos han sido muy diversos, pero el espíritu siempre ha sido uno mismo. De igual modo la diversidad de tiempos y circunstancias ha hecho que se introduzcan diversas costumbres; tales como el que la comunion se administrase bajo una sola ó bajo las dos especies; que, atendiendo al menor fervor de la caridad y á la debilidad de los cristianos, se permitiese tomar una corta refeccion ó colacion por la noche en los dias de ayuno, y cayese en desuso la penitencia pública; que otras veces, consultando á una prudente y bien entendida tolerancia, se diese tregua á las frecuentes disputas; y otras, en fin, lo que no aprueba ni sufre con paciencia la Iglesia, que, por una condescendencia mal entendida de algunos, se introdujese la costumbre de absolver con excesiva facilidad de ciertos pecados, etc. En todas estas variaciones, ya sea aprobándolas, ya reprobándolas, la Iglesia siempre ha sido guiada por un mismo espíritu, esto es, el mayor bien y provecho de la religion cristiana. En fin, en la disciplina de la

Iglesia hay y ha habido diversas costumbres, las que están y han estado sujetas á mudanzas; pero el espíritu por que la Iglesia es regida en el uso de esas mismas costumbres, es y siempre ha sido uno mismo, y este inmutable.

(23) Pág. 220. Lo que en este lugar asienta el autor, de haber sucedido alguna vez en la Iglesia que los clérigos hayan sido elevados desde el lectorado hasta el episcopado, omitiendo las órdenes intermedias, no puede demostrarse con un solo ejemplo entre toda la antigüedad: antes bien, aparece todo lo contrario en los monumentos históricos. Así, pues, los obispos de Sárdica tuvieron por nula la ordenacion de Ischiras, el que habia sido creado obispo por los arrianos, omitiendo en él el presbiterado, en premio de la calumnia imputada á S. Atanasio; y la sola razon que daban aquellos obispos para tener por nula semejante ordenacion, era el no haber recibido antes la órden del presbiterado. Teod., lib. II, cap. 8. Y en verdad que ninguno será ni podrá ser llamado obispo ó sumo sacerdote, si antes no ha recorrido la escala sacerdotal, la que es el fundamento del episcopado.

(24) Pág. 221. Segun parece no fueron los clínicos los que más influyeron para que la inmersion fuese cambiada por la aspersion al administrar el sacramento del Bautismo. Esta mudanza debe atribuirse mas bien al peligro que habia de que á los niños les resultase algun mal por causa de la inmersion, y tambien á la vergüenza de las mujeres, las que siempre recibian el bautismo con mucha repugnancia, cuando se empleaba la inmersion.

(25) Solamente hasta el siglo X, y no el XII, duró la costumbre de prolongar el ayuno de la Cuaresma hasta el anochecer; pues ya en el siglo XI, resfriándose cada dia más la caridad de los fieles, los Padres del Concilio de Ruan, en Francia, celebrado en 1072, creyeron necesario establecer un cánon prohibiendo á los fieles tomar alimento antes de la hora nona (antes de las doce del dia) en los dias de la Cuaresma. «Nadie, dicen en el cánon XI, coma (haga la comida principal ó del medio dia), en la Cuaresma, antes de que se haya completado la hora nona, y haya empezado la vespertina: porque no ayuna el que come antes de esta hora.»

(26) Pág. 224. Si se consulta á Goario y á otros escritores de los ritos de los orientales, parece que entre los grigos no solamente usan los penitentes de la Extremauncion para borrar los pecados veniales, sino hasta los mortales. Hé aquí las palabras de Goario en sus notas *ad Sancti Olei Officium*: «Este es un rito por el cual los que se sienten cargados de los pecados más graves, aunque esten perfectamente sanos, sabiendo que la sagrada Uncion perdona los delitos á los enfermos, recibiéndola en vez de cánon, esto es, en vez de la Penitencia, se ofrecen para ser curados y expiados de sus pecados por los sacerdotes, mediante esa serie de oraciones y la uncion

de los enfermos, como que ellos están enfermos en el alma.»

(27) Es cosa cierta que los presbíteros latinos administraron el sacramento de la Confirmacion por concesion del sumo pontífice S. Gregorio el Grande, desde el siglo VI hasta el IX; mas los presbíteros griegos administran este sacramento, áun en los tiempos presentes, por concesion, al menos tácita, de la Iglesia.

(28) Pág. 226. Esta observancia de la ley judáica, juntamente con la evangélica, de ningun modo puede prolongarse hasta el tiempo del emperador Adriano. Porque la ley judáica se consideró ya muerta en el tiempo que medió desde la muerte de Jesucristo hasta la destruccion de Jerusalem, y tambien se ha considerado á este tiempo como muy suficiente para la promulgacion del Evangelio. Despues de esta época la ley judáica se hizo mortífera, y por consiguiente perjudicial al que la observaba. Ahora bien, la ciudad de Jerusalem fué destruida cerca del año 73 de la era vulgar, y Adriano obtuvo el imperio el año 120.

(29) Pág. 227. Es preciso confesar que en los ejemplos citados ninguna semejanza media entre los ritos y ceremonias de los gentiles y entre los de los cristianos. Pero cualquiera que sea esa semejanza, ningun fundamento presta que demuestre que la disciplina cristiana ha sido tomada de la gentílica; porque los cristianos, sirviéndose sólo de la razon natural, pudieron muy bien establecer y observar los mismos ritos que los paganos, sin necesidad de consultar ni atender á estos. ¿Qué cosa más conforme á la razon que el honrar y venerar á los varones esclarecidos, que habian merecido bien de la república?

(30) Pág. 228. No dice S. Clemente Alejandrino que los misterios de los cristianos hayan sido tomados de los paganos, sino que solamente reconoce en los ritos de los gentiles ciertas figuras de la religion cristiana; y así dice: «Tienen (los ritos de los gentiles) algun fundamento de doctrina, y alguna preparacion de las cosas futuras.» Por lo tanto, las palabras citadas de S. Clemente no vienen al caso que se propone el autor.

Por lo demás, por lo que hace á la figura de la religion cristiana, que reconoce S. Clemente en las ceremonias de los paganos, aunque sea muy digno de recomendacion el deseo del Santo Doctor, de convertir en alabanza de la religion cristiana cuanto con ella tiene alguna relacion, hay muchos motivos de duda sobre lo que dice acerca de esa figura. Porque habiendo escogido Dios solamente á la nacion judáica para que fuese su pueblo especial, es más verosímil que esta nacion representase las figuras que, encarnándose el Salvador del mundo, debia realizar.

(31) Pág. 230. En la carta I á Timoteo, cap. III, v. 6: *No sea neófito, porque hinchado de soberbia, no caiga en la condenacion del diablo: Non neophitum: ne in superbiam elatus, in judicium incidat diaboli.*

CUARTA PARTE.

(1) Pág 250, á la conclusion del segundo párrafo. Éste, á quien tanto recomienda S. Clemente de Alejandría en este lugar, no es otro, segun enseña Eusebio en su Hist. ecles., cap. V y XI, que Pantéo el filósofo, el cual, como escribe el mismo Eusebio, cap. X, regentó la escuela alejandrina en el tiempo de S. Clemente, del mismo nombre, y « parte de viva voz, parte por escrito, expuso el tesoro de los sagrados dogmas.»

(2) Pág. 258. Principalmente en la Homilía IX sobre Ezequiel, donde dice: «que ninguno duda que, segun las sagradas Escrituras, los pecados son desiguales: porque en ellas unos pecados se llaman mayores y otros menores.» Véase tambien la Homilía X *in Exodum*, la XII *in Levit.*, y la XXIII *in Números*; y por último, la XV *in Levit.* : «En los delitos más graves, solamente se concede una vez lugar de penitencia; mas en estos comunes, en que incurrimos frecuentemente, siempre hay lugar á penitencia, y se perdonan sin intermision.»

(3) Pág. 260. En el año 1498 se imprimió en París la *Carta de S. Policarpo á los filipenses*, juntamente con las obras atribuidas á S. Dionisio Areopagita y con once cartas que circulan bajo el nombre de S. Ignacio. En el año 1497 se publicó tambien en Venecia el *Apologético* de Tertuliano, con algunos sermones de S. Juan Crisóstomo, y la *Preparacion evangélica* de Eusebio, etc. La mayor parte de las obras de Orígenes salieron á luz en París en 1512. Todas estas ediciones son ciertamente dignas de aprecio y recomendacion.

(4) Pág. 260. Aun el mismo Savilio no pudo hacer lo bastante en favor de la república literaria, á causa de la escasez de códices ó ejemplares autógrafos. Así es que dejó muchos lugares mutilados é imperfectos, sobre todo en las homilías; cuyas imperfecciones no fueron corregidas, ni los lugares mutilados se completaron hasta estos últimos tiempos por el P. Montfaucon, el que, viajando por Italia, encontró las mismas homilías manuscritas, juntamente con muchos de los sermones de San Juan Crisóstomo, que hasta entonces no habian salido á luz. Montfaucon empezó el año 1718 á publicar estas obras en trece tomos.

(5) Pág. 261. Dos son los puntos en que principalmente ha faltado ese autor, Mr. Rigaul: el primero es en el empeño que ha mostrado en sus anotaciones en deprimir la autoridad de los romanos pontífices; y el segundo en negar que el bautismo que se administra á los niños sea de institucion apostólica. A causa de estos dos errores y de algunos otros más faltó muy poco para ser marcado con la nota de pública herejía, como atestigua Grocio en su carta á Salmasio.

(6) Pág. 262. El autor francés cometió una inexactitud al

llamar al intérprete del Libro del Eclesiástico sobrino *(neveu)* de Jesus Sirach, en vez de llamarle nieto *(petit fils)*; porque Jesus, hijo de Sirach, el autor del Libro del Eclesiástico, no fué tio paterno ni materno, sino abuelo del intérprete de dicho libro, como éste último dice expresamente en el prólogo.

(7) Pág. 264. El primero, si la puntuacion se pone despues de las palabras *qui est super omnia*, las palabras que siguen contienen una accion de gracias, de este modo: *ex quibus est Christus, qui est super omnia*, y despues *Deus benedictus in sœcula*. En el segundo modo de leer, todas las palabras están unidas entre sí, y esta es la interpretacion comun que dan los eclesiásticos. En el tercero, la puntuacion se pone despues de las palabras *ex quibus est Christus secundum carnem*, y despues *qui est super omnia Deus benedictus in sœcula*.

(7 bis.) Pág. 277. Entre estos dos modos de traducir, me parece que áun se puede guardar un medio, que sin separarse de la letra, conserva cierta libertad al traducir el sentido, segun lo exijan la frase y el giro de la lengua en que se hace la traduccion. Este modo de traducir se diferencia de la traduccion literal de que habla el autor, en que no va traduciendo palabra por palabra; y se diferencia tambien de la otra, que se atiene más al sentido que á la letra, en que á ésta ni quita ni añade nada, sino solamente altera el órden ó colocacion, segun lo exige la frase de la lengua en que se hace la traduccion.

(8) Pág. 278. Esto ha sido tomado de Ricardo Simon, el que escogitó esta série no interrumpida de Escribas y Profetas desde el tiempo de Moisés hasta la venida de Cristo nuestro Salvador. Véase la nota 27 de la segunda parte. Pero á esta invencion de Simon parece que se oponen muchas cosas: 1. El silencio absoluto de las Escrituras, las que haciendo mencion muchas veces de los Profetas y de los hijos de los Profetas, principalmente desde la época de Samuel hasta casi la de la cautividad de Babilonia, en ninguna parte refieren que desempeñaran el oficio de maestros de escuela. 2. Los lugares en que habitaban los Profetas no parece fuesen los más aptos para educar á los niños y jóvenes, porque los Profetas por lo regular moraban en los montes y desiertos, y lugares bastante separados de Jerusalem y de las otras ciudades. Además, esta série ó sucesion de Profetas se encuentra muy interrumpida, pues antes de Samuel aparecieron muy pocos. Despues de este tiempo hasta la cautividad de Babilonia, y áun 135 años despues, ó sea hasta Malaquías, que generalmente es tenido por el último de los Profetas, la serie de estos se presenta sin interrupcion. Por último, desde el Profeta Malaquias hasta Cristo nuestro Salvador, ninguno aparece dotado del don de profecía, como lo atestiguan el historiador Josefo y S. Jerónimo, con quienes está conforme la creencia de la Iglesia. ¿Dónde fueron á parar y qué se hicieron en tan largo espacio de tiempo las escuelas de los judios? Es cosa que causa admiracion que se hayan inventado

por un autor católico unas ficciones tan insustanciales y tan ajenas del comun sentir de todos los católicos.

(9) No veo absolutamente qué fundamento tenga el autor de esta obra para sentar que el mismo Salomon se hace figurar en sus libros bajo el nombre de Samuel. En ninguna parte se habla de Samuel, ni en el libro de los *Proverbios*, ni en el del *Eclesiastés*, ni en el *Cántico de los Cánticos*. En el cap. IV de los Proverbios se presenta con el nombre de *hijo tiernecito* y amado con preferencia por su madre: *Nam et ego filius fui patris mei, tenellus, et unigenitus coram matre mea:* «porque yo tambien fuí hijo de mi padre, tiernecito, y unigénito delante de mi madre; esto es, amado por ella como si fuera unigénito.» Mas ¿qué tiene que ver esto con Samuel? Lo uno, porque Samuel no fué unigénito; lo otro, porque las palabras que se han citado de Salomon, no deben entenderse de un verdadero unigénito, sino de un hijo tan amado de su madre como si fuera único; y últimamente, porque Salomon no nombra en este pasaje á Samuel.

(10) Pág. 280. No me atreveré á negar, pues así lo enseña la misma experiencia, que la erudicion profana, separada de toda educacion religiosa cristiana, más es perjudicial que provechosa para la formacion de los ánimos de los jóvenes. Confieso tambien libre y espontáneamente que de las obras de los Santos Padres pueden sacarse muchos é importantísimos documentos, que puedan servir admirablemente para la educacion de los jóvenes y perfeccionar sus ingenios. Mas, sin embargo, no veo la razon para que sean eliminadas de las escuelas cristianas todas las obras de los escritores profanos, habiéndose servido de ellas los PP. de la Iglesia con no escaso fruto. De aquí el haber demostrado suficientemente los muy eruditos Arnaldo en el libro *De Arte cogitandi*, Rollin en el excelente Método que publicó para cultivar las bellas letras, Mr. Pluche en la obra titulada *Spectacle de la Nature*, y otros varios, con cuan feliz resultado puede aplicarse el estudio de las ciencias humanas y profanas en gracia del mayor brillo y utilidad de la fe cristiana. Todo cuanto escribieron los autores paganos sobre estas ciencias, los autores citados lo han aplicado muy oportunamente á la fe cristiana. Así, pues, no será cosa tan fuera de propósito estudiar los escritores profanos, con tal que á este estudio acompañe el de los escritores sagrados y eclesiásticos. Ahora compárese este capítulo con el VIII de la segunda parte.

(11) Pág. 282. Son dignos de risa los sectarios que, reprobando las alegorías, y por consiguiente quitando su fuerza á muchas profecías, ó desechándolas por completo, sin embargo, algunas veces se ven en la precision de recurrir al sentido alegórico, para desembarazarse de las dificultades, cuya resolucion en vano procuran sacar del sentido literal, que ellos tanto se glorian seguir. Un ejemplo muy notable de esto tenemos en Grocio, que, desechando cualquiera otro sentido que no sea

el literal, hallándose estrechado en la historia de Judit por gravísimas dificultades cronológicas, acudió á una explicacion alegórica, completamente extraña al buen sentido, diciendo que por el nombre de Judit debe entenderse la Judea, por Betulia el templo, que por Nabucodonosor se significa el demonio, por Holofernes su ministro, y últimamente, que Eliaquin es el Dios defensor de Judá. ¿Quién, estando en su cabal razon, se hubiese aventurado á afirmar semejantes cosas? Y si el mismo Grocio no lo hubiera escrito, ¿habria él tolerado, con mediana paciencia, que otro hubiera escrito semejantes absurdos?

(12) Pág. 294. Despues de haber sido publicada esta obrita, no han faltado entre los oradores franceses algunos que, á ejemplo de los Santos Padres, han expuesto la divina palabra á los fieles, elocuente y erudita á la vez que piadosa y santamente: no es necesario enumerarlos, pues son bien conocidos en Francia, y tambien se tiene noticia de ellos en Italia y otras naciones.

(13) Pág. 295. Si bajo el nombre de *elocuencia* entiende el autor de esta obra lo que al empezar el siglo próximo pasado solian usar los predicadores, no negaré que esta elocuencia tiene poco ó ningun uso en las sagradas Escrituras y en la explicacion de las mismas. Pero si se trata de la verdadera y sólida elocuencia, que consiste en la buena eleccion de las cosas, antes que la artificiosa colocacion de las palabras, nuestro autor tendrá muchos de contrario parecer, y estos hombres respetabilísimos, que han comprobado su doctrina con la misma experiencia, publicando sus comentarios é interpretaciones sobre las santas Escrituras, á cuyos trabajos nada les falta para una verdadera perfeccion. Tales son, entre otras muchas explicaciones de los libros de la sagrada Escritura, publicadas estos últimos años en lengua francesa con estos ó semejantes títulos: *Explication de la Genese, De la Prophetie d'Isaie, des libres des Rois,* etc. «Explicacion del Génesis, de la profecía de Isaías, de los libros de los Reyes, etc.» ó con estos otros: *Selon la methode des Saints Peres, on s'attache a decouvrir les Mysteres de Jesu-Christ, et les regles des mœurs renfermées dans le lettre meme de l'Escriture*: «segun el método de los Santos Padres se procura investigar los misterios de N. S. Jesucristo y las reglas de las costumbres contenidas en la letra misma de la Escritura, ó ateniéndonos tan solamente á la letra misma de ella.»

INDICE.

Dedicatoria al Sr. D. Diego Montaut y Dutriz.
Carta del mismo Señor á D. Primitivo Fuentes.
Introduccion á la *Biblioteca manual de los PP. de la Iglesia.*
Advertencia del Editor acerca de la presente obra.

PRIMERA PARTE.

Autoridad de los Padres de la Iglesia.

CAPÍTULOS.		PÁGS.
I.	Del título de *Padre* dado á los antiguos Doctores de la Iglesia; época en que florecieron y autoridad atribuida á cada uno de ellos...	1
II.	Sentir de los herejes acerca de la autoridad de los PP. de la Iglesia.....	4
III.	Opiniones de los teólogos de la Iglesia romana respecto á la autoridad de los PP..... ..	8
IV.	Opiniones de los PP. de la Iglesia respecto á su propia autoridad.....	12
V.	Opinion de San Vicente de Lerins acerca de la autoridad de los PP. de la Iglesia.....	16
VI.	Opiniones de la Iglesia respecto á la autoridad de los PP.....	19
VII.	Los errores, las contradicciones y los demás defectos que se observan en los PP., en nada destruyen la autoridad que se les atribuye.	22
VIII.	Las faltas que se notan en los PP. respecto á las ciencias humanas, en nada disminuyen su autoridad tocante á las cosas de fe.....	28
IX.	Los lugares difíciles y espinosos que se notan en los PP. de la Iglesia, no disminuyen lo más mínimo su autoridad.....	32
X.	Las falsas citas y los demás descuidos que se advierten en los PP., no destruyen su autoridad en las cosas importantes á la fe.....	35
XI.	Los libros falsamente atribuidos á los PP., en nada destruyen la autoridad de estos.....	40
XII.	Las alteraciones y faltas que se notan en los PP., no amenguan su autoridad.....	43

SEGUNDA PARTE.

De las disposiciones necesarias para leer con fruto los Padres de la Iglesia.

I.	Del espíritu con que se deben leer los PP. de la Iglesia y de las disposiciones necesarias para comprenderlos.....	47
II.	De la diversidad de lenguas y de su uso en los buenos estudios.....	51

CAPÍTULOS. PAGS.

III. De las lenguas indispensables para la perfecta inteligencia de los PP., y primero de la lengua hebrea..... 55
IV. De la necesidad de la lengua griega para entender los PP. de la Iglesia..... 58
V. Necesidad de la lengua latina para la inteligencia de los PP. de la Iglesia..... 60
VI. Cuán interesante es saber las lenguas para leer en sus originales los escritos de los PP..... 65
VII. De la crítica y de su uso en la lectura de los PP. 70
VIII. La lectura de los libros de los gentiles es necesaria para la inteligencia de los Padres... 77
IX. Del servicio que puede prestar la teología escolástica á la lectura de los Padres.... 83
X. Cuán necesaria sea la lectura de la Escritura sagrada para la inteligencia de los Padres. 89
XI. Necesidad de conocer la historia para la inteligencia de los PP. de la Iglesia..... 95
XII. Digresion sobre la historia eclesiástica en lo concerniente á los PP. de la Iglesia..... 99
XIII. Auxilios que la historia profana puede suministrar para la inteligencia de los Padres. 104
XIV. Cuán importante sea el conocimiento de los escritores eclesiásticos antes de leer sus obras. 109
XV. Del fruto que puede sacarse de los bibliotecarios respecto á los PP. de la Iglesia..... 112
XVI. De las ediciones de los PP., y primero de los manuscritos..... 118
XVII. De los conocimientos indipensables para juzgar con acierto sobre los antiguos manuscritos. 122
XVIII. Sobre las ediciones modernas de los Padres. 126

TERCERA PARTE.

Método que debe seguirse para leer con fruto los PP. de la Iglesia

I. Orden que se ha de guardar en la lectura de los PP..... 135
II. Propónense diversos métodos para leer los PP. 139
III. Todos los tratados de los PP. pueden reducirse á cuatro puntos: á la sagrada Escritura, á los dogmas de la Fe, á la Moral cristiana y á la Disciplina de la Iglesia..... 145
IV. De la lectura de los PP. de la Iglesia con relacion á las sagradas Escrituras..... 148
V. Del método seguido por los PP. de la Iglesia en la interpretacion de las santas Escrituras. 151

CAPÍTULOS. PAG.

VI. De las disposiciones necesarias para leer los PP., cuando tratan de la sagrada Escritura.... 157
VII. De la eleccion que debe hacerse de los PP., como expositores de la Escritura sagrada.. 163
VIII. De la lectura de los PP. de la Iglesia sobre los dogmas de la fe..... 167
IX. De la eleccion de los principales tratados de los Padres, sobre los dogmas de la fe..... 172
X. Del órden que debe guardarse en la lectura de los PP. sobre los dogmas de la fe..... 176
XI. De las reglas que se deben guardar en la lectura de los PP. sobre los dogmas de la fe. 182
XII. De los miramientos guardados por los PP. á las diferentes clases de personas, con quienes se vieron precisados á tratar sobre los dogmas de la fe..... 188
XIII. De las plabras, frases y figuras empleadas por los PP. en la explicacion de los dogmas de la fe..... 196
XIV. De la lectura de los PP. sobre la moral cristiana..... 205
XV. De las disposiciones necesarias para la lectura de la moral de los PP., y de la eleccion de algunos de sus mejores tratados sobre ella. 210
XVI. De la lectura de los PP. respecto á la disciplina de la Iglesia..... 214
XVII. De las reglas que deben observarse en la lectura de los PP. respecto á la disciplina eclesiástica..... 218
XVIII. De las prácticas que la Iglesia tomó de los judíos y de los paganos..... 225
XIX. De las prácticas de la Iglesia cuyo orígen no se conoce evidentemente, y de los abusos y dispensas respecto á la disciplina..... 228

CUARTA PARTE.

Del uso que debe hacerse de los Padres de la Iglesia.

I. El crecido número de autores y libros que acaban de indicarse para adquirir la ciencia eclesiástica, no debe ser un motivo de desaliento para el lector..... 233
II. Del tiempo que debe dedicarse al estudio para poder perseverar en él y sacar provecho de lo que se estudia..... 235
III. De la atencion y exactitud con que debe estudiarse..... 239

CAPÍTULOS.		PAGS.
IV.	De la necesidad que tenemos de seguir en lo posible el modo de estudiar de los antiguos.	242
V.	Del uso de las notas y de las colecciones.....	248
VI.	Del modo de poner en práctica los conocimientos adquiridos en el estudio de los Padres..	255
VII.	Las personas dedicadas por mucho tiempo á la lectura de los PP. son las que deben dar al público nuevas ediciones de las obras de estos.....	257
VIII.	De los comentarios, observaciones, disertaciones y escolios ó notas, con que los versados en la lectura de los PP. pueden ilustrar las obras de estos antiguos Doctores de la Iglesia....	266
IX.	Los vocabularios para la inteligencia de los PP. deben formarlos personas bastante versadas en la lectura de estos antiguos Doctores...	271
X.	La traduccion de las obras de los PP. sólo pueden hacerla aquellos que esten muy versados en la lectura de sus obras.....	273
XI.	Las personas versadas en la lectura de los PP. pueden prestar un servicio al público con la educacion de la juventud, tanto respecto á las ciencias como á las costumbres.....	277
XII.	Los que están versados en la lectura de los PP. pueden prestar un gran servicio á la Iglesia en la interpretacion de las sagradas Escrituras.....	281
XIII.	El enseñar la teología es propio de aquellos que están bien empapados en la lectura de los PP.....	284
XIV.	Los versados en la lectura de los PP. pueden servir al público en la investigacion de la historia y de las antigüedades de la Iglesia.	287
XV.	Los que se han nutrido con la sustancia de los PP. tienen una gran ventaja para instruir á los pueblos por medio de la predicacion...	290
XVI.	Los que poseen los PP. tienen una gran ventaja para poder servir á la Iglesia con su pluma.	296
XVII.	Los que no tienen inclinacion ó talento para enseñar ni para escribir, pueden servirse ventajosamente de la lectura de los PP. para su propia edificacion.....	302
	Notas al texto.....	305

BIBLIOTECA MANUAL

DE LOS

PADRES DE LA IGLESIA

GRIEGOS Y LATINOS

Y DE LOS

DOCTORES Y ESCRITORES ECLESIÁSTICOS.

Se publica por tomos iguales al presente, á 16 reales uno, tanto en Madrid como en provincias. Los que gusten suscribirse lo participarán al Editor D. PRIMITIVO FUENTES, *calle de Barrionuevo, núm.* 3, *pral., Madrid,* quien, impreso que sea cada tomo, se lo avisará tambien por medio de los periódicos ó de una circular, para que le remitan su importe en letra, libranza, ó de no haber otro medio, en 34 sellos de 4 cuartos, y recibido que sea, enviará el tomo inmediatamente.

OBRAS COMPLETAS PUBLICADAS POR EL MISMO EDITOR

DICCIONARIO DE TEOLOGÍA por el abate Bergier. Segunda edicion en 4 tomos folio menor, hecha bajo la direccion del actual Obispo de Calahorra y la Calzada, el *Exmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Antolin Monescillo*, adicionada de muchos artículos y notas escritos por el mismo y por varios sábios Prelados de Francia. 180 reales en Madrid y 200 en provincias.

TRATADO HISTÓRICO Y DOGMATICO DE LA VERDADERA RELIGION por el abate Bergier, con una INTRODUCCION escrita por dicho *Obispo de Calahorra*. Dos tomos de igual tamaño é impresion que los del mencionado Diccionario. 76 reales en Madrid y 86 en provincias.

LAS ACTAS VERDADERAS DE LOS MÁRTIRES por D. Teodorico Ruinart, adicionadas con las de varios españoles y la traduccion del libro de los *Tormentos de los Santos Mártires* del presbítero D. ANTONIO GALONIO, por *D. Primitivo Fuentes*. Tres tomos en 4.° mayor con una magnífica portada y 60 láminas litografiadas, que representan aquellos tormentos. 90 reales en Madrid y 102 en provincias.

FRIDOLIN EL BUENO Y LEONARDO EL MALO por el canónigo Schmid. Preciosa obra para premios á la juventud. Un tomo en 8.° con 346 páginas y 4 láminas al cromo, ó sea estampadas con colores, 6 rs. en Madrid y 8 en provincias.

Los citados precios de estas obras son encuadernadas á la rústica y francas de porte. Los que no puedan adquirirlas de una vez podrán recibirlas por tomos á sus respectivos precios, remitiendo el importe á dicho Editor.